



PRÓLOGO JUSTIFICATIVO

Esta segunda serie de Historias de la Historia es, como la primera, fruto no de investigaciones sino de lecturas.

La primera serie ha constituido un éxito editorial que, naturalmente, me alegra; pero lo que más me satisface es ver realizado el propósito que en el prólogo de ella exponía. Decía allí: «*Este libro quisiera ser un acicate para mayores y mejores lecturas*». Muchísimas cartas se me han dirigido y muchas consultas por teléfono me han sido hechas solicitando referencias sobre dónde había recogido tal dato o tal anécdota o pidiéndome bibliografía complementaria sobre lo que yo exponía sobre tal tema o tal personaje. Por ello, en esta segunda serie, he querido responder de antemano a tales peticiones. Mezclada en el texto va la cita puntual y concreta de la fuente en que he bebido. Si ello no es suficiente, con mucho gusto contestaré las preguntas complementarias.

El origen de este libro, como el del anterior, se encuentra en mis intervenciones radiofónicas en el programa Protagonistas vosotros, que hábilmente dirige mi amigo Luis del Olmo. Unas veces vienen sugeridas por mis lecturas, otras por peticiones de oyentes. Ello hace que el contenido sea un tanto desordenado y ello hecho a propósito. Se salta de un tema a otro con la máxima rapidez y, si el tema es lo suficientemente extenso para dividirlo en capitulillos, así lo he hecho y los he intercalado entre otros. Mi máximo interés estriba en no ser pesado. Por otra parte, quien esté interesado por algún aspecto determinado de la historia, el índice le proporcionará la pista para hacerlo sin obstáculo alguno.

He procurado en este libro, como en el otro, ajustarme a los preceptos que en la universidad aprendí en el Derecho romano: «*Juris praecepta sunt haec, honeste vivere, alterum non laedere, suum cuique tribuere*» es decir: los preceptos del Derecho son éstos:

- *Honeste vivere* (Vivir honestamente). Esto pertenece a mi vida privada y no tiene por qué importarle al lector. Basta decir que soy un hombre cualquiera, un hombre de la calle que no ha salido, sale, ni saldrá jamás en las llamadas «*revistas del corazón*» pero que, generalmente, apuntan más abajo.

- *Alterum non laedere* (No dañar a otro). Si cito algún libro de algún autor le hago propaganda. No le daño sino que, como compañero de fatigas, procuro ayudarlo.
- *Suum cuique tribuere* (Dar a cada uno lo suyo). He procurado citar siempre con exactitud el libro que uso y, al citarlo, doy a su autor lo que merece. No hago mío lo ajeno y si alguna vez la cita no va acompañada del nombre del autor téngase por inadvertencia, por la cual, desde ahora, pido excusas.

Se me dirá que este libro es un libro de citas. Desde luego, pero Bayle, en su Diccionario, dice «*que la exactitud en citar es un talento más raro de lo que se piensa*».

He intentado poner en práctica el consejo del viejo Horacio: «*Obtiene la general aprobación quien une lo útil a lo agradable, deleitando e instruyendo, al mismo tiempo, al lector*».

Tengo la confianza que este libro no merecerá el juicio de Cervantes que afirma que «*nunca segundas partes fueron buenas*», en lo que se equivocó, pues los críticos opinan que la segunda parte del Quijote es superior a la primera; pero confío en la creencia de Plinio el Joven que dice: «*No hay libro tan malo del que no se pueda aprovechar algo.*»

En fin «*Habent sua fata libelli*», frase generalmente atribuida a Horacio y que es de Terenciano Mauro «*los libros tienen su destino*». Espero que el de éste sea bueno.

Y hablando de citas recurramos al refranero popular fuente inagotable de ellas:

«*Mucho más trabajo cuesta hacer un libro que hacer diez hijos.*» Es verdad, cuesta más y no es tan agradable.

«*Los libros son maestros que no riñen y amigos que no piden.*»

«*Con los libros que escribieron, nos abren los ojos los que murieron*» no todo muere dice el ya citado Horacio, los grandes escritores vivirán siempre; los malos han nacido muertos.

«*En su estante metido, el libro está dormido; pero en buenas manos abierto ¡qué despierto!*», y ¡hay tantas personas que compran libros y no los leen!

Tengo un amigo que posee una biblioteca de unos mil volúmenes vírgenes de todo contacto; dice: «Ya los leeré cuando me jubile», como si fuera posible correr cien metros obstáculos sin entrenamiento.

«Libros, caminos y días dan sabiduría», pero se ha de saber leer, saber caminar por los vericuetos de la vida a veces escabrosos y llenos de zarzales y saber también aprovechar la experiencia de los días o los años.

«Si juventud supiera, si vejez pudiera», dice un refrán francés. Si se tiene conciencia de la edad, poca o mucha, que se tiene todo, va bien. Debo confesar que a los veinte años conocía todos los problemas del mundo y sabía todas sus soluciones. Hoy creo no saber nada de nada. Los años han acumulado ignorancia sobre mí.

«Libros y mujeres mal se avienen.»

«Los libros del marido, por la mujer son aborrecidos.» Son refranes machistas que espero que pronto perderán la vigencia que, por el momento, aún tienen.

Como mis lectores podrán ver hay citas a montones. ¡Y las que me dejo en mi estilográfica!

De este libro tal vez se pueda decir lo que el doctor Samuel Johnson decía de otro: *«Vuestro libro es a la vez bueno y original. Pero la parte buena no es original y la parte original no es buena.»* De antemano acepto el juicio, que comparto plenamente.

Al comienzo de su *Román Comique Scarron* dice: *«Los que sepan leer se darán cuenta luego por sí mismos que yo no soy responsable de los más grandes defectos de este libro: los que no sepan leer, no se darán cuenta de nada.»* Me precio de saber leer y por ello sé que este libro tiene muchos defectos y todos atribuibles a mí. He escogido entre mis lecturas y, tal vez, no he sabido escoger. Pido perdón por ello.

Por otra parte, algunas de las cosas que aquí se explican, sobre Gules de Rais o sobre la prostitución, acaso puedan escandalizar al lector. No ha sido tal mi propósito ni mucho menos. Son temas que creo pueden interesar a los lectores y por otra parte forman parte de la historia. Ahí están tal como se desarrollaron y es en vano que los queramos encubrir.

Y no puedo terminar este prólogo galeato sin dar las gracias a todos los que han colaborado en este libro: a los autores que he leído y copiado; a los editores; a Rafael Borrás, que tan amigo se ha mostrado siempre; a mis buenas amigas que han mecanografiado mi manuscrito descifrando milagrosamente mi letra que frecuentemente era ilegible incluso para mí.

Y, naturalmente, gracias a los lectores, a los que compraron la primera serie de estas Historias de la Historia y a los que compran esta segunda serie.

A todos mi agradecimiento.

* * *

Tristán Bernard contaba una anécdota a un grupo de amigos que se extasiaba escuchándole. Terminada la narración, surgieron los comentarios admirativos:

— ¡Es lo mejor que le hemos oído...! ¡Qué ingenio de hombre...!, etcétera.

Y Tristán Bernard, sonriente, comentó, con cierta humildad:

—No es mía. La he cogido entre las innumerables anécdotas que me atribuyen... De vez en cuando tengo que restituir algunas de las que me prestan.

Vicente Vega

Diccionario ilustrado de anécdotas, núm. 205

Parte 1

1. La portada

Creo que se puede ser frívolo a condición de no ser superficial. La mayoría de las personas y la mayoría de los diccionarios consideran a ambas palabras como sinónimas, y a mí me parecen que no lo son.

Frívolo es aquel que sabiendo que existen algunas cosas serias, muy pocas, las reputa, aunque las conculque. Sabe que lo absoluto no puede confundirse con lo contingente. Las cosas importantes las respeta, las otras las contempla a través del prisma de la ironía y con cierto escepticismo condescendiente.

El superficial no distingue entre unas cosas y otras, a todas las juzga por igual, es incapaz de ironía y de humor. Es aquel que se cree serio y en realidad no posee sentido del humor. Se cree un cedro del Líbano y no es más que un tarugo. No sabe sonreír y se reputa como persona grave. No es serio, es estólido. Como un buey o una vaca.

En la Historia este último no ve más que héroes, batallas y hechos trascendentales. El otro en cambio, con sonrisa comprensiva, ve hombres y mujeres que se debaten entre los bastidores de la gran historia. Y para todos tiene un grado inmenso de comprensión.

El siglo XVIII francés ha sido motejado de frívolo y superficial. De acuerdo con lo primero pero no con lo segundo. Los aristócratas frívolos de finales del setecientos cuando se encontraron frente a la muerte en la guillotina supieron aceptar su destino con serenidad, corrección y ejemplaridad. No hubiera sucedido lo mismo si en vez de ser frívolos hubieran sido superficiales. Frívola lo fue María Antonieta, superficial la Dubarry. Y la ejecución de una y otra lo demostró fácilmente... y trágicamente.

El cuadro que reproduce la portada de este libro tiene una frívola historia. Se trata de *El Columpio*, de Fragonard, que se encuentra en la colección Wallace en Londres. Su gestación nos la cuenta Charles Collé, autor de canciones y poesías hoy justamente olvidadas, pero cuyo Diario ilumina muchos recovecos de su época.

En octubre de 1766 el barón de Saint-Julien encargó al pintor Doyen, entonces en boga y hoy relegado a las buhardillas de la historia del arte, un cuadro en el que el propio barón podía contemplar las interioridades de su amante, que, al parecer, lo era también de un obispo, de tal forma que los tres figurasen en la tela. Saint-Julien sugirió el tema: en un columpio, movido por un obispo que sobre sí llevaba todo el trabajo, figuraría su amante que en sus movimientos ofrecería al barón el encanto de sus bajorrelieves.

Doyen no se atrevió a pintar el cuadro, le pareció demasiado licencioso y recomendó al barón que se dirigiese a Fragonard, entonces en la cúspide de su fama y con reputación de ser inimitable en escenas galantes. *Fragó*, que así era conocido Fragonard en París, convenció a Saint-Julien para que sustituyese la figura del obispo por la de un marido complaciente, pues la dama era casada. Y así se hizo. El cuadro, tras varias vicisitudes debidas a la Revolución francesa, pasó a la galería del duque de Morny, hermano bastardo de Napoleón III, quien lo ofreció al Louvre. La oferta fue rechazada, ¡en tan poco se consideraba la pintura del siglo anterior!, y fue adquirido por 3.200 francos por lord Hertford. Hoy se considera como una de las joyas de la pintura francesa del siglo XVIII.

Jean-Honoré Fragonard había nacido en Grasse en 1732. Tuvo una vida de gran intensidad y cierta extensión, ya que murió a los setenta y cuatro años en 1806. A los treinta y siete años se enamoró locamente de la bailarina Guimard, amor que no fue feliz ni duradero. Duró solamente tres días, tras los cuales la bailarina lo despachó fríamente. Ello causó gran impacto en el ánimo del pintor. No tenía ganas de pintar, ni de comer, ni beber, ni siquiera de vivir. Varias veces se presentó en casa de su amada que no le quiso recibir. Un buen día se fijó en una alumna suya, de dieciocho años, era hermosa e ingenua y, como quien se lanza al río, le propuso el casamiento. La pobre María Ana Gerard, que así se llamaba la alumna, estuvo a punto de desmayarse de alegría pues hacía tiempo que estaba enamorada de su profesor. El matrimonio se celebró el 7 de junio de 1769.

Pero, como decía Lenótre en su libro *Femmes*, la ingenua María Ana se dio cuenta en seguida que Fragonard se había casado con ella sólo por la desilusión de su anterior amor y pidió consejo al pintor Boucher, amigo de su marido, para que le

dijese cómo había de comportarse. Boucher imaginó una estratagema. Llamó a Fragonard y le dijo:

- Mi querido *Fragó*, tengo un amigo muy rico que quiere visitar Italia y necesita un buen guía. Está dispuesto a pagarte el viaje a ti y a tu mujer para que le acompañéis. Tú conoces Italia como nadie puesto que has estado allí como Premio de Roma. Ahora volverás como gran pintor y con la fama que has alcanzado. ¿Qué te parece? ¿Aceptas?

Fragonard aceptó. Pasó diez meses en Italia con María Ana y, a su regreso, no se acordaba ya de la bailarina y concentró todo su afecto a su esposa. La ingenua muchacha había demostrado poseer un talento y una picardía excepcionales y eficaces.

Pero Fragonard no era hombre de una sola mujer. Era frívolo y, aun conociendo el valor de la pasión amorosa de su esposa, sentía debilidad extrema por el sexo opuesto. María Ana recurrió a un nuevo subterfugio. De su pueblo hizo ir a París a una hermana suya de dieciséis años, bella, encantadora... y tonta. Fragonard se encaprichó de ella y empezó a darle clases de pintura no saliendo nunca de casa para estar siempre al lado de la cuñadita. Un día se animó y, junto al costurero que ella usaba, dejó una cartita amorosa. Margarita, que así se llamaba la cuñada, entregó el billete a su hermana y ésta le dictó la contestación. Se inició así una correspondencia sentimental que María Ana dirigía a su antojo. Pasaron meses durante los cuales el pintor abrigaba esperanzas, pero con el tiempo se dio cuenta que el amor se había convertido en platónico. Es decir en nada entre dos platos.

Cuando enviudó, Fragonard había ya perdido la popularidad de otro tiempo. Sus cuadros no se vendían, su estilo había pasado arrollado por la Revolución.

Era otra época, en la que él ya no tenía cabida. Una tarde, mientras tomaba un refresco en la terraza de un café, y admiraba las gentiles paseantes, tuvo un ataque al corazón y murió a los pies de una jovencita que pasaba por la acera.

Los vestidos de las mujeres eran distintos a los que él pintaba. Los escotes pronunciados y las telas transparentes dejaban ver lo que en otro tiempo se debía adivinar.

El columpio, el cuadro aquí reproducido y en la portada, quisiera ser el símbolo de este libro que intenta escudriñar en la ropa interior de la Historia. Hombres y

mujeres célebres, momentos cumbres de la vida humana retratados en ropa interior. Unas veces limpia, otras, sucia. Ropa de seda, de sarga, delicada, áspera, ruda, de todo hay. Como el mirón de la portada miremos juntos.

2. Carlos I

25 de febrero del año 1500. En Gante se celebra una brillante fiesta a la que asisten los reyes Felipe el Hermoso y su esposa doña Juana, que más adelante será llamada la Loca. Medianoche; la dama se siente aquejada de los dolores del parto; se retira al retrete y allí, a las tres de la madrugada, da a luz un niño, heredero del trono de España.

Pocos días después se celebra con toda solemnidad su bautizo y se le impone el nombre de Carlos en recuerdo de su bisabuelo el duque de Borgoña, gracias a cuya herencia reinará después en los Países Bajos.

El niño es feo, muy feo, fealdad que se acentuará con los años. Los Habsburgo le proporcionan el labio inferior prominente, característica de la familia, y, por parte borgoñona, el mentón salido que le impedirá siempre cerrar la boca, afeada, además, por una detestable dentadura.

Más adelante, ya en España, un infanzón de Calatayud, sin reparar en este defecto congénito, le diría un día:

- Cerrad la boca. Majestad, que las moscas de este reino son traviesas.

Jerónimo de Moragas dice: «Carlos de Europa, el gran emperador, de haber sido sometido a una revisión psicométrica hubiera sido declarado por inútil, por corto de entendederas, por inepto para los idiomas, por negado para las matemáticas y además por sus ataques epilépticos (...) Pero para suerte de Carlos aún no había comenzado la pedantería moderna. Si no pudo aprender idiomas, su excelente francés le sirvió para hacerse entender de todo el mundo, porque con él expresaba uno de los pensamientos más claros y más ordenados de Europa. Si fracasó en las matemáticas, culpa debió de ser, como en tantos otros niños, de sus profesores que no supieron hacérselas interesantes, porque, cuando las necesitó para sus batallas, las aprendió cumplidamente con su compañero Francisco de Borja. Si tuvo ataques epilépticos, dejó de tenerlos cuando era muy joven (...) Carlos de Europa fue uno de esos mozos tardíos en el desarrollo de sus facultades, tardos en adquirir el

sentimiento de responsabilidad y que un día nos sorprenden dando el gran salto y haciendo burla de todas nuestras predicciones.»

Los historiadores disienten sobre cuál fue el primer idioma en que se expresó el futuro emperador: ¿el francés?, ¿el flamenco?; lo cierto es que no fue el castellano puesto que, al llegar a España, lo desconocía por completo. El alemán lo habló siempre con dificultad.

Le gustan los deportes de la época: cacerías, torneos, habilidades con la espada, la lanza y la ballesta. Tenía una cierta habilidad para ello, aunque un día de un ballestazo matase a un servidor, por equivocación, claro está.

En 1516, Carlos cumplirá los dieciséis años; al mes siguiente de cumplirlos moría en España Fernando el Católico. Su hija Juana era, pues, reina de España y lo siguió siendo hasta su muerte, aunque incapacitada para reinar. Pero no fue depuesta jamás y guardó siempre el título de Majestad. Esto tal vez por influencia del título de su hijo Carlos, emperador de Alemania, porque los Reyes Católicos no usaron nunca este título sino sólo el de Alteza.

En realidad Carlos I fue totalmente rey de España durante ocho meses ya que su madre Juana la Loca murió el 11 de abril de 1555 y Carlos I abdicó el 16 de enero de 1556. Cánovas del Castillo lo dice en frases reproducidas por mi amigo Pedro Voltres Bou en su magnífica Historia inaudita de España, que recomiendo con entusiasmo a mis lectores. «Sus derechos a la Corona de Castilla [se refiere a Carlos I], muerta la madre, hubieran sido, sin duda, inconclusos, porque las hembras nunca habían dejado allí de heredar; mas, por lo que hace a Aragón, no eran tan claros. Habíase tolerado la jura de doña Juana, en aquel reino, tan sólo por la autoridad que en él gozaba su padre don Fernando, según atestiguan los historiadores aragoneses; porque, a pesar de haberlo ocupado ya una mujer, doña Petronila, juntamente con su esposo, el conde de Barcelona, es indudable que aquella princesa misma excluyó, por testamento, a su sexo de la sucesión al trono, y que desde tiempo de Jaime I el Conquistador, sobre todo, pasaba tal exclusión por bien asentada. Por eso dice el maestro Flórez que fue doña Juana la primera princesa reconocida, como tal, en uno y otro reino; y tanto era, en realidad, dudoso el caso que, por más que Fernando estableciese ya en su testamento la sucesión de las hembras a la Corona aragonesa, todavía al tratarse, casi dos siglos después, de

la de Carlos II, muchos excluían del trono aragonés a las hembras de Francia y Austria, origen de tan larga y sangrienta contienda. Entró a reinar, sin embargo, don Carlos por muerte de su abuelo aun antes de cumplir la mayoría de edad, que le había señalado la Reina Católica; y es digno de observarse que no llegó a ser monarca propio de Aragón ni de Castilla sino por cortos meses, puesto que su madre doña Juana vivió hasta el 11 de abril de 1555, y en 16 de enero del año siguiente renunció ya él mismo al trono de España en favor de su hijo Felipe.

Dos meses después de la muerte de Fernando el Católico, Carlos I fue proclamado rey de las Españas en la iglesia de Santa Gúdula en Bruselas. La proclamación, por los cortesanos flamencos, era a todas luces ilegal, en primer lugar porque vivía todavía doña Juana, reina efectiva, y en segundo lugar porque sólo las Cortes de cada uno de los territorios que formaban lo que se llamaba España podían proclamarlo rey de los reinos que representaban y aun eso después que el rey hubiera jurado acatamiento y respeto a las leyes y costumbres de cada país.

El cardenal Cisneros, regente de Castilla durante aquel tiempo, se encuentra ante un hecho consumado y le hace proclamar en Madrid después de un pacto con la aristocracia castellana y aun con la condición que será rey conjuntamente con su madre y a ellos daría preferencia y honor en los títulos y cualesquiera otras insignias reales.

Con todo ello se produce una tensión entre los españoles, castellanos, aragoneses, catalanes, etc., y el rey. Las Cortes se resisten a aceptar a un rey que no ha jurado sus fueros y libertades. Las Cortes aragonesa y catalana se niegan rotundamente a ello. Será menester que en Zaragoza y Barcelona, Carlos I jure lo exigido por las Cortes para que pueda ser proclamado rey de Aragón y conde de Barcelona. Incluso se llega a proponer destronar al indeseado rey y sustituirle por su hermano Fernando, nacido y criado en España. Porque aquí se produce algo paradójico: Carlos I será emperador de Alemania y rey de España aunque nacido en Gante, mientras Fernando, nacido en España, será emperador de Alemania cuando Carlos I abdique del trono imperial.

3. Anecdótico

Sociedad de Naciones. El delegado holandés Van Eyringe, hombre de grandísima cultura, escucha al delegado griego que habla, como no, de la paz universal.

- Los griegos, fiense de los griegos, va repitiendo el delegado holandés.
- ¿Qué tiene usted contra los griegos?, le preguntó un vecino.
- No tengo confianza en ellos.
- Yo creo que...
- ¿Ha olvidado usted que entraron en Troya por la astucia dentro de un caballo de madera?, explota indignado el ilustre helenista.

Eduardo VIII llega de incógnito a París un día de niebla.

- Esto del incógnito se ha acabado, exclama; hasta la niebla lo sabe y me ha seguido desde Londres hasta aquí.

En el año 1883 se sublevó la guarnición en la Seo de Urgel. Púsose al frente de los sublevados el coronel don Francisco Fontcuberta. Este señor era espiritista y cuando recibió el aviso del fracaso de otra sublevación iniciada en Badajoz, intentó desistir, pero evocó el espíritu de Prim y, según manifestación del propio sublevado, éste le aconsejó salir adelante prometiéndole el triunfo, lo que acabó de decidirle. El espíritu del vencedor de los Castillejos sufrió lastimosa equivocación en este trance a que arrastró a Fontcuberta.

El general Moriones, procedente del campo republicano y de ideas un tanto avanzadas, presentóse en cierta ocasión a Alfonso XII. Temía el general la presencia del rey, que conocía perfectamente los antecedentes revolucionarios de Moriones, así que al comparecer ante el soberano exclamó:

- Señor, yo no puedo ocultar que he hecho toda mi carrera en la revolución.
- ¿Qué era usted en 1868?, preguntó el rey.
- Capitán, señor.
- Pues poca carrera ha hecho usted, replicó don Alfonso, comparándola con otras y, sobre todo, con la mía. Yo en 1868 era soldado raso y ahora me encuentro de capitán general.

A Edmond About, después del golpe de estado del 16 de mayo, amigos políticos, muchos de los cuales habían vencido gracias a él, le olvidaron completamente. Ni un cargo, ni una condecoración, nada.

- Me lo habían prometido todo, decía, lo había aceptado todo... y no he obtenido nada.

Antes de entregarse a la policía, el bandido Bellacoscia habíase establecido en Bocognano, su lugar natal. Edmond About fue a visitarle y el bandido le invitó a cenar, mostrándole luego los recuerdos de sus correrías y regalos que había recibido cuando decidió abandonar su... profesión.

- Señor About, si usted quiere darme algo para mi colección, lo agradecería.

- ¿Quiere este anillo?

- No, gracias, es demasiado valioso.

- Pues no tengo más que este anillo o este cuchillo de caza. Tómelo usted, pero, por favor, tenga cuidado si por acaso lo usa... pasan tantas cosas en la vida... no lo deje en el lugar del suceso... mi nombre está grabado en la hoja.

Victoriosa la I República, fueron de tal naturaleza los desórdenes, motines y sublevaciones que Castelar, en el Congreso manifestó:

- ...para sostener esta forma de gobierno, necesito mucha infantería, mucha caballería, mucha artillería, mucha guardia civil y muchos carabineros.

Cuando moría un soberano era habitual el luto público o por lo menos en las diversas cortes europeas. En el café que frecuentaba Addison cada día entraba un parroquiano que pedía el periódico y al terminarlo lanzaba un suspiro y decía a Addison:

- ¡Alabado sea Dios! Todos los príncipes gozan de buena salud. La familia real se encuentra bien y por ahora no se presume ninguna muerte cercana.

Addison indagó y descubrió que aquel gran monárquico no era más que un fabricante de sedas y cintas.

Cuando Addison se dio cuenta que se moría mandó llamar a su yerno Warwike, cuya vida licenciosa le daba grandes disgustos. Warwike llegó y preguntó al suegro:

- ¿Por qué me habéis hecho llamar? ¿Necesitáis algo? ¿Tenéis algo importante que decirme? Cualquier cosa que digáis será sagrada para mí.

Addison con visible esfuerzo se incorporó ligeramente en su lecho y, casi en un suspiro, le dijo:

- Os he mandado llamar para que veáis con cuánta paz puede morir un buen cristiano.

Cuando Abd el-Kader fue a Burdeos, el general de división de la ciudad quiso dar, en su honor, una gran fiesta en el teatro. Al aparecer el emir, el teatro, brillantemente iluminado, estaba adornado por gran cantidad de flores y las bellísimas damas de la alta sociedad iban ataviadas con sus mejores galas, luciendo amplios escotes correspondientes a los vestidos de noche. El emir les lanzó una ojeada y dijo:

- ¿Cómo puede darse que en una civilización como la vuestra se permita que vuestras mujeres se presenten en forma tan indecente? Por mi parte os digo que no me atrevo a mirarlas. Permitidme que me vaya.

Y se fue.

Isabel de Inglaterra, según dicen las crónicas, era muy limpia, pues *«se bañaba una vez al mes, lo necesitase o no»*.

Carlos II de Inglaterra y su corte son descritos así por Anthony Wood, anticuario de Oxford, en donde pasaron el verano de 1665:

«Aunque pulcros y alegres en apariencia, eran, sin embargo, muy puercos y bestiales, dejando al marcharse su excremento en todos los rincones, en chimeneas, gabinetes, carboneras, bodegas. Toscos, ordinarios, putañeros, vanidosos, vacíos, despreocupados.»

Lully, dirigiendo la orquesta con el gran bastón, que en aquel tiempo se usaba en lugar de la actual batuta, se hirió gravemente en el pie. Se declaró la gangrena;

acudió el confesor y entre otras cosas le amonestó por escribir demasiada música profana:

- Haz un sacrificio, hijo mío, y quema el manuscrito de tu última ópera. Así te daré tranquilo la absolución.

Lully lo hizo así. Pero al saberlo su hijo se exclamó:

- ¿Pero cómo hiciste caso a ese jansenista puritano? ¡Quemar tu ópera, una obra maestra!

- Hijo mío, quemé el manuscrito, pero me queda una copia.

Gluck, el ilustre autor de Orfeo, adoraba el dinero y la buena comida y no se avergonzaba de decirlo. Alguien le preguntó:

- Maestro, ¿qué es lo que preferís en el mundo?

- Tres cosas: el dinero, el vino y la gloria.

- ¡Cómo! Para vos, un músico, ¿la gloria viene después del dinero y del vino? No sois sincero...

- Pues es bien sencillo... con el dinero compro vino, el vino despierta mi genio y éste me trae la gloria.

El diario más popular en aquella época era *La Correspondencia*, periódico de noticias llamado entre los políticos «*el gorro de dormir*».

Unionista y conservador, sabía cautelosamente ocultar sus ideas y era celebrado por la espontaneidad con que daba las noticias de modo siempre irreflexivo. Así sucedió cuando comunicó a sus lectores el fallecimiento de Ventura de la Vega. El autor de *El hombre de mundo* luchó varios días entre la vida y la muerte y *La Correspondencia* reflejaba el estado del enfermo. Llega el triste momento y el diario insertó la noticia en estos términos:

- Hoy, por fin, falleció don Ventura de la Vega.

En el museo de Versalles se halla un reloj de mediados del siglo XVIII y cuyo carillón toca una melodía idéntica a la del *God save the King*, el himno nacional inglés.

Por otra parte un documento con la declaración de tres damas de Saint-Cyr y firmado ante el alcalde en septiembre de 1719 da fe que el himno inglés no es otra cosa más que un antiguo motete conservado tradicionalmente en la comunidad de Saint-Cyr desde tiempos de Luis XIV y compuesto por Lully.

Parece ser que Lully, para festejar el restablecimiento de Luis XIV que acababa de sufrir una enfermedad, compuso una cantata titulada *Dieu sauve le Roi*. Haendel, durante una de sus estancias en Francia, lo oyó y habiéndolo encontrado original se lo apropió y, a su regreso a Inglaterra, lo ofreció al rey Jorge I: era el *God save the King*.

Ello, según parece, era costumbre en el gran músico, al que el severo Bourgault Ducondray llama «*el más grande ladrón musical que haya existido jamás*».

Cansado de conceder beligerancia a las distintas ramas políticas cuya representación parlamentaria aprovechaban para derribar gobiernos, Posada Herrera intentó formar un Parlamento de Unión Liberal.

Censurado su criterio que mermaba votos a los partidos, exclamó:

- Los ministerios no deben ser parlamentarios, sino los parlamentos ministeriales.

4. La ceguera

Es célebre la respuesta que Massieu, ciego de nacimiento, dio a la pregunta de qué idea tenía sobre el color rojo. Después de haber reflexionado un instante, dijo:

- Creo que debe parecerse al sonido de la trompeta.

Parecida es esta clásica frase al verso de Rimbaud sobre la analogía entre los colores y la pronunciación de las vocales:

*A noir, E blanc, I rouge, U veri, O bleu, voyelles,
Je dirai quelque jour vous naissances latentes.*

El escultor Gonelli era ciego: durante mucho tiempo se creyó que su enfermedad era una treta para adquirir renombre. Un artista, habiéndole encontrado en Roma en un jardín público ocupado en copiar una estatua de Minerva, le preguntó si era

verdad que nada veía, incapaz de comprender que pudiera modelar con tanta exactitud.

- No veo nada, respondió Gonelli, mis ojos están en las yemas de mis dedos.
- Pero ¿cómo es posible que siendo ciego, pueda hacer cosas tan bellas?
- Palpo el original, replicó Gonelli, y examino con atención las dimensiones, las eminencias, las cavidades y procuro retener todos estos datos en mi memoria; luego al llevar mi mano a la arcilla comparo mentalmente lo que palpan mis dedos y los datos que tengo en mi mente y poco a poco termino mi obra.

Pocas enfermedades han conmovido tanto a la humanidad como la ceguera. Nuestra vida está organizada de tal forma, que indiscutiblemente es el sentido que más falta nos hace para desenvolvernos en el cotidiano vivir. Por ello nos emociona como pocas la historia que nos cuenta el escritor árabe Razis, según Safadi.

Un hombre se había casado con una mujer que había perdido la vista a causa de la viruela que padeció pocos días después del compromiso.

El novio se cubrió los ojos y dijo a sus amigos que estaba padeciendo una fuerte oftalmía. Poco después añadió que su enfermedad se había complicado gravemente y que le había conducido a la ceguera.

La boda de la pareja, ya en situación igual, fue celebrada en medio de una manifestación general de simpatía y de conmiseración.

Tal unión duró veinte años, sin que la paz conyugal fuera interrumpida.

Al cabo de este tiempo, la mujer pagó su tributo a la naturaleza humana, y entonces ocurrió un prodigio inesperado. El marido se quitó la venda que le cubría los ojos que estaban perfectamente sanos y sin ninguna huella de sufrimiento.

Interrogado sobre los motivos de su proceder, respondió:

- Yo no me quedé ciego, pero quise pasar por tal a fin de no afligir a mi desgraciada compañera.

Y, añade Razis, hubo unanimidad en proclamar que la conducta caballeresca había sobrepasado a la de todos los próceres.

Hellen Keller era una joven norteamericana que a los dieciocho meses, después de una grave enfermedad, se encontró ciega y sorda, y casi muda a consecuencia de la

sordera. Su alma parecía casi cerrada a las impresiones del exterior, su bagaje intelectual se limitaba a muy pocas ideas, la de los objetos que se encontraban al alcance de su mano, y aun éstos eran dudosos en medio de las espesas tinieblas que la rodeaban. No obstante esta dificultad, al parecer insuperable, Hellen Keller, siempre sorda y siempre ciega, logró a los treinta y dos años ser una personalidad distinguida y muy instruida, siguiendo los cursos en una universidad y obteniendo brillantes notas en los exámenes de idiomas. Fue suficiente hacerle ciertos signos en la mano mientras ella tocaba los objetos para que en veinte días comprendiese que toda idea estaba representada por un signo especial, gracias al cual los hombres podían comunicarse entre sí. Un mes y medio más tarde conocía por el tacto los caracteres del alfabeto Braille. Pasado un mes más, lograba escribir una carta a uno de sus primos; y al cabo de tres años había adquirido una cantidad de ideas y de palabras suficientes para sostener una conversación, leer con inteligencia y escribir en buen inglés. Se tuvo entonces la idea de hacerle tocar los movimientos de la faringe, de los labios y de la lengua que acompañan a la palabra, e imitando estos movimientos logró reproducir los sonidos que se articulaban en su presencia. Un mes le fue suficiente para aprender a hablar correctamente el inglés, y con sólo poner la mano sobre los labios de su interlocutor comenzaba a leer con los dedos las palabras que él emitía.

Así, con la sola ayuda de su tacto, Hellen Keller abrió tres caminos hacia el mundo de las ideas: el alfabeto manual, la lectura en relieve y la palabra humana; y gracias a estos tres medios de adquisición se colocó en esa aristocracia intelectual, tan poco numerosa, que forman los hombres muy cultivados. En fin, no contenta con hablar su propio idioma, estudió el alemán, para conocer directamente las grandes obras de la literatura germánica, el francés, que escribe correctamente, y hasta el latín y el griego, que le exigieron para sus exámenes universitarios. (Ésta y las anécdotas que siguen sin nota están entresacadas de la obra *El mundo de los ciegos*, de Pedro Villey. Traducción a algo aproximado al castellano por A. Butolucci y publicada en Buenos Aires. He procurado corregir algo el texto, pero aun así...)

El resumen de esta vida admirable lo hace la propia Hellen Keller en una de sus cartas: *«Soy tan feliz que quisiera vivir siempre, porque hay muchas cosas hermosas que aprender».*

Existen muchas leyendas sobre la habilidad de los ciegos. La más común es la que nos los presenta distinguiendo los colores al tacto. El simple sentido común basta para demostrar la puerilidad de tal creencia. Jamás el tacto podrá dar informes sobre la luz y el color, que son de dominio del nervio óptico. Si los ciegos llegan a tejer con lanas de diferentes colores y a distinguir entre ellas para emplearlas adecuadamente, lo hacen no por el color, sino por algunas diferencias sensibles al tacto: diferencia de espesor, suavidad, grano, densidad, rigidez, etc. Si los nombra como los videntes, lana roja, negra, blanca, etc., es que adopta el lenguaje de los que le rodean, a fin de hacerse comprender. Esta puerilidad es frecuentemente repetida. Diderot ha hablado de *«un ciego que conocía al tacto cuál era el color de las telas»*.

Mucho más criterio que Diderot demuestra el genio popular autor de aquel cuento tan conocido:

- En mi pueblo hay un ciego que pasando la mano por el lomo de los caballos dice: éste es bayo, éste ruano, éste blanco, etcétera.

- ¿Y acierta?

- Ni por casualidad.

(Excuso decir que este cuentecillo popular no está sacado de la obra de Villey.)

¿Cómo se orientan los ciegos? He aquí una anécdota muy curiosa. Yves Guégau, célebre intelectual ciego francés, afirma que las sensaciones olfativas son las que le guían. Su olfato es muy sutil. *«Esta mañana, escribía, estando ante la ventana de mi habitación, percibí el olor de un paquete que el cartero acababa de dejar en un piso debajo del mío.»* Pues bien, este ciego, a petición de Pedro Villey, se prestó a una experiencia. He aquí cómo la relata el propio Guégau:

«He hecho quitar del comedor la mesa y las sillas para evitar que la prueba fuese turbada por los efectos de mi memoria muscular, que es de una precisión extremada, y me he hecho llevar sobre la espalda de un amigo, el cual me ha paseado y me ha hecho dar vueltas en todos sentidos, a fin de desorientarme dentro de la pieza. En cada ocasión adiviné exactamente la posición que ocupaba y

fui capaz de decir a qué distancia aproximadamente se encontraba tal o cual mueble o pared. He vuelto a hacer la misma experiencia después de haberme tapado la nariz, y entonces no pude orientarme y di con mi cabeza contra la lámpara que está suspendida en el centro de la habitación: fue preciso abrir una ventana para que al contacto del aire fresco me reanimase.»

Los antiguos sabían bien que a través de una bola de vidrio se veían mayores los caracteres, y que se acostumbraba a mirar a través de objetos aptos para aumentar las imágenes, parece señalarlo Plinio, al afirmar que Nerón miraba a través de una esmeralda.

No se sabe exactamente quién inventó los anteojos, pero, según Aldous Huxley, quien tal hizo, hizo mal. El caso de Huxley es muy curioso. Padecía de una enfermedad de los ojos que paulatinamente le iba dejando ciego. Los cristales de sus gafas alcanzaban grosores de vidrios de claraboya. Cayó un día en sus manos un librito de un autor americano en el que sentaba la teoría que curar una debilidad ocular mediante cristales graduados era como curar una lesión en una pierna con una muleta. Cuando un miembro, se encuentra enfermo, razonaba, lo que se hace es procurar devolverle el uso corriente de sus fuerzas, no dejar vencer a la enfermedad y sustituirlo por un miembro artificial. En consecuencia, trazaba una serie de sistemas y métodos para devolver a los ojos la fuerza perdida. Huxley le hizo caso, siguió sus consejos y empezó una serie inacabable de ejercicios. Más de dos años de pacientes esfuerzos le costó, pero, después de estar abocado a la ceguera leyó y escribió perfectamente sin necesidad de ninguna ayuda artificial.

Luis XIV, que apreciaba mucho al abate Boneys, autor del Grondeur, le pedía un día noticias de su vista, que era extremadamente débil.

- Señor, dijo Boneys, mi sobrino, médico, dice que veo muchísimo mejor.

Parece ser que una de las causas más importantes de las enfermedades visuales es el abuso del alcohol. Pero es lo que decía mi amigo Rivero, bohemio empedernido que, medio cegato, recorre cada tarde y noche las mejores tabernas de Barcelona:

- Quizá tengan razón y me arruino la vista. Pero, comprende, amigo Carlos, que para lo que hay que ver...

Y se zampaba un cuartillo de jumilla.

Él me explicó la historia que sigue:

- La falta de vista que usted se queja es debida al abuso del alcohol.

- No lo crea, doctor. Precisamente cuando bebo mucho es cuando lo veo todo doble.

5. Del maestro al ministro

Las palabras tienen su historia que, a veces, como ésta que voy a contar, es muy edificante.

Un *maestro* es alguien que enseña, que está por encima de alguien, de sus alumnos por ejemplo. Y, efectivamente, *maestro* deriva de *magister* que, a su vez, proviene del adjetivo *magis* que significa *más y más que*. En Roma había un *magister equitum*, o sea, un general de caballería, y, entre otros más, un *magister morum* o jefe de policía de costumbres o de la brigada social que diríamos hoy. Es decir el *magister*, el maestro, era el superior, el que estaba en lo alto.

Por el contrario el *minister* estaba en lo profundo de la escala social. *Minister* procede de *minus*, es decir *menor, menor que*. Era el hombre sometido a alguien, al servicio de alguien. El *minister cubiculi* era el camarero, por ejemplo.

Pero quien a buen árbol se arrima buena sombra le cobija. El *magister*, el *maestro*, continuó siendo el superior de sus alumnos, pero de nadie más; mientras que el *minister*, el humilde *ministro*, estando al lado de los grandes y sabiendo lamerles las botas, fue encumbrándose poco a poco hasta llegar a ser lo que son ahora: los mandamases de un país.

Por cierto, no sé si se habrán fijado ustedes que los ministros españoles no tienen *secretarios* sino *subsecretarios*. Ello se debe a que el primitivo nombre de los ministros del rey era el de *ministro secretario del Real Despacho*, por ello, por ser ellos mismos secretarios, del rey naturalmente, les correspondía, no otro secretario, sino un subsecretario. Denominación ésta que ha permanecido hasta hoy a pesar que los ministros son sólo esto y nada más que esto. Que ya está bien.

Y recordemos la anécdota:

Un ujier de un ministerio es llamado por un ministro que le endilga un rapapolvo. Al salir, un compañero le pregunta:

- ¿Qué ha pasado?

Y el ujier responde, con veinte años de funcionario encima:

- Nada, estos interinos...

6. El oficio más antiguo del mundo (I)

Pitigrilli, cuyo verdadero nombre es Diño Segre, de familia judía y convertido al catolicismo en la República Argentina si no recuerdo mal y que narra su conversión en un magnífico libro, *La piscina de Siloé*, tiene un cuento que lleva el mismo título que este capitulillo. En él narra la historia de un joven que, en los alrededores de Milán, ya de noche, ve un coche parado en la carretera y una mujer que le hace señas para que se pare y así lo hace.

- ¿Quiere usted llevarme hasta Milán?, dice la mujer.

- Suba.

Durante el trayecto traban conversación. La mujer es joven, elegante, hermosa como saben serlo las italianas cuando se dedican a ser bellas.

-Y ¿a qué se dedica?, pregunta el joven.

- Al oficio más antiguo del mundo.

El joven queda sorprendido. ¿Cómo es posible que una mujer tan distinguida, que demuestra poseer una cultura nada común se dedique a la prostitución?

- ¿Quiere dejarme en casa?, dice la señora.

- Con mucho gusto.

La casa está situada en el mejor barrio residencial de la ciudad rodeada por un cuidado jardín.

-Entre usted.

En la entrada esperan a la señora un caballero y dos niños. La señora les presenta:

- Mi marido, el ingeniero Tal, y mis hijos.

Y, ante la sorpresa del joven añade:

- ¿No le dije que me dedicaba al oficio más antiguo del mundo? Esposa y madre de familia.

Cuando expliqué este cuento por radio me escribió un oyente diciendo que el primer oficio del mundo fue el de agricultor puesto que Adán, al ser expulsado del Paraíso, tuvo que ocuparse de labrar la tierra por orden de Dios. Si tomamos así las cosas le diré a mi comunicante que el primer oficio fue el de sastre pues en el Génesis, capítulo 3, versículo 21, se dice: «Luego hizo Yahvé Dios al hombre y su mujer unas túnicas de piel y les vistió». Después los expulsó del Edén.

Pero dejemos estos tiquis-miquis bíblicos que no conducen a nada y hablemos de la prostitución, que es de lo que se trata.

Es curiosa la idea que de la prostitución se tiene en el Antiguo Testamento. En el *Eclesiastés* se dice: «No te entregues a prostituta para que no disipes tu patrimonio», lo que nos da una idea muy pragmática y materialista del tema. Es cierto que poco después se afirma: «Toda mujer que es prostituta será hollada como estiércol en el camino», pero esto es más una constatación que una reprobación. Haag en su *Diccionario de la Biblia* (Herder, 1966) afirma que «el comercio sexual con mujeres, por dinero, era corriente en Israel (...) Los padres no tenían reparo en prostituir a sus hijas aunque la ley prohibía semejante práctica porque esta prohibición quizá afectara únicamente a la prostitución cultural (...) Los relatos vetero-testamentarios no inducen a pensar que los israelitas tuvieran por especialmente censurable la conducta de estas mujeres. En cambio el Antiguo Testamento reprende sin reservas a las mujeres (y a los hombres) que se prostituyen en los santuarios en honor de los dioses (prostitución cultural)». Estos últimos, hombres y mujeres, eran llamados «hieródulos», que en los santuarios de Isis e Istar en Egipto y Babilonia, pero principalmente en los santuarios de Astarté de los cananeos, se dedicaban a la prostitución religiosa en el templo. Los muchachos recibían, por sus servicios, limosnas para la diosa; y las muchachas, ya fuera por los caminos, pero seguramente también en los santuarios mismos, recibían dinero (sueldo de meretrices, sueldo de perros) que lo ofrecían al santuario.

La prostitución, pues, se caracterizaba, y se caracteriza, especialmente por su carácter mercenario. Sólo por extensión puede aplicarse a la mujer que se acuesta

con varios hombres. Si no recibe compensación económica, directa o indirectamente, no puede, a mi entender, llamarse prostituta.

En la epopeya de Gilgamesh, sumeria en su origen, el protagonista es dos tercios dios y un tercio hombre y el relato de sus aventuras comienza con las quejas de los habitantes de Uruk contra él: *«Su lubricidad no respeta a las vírgenes, ni a las hijas de los guerreros, ni a las esposas de los nobles»*, dicen. La diosa Aruru para combatirle crea a Endiku, un monstruo contra el que Gilgamesh se ve impotente. Para terminar con él, le envía una prostituta que se une a Endiku durante seis días y siete noches, después de lo cual, como no podía ser menos, el pobre Endiku está hecho trizas. Cuando recobra los sentidos la prostituta, *«conduciéndole como una madre»*, le enseña a convivir con los humanos.

En Babilonia el ser prostituta no era ninguna deshonra. En tiempos de Hammurabi, hacia 1750 a.C. en los templos había cortesanas que servían de intermediarias entre los fieles y la divinidad. Se cree que esta prostitución sagrada tenía su origen en los ritos prehistóricos de la fecundidad.

Mil años después el historiador griego Heródoto escribe: *«Toda mujer del país debe, por lo menos una vez en su vida, ir al templo y entregarse a un desconocido. No puede volver a su domicilio hasta que un hombre haya depositado una moneda de plata en su regazo y se la haya llevado a acostarse con él. La mujer no tiene derecho a escoger, tiene que seguir a quien le ha dado la moneda. Cuando ella se ha acostado con él, ha cumplido ya su deber para con la diosa y puede volver a su casa. Las mujeres hermosas pueden volver en seguida a su domicilio pero las feas o mal formadas deben esperar mucho tiempo antes de poder cumplir con las obligaciones impuestas por la ley. Algunas, tres o cuatro años.»*

Las prostitutas sagradas estaban clasificadas como *harimtu*, que era una cortesana semi-sagrada, la *gadishtu*, sagrada, y la *ishtaritu*, consagrada a la diosa Istar. Un refrán babilónico decía: *«No te cases con una harimtu pues son innumerables sus maridos, ni con una ishtaritu pues está reservada a los dioses»*.

La ley ordenaba que una prostituta no podía llevar velo ni cubrir su cara como las demás mujeres, ni podía tampoco cubrirse la cabeza.

La creencia en un Divina Madre, creadora de todo lo existente, era general en el Antiguo Oriente. Se la suponía, en algunos casos, anterior a cualquier dios masculino. Eso me recuerda la tendencia de algunas iglesias protestantes, la mayor parte de ellas norteamericanas, que, seriamente, predicán que Dios es un Ser andrógino. En un congreso mundial de Iglesias, que se celebró en Berlín Oeste en 1974, el profesor Nelle Mortau, teólogo americano, sostuvo la teoría que el nombre *Elohim*, dado a Dios en la Biblia, se componía del nombre de una diosa, *Eloh*, y del sufijo masculino plural hebreo *him*, mientras que *Yahvé*, que se tradujo erróneamente por *Jehová*, derivaba de una diosa antigua de Samaria.

Por otra parte la célebre sufragista inglesa mistress Pankhurst dijo una vez a una de sus seguidoras: «Ruega a Dios. *Ella* te ayudará.»

Para etimologías fantásticas léase lo que cuento de Napoleón en la primera serie de estas *Historias de la Historia*.

7. Constantino (I)

Año 290. Roma está agonizando. La antigua *Caput Mundi* pasa a la categoría de recuerdo. En ella ya no reside el emperador, ni casi tampoco el Imperio. Diocleciano, el poseedor del título, no era romano sino hijo de un liberto dálmata y su verdadero nombre era el de Diocletes. No sentía el peso de las tradiciones y su primera decisión fue trasladar la capitalidad del Imperio a Nicomedia, en el Asia Menor. La justificación del acto era fácil: los enemigos de Roma eran muchos y fuertes, era menester estar cerca de ellos para controlar mejor sus actividades. También había enemigos en la Germania, más cerca de la Urbe, pero los de Oriente eran más importantes y, por otra parte, de Oriente venían los suministros de todas clases para la ciudad. Diocleciano comprende este problema y, al encargarse del Imperio en Oriente, con el título de Augusto, nombra un colaborador con el mismo título y dignidad para gobernar el Occidente. Peto Maximiano, que éste era su

nombre, desdeña también la vieja Roma y fija su residencia en *Mediolanum*, la actual Milán.

Cada uno de estos Augustos nombra, a su vez, a un colaborador, que lleva el título de *César*. Diocleciano elige a Galerio, que fija su residencia en *Sirmiun*, Metrovica, en la actual Yugoslavia; Maximiano nombra a Constancio Cloro, que elige como residencia Tréveris, en la Germania. Cuatro gobernantes y ninguno de ellos residen en Roma. Pero el Imperio continúa llamándose romano.

Constancio Cloro, llamado así por la palidez en su rostro, había encontrado en una posada de *Naisso*, la actual Nis en Yugoslavia, a una sirvienta cristiana llamada Elena que le había dado un hijo al que llamó Constantino. Ello debía de ser el 27 de febrero de un año que aún discuten los historiadores. Se han barajado las cifras de 271, 275, 280 y 288 sin que se hayan podido poner de acuerdo. La mayoría, no obstante, se inclina por el año 280 como el más probable.

El 1 de mayo del año 305 Diocleciano y Maximiano, según habían convenido, abdicaron simultáneamente de sus cargos, títulos y dignidades retirándose a la vida privada. Galerio fue nombrado Augusto de Oriente y Constancio Cloro Augusto de Occidente. A éste se le unió como César un general casi desconocido llamado Severo. Este nombramiento causó por lo pronto dos descontentos: uno el hijo de Maximiano, Majencio; el otro el propio Constantino, hijo de Constancio Cloro, a quien Diocleciano había nombrado *Tribunus Ordinis Primis* y que ya en el año 295 había viajado con el propio emperador a Palestina y luchado, después, contra los sármatas a orillas del Danubio. Un año después, en 306, cuando Constancio Cloro muere en la Bretaña, las legiones proclaman Augusto a Constantino al propio tiempo que, en Roma, estallaba una sublevación contra Galerio. Los revoltosos nombraron emperador, en lugar de Galerio a Majencio, hijo de Maximiano, que se unió a su hijo, abandonando su retiro, volviéndose a proclamar emperador. Más todavía, Galerio había nombrado César a un general llamado Maximino Daia quien también quiso ser de la partida.

En mayo de 311 muere Galerio y, casi al mismo tiempo, el viejo Maximiano. Quedan en liza, pues, por un lado Majencio y Maximino Daia y por otro Constantino con su nuevo Augusto, Licinio. El 28 de octubre de 312, no lejos de Roma, muy cerca del Puente Milvio sobre el Tíber, Constantino derrota a las tropas de Majencio en una

batalla memorable de la que hablaré más adelante. Majencio pereció ahogado en el río y Constantino entró triunfante en Roma.

Al año siguiente, cerca de Andrianópolis, Maximino Daia fue vencido por Licinio. Los dos emperadores victoriosos se reúnen en Milán. Parece que por fin va a haber paz en el Imperio. El año 317 se ponen de acuerdo para nombrar césares a los dos hijos de Constantino: Crispo y Constantino el Joven, y al hijo de Licinio, Licinio el Joven. Parecía que la decisión era lógica pero, en realidad, asestaba un duro golpe al sistema electivo de los césares al ser sustituido por el sistema hereditario y, además, con herencia a distribuir entre tres personas pertenecientes a dos familias diferentes. La lucha no se hizo esperar. En 324 estallaron las hostilidades. Licinio fue derrotado en Andrianópolis, donde once años antes había vencido a Maximino Daia, luego también en Chrysópolis y por fin se rindió a Constantino que le había prometido la vida salva, a pesar de lo cual le hizo ejecutar así como a su hijo Licinio el Joven.

Hasta aquí la historia narrada no es más que una serie de luchas, envidias, ambiciones, asesinatos y traiciones como tantas otras que se pueden narrar de años anteriores o posteriores. Pero hay tres hechos que hacen que Constantino haya pasado a la Historia en forma más decisiva, más de primer actor, son: su conversión al cristianismo, el edicto de Milán por el que se dio libertad al cristianismo y se transformó en religión oficial y el traslado de la capitalidad del Imperio romano a Constantinopla, la ciudad por él creada.

El último hecho no ofrece dudas de ninguna clase. Ahora bien: ¿se convirtió Constantino al cristianismo?; si es así, ¿cuándo?, ¿antes o después de la batalla del Puente Milvio?, ¿en su lecho de muerte? Cuatro interrogantes que deben añadirse a las que presenta el llamado edicto de Milán.

8. EPIGRAMAS (I)

Empezaremos por uno de Francisco de la Torre:

*Siendo hueso la mujer,
que del costado ha salido,
en ella tiene el marido
muy buen hueso que roer*

Pobres mujeres, siempre motejadas... y siempre deseadas. Creo que quienes más las motejan son los que menos las alcanzan.

*No te admires, Lucio, más
de verme tan humillado,
pues sabes que soy casado;
cásate y amansarás.
De un ejemplo puedes ver
que no es eso desatino;
hasta el agua amansa al vino
por ser ella la mujer.*

Éste es de A. J. de Salas Barbadillo.

He aquí unos epigramas de Marcial adaptados por Quevedo. Digo adaptados y no traducidos porque en el que sigue, por ejemplo, Quevedo usa diez versos para decir lo que Marcial expresa en dos. Dice Marcial:

*Das nunquam semper promitis Galla roganti
si sempre fellis iam rogo Galla nega.*

y Quevedo

A doña Beatriz

*Beatriz, cuando ruego más
que mi voluntad aceptes,
mil favores me prometes,
pero nunca me los das.
Si siempre engañando estás,
haciendo donaire y juego
de mis ruegos, yo te ruego,
que me quieras, niégalo,
porque diciéndome no
harás lo contrario luego.*

Otros más

A Simón de Lara

*Mitrídates a beber
veneno se acostumbró
porque los tósigos no
le pudieran ofender.
Así tú, con mal comer
Lara avaro, y no cenar
te has sabido acostumbrar
en ayunas, de manera
que no habrá hambre tan fiera
que a ti te pueda matar.*

A Cloris

*Cuando te digo que estás
de más lindo parecer,
sueles, Cloris, responder:
desnuda agradaré más.
Mas cuando a bañarte vas
nunca me llevas a mi
para ver si esto es así.
Háceslo, Cloris, sin duda
porque temes que, desnuda,
no te agradaré yo a ti.*

A doña Juana y doña Ana

*Tiene los dientes de nieve
sobre cincuenta años Ana.
Tiénelos más negros Juana
y aún no ha entrado en diecinueve.
¿Qué razón habrá que pruebe
los efectos evidentes
siendo igualmente tratados?
Ser los de Ana comprados
y los de Juana sus dientes.*

Cantillana es una población de la provincia de Sevilla cuyo párroco estaba reñido con el poeta Juan de Salvias quien le inmortalizó con el epigrama que sigue:

De un clérigo avaro y sucio

*Cierto abad de Cantillana
tan viejo como guardoso
(dejo aparte lo asqueroso;
que eso lo dirá la sotana)
su mulilla rabicana
jamás la quiso prestar
verificando a la par
con evidencias notorias
en sí dos contradictorias:
no dar mula y muladar.*

Cuando veo por la televisión un partido de fútbol, lo cual ocurre raras veces, y oigo el estruendo estúpido que algunos individuos organizan con bombos y trompetas a la par que veo el césped sobre el cual evolucionan los jugadores, me acuerdo de un epigrama del conde de Villamediana:

*Llego a Madrid y no conozco el Prado
y no lo desconozco por olvido
sino porque me consta que es, pisado
por muchos que debiera ser pacido.*

Y que me perdonen los verdaderos aficionados al deporte rey, pero no me negarán que debe ser algo espantoso tener detrás, delante o al lado a un energúmeno que con un atabal o un bombo cree que con ello va a animar al equipo y hacer que jueguen mejor. Esto es tener mentalidad de brujo de tribu caníbal.

*En Jueves Santo un chicuelo
perdió al juego no sé cuánto,
y... «¿Ves?», le dijo su abuelo,
«por jugar en Jueves Santo.»
«Podrá ser», le contestó
el chicuelo con desdén,
«pero el que a mí me ganó
dígame usted... ¿no jugó
en Jueves Santo también?»*

es de Manuel Agustín Príncipe.

Todos los que nos atrevemos a escribir libros deberíamos tener en cuenta el epigrama de M.

*Pidióle a Narciso un día
el mentecato Gaspar
un libro donde encontrar
reglas para la poesía.
«Ya está cumplido su intento»,
dijo al escritor Narciso,
«mas lo que ahora es preciso,
es que busque usted talento».*

Y aquí está el busillis del cuento. ¡Cuántos libros hay que aburren aun antes de haberlos leído! Hay un socio del Ateneo, muy inteligente él, que escribe unos libros monotemáticos sobre un célebre escritor español. Él los vende, nadie los compra y nadie los lee. Quizá le falte algo. No sé qué será. Por supuesto los compradores.

9. Como fue engendrado Jaime I, el conquistador

La narración que sigue es tan novelesca que algunos historiadores la tienen por falsa. Ferran Soldevilla en sus notas a las *Crónicas* de Bernat Desclot y Ramón

Muntaner apunta la hipótesis, muy plausible, que tenga su origen en un poema anterior. Puede ser verdad, pero no quita la verosimilitud al hecho. En primer lugar, ¿no damos importancia histórica al *Poema de Mío Cid*, por ejemplo? En segundo lugar, ¿por qué no puede ser verdadera una relación que hubiese sido popularizada por los juglares y trovadores? Si damos crédito a los datos que nos proporcionan los cronistas citados, ¿por qué en este caso no las hemos de creer? Sea como sea ahí va la historia.

Pedro *el Católico*, conde de Barcelona y rey de Aragón, era hombre muy mujeriego «*molí dat a fembras*», casó el 15 de junio de 1204 con María de Montpellier que, a pesar de su juventud, había ya matrimoniado dos veces, la primera con Barral, conde de Marsella, y la segunda con Bertrán, conde de Comenges, que la había repudiado por causa de parentesco.

El motivo del enlace no fue el amor sino el interés. María aportaba a Pedro los dominios extensos de Montpellier que el rey católico ambicionaba. Una vez casados el rey no hizo mayor caso de su mujer y se dedicó a otras hembras. La crónica de Muntaner nos dice «*per escalfament que hac d'altres gentils dones*».

Sucedió, pues, que un día el rey don Pedro fue a Montpellier y allí se enamoró de una dama por la cual gustaba y daba a conocer a todos, que estaba enamorado, o por lo menos que la deseaba, y los cónsules y prohombres de Montpellier, que lo supieron, llamaron a un caballero que era de la confianza del rey en tales asuntos y le dijeron que si les ayudaba le harían rico. El tal caballero les respondió que si no era nada que atañese a su fe de buen grado haría lo que ellos le indicasen.

- Vos sabéis, le dijeron, que nuestra señora la reina es una de las más castas y honestas mujeres que hay en el mundo y sabéis también que el rey está loco por otra mujer. Os rogamos que hagáis lo posible para convencer al rey que ésta se encuentra dispuesta a satisfacer sus deseos pero de forma tal que nadie lo sepa, y que por ello se encontrará con el rey a oscuras en el aposento de palacio que ella misma indicará. Nosotros haremos que en vez de la tal dama la que yazga con el rey sea la reina.

El caballero se avino a todo, pues lo encontró muy puesto en razón.

- Nosotros, añadieron los prohombres, llevaremos a la reina a la habitación que hayamos designado y elegiremos doce damas honradas, las más honestas de

Montpellier y doce doncellas, asimismo dos notarios y el representante del obispo, dos canónigos y cuatro reputados religiosos.

- De acuerdo.

Los cónsules y prohombres se retiraron y mandaron que durante siete días se celebraran misas y funciones religiosas para implorar del Altísimo la gracia pedida. Y así se hizo y hombres y mujeres participaron en las ceremonias religiosas rogando a Dios el éxito del asunto.

Ramón Muntaner con gran precisión añade:

- Y ¿cómo no se enteró el señor rey que se hacían tales actos y se mandase ayunar durante una semana a pan y agua?

- Yo respondo y digo, escribe, que se ordenó por todas las tierras del señor rey que se hacía oración para que Dios pusiera paz entre el rey y la reina y les concediera el fruto deseado.

Y el rey dijo cuando se enteró de ello:

- Me place, que sea lo que Dios quiera.

Y llegó el día o, mejor dicho, la noche convenida, que era un domingo, y, cuando todo el mundo se hubo acostado, los veinticuatro hombres buenos y abades y priores y el representante del obispo y las doce mujeres y las doce doncellas con cirios en la mano, junto con los dos notarios, entraron en palacio y vieron cómo el rey se dirigía a la habitación designada en la que entró la reina. Y la habitación estaba a oscuras. El rey holgó con la reina y cuando hubo terminado entraron en la cámara todos los descritos y le dijeron:

- Mirad con quién os habéis acostado.

Y el rey, que al oír el ruido había desenvainado su espada, vio que era la reina la mujer con la que había holgado, dijo entonces:

- Ya que así es, que se cumpla lo que Dios quiera.

Y todos respondieron:

- Señor, gracias por vuestra merced.

La reina quedó al cuidado de las damas confabuladas y al cabo de un mes se comprobó que estaba encinta. Y, a los nueve meses, parió en Montpellier el más grande de los condes de Barcelona y reyes de Aragón.

He seguido, casi paso a paso, la crónica de Ramón Muntaner en la edición de *Les quatre grans cròniques* preparadas por Ferran Soldevilla en la colección «Perenne» de Editorial Selecta de Barcelona.

Parte 2

10. Los amores de Carlos I

Ni qué decir tiene que desconozco los primeros y aun los últimos escarceos amorosos del emperador. Hablaré sólo de aquellos que dejaron huella.

El primero es Juana Van der Gheist del que fue consecuencia una hija que nació en Audenarde el 18 de enero de 1522 y fue bautizada con el nombre de Margarita, llamada después de Parma por haberse casado con el duque de este nombre Octavio Farnesio.

Fue Margarita, años después, gobernadora de Flandes en nombre de su hermanastro Felipe II. Dejó un buen recuerdo; de no haber sido por ella tal vez no hubiese estallado la revolución de los *gueux*, los pordioseros. En Flandes las luchas religiosas se mezclan con las políticas. La nobleza flamenca encabezada por el conde de Egmont y Guillermo de Nassau, gran bebedor de cerveza y de carácter retraído que le dio el sobrenombre de *el Taciturno*, se presentan ante Margarita vestidos sencillamente y llevando cada uno una escudilla y un zurrón. Margarita quizá hubiese pactado con ellos, pero la influencia del duque de Alba se impone ayudada por Luis de Requesens. La guerra de Flandes estalla. Egmont y Nassau serán decapitados en la gran plaza de Bruselas, y en España correrá la frase «*España mi natura, Italia mi ventura y Flandes mi sepultura*», y ello durante muchos años, demasiados. Aún hoy placas conmemorativas figuran en la fachada del Ayuntamiento de Bruselas y el duque de Alba es el coco de consejas infantiles. De esta represión surgirá potente la leyenda negra anti-española.

Parece ser que tuvo otras hijas bastardas que no han pasado a la historia. Hacia 1522-1523, cuando Carlos I estuvo en España, tuvo relaciones íntimas con una castellana de las que nació una hija llamada Juana que murió ocho años después en el convento de agustinas de Madrigal de las Altas Torres.

El amor auténtico del emperador fue su esposa Isabel de Portugal cuya belleza fue immortalizada por los pinceles de Tiziano en un retrato que se conserva en el Museo del Prado. Por cierto que el pintor no conoció nunca a su modelo y el cuadro fue realizado a partir de un retrato que Carlos I llevaba siempre consigo. Al parecer

acertó en el parecido, pues el rey lo llevó consigo a su retiro de Yuste y murió contemplándolo.

Quien se interese por esta reina debe leer el capítulo que a ella dedica Fernando González-Doria en su magnífico libro *Las reinas de España*, el más interesante volumen sobre el tema que yo haya leído. Lo recomiendo (Editorial Cometa, Madrid, 1981).

El rey estaba, como de costumbre, sin dinero para las arras y tuvo que hipotecar las villas de Úbeda, Baeza y Andujar para poder corresponder a la dote que el rey Juan III de Portugal otorgó a Isabel. Aun así no llegó más que a la tercera parte, 300.000 doblas contra 900.000.

Según González-Doria, el padre Flórez describe así la ceremonia de la entrega de la novia el 7 de enero de 1526: *«A unos treinta pasos antes de la raya salió la emperatriz de la litera en que venía, subiendo a una hacanea blanca, en cuya disposición se apearon los portugueses a besarle la mano, llegando cada uno por su orden, y despidiéndose de ella la trajeron los infantes a la raya de Castilla, donde los nuestros la esperaban. Apeáronse todos; besáronle la mano y volvieron a tomar los caballos. Hízose un gran círculo de las dos comitivas, portuguesa y castellana, que formaban un lucido anfiteatro cual jamás se había visto en aquel campo, cual lo era ya de competencia entre las dos naciones sobre quién había de vencer en el brillo de galas y aderezos (...) Ceñían los costados de la emperatriz los infantes sus hermanos; acercáronse a ella el duque de Calabria, el arzobispo de Toledo y el duque de Béjar, y, teniendo los sombreros en la mano, dijo el primero: "Señora, oiga Vuestra Majestad a lo que somos venidos por mandado del emperador nuestro señor, que es el fin mismo a que viene Vuestra Majestad." Y dicho esto mandó a su secretario que leyese el poder que traía del emperador para recibirla. Leído en alta voz, dijo el duque: "Pues Vuestra Majestad ha oído esto, vea lo que manda". Manteníase la emperatriz con real serenidad, pero callando. El infante don Luis tomó de la rienda de la hacanea, y dijo al duque de Calabria: "Señor, entrego a Vuestra Alteza a la emperatriz mi señora, en nombre del rey de Portugal mi señor y hermano, como esposa que es de la Cesárea Majestad del emperador". Y dicho esto se apartó del lado derecho de la emperatriz donde estaba, y el duque tomando el mismo lugar y rienda dijo: "Yo, señor, me doy por entregado de Su Majestad en*

nombre del emperador mi señor." Los infantes besaron la mano de la emperatriz mereciendo que Su Majestad los abrazase, y todos se despidieron muy de prisa por el sobresalto que les conturbaba...»

El casamiento se celebró el 11 de marzo de 1526 en un salón del alcázar de Sevilla y los novios pasaron la luna de miel en Granada en donde Carlos I ofreció a su esposa unas flores rojas que acababan de llegar de Oriente y que se llamaron claveles. Como puede verse la imagen de la española con un clavel reventón en el pelo tiene un signo relativamente reciente.

Pronto quedó embarazada la reina Isabel y el 20 de marzo de 1527 empezaron los dolores del parto. Dolores muy fuertes que hicieron que una comadrona le dijese:

- Gritad, Majestad, que esto os aliviará.

Y la reina en su lengua portuguesa, que usó siempre en los momentos cruciales de su vida y en el de su muerte, contestó:

- *Nao me falléis tal, minha comadre, que eu morrirei, mais nao gritarei.*

Al día siguiente, 21, daba a luz a un niño, el futuro Felipe II.

Por cierto que existe la tradición que el príncipe fue sacado del palacio, ahora de la Diputación Provincial, por la ventana que hace esquina con la plaza; pero de ello no hay constancia histórica alguna.

Carlos I estaba profundamente enamorado de su esposa y, según parece, le fue fiel a lo largo de su matrimonio. Durante sus largas ausencias le escribía dulces cartas de amor y ya he dicho que en su lecho de muerte fijaba continuamente su vista en el retrato de Isabel.

Fue la reina modelo de esposa y de madre. Cuidó mucho a sus hijos, y de Felipe II escribe el mayordomo Pedro González de Mendoza que:

- *«Es tan travieso, que algunas veces Su Majestad la emperatriz se enoja de veras y ha habido azotes de su mano.»*

He aquí lo que el obispo Guevara escribía desde Medina del Campo sobre la costumbre de comer de la emperatriz. Copio del libro de González-Doria:

«A lo que decís de qué come y cómo la emperatriz, seos, señor, decir que come lo que come frío y al frío, sola y callando, y que la están todos mirando. Si yo no me engaño cinco condiciones son éstas que bastara sólo una para darme a mí muy mala comida... Sírvese al estilo de Portugal, es a saber: que están apegadas a la

mesa tres damas y puestas de rodillas, la una que corta y las dos que sirven; de manera que el manjar lo traen hombres y lo sirven damas. Todas las otras damas están allí presentes en pie y arrimadas; no callando, sino parlando: no solas, sino acompañadas, así que las tres de ellas dan a la emperatriz de comer y las otras dan bien a los galanes qué decir. Autorizado y regocijado es el estilo portugués; aunque es verdad que algunas veces se ríen tan alto las damas, y hablan tan recio los galanes, que pierden de su gravedad y aun se importuna Su Majestad.»

Murió el 1 de mayo de 1539 en el palacio de Fuensalida en Toledo y su cadáver trasladado a Granada. Le acompaña el duque de Gandia, Francisco de Borja que, como todos los cortesanos, había admirado siempre la belleza y el porte de la reina. Al llegar a su destino el cuerpo de la emperatriz estaba tan descompuesto que al abrir el ataúd y preguntarle al duque si aquél era el cadáver de Isabel respondió:

- Jurar que es Su Majestad, no puedo, juro que su cadáver se puso aquí.

Y dice la tradición que añadió:

- No volveré a servir a señores que se puedan morir.

Será o no será cierto que lo dijo. Pero sí es verdad que desde aquel momento el duque de Gandia y marqués de Lombay renunció a las glorias del mundo, ingresó en la Compañía de Jesús, fue su tercer general y subió luego a los altares con el nombre de san Francisco de Borja.

En febrero de 1545 nació el fruto de los «*amores*» de Carlos I con una joven flamenca llamada Bárbara Blomberg. A pesar que el emperador contaba sólo cuarenta y cinco años se puede hablar de una pasión senil. Los achaques y los abusos en la comida y en la bebida habían convertido en un viejo a aquel hombre maduro. La gota le atosigaba, estaba continuamente en manos de médicos y la unión de Carlos con la rolliza Bárbara no puede explicarse más que por haber sucumbido a una tentación que su posición social hacía fácil.

El niño fue separado de su madre que en 1548 contraía matrimonio con un tal Jerónimo Kagel, pequeño empleado en la corte de María de Austria. En 1569 enviudó y el rey Felipe II le concedió una pensión de 4.944 florines. Llevó desde entonces una vida un tanto alegre y disipada. Dada a los lujos y a las galas se le tuvo que llamar la atención repetidas veces.

El hijo del que hablaré después fue el célebre Juan de Austria, que sólo conoció a su madre cuando fue nombrado gobernador de los Países Bajos en 1577. Se puede suponer cómo fue el encuentro al saber que la envió a España, a donde llegó el 3 de marzo del mismo año desembarcando en Laredo.

A la muerte de su hijo se le atribuyó una renta de 3.000 escudos que gastaba en comidas y vestidos. Al final se retiró a Colindres, en donde murió en 1598. Está enterrada en el convento de franciscanos de Escálate.

Por cierto que un día discutiendo Juan de Austria con su sobrino don Carlos, hijo de Felipe II, le dijo éste al primero:

- No puedo discutir con un inferior. Vuestra madre fue una ramera.
- Pero mi padre, respondió don Juan, fue un hombre mucho más grande que el vuestro.

Don Carlos fue inmediatamente a «*chivarse*» a Felipe II, que le dijo:

- Don Juan tiene razón. Su padre y mío fue harto más grande hombre que lo es ni lo será nunca el vuestro.

11. Del uso de las enciclopedias

Todo aquel que escribe, sea de lo que sea, necesita tener a mano una enciclopedia, que es un instrumento indispensable. Tiene en general un inconveniente: una enciclopedia habla poco de lo que te interesa y demasiado de lo que no te importa: pero es innegable que es un gran punto de referencia.

Las grandes enciclopedias, Larousse, la Treccani, la Británica, etc. se encuentran en todas las bibliotecas de cierta importancia. Por supuesto, en las públicas.

En España contamos con una de las mejores enciclopedias del mundo: la Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo-Americana llamada corrientemente «el Espasa». No conozco ninguna de mayor extensión, cien tomos y pico, ni que sea más útil a periodistas, escritores, divulgadores, etc. Por otro lado, proporciona noticias pintorescas sobre todo lo divino y lo humano. Pero se ha de tener en cuenta que, empezada a publicar a primeros de siglo, muchas de las noticias revisten hoy en día un carácter pintoresco y aun caricaturesco.

Advirtiéndome que la tal enciclopedia pone al día sus artículos mediante suplementos y apéndices anuales, he aquí lo que se lee en el artículo bicicleta:

«Modo de montar en bicicleta y de conservar la máquina.» Es preciso, ante todo, que el que monta no tenga miedo a las caídas. Es además conveniente que los brazos no estén rígidos. Hay varios sistemas de montar; los más usados consisten en servirse del pedal, o mejor montar teniendo la máquina entre las piernas. Para apearse, lo más cómodo es hacerlo por el pedal; algunos lo hacen por detrás y también apoyando el pie en una acera próxima. El eje del pedal ha de estar al tercio de la longitud de la planta del pie a contar desde los dedos. Al mover los pedales conviene que la punta del pie se halle dirigida un poco hacia abajo. Para sostenerse, si la máquina se inclina hacia un lado, basta girar el manillar de modo que la máquina tienda a desviarse hacia el mismo lado...

«...Cuando se emprende una excursión en bicicleta es necesario llevar consigo un farol, una bomba, un neumático, una camisa de dormir (de seda), medias y pañuelos, una camiseta, un revólver y un mapa. Es práctico llevar varios botones y el dinero y el reloj en un cinturón, al cual irá sujeto la pistola o el revólver.

»En las carreras modernas el ciclista va precedido de una motocicleta, alcanzándose así velocidades mucho mayores. El efecto de los entrenadores es cortar el aire y producir una aspiración del mismo delante del ciclista, aparte de evitar a éste la fatiga cerebral que exige el cuidar de conservar la velocidad lo más constante posible, en cuyas condiciones el trabajo realizado en un tiempo dado es mínimo. Distínguense los corredores en dos clases, los *sprinters* y los *stayers*. Los primeros tienden a alcanzar la mayor velocidad, los segundos a hacer el mayor recorrido. A los últimos se les llama también de fondo.

»Higiene de la bicicleta.

»Según el médico inglés Herschell, el ejercicio de montar en bicicleta hecho con moderación es saludable, pero sin ella es muy peligroso. Es indispensable una máquina bien construida, el sillín debe ser cómodo para evitar irritaciones (prostatitis): el manillar no ha de ser muy bajo, debiendo estar el ciclista casi vertical, para lo cual las manecillas y el sillín se disponen generalmente a igual altura. El desarrollo no debe ser excesivo; 6 m en terreno plano y 5 en montañoso, pueden considerarse como límites, que para señoras deben disminuirse en un 20 por 100. El piñón libre es recomendable siempre que se lleve freno. La bicicleta es de utilidad para los enfermos que necesitan actividad en la respiración, debiendo

practicarse el ejercicio en el campo. Es también saludable para los nerviosos en las mismas condiciones. Practicado sin moderación el ejercicio de la bicicleta es de los más funestos. Los cansancios repetidos ocasionan hipertrofia y otras enfermedades del corazón, dándose el caso de que algunos de los más afamados corredores se han visto libres del servicio militar por esta causa. Un afecto del pulmón puede ser origen de hemorragias. Cuando existe enfisema debe proscribirse la bicicleta por la dificultad en la respiración. Cuando los riñones no funcionan bien, el uso de la bicicleta puede ocasionar accidentes. Es saludable a los neurasténicos, cuando se practica su ejercicio en el campo. En todos los casos conviene que el que se dedica a este ejercicio consulte a un médico sobre la conveniencia del mismo. Debe considerarse como un ejercicio penoso y sumamente perjudicial el montar un triciclo destinado al transporte de objetos, sobre todo por gente joven. En algunos sitios está prohibido. El ciclista debe tomar alimentos de digestión fácil, evitar el uso del alcohol, tomando mejor caldo como estimulante, mezclado con extracto de carne. Cuando existe cansancio excesivo o agotamiento, el mejor remedio es el reposo tranquilo, como la siesta. En las motocicletas el vestido debe ser grueso aun en verano, bien ajustado, de paño, y deben protegerse los ojos con lentes. No deben recorrerse más de 150 kilómetros por día en terreno, ni a más velocidad de 15 km por hora.»

Repito que la enciclopedia Espasa se pone al día mediante suplementos. Ello hace posible que se lea con cierta ironía no exenta de tremendismo, visto lo acontecido después, el artículo que sobre las aplicaciones de la aviación se dice en la voz correspondiente.

«Aplicaciones probables de los aeroplanos.

«Carreras de aeroplanos. El aeroplano no ha salido aún de su período de ensayo, de modo que sólo es posible hacer conjeturas sobre sus probables aplicaciones. Sin embargo, teniendo presente cómo se desarrolló el automóvil, con el cual el aeroplano guarda ciertas analogías, y examinando atentamente la marcha que toma lo referente a la aviación por los puntos de mira desde los cuales se van resolviendo sus dificultades con orientaciones determinadas, es posible trazar un cuadro

aproximado del modo cómo se desarrollará la aviación y de las más inmediatas modificaciones que en la vida de los pueblos introducirá este trascendental invento.

«Análogamente a lo que pasó con el automóvil antes de pensarse en aplicaciones utilitarias, pasará un cierto período de tiempo en que el aeroplano será objeto de deporte, lo cual permitirá el montar sobre una sólida base financiera la industria de la aviación, estableciéndose nuevos talleres de aeroplanos con cuyos precios fabulosos al principio se podrá hacer frente a los cuantiosos gastos que supone instalar esta nueva industria y perfeccionar continuamente los tipos lanzados al mercado.

«Influencia del aeroplano en el orden civil y social. El perfeccionamiento del aeroplano, que lo hará dentro de pocos años el más excelente medio de comunicación, traerá graves consecuencias en el orden civil y social; pero no hay que exagerar éstas, como lo hacen muchos autores, prediciendo sueños quiméricos de difícil realización. Por de pronto el aeroplano no anulará a los ferrocarriles y vapores, ni disminuirá su tráfico, y si algo es lógico prever es que lo aumentará aunque esto parezca una paradoja. Toda máquina voladora, ya sea más o menos pesada que el aire, no será nunca a propósito para el traslado de la carga, pues a lo sumo podrá utilizarse para llevar la correspondencia; tampoco estas máquinas servirán para el tráfico intenso de pasajeros por el reducido número que podrían llevar, lo caro que resultará el pasaje y la inseguridad de las horas de salida y llegada que dependen del estado atmosférico; de modo que el gran tráfico que hacen los ferrocarriles, vapores y tranvías con itinerarios determinados y con condiciones de seguridad, economía y velocidad aceptables no podrán efectuarlo los aeroplanos, cuyo destino apropiado será para el traslado en línea recta y a gran velocidad (de 150 a 200 km por hora) de aquellos pasajeros que por ganar tiempo no les importa gastar mucho.

»Aplicaciones militares. Las aplicaciones del aeroplano al arte de la guerra son mucho más limitadas de lo que generalmente se cree. Como arma de ataque, su eficacia será casi nula, pues siendo muy limitado el peso de proyectiles que podrá llevar, éstos, si dan en el blanco, podrán introducir momentáneamente cierto desorden en las filas enemigas sin ulteriores consecuencias, pues unos cuantos proyectiles aislados no tienen valor táctico alguno.

»El caso en que el aeroplano parece más terrible como medio ofensivo, es el de un ataque a un acorazado, dejando caer desde cierta altura un proyectil cargado con un explosivo energético, para echarlo a pique o ponerlo fuera de combate; pero hay que considerar la gran dificultad de esta temeraria empresa, pues el nutrido fuego de fusilería apoyado por las ametralladoras impedirían que el aeroplano se acercara a una distancia eficaz del acorazado; y aun admitiendo que esto lo lograra por sorpresa, de noche, hay que tener en cuenta que a los tripulantes del aeroplano les sería sumamente difícil el hacer blanco, pues no se trata sólo de dejar caer un peso sobre un objeto móvil, sino que la dificultad sube de punto considerando que en el momento de soltar el proyectil el aeroplano está animado de una gran velocidad (60, 100 ó 150 km por hora), de modo que todo objeto lanzado va a caer muy lejos del pie de la perpendicular que pasaba por el aeroplano en el momento en que se lanzó, y esta desviación considerable, combinada con la velocidad propia del acorazado, no es posible tenerla en cuenta en el momento de lanzar el proyectil, debiendo fiarse a la casualidad el que éste dé en el blanco. Pero esta misma dificultad que le quita gran parte de su valor ofensivo, es garantía de seguridad para un aeroplano, pues le permitirá evolucionar sobre el campo enemigo, aun estando dentro de la zona eficaz del tiro.

»Para lo que será verdaderamente útil el aeroplano, empleado como auxiliar en campaña, es para los reconocimientos, hechos actualmente con mucha dificultad por la caballería, y para lo cual no son del todo indicados los globos dirigibles, por lo engorroso que resulta su manejo y la dificultad de maniobrar contra un viento un poco fuerte. En cambio, el aeroplano reúne las condiciones más favorables para practicar un reconocimiento, vigilando las maniobras del enemigo y comunicándoselas al general en jefe, para lo cual se presta admirablemente por su ligereza, la gran extensión de terreno que domina, la facultad de ver desde arriba haciendo inútiles los abrigos y ocultaciones, y el poder trasladarse en línea recta sin sujetarse a los caminos. El general que posea este medio de reconocimiento tendrá una gran superioridad, mientras el enemigo no tenga también sus aeroplanos. En este caso ¿qué sucederá? No es difícil preverlo, observando lo que pasa al luchar las grandes aves rapaces: cuando en su lucha en los aires una de ellas logra remontarse más alto que su enemiga tiene segura la victoria; por este motivo éstas

no comienzan por un ataque directo, sino por una carrera de altura en que ambos enemigos ascienden describiendo grandes espirales, procurando la una estar más alta que la otra, y una vez logrado, se precipita sobre su enemigo atacándole por arriba, pues de este modo no tiene defensa. Una cosa análoga sucederá en las luchas entre aeroplanos, de aquí un nuevo motivo para dotar a estas futuras máquinas de guerra de un motor que tenga un exceso de potencia que les permita remontarse a gran altura para la vigilancia del enemigo y para una posible lucha en los aires.»

¿Quién iba a imaginar cuando se escribió este artículo a lo que llegaría la aviación en el arte de la guerra? Y ahora en la paz. Porque si viajamos en Jet y a velocidades supersónicas, el Concorde, lo debemos a los avances que en la industria aeronáutica se hicieron a causa de la guerra. Y aun ahora al temor de ella y a la carrera armamentística de las grandes potencias. ¡Qué terrible y desalentador es pensar que gracias a la guerra avanzamos en la técnica! Dios quiera que se avance lo mismo en la paz.

Nota. Repito otra vez que la Enciclopedia Espasa se empezó a publicar a primeros del siglo XX y que se va modernizando cada año con la publicación de unos apéndices. Olvidar eso haría de las páginas anteriores una burla de una obra que es muy útil y respetable. Cosa que no es mi intención. Como, por otra parte, la consulto a menudo, burlarme de ella sería desagradecimiento.

12. Anecdotario

En una sesión memorable del Parlamento, las minorías se levantaron a hablar para exponer su opinión respecto del asunto que se discutía. Cada uno de los jefes al hacer uso de la palabra invariablemente comenzaba su oración en estos o parecidos términos:

- Esta minoría que representa el sentir de la opinión pública...
- Esta minoría que...

Cuando tocó el turno al señor Nosedal, con gran aparato y énfasis, comenzó su discurso:

- Esta minoría... que soy yo solo.

Sabido es que en la época de Nocedal no había más diputado integrista que él.

Villemot, astrónomo francés que murió en 1713, era tan aficionado a las matemáticas que cuando oía leer un buen trozo en prosa o en verso o cuando contemplaba un paisaje, un cuadro o una estatua que le gustaban en extremo, exclamaba:

- ¡Bravo! Esto es casi tan hermoso como una ecuación.

Y esto me recuerda una frase de Sacha Guitry:

- Dicen que Pascal combatía el dolor de cabeza con problemas matemáticos, yo siempre he combatido los problemas matemáticos con dolores de cabeza.

Don Juan Nicasio Gallego, el gran liberal de las Cortes de Cádiz, decía:

- El sistema monárquico constitucional es bueno, es excelente cuando llega a consolidarse. Lo único que tiene de malo son los doscientos primeros años.

En el pasado siglo XIX un alcalde, acostumbrado a mudar de constituciones, recibió del gobernador un oficio al que contestó:

«Excmo. señor. He recibido la nueva constitución y la he mandado publicar solemnemente, conforme es costumbre y se hará con todas las demás que VE. se sirva remitirme.»

El duque de Roquelaure estando en una reunión dejó escapar cierta ventosidad.

A poco, el que estaba a su lado se volvió a mirarle, se tapó las narices y le dijo:

- Por compasión, duque, salid de aquí, que oléis muy mal.

- No, señor; quien huele mal sois vos que yo ya procuro no oler nada.

Por primera vez intervenía en un debate parlamentario don Antonio Maura.

Admirado de su oratoria, Cánovas preguntó:

- ¿Quién es ése?

El interrogado contestó:

- Maura, el cuñado de Gamazo.

- Pues me parece, replicó Cánovas, que muy pronto Gamazo será el cuñado de Maura.

Comentaba el señor Nocedal en interpelación dirigida al Gobierno la retirada del señor Silvela y su renuncia a la jefatura del partido conservador.

- España, decía el orador integrista, aplaude con entusiasmo la resolución del señor Silvela; si todos los que han fracasado imitaran su conducta merecerían bien de la patria, porque sólo con irse dejarían a España en camino de posible salvación.

El duque de Roquelaure era llamado el hombre más feo de Francia. Un día descubrió a otro más feo todavía y le llevó a la corte donde le presentó al rey como si fuera de su familia. Enterado el monarca le preguntó el porqué de la farsa y respondió el duque:

- Majestad, por un día ese hombre me ha hecho pasar casi por guapo. Por ello le considero por lo menos como primo mío.

Cayó un rayo en un convento de frailes y destruyó la iglesia, un lego comentó:

- ¡Qué misericordioso es el Señor! Si en vez de caer el rayo en la iglesia acierta a caer en la cocina, ni un fraile quedaba vivo.

Se hablaba ante la reina Cristina de Suecia de la reciente, 1649, decapitación del rey Carlos I de Inglaterra. Todo el mundo exclamaba:

- ¡Cortarle la cabeza! ¡Cortarle la cabeza!

- No sé de qué os extrañáis, dijo la reina, al fin y al cabo no le servía para nada.

¡Ni entre reyes reinaba la compasión!

El embajador de Prusia en París tenía una esposa muy hermosa pero harto corpulenta, de formas realmente atléticas.

Cuando Talleyrand la conoció dijo:

- En realidad es hermosa; pero en los granaderos de la guardia tenemos algo mejor.

Deseaba Silvela, «*la daga florentina*», dividir la mayoría, pero, huyendo de proposiciones incidentales, se limitó en su discurso a lanzar una frase cruel contra Cánovas deslizada con intención, pero con aparente calma:

- ...Es preciso apoyar al Gobierno, es preciso soportarlo...

Vivamente airado. Cánovas se levantó y encarado con Silvela dijo:

- Yo no estoy aquí para que me soporte nadie.

Y produjo la crisis total.

Discutióse el alcance del artículo XI de la Constitución y el señor Albareda denunció al subgobernador de Mahón por haber detenido a ciertos individuos que, reunidos en un salón particular, cantaban ciertos salmos, a las doce de la noche.

Admirado del abuso cometido por la autoridad exclamaba:

- ¡Pero, señor ministro, si a las doce de la noche en agosto, las dos terceras partes de los españoles están cantando!

Encaraban Sagasta con Cánovas en cierta reunión de gran interés político:

- ... A falta de razones, manifestaba, con que llevar la convicción al ánimo de todos, el señor Cánovas procura reducir a la mayoría, con chistes malagueños...

Cánovas le interrumpió:

- A ver los de Logroño, qué tal.

Narciso Serra, no el ministro actual, sino el escritor madrileño del siglo pasado, 1830-1877, y cuyo verdadero nombre era Narciso Sáenz Diez Serra, dijo un día a un su amigo:

- ¿Cuántos cornudos te parece que viven en esta calle sin contarte a ti?

- ¡Cómo sin contarme a mí! Esto es un insulto...

- Bueno, no te enfades. Vamos, contándote a ti, ¿cuántos te parece que hay?

Narciso Serra era autor de cantidad enorme de comedias, dramas y libretos de zarzuelas. Aquejado de parálisis general, dióse a la mordacidad y la sátira más despiadadas. Por algo le nombraron censor de teatros, cargo que desempeñó durante cuatro años.

Una revolución en Francia, una revuelta mejor dicho. Unos amotinados rodean a un soldado:

- ¿Tú dispararías contra el pueblo? ¡Contesta!

- ¿Yo?... Jamás yo...

Entusiasmo general.

- ¿No dispararías contra el pueblo? Tú eres uno de los nuestros. Vamos a tomar una copa.

El grupo entra en una taberna.

- ¡Este soldado jamás disparará contra el pueblo!

Aclamaciones, delirio. Otra taberna, la misma escena, otra y otra y otra taberna. Gritos aplausos.

- No, este soldado no dispararía contra sus hermanos. Este soldado...

Y el soldado borracho en un rincón va repitiendo entre hipo:

- ¿Yo disparar contra el pueblo?... Jamás... yo soy de la banda...

Capus era muy amigo de Briand, el político francés al que se atribuía una general ignorancia y que le invitaba invariablemente a todas sus cenas de importancia.

- Dirijo las conversaciones, decía Capus; nada de política, nada de historia, nada de geografía...

Briand, contemplando un gran rebaño de corderos: - ¡Qué hermosa mayoría!

Comentaba el señor Albareda la devoción que aún se guardaba a los moderados en las primeras Cortes de la Restauración, y como alguien mostrara su extrañeza relató la historia del andaluz que visitaba Italia con un inglés.

Sorprendió al andaluz, decía el señor Albareda, la reverencia y compostura con que el citado inglés se arrodillaba ante las estatuas de los dioses paganos.

- ¿Por qué os arrodilláis ante dioses que ya no lo son?, interrogó el sevillano.

A lo que el inglés, con gran flema, replicó:

- ¿Y está usted seguro de que no volverán a serlo?

Cuando en consejo de ministros se acordó condenar a Villacampo y compañeros de sublevación, Salmerón y varios correligionarios del ex presidente de la República acordaron gestionar el indulto. La reina mostrábase decidida a ejercer la regia prerrogativa de indulto pero Gamazo y otros ministros se oponían tenazmente.

Cañamaque, íntimo de Sagasta, comunicó a Salmerón que los reos habían sido indultados. Cundió la noticia por Madrid, se enteró Gamazo e indignado visitó a Sagasta. Extrañado éste de la noticia se enojó exclamando:

- ¡Y lo peor es que ya no podemos fusilar a estos hombres!

El instigador de la indiscreción de Cañamaque fue el propio Sagasta.

En 1924 fue vendida en pública subasta la camisa que llevaba el rey Carlos I de Inglaterra en su ejecución el día 30 de enero de 1649.

El catálogo decía «...*la camisa está bien conservada a pesar de algunas manchas de sangre...*»

13. Constantino (II), Constantino y el cristianismo

La Leyenda áurea se caracteriza por su simplicidad: Constantino, la noche anterior a la batalla de Puente Milvio, sueña que un ángel le muestra una bandera con una cruz y la inscripción: «*In hoc signo vinces.*» (Con esta señal vencerás.) Al despertar hace inscribir la cruz y la frase en los estandartes de su ejército. Vence a Majencio y se convierte al cristianismo, en parte, gracias al milagro y, en parte, gracias a los ruegos y oraciones de su santa madre Elena, que luego será canonizada. En Milán proclama al cristianismo como religión del Imperio y se abre así la Paz Constantiniana en la que la verdadera religión ocupa el puesto que merece por derecho propio. La Edad Media canoniza *coram populo* a Constantino, le atribuye milagros, etc., etc.

¿Qué hay de verdad en todo ello? No hay duda de que antes de Constantino el Imperio romano era un imperio pagano y después de él fue un imperio cristiano. La mayor parte de los datos manejados por los hagiógrafos e historiadores, hasta hace relativamente pocos años, proceden de una Vida de Constantino, atribuida a Eusebio de Cesárea. Pero actualmente los estudiosos han demostrado que este libro

no es de Eusebio, contemporáneo del emperador, sino de un autor desconocido, unos cien años más tarde. El relato de la batalla del Puente Milvio, por ejemplo, tal como ha sido narrada en el párrafo anterior se encuentra, sí, en la Vida de Constantino, anteriormente citada, pero en ningún texto contemporáneo de Constantino, cosa rarísima dada la importancia del suceso, ni es citada tampoco por ningún Padre de Iglesia, incluyendo a san Agustín. Claro está que el Constantino que nos describe la *Historia Eclesiástica* de Eusebio, que por otra parte no habla de la pretendida visión, o el que aparece en *Sobre la Muerte de los Perseguidores* de Lactancio, ambos escritores cristianos, es completamente diferente del Constantino del escritor pagano Zósimo, ello es lógico y natural; pero es que, además, las investigaciones históricas de los últimos cien años han proyectado una luz nueva y especial sobre el problema.

Gastón Boissier en su libro *El Fin del Paganismo* dice que *«cuando llegamos a esos grandes personajes que desempeñan el papel de protagonista en la historia, cuando intentamos estudiar su vida y comprender su conducta, es difícil contentarnos con explicaciones naturales. Como tienen la reputación de ser seres extraordinarios nos cuesta trabajo creer que hayan actuado como todo el mundo. Buscamos razones ocultas a sus más sencillos actos, les atribuimos sutilezas, combinaciones, profundidades, intrigas de las que jamás se dieron cuenta. Ello sucede con Constantino, tan convencidos estamos de que quiso engañarnos con su hábil política que cuando le sabemos ocupado internamente de los problemas religiosos y hacer profesión de fe cristiana nos sentimos inclinados a suponer que era un agnóstico indiferente, un escéptico que no tenía interés en culto alguno y sólo se preocupaba de las ventajas que él podía obtener»*.

Ya tenemos dos posiciones casi extremas: la del santo convertido fervorosamente a la fe cristiana y la del frío gobernante preocupado solamente por el interés material del país y de su corona. En realidad ambos motivos pueden ser invocados.

No hay ningún género de dudas de que el Imperio romano estaba sufriendo una crisis religiosa como jamás ningún otro pueblo había pasado. Los viejos dioses ya no interesaban. El patriciado, los intelectuales no tenían empacho en hacer gala de un profundo escepticismo, la mitología antropomórfica grecorromana no servía más que para la masa ignara y aun, no para toda. El hombre ha necesitado siempre algo

sobrenatural, algo misterioso, algo que no pueda comprender, que esté por encima de él y de su conocimiento porque en ciertos momentos, en ciertas crisis, sólo en ello puede confiar.

Desde el inicio del Imperio han ido instalándose en la propia Roma unos cultos nuevos, misteriosos, procedentes de las más remotas y dispares regiones conquistadas. Los misterios asiáticos tienen la primacía. Mejor elaborados, con más años de experiencia, con una solera espiritual inédita en el sistema intelectual grecorromano, captan cada día más adeptos y prosélitos. Los cultos órficos, los de Isis, de Baal, de Mithra aumentan en importancia y cada vez más un sistema se impone: el monoteísmo. Se termina una era en la que se sucedían las antiguas e interminables listas de dioses, diosas y semidioses, de cielos, celos, infiernos, adulterios, asesinatos, metamorfosis, incestos y transformaciones. Los nuevos cultos, incluso el cristiano, transformaron a su guisa las antiguas ceremonias y liturgias, a veces conviviendo y a veces sustituyéndolas. Así, hacia el año 400, san Juan Crisóstomo podrá decir: *«Se ha decidido fijar el aniversario del día desconocido del nacimiento de Cristo en la misma fecha en que se celebra el de Mithra o el Sol Invicto, a fin de que los cristianos puedan celebrar en paz sus santos ritos mientras los paganos se ocupan en los espectáculos circenses.»*

¿Qué incitó a Constantino a preferir el cristianismo a otras creencias para erigirlo en religión del Estado? Dejemos aparte elementos sobrenaturales tales como la Gracia y la Fe, don gratuito de Dios, y fijémonos en algunos detalles significativos. Constantino, a pesar de su madre cristiana, empezó por ser pagano y adepto al culto solar de Mithra. Por un panegírico pronunciado ante él en Tréveris el año 310 sabemos que en un santuario galo se le había aparecido acompañado de la Victoria y teniendo en sus manos unas coronas de laurel en cuyo interior figuraba un signo que Constantino creyó ser promesa de un feliz y largo reinado. Que Constantino fue, desde este tiempo, un entusiasta adepto del culto solar nos lo indica la numismática: sus monedas llevan las efigies de Constantino y el Dios Solar.

Ahora bien, si Constantino, en vez de ser un auténtico creyente de Mithra, era simplemente un adepto, más o menos entusiasta, le era fácil pasar de un monoteísmo a otro que presentaba, además, mayores ventajas para la organización del Imperio. Cuando Constantino comprende cuál podría ser la importancia política

del cristianismo, con su concepción teocéntrica y jerárquica y su Dios único y Trascendente, sólo un escaso diez por ciento de la población del Imperio era cristiana. No era, pues, una masa mayoritaria que impusiese su pensamiento al emperador, era la propia creencia la que se imponía, era la organización pero, sobre todo, la fuerte personalidad de los creyentes en Cristo que, durante dos siglos, habían demostrado estar dispuestos a morir y además habían sabido hacerlo por su fe y sus creencias.

Pero este diez por ciento de la población se hallaba concentrado en los núcleos urbanos que, en este momento, como en ningún otro del Imperio, tienen una importancia singular, y, aún más, no era ya, como en los comienzos, la población esclava la que se convertía al cristianismo, eran los patricios, los soldados, los intelectuales, la élite de la población. Si Constantino fue el sagaz político que se supone, comprendió rápidamente el tiempo que representaría identificar su poder, en mente de los creyentes, con el de aquel que dijo: «Yo estaré con vosotros hasta la consumación de los siglos». Esto ahora puede parecer blasfemia a algunos o despreciable ardid a otros; pero ni una cosa ni otra, significaban entonces en que, por una parte, se adoraba al emperador como a un dios y se le ofrecían sacrificios y, por otra, se creía que todo poder viene de aquel que es la Suma Omnipotencia, el Único Poder. Si Constantino pactó con el cristianismo, ¿sería justo decir que se hizo cristiano?

Recientes estudios fundados, sobre todo, en monedas y medallas de la época, parecen indicar que Constantino se inclinó hacia el cristianismo a partir del año 320, es decir, ocho años después de la batalla del Puente Milvio y siete del llamado edicto de Milán.

Así, como bien dice el bizantinista Lemerle: *«Véase, pues, con qué prudencia se debe hablar de la conversión de Constantino. Se deben evitar dos posiciones extremas. No se ha de olvidar que Constantino llegó lentamente a la fe cristiana y parece ser que más por una serie de consideraciones o circunstancias políticas que por una iluminación interior; que, durante mucho tiempo, el cristianismo le pudo parecer superior a otras religiones del momento pero no especialmente diferente a ellas; que, por otra parte, continuó siendo Pontifex Maximus durante todo su reinado, y que, si bien quiso depurar al paganismo de sus taras y supersticiones*

más groseras, no intentó, en cambio, destruirlo. Por otra parte sería vano negar que Constantino se preocupó siempre por el problema cristiano, que, desde el inicio, mostró una gran tolerancia para con los cristianos y luego les otorgó su favor y que es seguro que se convirtió al cristianismo ya que fue bautizado. Es verdad, aplazó el bautismo hasta la hora de su muerte: pero ello no era tal vez un signo de indiferencia, pues era corriente en aquella época ya que se pensaba que así se borraban más eficazmente los pecados cometidos. Lo que parece más singular es que Constantino recibiese el bautismo de manos de un obispo arriano.»

Pero de esto hablaré más adelante.

14. De monstruos

- ¿Por qué nacen monstruos en la tierra?

- Por muchas causas, que son éstas: flaqueza de la virtud generante, o por mucha abundancia; por accidente en la matriz; por aprehensión eficaz y viva, y por constelación a influjo especial.

- Así lo afirma Ferrer de Brocaldino.

Este problema de los monstruos preocupó extraordinariamente a nuestros antepasados y le buscaron multitud de explicaciones. El padre Nieremberg afirma que: *«Las causas físicas y naturales de los monstruos desfigurados son la concepción o confusión, sobra, o defecto del semen, descomposición o angustia de la madre, deformidad heredada, cópula ilegítima de diversos géneros o fuera del modo ordinario, demasiada lujuria; que así como suele ser causa de infecundidad, lo es a veces de debilidad del semen y, por consiguiente, de algún defecto en la criatura; y no es pequeña causa la imaginación y fantasía de los padres. Añaden algunos la fuerza de los astros en algún encuentro extraordinario.»*

Aceptada por todo el mundo, esta ciencia brindaba un maravilloso e inagotable campo para el desarrollo de la fantasía humana. Dejando a un lado las estrafalarias descripciones y peregrinos dibujos que en las obras inmortales de Ambrosio Pré se encuentran, y omitiendo los discursos que sobre el tema de los malos engendros lucieron profesores de gran renombre, antecesores y contemporáneos del cirujano francés y cuyos apellidos llenarían muchas cuartillas, pasaremos a indicar algunos

conceptos del fraile Fuente de la Peña, autor del ingenioso libro *El ente dilucidado*, porque, consignados en época relativamente cercana, en la segunda mitad del siglo XVII, y definidos por un religioso asaz erudito, no puede alegarse contra ellas ser chocheos de la vetusta Medicina o infantiles ilusiones de una ciencia en formación.

El reverendo padre, hombre de muchas letras y de espíritu invencionero, escribió un capítulo para dilucidar el tema siguiente: « *¿Podrá una mujer parir cada día del año siendo los fetos de nueve meses?*» Por demás está decir que el autor de *El Ente Dilucidado* resuelve afirmativamente la cuestión apoyándose en especiosos argumentos y alambicados distingos, y asegura que la condesa de Holanda y otras señoras demostraron, con su fecundidad, ser cierta la contestación que el fraile da a la duda, y añade que, aun cuando la matriz se cierra en el embarazo, no repugna, quede abierta, de suerte que ingrese la semilla del varón por el fervor de la nueva libido y que se alojen dentro del vientre 365 criaturas que vayan saliendo a su debido tiempo; y como por otra parte la superfetación se admite y es frecuente en las liebres, ¿quién puede poner límite a este fenómeno? Nieremberg refiere que Margarita, condesa de Holanda, dijo en una ocasión «*que las mujeres que parían de una vez más de un hijo eran adúlteras y una le echó esta maldición, que pluguiese a Dios que ella pariese tantos como tiene el año. Cumpliólo Dios, para que no condenase tan severamente los partos doblados*».

La versión que da Torquemada de este mismo caso es todavía más bonita: en lugar de ser condesa de Holanda, lo es de Irlanda. Tuvo 366 hijos en un parto, aquel año debía ser bisiesto, muy pequeños, como ratones, y un obispo los bautizó en una bandeja en la iglesia. Entre los que los vieron estaba el emperador Carlos V.

No es lo dicho lo más curioso que en el citado libro se lee pertinente a obstetricia; en efecto, ahí van algunas noticias que llevan la aprobación del mencionado Fuente de la Peña: «*La mujer puede concebir leones, elefantes, perros y marranos, según el doctor Reyes; Marcelo Donato afirma que una mujer parió un caballo pequeñito de legítima cópula de varón; según Plinio, una mujer llamada Alcippe dio al mundo un elefante, y según Delrio, otra parió un león, y todos estos casos sucedieron no por conmixión nefanda.*»

Aún dice más, y es el que el hombre puede engendrar y parir de sí mismo, lo cual se comprende admitiendo endróginos ocultos, esto es, individuos que tienen un sexo aparente y oculto o interno otro sexo; intenta probar la posibilidad del fenómeno, citando individuos que tuvieron la menstruación, según afirman Aquapendente, Aretro y Zacuto Lusitano; recordando a este efecto que en el año de 1354, según testimonio de Leonardo Bertrando Loth, en su libro *Resoluciones Teológicas*, un hombre llamado Luis Rooses padeció un tumor en el muslo que cada día iba en aumento, y después de nueve meses salió de la referida hinchazón, con gran asombro de los circunstantes, un niño vivo que fue bautizado y se llamó como su padre y murió dentro de breve tiempo. Después de este caso carecen de interés otras maravillas obstétricas acaecidas en la especie humana; pero aun son tortas y pan pintado todo cuanto el bueno del fraile nos dice comparado con lo que sigue, también sacado del peregrino libro: «*El príncipe Rabastasio tenía diamantes preñados que parían otros diamantes; y, según testimonio de Manescal, una señora de la familia de los Luxemburgo tenía dos diamantes que parían en verano otras piedras iguales.*»

Acerca de los hombres con flujo menstrual, *El Por Qué de Todas las Cosas* nos ofrece una explicación:

«- ¿Por qué muchos indios tienen flujo de menstrual?»

- Porque se hacen con los alimentos que comen de complejión muy fría, engendran mucha sangre melancólica, que sólo la purga el flujo, o porque Dios los castigó con este accidente.»

El mismo libro también nos explica el problema de los hermafroditas:

«- ¿Por qué se engendran hermafroditas? »

- Porque en los siete senos de la matriz de la mujer, el del medio, que es adonde se conciben, no tiene virtud eficaz para producir varón y la tiene superior para concebir hembra, con que hace un mixto de varón y hembra y concíbese hermafrodita:

«- ¿Por qué nacen siempre con ambos sexos de varón y mujer, y no con dos de hombre o dos de mujer? »

- Porque hiciera en esto una cosa en vano la naturaleza y nada hace la naturaleza en vano.

«- ¿Por qué siempre se inclinan los hermafroditas al uso de varones?»

- Porque apetece en ellos la naturaleza lo más perfecto.

«- ¿Por qué no engendran si usan de hembras?»

- Porque tienen leve la virtud, y repartida de engendrar, y concebir, y están impotentes para uno y otro.»

El libro no habla de los travestís y es una lástima.

Martín del Río, a quien el duque de Maura llama empedernido coleccionador de truculencias teológico-morales, narra esta anécdota escalofriante:

«A una doncella que vivía recogida acometió el Enemigo transfigurado en Ángel de luz, y le vino a persuadir era igual a nuestra Señora; y que sólo le faltaba el concebir y parir quedando doncella. Un día, entre otros, que estaba preparándose para comulgar como solía, pidió a Dios le acabase de hacer aquella merced prometida. Estando así oyó una voz que le dijo: "Amada mía, ten buen ánimo; confía que serás preñada por obra de Dios". Tras estas palabras, se le apareció Satanás, como Ángel del Señor, y se ajuntó con ella y tuvo acceso. Vuelta la miserable a casa, empezó a echar de ver que le crecía la barriga. Estando de esta suerte la cuitada, descubrióse a un ciudadano rico y honrado de aquella ciudad y contóle la historia de su milagrosa preñez y suplicóle se sirviese que en un rincón secreto de su casa pudiese parir. El prudente ciudadano, aunque no creía la ficción ni tenía la revelación por buena, con todo, porque si la negaba su casa no fuese difamada, y porque no cayese el caso en bocas de herejes y se burlasen de la mujer y de nuestra fe, permitió aguardase el parto en su casa. Llegó la hora, y empezó la desventurada a ir con dolores, no de parto sino de muerte. Al fin parió, en vez de criatura humana, un gran montón de gusanos vellosos, de tan horrible figura que pasmaban a quien los miraba y echaban de sí tan horrible hedor que no lo podían sufrir. De donde se colige que, por su gran soberbia, le engañó el Padre de los Engaños, Satanás.» (Usandizaga, comentando este hecho, dice: «Es muy posible que este caso, como los embarazos múltiples del siglo XVI, se tratase de una mola vesicular.»)

El tema de las relaciones sexuales del demonio con seres humanos se trata, según los autores de la época, de un hecho innegable. El doctor Navarro afirma: *«Este enemigo mortal suele tomar un cuerpo de hombre o mujer muerta, introducirse en él y tener acceso como hombre o mujer»*. Dicho autor asevera que el demonio no

puede gozar de propiedades fecundantes, pero sí que puede «*tomar con gran sutileza semen a "carnali actu decisus" y con mucha presteza llevarlo caliente, de tal manera que los espíritus vitales no se disipen, con la cantidad y calidad necesaria, y en tiempo y razón que conviniese y engendrase un hombre; pero el demonio no lo engendra sino el semen hominis*».

Como una muestra de pintoresca descripción de monstruos transcribo uno mencionado por Peramato utilizando la traducción del padre Nieremberg en su Curiosa y oculta filosofía:

«En las Indias, año de 1573, nació un niño en forma de diablo; de la manera que suele aparecerse a algunos de aquellos bárbaros con boca, ojos, y orejas disformes y de horrible figura, en la frente dos cuernos, pelos largos, un cinto de carne doblado, con un pedazo también de carne pendiente del, a manera de bolso o zurrón, en la mano izquierda como una campanilla o sonajuela también de carne, al modo de aquellas con que los indios se convocan para sus bayles, los muslos armados con carne doblada y blanca. El muslo derecho con uno como cinto o corona redondeado. Nació este monstruo con esta figura de demonio por imaginación, y espanto que del tuvo la madre por aparecerse así en los bayles de aquella gente.»

(En la revista mexicana Sensaciones, del 31 de julio de 1951, pág. 39, he leído un reportaje muy interesante sobre el pez diablo, cuyas características corresponden exactamente a las aquí descritas. Sería posible que se tratase del mismo ser. El artículo en cuestión va ilustrado con fotografías que avalan mi suposición.)

El cirujano Juan Fragozo refiere que una mujer llamada Margarita González, casada dos veces con dos tejedores, concibió de entrambos maridos 160 criaturas, pariendo muchas de una vez y muchas veces.

En el *Libro de Anatomía*, de Montaña de Montserrate, se describe cómo una enferma expulsó por la boca huesos y carne humana en tal cantidad que se podría formar con ello una criatura, y dice que este fenómeno no puede tener otra explicación que los trozos del feto formado en el útero penetraron en la vena uterina, de aquí fueron a la cava para terminar pasando al estómago. Fragozo refiere otro caso en que la eliminación fetal tuvo lugar por el recto.

El doctor Marañón, en su libro sobre Feijoo, dice que dicho autor refiere varios casos relacionados con el hombre pez, en el que creía a pie juntillas: el descubierto en

1671 cerca de la Martinica, mitad hombre y mitad pez. El que vio en 1725 el bajel capitaneado por Oliver Morin, cerca de Brest; hombre perfecto, pero con aletas de pescado, de genio tan amoroso que quiso abalanzarse al mascarón de proa que figuraba una mujer, y tan grosero que exoneró el vientre vuelto de espaldas a la tripulación para hacer irrisión de ella. A la misma especie monstruosa pertenecen los casos referidos por el anónimo autor de los *Caprices d'imagination*, tales como el pescado con figura humana aparecido en el río Tachui, «en las extremidades del imperio ruso», y el hombre marino que vieron unos consejeros del rey de Dinamarca, caminando milagrosamente sobre las aguas, con un haz de hierba al hombro.

Sigue el autor narrando casos de hombres pez o de prodigiosas aptitudes natatorias. Todo el capítulo es de un interés extraordinario para el amante de las anécdotas.

La historia del hombre pez que interesó a Feijoo fue la de Francisco Vega, joven nadador de inteligencia limitada y de instintos errabundos, gran nadador y que dio ocasión a gran cantidad de fábulas y consejas identificándole como un nuevo Peje Nicolao. Debido a su vida marítima estaba cubierto de escamas. Marañón explica el caso, demostrando que el tal Vega fue un cretino; por ello erró sin sentido por tierra o quizá por mar; tuvo escamas por padecer de ictiosis, común en los cretinos; y, por ello, nadaba con pericia y resistencia extraordinarias y se sumergía mucho más tiempo que los muchachos sanos de su edad. Lo demás, hasta dejarle convertido en el prodigioso hombre pez que popularizó Feijoo, lo hicieron los prejuicios y las supersticiones de la época.

15. De re gastronómica

No sé si mis amigos lectores habrán comido alguna vez gato, lagarto, rata u hormigas. Si no lo han hecho lo siento por ellos pues son un bocado exquisito.

El gato no se consideró animal doméstico, en Europa, hasta muy entrada la Edad Media, en la que unos mercaderes asiáticos introdujeron este animal en Venecia como remedio eficaz contra la plaga de ratas que infestaba entonces la República adriática. Hasta entonces se consideraba como animal salvaje y objeto de caza... y de regodeo culinario.

He aquí una receta de Ruperto de Ñola para cocinarlo:

«Gato assado como se quiere comer. El gato que esté gordo tomarás, y degollarlo, y después de muerto cortarle la cabeza y echarla a mal, porque no es para comer, que se dize que comiendo de los sesos podría perder el sesso y juyzio el que la comiese. Después desollarlo muy limpiamente y abrirlo y limpiarlo bien, y después emboluerlo en un trapo de lino limpio y soterrarlo debaxo de tierra donde a de estar un día y una noche, y después sacarlo de allí y ponerlo a assar en un assador, y assarlo al fuego, y comenzándose de assar untarlo con buen ajo y azeyte, y en acabando de untar azotarlo bien con una verdasca, y esto se a de hazer hasta que esté bien assado, untándolo y azotándolo, y desque esté assado cortarlo como si fuese conejo o cabrito, y ponerlo en un plato grande, y tomar del ajo y azeyte desatado con buen caldo de manera que sea bien ralo y échalo sobre el gato, y puedes comer del porque es muy buena vianda.»

Es curiosa la salvedad que el gran cocinero opone al consumo de la cabeza del animal. Yo la he comido y no he sentido ninguna de las desgracias que Ruperto de Ñola profetiza al goloso. O tal vez no me he dado cuenta.

En lo que se refiere a las ratas las he comido, y riquísimas, en Medina del Campo en 1939. Eran ratas de sembrado que un compañero de «*mili*», gran tirador, cazaba a tiros de fusil en los rastrojos de los alrededores de la ciudad del Castillo de la Mota. Su carne es finísima y recomendable.

En cuanto al lagarto que pregunte quien dude de su exquisitez a los habitantes de Plasencia, que lo tienen como *bocato di cardinale*. En un restaurante cercano al mercado, a mitad del camino entre la plaza Mayor y la catedral, lo he saboreado, en salsa verde, con regodeo y gusto inmejorable. Su carne es delicada y sabrosa y puede comerse asada. Se encuentran recetas para cocinarla en multitud de libros de cocina de los siglos XVI y XVII.

Por lo que se refiere a las hormigas, las llamadas «*hormigas colombinas*», que en Colombia se consumen, son altamente recomendables. Son hormigas grandes de patas, un poco fuertes que, una vez tostadas, se encogen. El resultado es como un grano de café un poco grande. Se venden en conserva, al vacío, y resultan excelentes como aperitivo, especialmente acompañando el whisky. Pruébenlas y me dirán el resultado.

16. El camello y la aguja

Conocida es la frase evangélica «*Os digo más: es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que un rico en el reino de los cielos*» (Mt. 19, 24). La Biblia comentada por los profesores de Salamanca (BAC, 239, p. 435) dice: «*La lectura "camello" es genuina. Pero algunos autores, sorprendidos por esta desproporción entre aguja y camello, pensaron que, en lugar de "camello" (kámélos), hubiese estado primitivamente otra palabra semejante (kámilos), que significa cable, sogas gruesa, maroma de navío, con lo que se lograría no sólo menos desproporción, sino también una mayor homogeneidad conceptual entre aguja y sogas. Otros, para justificar esto, inventaron que una de las puertas de Jerusalén se llamaría entonces "agujero de aguja".*»

Pero es desconocer los fuertes contrastes orientales, las grandes hipérboles, tan características de esta mentalidad. Además, este tipo de comparación era completamente usada en el medio ambiente. Así se lee, Vg. "Practicad por mí, por la penitencia, una abertura como el agujero de una aguja, y yo os abriré una puerta por donde los carros y vehículos podrán pasar..." En cambio, en la literatura rabínica se sustituye el término "camello" por el de "elefante". Probablemente sería esto entonces como un recuerdo de la presencia de estos grandes animales en las guerras macedonias y sirias. Así se lee: "Nadie piensa, ni en sueños..., un elefante pasando por el agujero de una aguja". Y un rabino decía con gran intención: "Tú eres de Pumbeditha, donde se hace pasar un elefante por el agujero de una aguja". Es un proverbio con el que se designa una cosa que es, por medios humanos, imposible. Jesucristo, tomando sus imágenes del medio ambiente, sustituye elefante por camello. Y así dirá en otra ocasión a los fariseos: que "coláis un mosquito y os tragáis un camello." »

Esta frase, como la anterior (Mt. 19, 21: «*Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme*») han producido discusiones a lo largo de la historia. ¿Se trata de un precepto o de un consejo?

Fratricelli, begardos, beguinos, los piagnoni de Savonarola, los valdenses, creyeron lo primero. En la Crónica de Laon se narra la trayectoria religiosa de Pedro Valdés:

«En torno a 1173 había en Lyon un ciudadano llamado Valdés, que había hecho una gran fortuna por el diabólico medio de la usura. Un domingo se vio sorprendido por una multitud que escuchaba a un juglar y estaba muy afectada por sus palabras. También él lo fue y escuchó con gran interés la historia de san Alejo, que había tenido una santa muerte en casa de su padre. A la mañana siguiente, Valdés fue a la escuela de teología a interesarse por su alma. Requirió al maestro para que le informase de cuál de todas las vías era la mejor para acceder a Dios. El maestro citó las palabras del Señor: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tengas, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Ven y sígueme."

«Valdés volvió al lado de su mujer y le dio a escoger entre los bienes muebles y las propiedades en tierras, agua, bosques, prados, campos, casas, rentas, viñedos, molinos y hornos. Ella quedó sorprendida y eligió las propiedades. De los bienes muebles, devolvió aquellos adquiridos indebidamente, dio una amplia parte a sus dos hijas, a las que colocó en la orden de Fontevrault sin conocimiento de su mujer y dio una fuerte cantidad a los pobres.

«Durante este tiempo, una fuerte hambre asoló la Galia y la Germania. Durante tres días a la semana, desde Pascua a San Pedro Encadenado, Valdés repartió pan, sopa y comida a todos aquellos que se acercaban a él. En la Asunción de la Virgen repartió monedas entre los pobres por las calles diciendo: "No puedo servir a dos amos, Dios y Mammón". La gente lo creía loco, pero él, levantándose, les dijo: "Amigos y conciudadanos, no estoy loco como pensáis, sino que he derrotado a uno de los enemigos que me esclavizaban, puesto que daba más importancia a las riquezas que a Dios, y he servido a las criaturas más que al Creador..."». En 1177, Valdés, el mencionado ciudadano de Lyon que había hecho voto a Dios de no poseer oro ni plata, llegó a convertir a algunas personas a sus opiniones. Siguiendo su ejemplo, dieron cuanto tenían a los pobres y de buen grado se hicieron devotos de la pobreza. Poco a poco, tanto en público como en privado, empezaron a vituperar tanto sus pecados como los de los otros.»

En 1178, el papa Alejandro III reunió un concilio en su palacio de Letrán... condenó la herejía y a todos aquellos que la fomentaban y defendían a los heréticos. El papa abrazó a Valdés y aplaudió su voto de pobreza voluntaria, pero les prohibió a él y a sus compañeros que predicasen excepto a petición de los eclesiásticos. Obedecieron

estas instrucciones durante algún tiempo, pero más tarde no, y con ello labraron su propia ruina.»

Jesús dijo: «*Siempre habrá pobres entre vosotros*». Lo que se ha de procurar es que los ricos sean menos ricos y los pobres menos pobres; y que no haya miserables ni más hermanos que mueran de hambre.

17. Anecdótico

Tallemant des Réaux en sus *Historietas*, tan necesarias para conocer la vida privada y anecdótica de su siglo, cuenta que el rey Luis XIII de Francia cuando empezó a mostrar que era capaz de cariño lo puso en su cochero Saint-Amour.

Después se mostró afectuoso con Dasan, que era el criado que cuidaba de los perros. Quiso enviar a España a una persona que le diese noticias acerca del carácter y figura de la princesa, que había de ser luego reina de Francia, y envió al padre de su cochero como si se tratase de una compra de caballos.

Cuenta Tallemant des Réaux en sus *Historietas* que los habitantes de Saint-Maixent, en el Poitou, sabiendo que el rey iba a pasar por el pueblo, pusieron camisa limpia a un ahorcado que pendía de la horca junto al camino real.

Discutían el desastre colonial. Nocedal atacaba a los partidos políticos y en un discurso manifestó dirigiéndose al Gobierno:

- Únicamente dos ministros quedaron bien por excepción; el general Bermejo y el general Correa. No supieron combatir, no supieron triunfar, pero al menos después de la catástrofe supieron doblar la cabeza y ¡se murieron!

Ocupaba Moret la presidencia del Consejo cuando sufrió el rudo golpe de ver morir a su esposa. Llevaba con tan triste motivo el presidente varios días sin aparecer por palacio.

El primer día que se presentó a despachar con el rey, un periodista se le acercó y le dijo:

- Don Segismundo, le acompaño a usted en el sentimiento. He sentido hondamente la muerte de su esposa.

Moret, apenado y con gran excitación, le contestó:

- ¡Vaya usted a paseo! ¿Qué le importa a usted la muerte de mi esposa? Lo que usted quiere son noticias. Déjeme usted en paz.

El periodista quedó hecho una pieza.

Quejábase un individuo que el papa Alejandro VIII después de prometerle un empleo le había faltado a la palabra.

Súpolo el pontífice y dijo:

- Es verdad que yo le di muchas palabras; pero lo que es la palabra no se la di.

No sé de quién es esta fábula

*Un gato en un tejado
esperando a una gata murió helado.
¡Y alguno habrá tan ciego
que quiera sostener que amor es juego!*

La escritora Emilia de Girardin escribió una comedia en la que presentaba a los periodistas como hombres que sólo se inspiraban a base de vino y licores.

Desde entonces Jules Jasnin, uno de los más ilustres periodistas de su época, cuando terminaba el desayuno, compuesto de una jícara de chocolate y un vaso de agua, le decía a su criada:

- Francisca, esconde los restos de esta orgía.

Cuentan de Felipe II que vio entrar azorado y pálido en su gabinete a un cortesano quien le dio la noticia que una gran señora acababa de morir de resultas de una caída de caballo.

- ¿Cayó honesta? - preguntó fríamente el rey.

-Honestísima, señor.

-Pues demos gracias a Dios.

El duque de Crequi se cayó desde lo alto de una escalera abajo sin hacerse daño.

- Ya podéis dar gracias a Dios.
- ¿Por qué? No me ha ahorrado ni un solo escalón.

En un discurso ante la Cámara:

- ¡Ah, señor Salmerón, si su señoría sabe con tiempo que la república va a triunfar, escapa la víspera!

Lamentábase Peris Mencheta de la rigurosidad con que se ejercía la censura en su periódico:

- No se deja decir nada, ni el santo del día. Mandé que se supliese lo suprimido en capitania general con la letanía y el credo, y ni eso se consintió.

Canalejas, al ocupar el poder, nombró un ministerio de medianías. En cierta ocasión le preguntaron:

- Don José, ¿qué tal el ministro de la Gobernación?

Don José pegaba con los nudillos un golpe en la mesa.

- Y ¿el de Hacienda?

Dos golpes.

- Y ¿el de Marina?

Tres golpes.

- Y ¿el de Gracia y Justicia?

Canalejas exclamó:

- ¡Por favor, tenga compasión de mí y no siga preguntando, que me romperé la mano!

Un Viernes Santo el poeta Pirón, que decía de sí mismo que no era nada ni siquiera académico, andaba bebido y dando traspiés por la calle, un amigo le dijo:

- ¿Y no os da vergüenza dar este espectáculo en un día como éste?
- No, pues no es extraño que el día en que la divinidad sucumbe, la humanidad se tambalee.

El poeta francés Desbarreaux, hombre incrédulo, estaba un Viernes Santo comiendo una tortilla hecha con grasa de cerdo. En esto estalló una tempestad con cantidad de rayos y truenos.

- ¡Vaya, cuánto ruido hacen allá arriba por una tortilla!

Y la tiró por la ventana, lo cual quiere decir que no era tan incrédulo como decía.

Dalmacio Iglesias en un discurso aseguraba que el número de congregaciones religiosas es insignificante:

- ... En Madrid hay más casas de prostitución y tabernas que conventos. Y esto lo he comprobado yo, personalmente.

En otro discurso con motivo de la ley llamada del «*candado*» decía:

- ... El triunfo será de los católicos, porque con los católicos están las mujeres dispuestas a moverse.

Defendía un diputado la elección de cierto médico que había sufrido la derrota de su candidatura. Elogiaba su defensor al médico en estos términos:

- Posee una gran fortuna, y los ratos que el bisturí le deja libres, los dedica a los negocios de la agricultura. Ha reunido una fortuna cuantiosa. Hoy arrastra coche.

Leonardo da Vinci inventó un asiento de retrete plegable que «*debía girar, como las ventanitas de los monasterios por medio de un contrapeso*». Cuando Isabel de Aragón pidió que le instalasen un cuarto de baño en la Corte Vecchia, bosquejó él un sistema de agua caliente para que ésta se mezclase previamente con la fría, calculando que tres partes de agua caliente y cuatro de fría darían la temperatura conveniente. Para Francisco I planeó la instalación, en el castillo de Amboise, de cierto número de retretes con agua corriente, con canalizaciones intra-murales y unos tubos de ventilación que llegasen al tejado; y como la gente tiene tendencia a dejar las puertas abiertas, se les fijarían unos contrapesos que las cerrasen automáticamente.

Hablaban un día de las penas del infierno en presencia del fabulista La Fontaine y él dijo:

- ¡Bah! Siempre habrá alguien que se acostumbre a ellas y al cabo de un tiempo estará allí como un pez en el agua.

Se atribuye a Voltaire una frase del poeta francés Voiture. Un día vio pasar una procesión y al llegar la cruz frente a él, se quitó el sombrero.

- ¿Os habéis reconciliado con Dios? - le preguntó su amigo.

- Nos saludamos, pero no nos hablamos - respondió.

Relataba el señor La Chica los lances pintorescos ocurridos en cierto pueblo con motivo de las elecciones:

- Se contrató, decía el diputado, a un torero de invierno para romper la urna.

- « ¿Qué me pasará si la rompo?», preguntaba.

- Que te llevarán a la cárcel.

- «Pues es lo mismo que me ocurre cuando toreo.» Y la rompió.

El que fue cardenal de Richelieu en 1607 fue a Roma para ser consagrado obispo.

El papa Paulo V le preguntó, al verle muy joven, si tenía edad suficiente y él le dijo que sí, pero conseguido su objeto le pidió la absolución del pecado de haber dicho que sí, siendo mentira.

El papa dijo de él:

- Este mozo será un gran pillastre.

Y se equivocó en el tiempo del verbo porque ya lo era entonces.

Una dama del siglo XVIII muy dada a los placeres le decía a un noble muy borracho:

- ¿Crearás que en diez años que llevo de viuda, nunca he tenido ganas de volverme a casar?

- Te pasa lo que a mí, replicó el otro, desde que bebo no tengo sed.

El señor Barriobero al oír las palabras de otro diputado «*en nombre de los católicos*» interrumpió:

- Luego hablaré yo en nombre de los masones.

18. El monje del monasterio de Yuste

Éste es el título de una novela de Leandro Herrero muy celebrada en el pasado siglo. Yo recuerdo haberla leído en el colegio en una edición del Apostolado de la Prensa. Ignoro si aún figura en los catálogos.

El monje en cuestión es Carlos I de España y V de Alemania. Entre 1554 y 1556 el emperador ha ido abdicando de sus títulos y dignidades. La totalidad de su herencia pasa a su hermano Fernando, Alemania, y a su hijo Felipe, el imperio español.

La más patética de las ceremonias se celebra en Bruselas. He aquí cómo la describe el autor francés Robert Courau en su libro *Historia Pintoresca de España*, vol. II, p. 74 (Luis de Caralt, Barcelona, 1973):

«En la gran sala del castillo de Bruselas, iluminada a través de elevadas ventanas y adornada con tapices flamencos, se coloca un estrado con unos escalones, bajo un baldaquín en el que campean escudos de armas: allí hay tres sillones, para Carlos V, su hijo Felipe (llegado ex profeso de Inglaterra) y su hermana (gobernadora en su nombre de los Países Bajos). Más de mil personas llenan la sala y en las primeras filas están los dignatarios de los diversos países del imperio austro-español y los delegados de las diecisiete provincias. El emperador, desde la pequeña casa en la que reside, sólo ha de atravesar el parque del castillo en una mula muy corta de patas, sostenida por las bridas por ambas partes y al abrigo de las miradas del público. Después, a través de la sala, sumida en expectante silencio, el emperador avanza despacio, apoyándose con una mano en un bastón y con la otra en el hombro de un joven príncipe neerlandés, que un día dará bastante que hablar. Cuando Carlos empieza a hablar (totalmente vestido de negro, con sus grandes y redondos anteojos montados en la nariz y un memorando en la mano), su discurso, en francés, tiene todo el aspecto de una rendición de cuentas realizada por un gerente de empresa. Recuerda que en aquella misma sala, cuarenta años antes, había proclamado la emancipación; presenta una larga lista de dificultades que desde entonces le han salido al paso y da la exacta estadística de sus viajes por Europa y hasta África, sin omitir el descuento de sus travesías marítimas. Después, con voz más emocionada, deplora no haber podido llevar a buen fin esa prosecución de la paz, a la que ha consagrado toda su vida, y el decaimiento de sus fuerzas que

le obliga a abdicar, dejando una labor inacabada. Se vuelve entonces a su hijo y le transmite la soberanía de los Países Bajos, exhortándole al cumplimiento de sus deberes, tanto para con sus súbditos como para con su fe cristiana.

«Vencido por la emoción, muy pálido, visiblemente extenuado, Carlos no puede contener las lágrimas que corren por sus marchitas mejillas y se excusa por ello; su hijo se echa llorando a sus rodillas; su hermana, con la cara velada por un pañuelo, solloza; la asamblea se conmueve, muchos tosen y suspiran.» Pero hay una reacción de descontento cuando Felipe toma la palabra incapaz de expresarse en francés, limitase a declarar que aunque entiende el idioma no osa hablarlo, y a una señal suya, un consejero flamenco arenga brevemente en nombre del príncipe a sus nuevos súbditos.»

El papa Paulo IV al saberlo exclama:

- ¡Verdaderamente el emperador se ha vuelto loco!

El pontífice ignora, o finge ignorar, que Carlos I está cansado, abatido y sin ganas de vivir. El que tantas veces ha vencido ha sido derrotado dos veces, la última vez en Innsbruck en donde tuvo que huir a uña de caballo y disfrazado. El que tanto ardor había puesto en luchar contra la herejía ve cómo el luteranismo invade y triunfa en las naciones en donde le había combatido. Está enfermo y débil y sólo ansía morir tranquilo en un rincón. Este lugar es Yuste al lado de Cuacos, en Extremadura.

El propósito es edificante. El hombre más poderoso de la tierra termina su vida humilde como un monje. Pero la realidad es muy diferente.

Cuando la litera en que se traslada llega a Yuste el prior emocionado le llama:

- Vuestra Paternidad.

Un fraile rectifica:

- Vuestra Majestad.

Y, efectivamente, *mutatis mutandis* el emperador no deja de serlo ni un momento. Incluso en sus humillaciones se nota que no ha abdicado del todo de su realeza. Hace que omitan en la misa su nombre en el Canon e intenta una vez comer en el refectorio con los monjes y como los monjes, pero su bulimia es superior a sus propósitos y organiza unas comilonas pantagruélicas inimaginables hoy en día y totalmente inadecuadas para un gotoso. Treinta platos en cada comida con cerveza

y vinos escogidos. Cuando de Tordesillas le envían un cajón de chorizos abandona lo que está dictando a un secretario para contemplarlo.

Entresaco del libro de Courau (pp. 79 a 81) los datos que siguen:

«Los primeros días en Yuste fueron melancólicos, obsesionados sobre todo por el sentimiento de haber "debilitado su reputación" al no haber abdicado inmediatamente después de su victoria sobre el ejército de los príncipes luteranos; reprochándose el haber conservado el poder cuando se acercaba a los cincuenta, repetía con amargura: la fortuna sólo ama a los jóvenes. Pero no tarda en rehacerse, recurriendo al tónico más eficaz: un ritmo invariable de vida. Se levanta al amanecer, reza con su confesor, se entretiene después con el mecánico relojero, rodeado de relojes, de lentes y de diversos instrumentos de física. Hacia las diez llega el barbero y los ayudas de cámara, con lo que empieza la jornada oficial. Cuatro misas, por su padre, su madre, su esposa y por él mismo, una meditación piadosa, un eventual ensayo de la escolanía del convento y la lectura de algunos despachos. Llega después la hora más esperada: la de la comida. Con gran acompañamiento de especias, Carlos devora con el mismo apetito que en su juventud, gozando de las especialidades regionales, nuevas para él, como cierta variedad de perdiz conservada a base de echarle orina en el pico; mientras come escucha distraídamente la conversación de sus "intelectuales". A veces está invitado a su mesa algún huésped de categoría, llegado a Yuste a pesar de las dificultades del camino; pero muy pronto sólo se aventurarán hasta allí algunos miembros de su familia.»

«Las primeras horas de la tarde después de la siesta, el ex soberano las dedica a su voluminosa correspondencia: su secretaria lee las cartas recibidas y Carlos dicta un número considerable de respuestas e instrucciones y al pie de cada texto se excusa por no poder escribir de su puño y letra... Se ha encontrado su correspondencia dinástica con su hijo Felipe, casado con la reina de Inglaterra, con su hija que ha reemplazado a Felipe en la regencia de España, con su hermano, el archiduque de Austria y emperador de Alemania; y esa correspondencia demuestra que hasta sus últimos días fue el jefe indiscutible para toda la familia hispano austriaca, en la que

gozaba de una autoridad casi religiosa y en la que era consultado en toda clase de dificultades.

«Al cabo de quince meses de estancia en Yuste, la salud del ilustre ermitaño, hace tiempo bastante precaria, "prematuramente avejentado", declina visiblemente. Torturado por sus habituales enfermedades, ahora sufre unos temblores que lo dejan helado de la cabeza a los pies. Poco eficaces resultan las tisanas de diversas y raras esencias que su médico le administra, y los baños de vinagre y agua de rosas que toma por consejo suyo para ayudar a sus piernas atacadas por la parálisis. De la misma eficacia son los numerosos talismanes medicinales con los que se cubre para "alejar la enfermedad": piedra azul contra la gota; piedras engarzadas en oro, contra las llagas supurantes; brazaletes y anillos de oro contra las hemorroides.

«El segundo verano en Yuste fue especialmente agotador; Carlos, consciente de su próximo fin, confía a su barbero el deseo de ver celebrar previamente sus propias exequias. La leyenda nos lo ha mostrado vestido con hábito de monje, haciéndose colocar en su féretro mientras canta De profundis. No son éstos los rasgos de un cerebro bien organizado, comentará Voltaire. Pero la verdad es que tales detalles no pasan de ser invenciones de novelistas de la Historia. La realidad es menos melodramática; las exequias, encargadas por Carlos con la autorización de su confesor, se limitan, sin hábito y sin féretro, a la "vigilia de difuntos" (con lectura de la Biblia y cánticos) y, a la mañana siguiente, la misa de Réquiem. Carlos expone en esa ocasión su deseo de ser enterrado bajo el altar mayor de la iglesia de Yuste, "de manera que el sacerdote, al decir misa, tenga sus pies sobre mi pecho y cabeza", en señal de eterna humillación. En los días siguientes, postrado por la intensa fiebre, no quiere ver a nadie; no puede comer y a veces pierde el conocimiento. Pero recibe con toda lucidez la extrema Unción. El arzobispo de Toledo acude a su lado; conociendo los escrúpulos del moribundo y solícito para confortarlo, le muestra un crucifijo, diciéndole: "He aquí al que responde de todo; no hay pecado, todo está perdonado." Palabras impregnadas de una fe generosa, pero en las que sus enemigos verán una afirmación luterana de la redención por sólo la fe, sin necesidad de buenas obras: es decir, lo esencial de la "perniciosa doctrina de Lutero". Estas palabras serán motivo que un día sea encarcelado el arzobispo por

orden de la Inquisición y acusado de herejía protestante, cosa que le hubiera valido la hoguera de no haber intervenido enérgicamente el papa. Era el obispo Carranza. Carlos, perfectamente lúcido hasta el último aliento, pide el crucifijo que había tenido su esposa al morir y ya no se separa de él; hace encender cirios bendecidos en torno a su lecho y determina los cantos religiosos que desea oír. Hacia las dos de la mañana, apretando con una mano el crucifijo sobre el pecho, pide que le pongan un cirio en otra, sostenida por su mayordomo.

«Poco después murmura: "Ya es tiempo". Y suspira profundamente: "¡Ay, Jesús!" Con lo que entrega su alma. Era el 21 de septiembre de 1558.»

19. Algunos reyes

Al fallecer Boerhaave se encontró entre sus papeles un libro que decían contenía todas sus recetas. Fue vendido a muy alto precio. El que lo compró se apresuró a abrirlo y no encontró más que hojas blancas, a excepción de una, en que estaba escrito:

«Tened la cabeza fría, el vientre libre, los pies calientes y os podéis reír de los médicos.»

Cuando los consejos se dan en forma general y axiomática, es difícil que se den bien; en cambio, cuando se dan para un caso especial, es frecuente que su aplicación pueda generalizarse, no a todos los casos, pero sí a multitud de ellos, ya que muchos serán los pacientes que se muestren en similitud de circunstancias con el individuo a quien se sirvió de mentor.

- Sufro de la gota, decía un enfermo al doctor Abernethy. ¿Qué hago?
- Viva con un chelín diario y gáneselo, respondió el médico.

La gota era enfermedad de ricos y poderosos y producida por excesos a los que ellos tenían más acceso, que no el pueblo bajo. De gota parece ser que murieron Carlos I y Felipe II de España.

Por la curiosa colección epistolar que a Felipe II o a su secretario escribió desde Yuste el doctor Matisio, sabemos los ataques de gota, de inusitada intensidad, que

afligieron al emperador Carlos I, la vida que éste hacía, el plan curativo empleado y otras varias particularidades.

En dichas misivas, coleccionadas por Gachard, consta que el 17 de noviembre de 1557, el rey tuvo un ataque de gota con gran dolor en la espalda y brazo izquierdo, suplicio que, con alternativas, duró cuatro meses; en agosto del año siguiente repitióse el acceso, durante el cual presentósele al emperador una llaga en el dedo meñique izquierdo y gran picazón en las piernas; para divertir el humor se le purgaba con frecuencia. Atacado de tercianas, fueron éstas arreciando de día en día, no teniendo los médicos más recursos contra ellas que sangrías, purgas, agua de cebada y esperanza en Dios, que cortaría la fiebre si así le placía al Altísimo, quien no debió sentirse inclinado a salvar la vida al augusto enfermo y falleció éste flaco, extenuado, delirante, con diarrea, intranquilidad, temor y alta fiebre, todo lo cual disminuyó merced a una sangría para dar entrada a la agonía y a la muerte.

La muerte de Felipe II fue muy parecida, clínicamente hablando, a la de su padre el emperador. En el año 1600 se publicó en Madrid un libro, hoy raro, titulado *Testimonio Auténtico y Verdadero de las cosas notables que Pasaron en la Dichosa Muerte del Rey N. S. Don Felipe II, etc.*, por el licenciado fray don Antonio Cervera de la Torre, de la cual relación se ha publicado lo más esencial en la conocida obra de Cabrera de Córdoba, consagrada a la historia del rey Felipe. En dicho testimonio dijo el doctor Juan Gómez de Sanabria, médico de cámara de S. M., y con él casi todos los testigos declararon, con juramento, lo que pasó en el fallecimiento del monarca, que con su muerte y el discurso que tuvo en la enfermedad, fue una de las cosas raras y ejemplares que se han visto y oído decir, singularmente en la fortaleza y paciencia que demostró.

El martes, último día del mes de junio del año 1598, partió Su Majestad desde Madrid a San Lorenzo el Real, no obstante las súplicas de los médicos de cámara para que no emprendiese tal viaje, porque tuvieron por cierto que había de enfermar gravemente. Al llegar a San Lorenzo fue acometido de unas tercianas, de las que mejoró un poco a los siete días.

«El 22 de julio, miércoles, a media noche, le acometió recia calentura, que le fue siempre repitiendo a manera de terciana doble, de las que los médicos llaman

subintrantes, o que se alcanzan; la cual le sobrevino, según la información, por haber hecho más ejercicio de lo ordinario dentro y fuera de dicho monasterio, dos o tres días antes de que cayese enfermo.»

Al séptimo día le apareció una apostema en la rodilla y muslo derecho, haciendo naturaleza un mal absceso a aquella parte, que con ningunos remedios pudo resolverse, habiéndose procurado mucho, y temiendo no se madurase y fuese necesaria abrírsele en un artículo que de suyo es malicioso y de mucho peligro; al fin se vino a madurar y fue menester abrírsele y salió gran cantidad de materia, por estar todo el muslo lleno de ella; y por ser tanta, sin esta abertura que hizo el arte, la naturaleza hizo otras dos bocas, por donde purgaba tanta cantidad de materia que esto sólo bastaba para matarle, cuando no hubiera otra cosa. Y desde treinta días de su enfermedad, con liviana ocasión de una medicina de caldo de ave y azúcar, vino a hacer más de cuarenta cámaras, y esto se fue continuando hasta el fin de su vida. Tuvo, sin esto, Su Majestad un principio de fiebre héctica, o habitual, y un gran principio de hidropesía, hinchándosele las piernas, muslos y vientre notablemente, junto con estar de las demás partes tan flaco, que no tenía sino los pellejos y los huesos. A todo esto se juntaron los corrimientos de su gota y cuatro llagas fistulosas que tenía en el dedo índice de la mano derecha y tres en el del medio de la misma mano, y una en el dedo pulgar del pie derecho y de todas estas enfermedades, tan grandes y peligrosas, vino a morir Su Majestad, como declararon y depusieron sus médicos.

Antes de esta dolencia postrera venía el rey muy castigado de la gota, que le ocasionaba muchísimos ataques y que heredó de su padre, quien, a los treinta años, adolecía de este mal.»

Dejando a un lado la última relación que entre las llagas de los dedos, el absceso articular y las fiebres existieron y haciendo caso omiso de si la última enfermedad de Felipe II fue la de Job y la de los reyes de Egipto, como asimismo de la discusión acerca de las teorías de Galeno y Archigenes en lo relativo a si todos los accidentes y padecimientos del rey fueron o no gotosos, puntos sobre los que se disputó largamente, diremos que el desventurado monarca, antes de ir al Escorial, ya no podía escribir ni tenerse en pie, y que en su dolencia final permaneció en cama, echado de espaldas, sin poderse mover, ni consentían sus dolores el cambio de las

ropas, de suerte, que evacuando en el lecho, hallábase como enterrado en vida en un lodazal de sanies, deyecciones, pus, restos de cataplasmas y ungüentos, comido de parásitos, él, que había sido tan extremadamente limpio y que no toleró jamás en su cuarto raya en la pared ni mancha en el suelo...

Duró la enfermedad cincuenta y tres días; durante ella estuvo adormecido, no obstante los sufrimientos, la sed ardorosa y las úlceras por decúbito. «*A las cinco de la mañana del domingo 13 de septiembre de 1598, con dos o tres boqueadas como un niño, se le arrancó el alma al acabar la noche y entrar el día con la salida del sol.*» Así lo dice el doctor Comenge en su libro *Clínica Egregia*:

*Fallida mors aequo pulsat pede pauperus
tabernas Regumque turres...*

[Horacio, Odas, lib. I, oda 14, v. 13-14.]

Pero a pesar de esta igualdad ante la huesa y de la igualdad ante el dolor, había, hace siglos, desigualdad ante la farmacia, y así se lee en un recetario del siglo XIII: «*Electuario para reyes, magnates y prelados: Recipe: Piñones mondados, ocho onzas; almendras mondadas, seis onzas; azúcar blanco, cuatro libras; agua rosada, una libra; aceite rosado de almendras dulces, tres onzas; cinamomo selectísimo, ocho dracmas; canófilos, tres dracmas; ligno-áloes, cuatro dracmas; sándalo cetrino, tres dracmas; ámbar bueno, una dracma; estas sustancias se trataban según los preceptos generales de los electuarios y la confección, muy agradable, se tenía como confortativa del estómago, pecho y cerebro.*»

Yo no sé qué diablos podía contener esta pócima que sólo conviniese a reyes, magnates y prelados, y no pudiese recetarse con éxito a burgueses, hidalgos y villanos. ¡Misterios de la ciencia de antaño! Misterios que no comprendo, porque los reyes mismos se encargaban de advertir que sus coronadas personas se encontraban sujetas a las mismas enfermedades del común de los mortales.

He aquí, como muestra, una expresiva carta de Fernando de Antequera a su tesorero:

«*Lo rey:*»

Tresorer entre les altres accidens qui an represa molt fort no tra persona es que ha ben L hores que no podem pixar, la cual cosa nos dona gran passió. E tots los nostres metjes son de acort que nosaltres hauens un oli que 'han ordenat pendriem gran millorament e remey. Perqué com lo dit oli se haie de fer de un balsem e altres coses costoses que costará de cinch cents florins, vos manam que los dits D haiats don se vulls que hisquen. E noy poséis dilació, que ja veets que en va a la triga. Dada en Ayqualada sots nostre segell secret. E per indisposició de nostra persona signada de ma de nostre secretan a XVIII dies de Marc del any MCCCCXVI. Paulus, secretario.» (Arch. de la Corona de Aragón, reg. 2410, fol. 50.)

El rey murió el 2 de abril.

Parte 3

20. «Echar un polvo» y «ser de mala leche»

Hay palabras, frases y expresiones que un día fueron correctas y luego han pasado al lenguaje soez y grosero. Dos de ellas son las que encabezan este artículo.

Si en el siglo XVIII algún señor hubiera dicho a otro: «*vamos a echar un polvo*», «*vamos a tomar un polvo*» o algo por el estilo no hubiera causado ninguna sorpresa ni escandalizado a nadie. Se refería al rapé o tabaco en polvo. De la misma manera se debería entender la frase refiriéndose al acto de empolvar una peluca.

La acepción malsonante se debe a la Biblia y a la liturgia católica.

En la primera se lee, Génesis, cap. 3, v.19: «*Con el sudor de tu rostro comerás pan hasta que tornes al suelo, pues de él fuiste tomado ya que eres polvo y tornarás al polvo*». En la liturgia del Miércoles de Ceniza el sacerdote pronunciaba las palabras: «*Memento homo quia pulvis eser in pulverem reverteris*» («*Recuerda hombre que eres polvo y al polvo has de volver*»). En una traducción popular basada en el texto bíblico ya citado y en el anterior en el que se dice que Dios hizo al hombre del barro, es decir del polvo humedecido, se dijo «*que del polvo vienes y al polvo has de volver*». Teniendo en cuenta que el origen del hombre se encuentra en el coito, se identificó éste con el polvo bíblico y litúrgico, con lo que la palabra tomó un sentido grosero que en un principio no tenía.

En cuanto a la otra frase hay que recordar que una creencia muy antigua atribuía gran importancia a la leche que se mamaba en la primera niñez. Se recomendaba, como se recomienda ahora, la lactancia materna: pero en el caso en que ésta no era posible se creía que la leche mamada de ubres mercenarias influía en el carácter del niño. Así, por ejemplo, si la nodriza era iracunda lo sería también el lactante, si avara, avaro sería él, etc.

San Agustín, que creía en ello, recomienda que se empleen nodrizas cristianas para que el niño no se vea inficionado por leche pagana y en la Edad Media, y muy especialmente en España, se recelaba de las nodrizas no cristianas, judías o musulmanas, por creer que «*tenían mala leche*» y el niño sufriría toda su vida la influencia de la leche mamada.

«*Ser de mala leche*» significaba, pues, no haber sido alimentado por la madre o una nodriza cristiana y por lo tanto no ser de fiar.

La interpretación soez y barriobajera es pues falsa a todas luces, y digo barriobajera por costumbre pues es sabido que, hoy en día, el habla soez se usa, por desgracia, tanto en los barrios bajos como en los barrios altos. Antes se decía de un malhablado «*habla como un carretero*», ahora hay veces en que vienen ganas de decir «*habla como una señorita de la buena sociedad y universitaria*».

Gracias a Dios, en homenaje a la verdad, se ha de convenir en que son minoría.

21. Constantino (III), el edicto de Milán

Según los historiadores tradicionales la prueba de la conversión de Constantino viene dada por la publicación en 313 del edicto de Milán, por el que se daba libertad a los cristianos para ejercer su culto y se erigía al cristianismo como religión del Estado. En efecto, hubo este año en Milán unas entrevistas entre Constantino, vencedor el año anterior de Majencio, y Licinio, victorioso, a su vez, de Maximino Daia. Y no sabemos mucho más.

En realidad fue Galerio, el año 311, quien publicó el primer edicto a favor de los cristianos en el que, entre otras cosas, se decía: «*Que los cristianos existan de nuevo. Que celebren sus reuniones a condición que no perturben el orden. A cambio de esta concesión deben rogar a su Dios por nuestra prosperidad y por la del Estado así como por la suya propia.*»

Lo que sabemos, en cambio, de la época constantiniana, es el texto, conservado por Lactancio, de un rescripto dirigido por Licinio al gobernador de Bitinia y promulgado en Nicomedia, fechado en junio de 313. Eusebio, en su *Historia Eclesiástica*, nos ha conservado el texto griego. Sin colocar al cristianismo en plano superior a ninguna otra creencia, el edicto declara que «*a partir de este día aquel que quiera seguir la fe cristiana la siga libre y sinceramente sin ser inquietado ni molestado en manera alguna. Hemos querido que Tu Excelencia conozca esto de la manera más exacta para que no ignores que hemos concedido completa y absoluta libertad a los cristianos para practicar su culto. Y ya que la hemos concedido a los cristianos debe Tu Excelencia comprender que se concede también a los adeptos de las otras religiones el derecho pleno y entero de seguir sus usos y su fe y ser libres para paz*

y tranquilidad de nuestro tiempo. Y así lo hemos decidido porque no queremos humillar la dignidad ni la fe de nadie». El propio edicto mandaba devolver a los cristianos las iglesias y otros inmuebles que se les había confiscado.

Así, pues, no existe la pretendida erección del cristianismo en religión de Estado, por Constantino. Sólo la tolerancia o libertad de cultos, no sólo para el cristiano sino para cualquier otro. En realidad, la perfecta coexistencia entre paganismo y cristianismo, probada incluso por el otro texto, conservado y aducido por Lactancio, consistente según él en una oración revelada a Licinio, y mandada recitar a unos soldados por éste, antes de la batalla en la que derrotó a Maximino Daia. Las palabras de la oración pueden ser recitadas indiferentemente por un cristiano o por un adepto al culto solar, son simplemente una invocación a un Ser Supremo sin indicar cuál.

Es curioso notar que ambos textos se refieren a Licinio y al Oriente mientras que Constantino y el Occidente brillan por su ausencia. No hay duda que Constantino conoció los dos documentos o por lo menos el primero; pero no se sabe que los haya promulgado. La historia oficial e interesada se ocupará, luego, de atribuirle todos los méritos, la tradición y la leyenda harán lo demás.

22. Epigramas (II)

Médicos y abogados han sido siempre víctimas de la ironía pública, lo que no impide que en cuanto se tiene necesidad de unos u otros, acudan a ellos los mismos que los zahirieron:

*A Dios un abogado
se parecen en eso,
Dios de nada hizo un mundo,
él hace un pleito.*

Este epigrama de Ventura Ruiz Aguilera es falso en absoluto. Quien hace el pleito es el pleiteante, no el abogado que lo que intenta es no llegar a estrados:

*Con diez años de bufete
el abogado don Bruno
en sus pleitos oportuno
tan sólo ha perdido siete.
- «¿Y habrá ganado?», ninguno.
de M. Azcutia*

Bien es sabido que los primeros clientes de médicos y abogados se llaman de las tres «p»: putas, pobres y parientes. Pero por algo se ha de empezar.

Ahí va uno de Pablo de Xérica o Jérica, que de ambas maneras lo he visto escrito:

*- «Que venga mi confesor»,
dijo estando enferma Inés.
- «Le llamaremos, ¿quién es?»
- «El padre fray Salvador.»
Así que se le llamó,
dijeron en el convento:
- «Itia; pero es el cuento,
que ha diez años que murió.-»*

He aquí otro que puede aplicarse a tantos y tantos conocidos:

*Gil que debe a don Ventura
cierto pico nada escaso
siempre que le sale al paso
se abraza a él con ternura
y le añade el tal mancebo
afectando buena fe:
- «¡Nunca, nunca, pagaré
lo mucho que a usted le debo!»*

Menos mal que con ello reconocía la deuda. En la mayor parte de los casos los deudores hacen ver que no ven al acreedor e incluso cambian de acera.

R. Franquelo, que reconozco que no sé quién es, dijo:

*- «¿Quién socorre cariñoso
a un inválido con hijos?...»
Así pedía uno de ellos
limosna con gran conflicto,
y una moza que pasaba
de rompe y rasga, le dijo:
- «¡Misté qué Dios! si está inválido,
¿de dónde saca estos hijos?»*

Lo que me recuerda la frase de Sophie Arnould a quien un ciego le pidió limosna diciendo:

- ¡Tened compasión de un hombre que ha perdido los placeres de este mundo!
- Pero ¿es que le han capado? - preguntó la actriz.

Manuel Bretón de los Herreros dirigió a una vecina suya, con pujos de escritora, el epigrama siguiente:

*Una obra ha dado Inés,
os lo juro por la cruz.
Yo no diré qué obra es
mas sí que la ha dado a luz.*

Otro más

*Cierta vieja que creía
en duendes y apariciones
fuese a mirar cierto día
en el espejo sus dones.
Se aproximó... y no hizo más
la buena de doña Clara;
luego exclamó: «Satanás,
¡huye!-», y hablaba a su cara.*

es de un tal V. Martínez, del siglo pasado. O por lo menos en un libro del mil ochocientos y tantos lo he leído.

*Conozco que es mucha cosa
la mujer que se me ofrece;
mas, despacio, que merece
pensarse el tomar esposa.*

*Si aún entre gente advertida
es muy común el errarlo
prudencia será pensarlo
mientras durare la vida.*

seguro que quien tal escribió, R. J. de Crespo, era un casado desilusionado.

*En aquellos tiempos rancios
de tontillos y de moños
peinaba a una señorita
un peluquero algo tonto,
y al sacudirle la brocha
le dijo llena de encono:
«Me tiene usted fastidiada
con echarme tantos polvos.»*

J. M. palacios

*Doña Inés, abuela mía,
ha dicho siempre muy sería
que el hombre es sabio o es necio
según la leche lo cría.
Y aunque esta verdad aburra
a mi señor don Pascual
bien se conoce que el tal
toma la leche de burra.*

Para mejor comprensión del epigrama anterior y éste, de Wenceslao Aiguals de Izco, célebre autor de la novela *María o la Hija de un Jornalero* que tantas lágrimas hizo verter en el siglo pasado, véase otro capitulillo de este libro en el que se habla del origen de la acepción, errónea, de las palabras «polvos» y «leche» a los que se ha dado interpretación erótica que no tenían en su origen.

*A Manuela agradecido
por ciertos dulces favores
presentaba yo rendido
un ramo de ricas flores.
Pero con cándidos modos
díjome ella: - «No hay de qué,
pues lo que hice con usted
me es muy natural con todos.»*

Vaya este último epigrama, de Antonio de Gironella, quien, que yo sepa, no tiene nada que ver con mi amigo el célebre novelista José María Gironella, a intención de ciertos viejos verdes que se precian de consumir lo que, anteriormente, muchos han ya digerido. De todos modos que se consuelen, que menos da una piedra y mal de muchos consuelo de tontos y más vale un toma que dos te daré y váyase, lo comido

por lo servido... y paremos de hacer de Sancho Panza si antes hemos representado, y mal, el papel del ilusionado don Quijote.

23. Unas recetas culinarias

Dionisio Pérez publicó en 1929 un libro titulado *Guía del Buen Comer Español*, editado por el Patronato Nacional del Turismo. En él se afirma que, en 1807, los soldados de Napoleón saquearon la biblioteca del monasterio de Alcántara y, entre otras cosas, se apoderaron, incautaron o robaron el recetario de cocina en el que a lo largo de varios siglos los monjes encargados del condumio de los religiosos iban anotando las recetas que inventaban o adaptaban. El gran cocinero francés Escoffier dijo: «*Fue el mejor trofeo, la única cosa ventajosa que consiguió Francia de aquella guerra*», y el maestro reproduce unas recetas como el faisán a la mode d'Alcántara, becasse a la mode d'Alcántara o el pedreau a la mode d'Alcántara. El recetario pasó a manos del mariscal Junot, quien se lo regaló a su esposa, la futura duquesa de Ábranles. En él se encontraba con el nombre de consumado o consumo el consomé, tan célebre en todo el mundo, que se tiene generalmente de origen francés.

Los monasterios eran centros de recetas suculentas y escogidas. Los frailes cocineros y las monjas refitoleras, eran maestros en el arte de aderezar manjares o de crear postres deliciosos como las yemas de San Leandro, sevillanas, las de Santa, abulenses, y otras tantas laminerías que sería ocioso reseñar.

El monasterio del Parral en Segovia no era una excepción. A la amabilidad de mi amigo José María Ruiz, del restaurante José María de la ciudad del acueducto, debo la receta siguiente:

PUERROS DEL MONASTERIO CON VINAGRETA

Géneros y cantidades para seis personas: 24 puerros de tamaño mediado, tiernos y sanos; 2 cebollas grandes; 1 pimiento rojo; 1 pimiento verde; 200 g de pepinillos; 200 g de alcaparras; 4 huevos cocidos; 4 tomates verdes poco maduros; ramitas de perejil, aceite de oliva, vinagre y sal.

Modo de prepararlos. Cortar toda la parte superior del puerro de color verde oscuro y fibroso para eliminarla, quitando también las dos primeras capas exteriores y las

raíces. Deben lavarse escrupulosamente para evitar residuos de tierra o arenilla. El resto que nos quede es todo comestible.

Se pone a cocer con abundante agua y sal durante doce minutos aproximadamente; después de dejarlos enfriar se trocean. Se observará que los puerros después de cocidos tienen un sabor azucarado muy suave.

Preparación de la vinagreta y presentación. Picamos la cebolla finamente, los pepinillos, alcaparras, tomates y el perejil. También se pican los huevos, haciéndolo por separado las yemas de las claras. Después de tenerlo todo picado se envuelve bien excepto las yemas y el perejil. Incorporar aceite de oliva y el vinagre con la sal apropiada, darle unas vueltas y para presentarlo poner por encima las yemas y el perejil. Se sirve frío y reposado.

No sé si José María, maestro copero internacional, que sabe de vinos españoles como nadie sabe también que los puerros fueron considerados durante mucho tiempo como manjar afrodisíaco. Creo que, como es el caso de los espárragos, por su figura fálica. Por si las moscas lo advierto. Ignoro también si los frailes del Parral lo sabían.

A mí me ha interesado siempre la cocina. Mejor dicho, lo que me ha interesado es el comedor. Como poco, pero me gusta comer bien y lo hago siempre que puedo, cosa no muy frecuente debido a cuestiones monetarias.

Pero creo que la cocina es un fenómeno cultural tan importante como la literatura o la arquitectura. En España tenemos la cocina romano-visigoda de las regiones castellanas o leonesas, que se extiende hasta Sierra Morena, cocina de asados especialmente, no olvidemos la tradición carnívora favorecida por el Honrado Concejo de la Mesta; la cocina semítica del sur con sus especias y dulces; la cocina mediterránea con sus pescados o la barroca cuyo punto culminante es la paella, el más barroco de los platos europeos. A mis amigos Néstor Lujan y Luis Bettónica emplazo para que divaguen sobre el tema, del que ya disponemos la magnífica *Historia de la Gastronomía Española* de Manuel Martínez Llopis (Ed. Nacional).

Mi hermano Luis, que en sus ratos de ocio es un maravilloso cocinero, me proporciona esta receta de su invención:

SOPA DE MELÓN

Para 6 personas: 1 melón de 2 kg aproximadamente; 1 yogur; 1/4 de crema de leche; 1 vaso de Pineau des Charentes u Oporto blanco 1/8 de litro; 200 g de jamón serrano o dulce a trocitos muy pequeños; sal, pimienta blanca.

Cortaremos el melón por la mitad y lo limpiaremos de sus semillas, lo pasaremos por la batidora y después por el chino hasta conseguir una crema muy fina, batiremos el yogur con la crema de leche y lo añadimos a la crema de melón con un poco de sal y la pimienta blanca. Batiremos un poco, finalmente añadimos el Pineau y batiremos la mezcla nuevamente. Colocar en la nevera un mínimo de 4 horas. Lo serviremos en tazas y añadiremos los trocitos de jamón por encima.

Lo he degustado repetidas veces y puedo asegurar que es excelente.

Claro está que no todo el mundo entiende la gastronomía de la misma forma. He aquí una noticia publicada por el periódico *El Correo Catalán* el día 25 de julio de 1984:

Le detienen por comerse más de 300 gatos crudos. Lima. Walter Francisco Alvarado, de 25 años, ha sido detenido por su particular tendencia al gatocidio, combinado con gatofagia. No en vano habrá dejado sin gatos a toda una urbanización limeña. Alvarado había sido denunciado por los propietarios de más de 300 gatos que fueron a parar a su estómago, crudos. El gatocida hizo una demostración ante la policía de cómo consumaba sus crímenes: arrancando la cabeza a los gatos, bebiendo su sangre y comiéndose luego el resto sin cocinar.

¡Uf, qué asco! Doblemos hoja.

El mejor cordero de mi vida lo he comido en Maderuelo, un pequeño pueblo de la provincia de Segovia. En el bar la Juventud, me lo sirvieron asado al horno de pan y se deshacía en la boca, llenándola de un aroma que aún hoy respiro. Por cierto que la propietaria del citado bar forma parte de una familia de doce hermanos que llevan los nombres siguientes: Quinidio, Adilio, Atilio, Fernando, Recesvinto, Virgilio, Isauro, Aurelina, Dictina, Cilínea, Porfiria y Liduvina. ¡Ahí queda eso! A ver quién da más.

Parece ser que el origen de estos nombres se debe a un fraile de un convento cercano. Creo que tuvo un gran acierto en escogerlos pues san José, san Antonio o san Juan deben de tener en el cielo su oficina llena de expedientes de devotos

suyos. En cambio san Atilio o santa Liduvina no deben tener otro más que el de sus clientes de Maderuelo y ¿cómo va el Señor a negarles un favor en pro de su protegido si durante siglos no le han pedido ninguno?

24. Jeromín

Con este nombre, en 1903, el padre Luis Coloma escribió una obra que obtuvo gran éxito y que, aún hoy en día, goza de múltiples reediciones. En la primera parte de su libro me baso para lo que conté a mis oyentes un día y hoy a mis lectores.

Doña Magdalena de Ulloa, Toledo, Osorio y Quiñones era la esposa de don Luis Méndez Quijada, Manuel de Figueredo y Mendoza, que en Flandes guerreaba a las órdenes de Carlos I, en febrero de 1554 recibió doña Magdalena una carta de su marido en la que le anunciaba que un hombre de su confianza le entregaría un niño de siete a nueve años, Jerónimo de nombre, y que le suplicaba que le tratase como madre amantísima. Añadía que el niño era hijo de un amigo suyo de alta alcurnia y que no le podía decir más, pues era cuestión de honor.

Llegó el niño y es indudable que en el alma de doña Magdalena debió de albergarse la idea que era hijo de su marido. Pero como le amaba mucho, y cuando hay amor hay confianza, pronto la desechó y se dedicó a cuidar al pequeño que le había confiado.

Arribó un día a su casa don Luis y lo primero que preguntó fue por Jerónimo, a quien todos llamaban por el diminutivo cariñoso de Jeromín. Doña Magdalena le explicó cómo le cuidaba y el amor que había puesto en él ya que, por no tener descendencia, le consideraba como un hijo. Contento quedó don Luis y al pasar el tiempo acaeció que habiéndose incendiado la parte de la casa en que habitaba, don Luis se lanzó entre las llamas para salvar primero a Jeromín y luego a su esposa. Arreciaron en el pueblo las habladurías que atribuían la paternidad del niño a don Luis, pero como no llegaron a oídos de los señores y como doña Magdalena, de saberlo, hubiera hecho caso omiso de ellas, las cosas siguieron como estaban.

Pasaron cinco años y en septiembre de 1559 llegaba a España el rey Felipe II después de una ausencia de cinco años. El día 28 del mismo mes mandó el rey a Quijada que se reuniese con él en el monte de Torozos y que llevase a Jerónimo con

él. Así lo hizo don Luis y, acompañado del pequeño, llegó al lugar indicado. Dirigiéndose al niño le dijo:

- «Alegraos, Jerónimo, y no os alborote esto (...) Ese gran señor que veis allí, es el rey; el otro el duque de Alba (...) No os alborotéis, digo; porque quiéreos muy bien y piensa haceros mercedes.»

En eso el rey hizo signo a Quijada para que se reuniese con él y quedó Jeromín solo con el duque de Alba. Éste hacíale preguntas a las que contestaba el niño con respeto pero sin ninguna cortedad.

«Mientras tanto informábase don Felipe detalladamente de Luis Quijada sobre el carácter y cualidades de Jeromín y confiábale y sometía a su consejo los planes que sobre él tenía formados.»

Duró más de una hora esta plática que sostuvieron el rey y Luis Quijada, paseando a la sombra de las encinas atalayas, y cuando salieron ambos al claro del monte, ni la perspicacia de cortesano tan fino como el duque de Alba hubiera podido descifrar en aquellos rostros impasibles lo que entre ellos había mediado. Al acercarse al grupo que Jeromín y el duque formaban, dijo el rey a Luis Quijada:

- Fuera será agora quitar la venda al muchacho.

Dirigióle entonces a Jeromín otras muchas preguntas muy afables y aun chanceras, y como quien recuerda algo de repente, díjole muy cariñoso:

- Y a todo esto, señor labradorcillo, no me habéis dicho aún vuestro nombre.

- Jerónimo, respondió el muchacho.

- Gran santo fue; pero preciso será mudároslo (...) ¿Y sabéis quién fue vuestro padre?

«Enrojeció Jeromín hasta el blanco de los ojos, y alzólos hacia el rey entre llorosos e indignados, porque le pareció afrenta no tener respuesta que darle. Mas conmovido entonces don Felipe, púsole una mano en el hombro, y con sencilla majestad le dijo:

- Pues buen ánimo, niño mío, que yo he de decíroslo (...) El emperador, mi señor y padre, lo fue también vuestro, y por eso yo os reconozco y amo como a hermano.

Y abrazóle tiernamente sin más testigos que Luis Quijada y el duque de Alba.»

Jeromín se llamó desde entonces don Juan de Austria y con ese nombre ha pasado a la posteridad.

Los párrafos entrecorillados pertenecen a la obra citada del padre Coloma, que podía haber sido superada en lo erudito por la moderna historiografía pero no en amenidad y galanura literaria.

Jeromín del padre Luis Coloma puede encontrarse en cualquier librería en la edición de «*El Mensajero*» o en la colección «Austral» n.º 421.

25. Constantino (IV)

Se inicia la teocracia. Arrio y el primer concilio ecuménico de Nicea

Una de las cosas que más interesaron a Constantino, a pesar de no ser cristiano, fue la formidable organización de la Iglesia. El orden jerárquico, del que soñaba ser la cúspide, le pareció perfecto y, desconociendo, quizá, la evangélica frase de «*Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios*», quiso que lo del César fuese al César se entregara junto con lo que perteneciese a Dios, pues de Él se hizo representante. Tanto fue así que aprovechó todas las ocasiones para intervenir directamente en la organización y el gobierno de la Iglesia.

Ya hemos dicho que la minoría cristiana estaba constituida, en gran parte, por la población urbana, hasta el punto que los no cristianos fueron llamados «*paganos*» es decir habitantes de los «*pagus*» o propiedades rurales, y es precisamente en las ciudades en donde, en todo tiempo y lugar, reside la administración y reina la burocracia. Ya desde Augusto, el Imperio romano era espejo de centralismo, cada vez más acentuado cuanto mayor era la influencia oriental. Entre el tipo de gobierno que representaba la Roma de Julio César y el del Egipto de los Ptolomeos y Cleopatra, la diferencia era notoria y grande la tentación para el poder. Los emperadores romanos demostraron fehacientemente que cuanto más débil y corrompido es un poder tanto más exagera la centralización del mismo. Puestos en esta situación, imposible de cambiar, Diocleciano y Constantino intentaron, por lo menos, organizarla. La costumbre oriental de la diadema y la deificación del emperador tímidamente sugerida por Calígula y francamente exigida por Heliogábalo y Aureliano eran una simple muestra, más o menos anecdótica, de la influencia oriental; pero estaban mezcladas todavía con organizaciones, tradiciones y terminologías occidentales. Era menester decidirse y Diocleciano no dudó, por su parte, un solo instante. En su palacio de Nicomedia adoptó las costumbres de los

monarcas orientales, su ceremonial, su corte. Diocleciano estableció definitivamente la autocracia.

Ya hemos dicho que Constantino vio en la Iglesia cristiana una organización política extraordinaria que podía poner al servicio del Imperio. La burocracia imperial ya lo estaba. Había que hacerse con la burocracia eclesiástica. Empezó dando a los clérigos los mismos privilegios que ostentaban los sacerdotes paganos: se les eximió de impuestos, de servicios a prestar al Gobierno y, cosa muy importante, se concedió a todos los cristianos el derecho a testar en favor de la Iglesia. Frente a la muerte, y creyendo en una expiación ultraterrena, ello no podía dejar de ser fuente importante de ingresos para la comunidad cristiana. Pero lo más importante fue el reconocimiento de los tribunales eclesiásticos, hasta el punto que una causa civil podía trasladarse a un tribunal episcopal y las sentencias que éste dictara habían de ser ratificadas forzosamente por el tribunal civil. Ello hizo que el obispo se transformase en un funcionario imperial de la más alta importancia; pero también se consiguió que los intereses profanos tuviesen muchas veces preponderancia sobre los espirituales.

Constantino protegió la construcción de nuevas iglesias; se le atribuye la edificación de la primera basílica de San Pedro y la de Letrán de Roma y en Palestina la de la Vera Cruz en el lugar en que, según se decía, su madre Elena había descubierto la Cruz del Salvador. En Jerusalén hizo levantar la iglesia del Santo Sepulcro y en el Monte Olívete, la de la Ascensión; en Belén la de la Natividad, etc. Precisemos que algunas de estas iglesias tal vez no fueran mandadas erigir por el propio emperador, algunas lo fueron en su época, otras, tal vez, en época posterior, pero luego todas quisieron poseer sus pergaminos nobiliarios...

La nueva máquina imperial empezó a funcionar, pero de vez en cuando un grano de arena se introducía en sus engranajes: la herejía. Para Constantino el problema no era tan interesante en su aspecto religioso como en su aspecto político y aún de simple orden público.

Ante el Misterio de Cristo, su Divinidad, su Encarnación, la Redención, etc., *«el espíritu razonador de los griegos orientales aceptaba que la persona de Jesús era un misterio insondable, que se puede circunscribir, pero no penetrar. Los occidentales menos metafísicos habían encontrado rápidamente fórmulas que delimitaban el*

misterio y dispensaban de buscar más allá».

El año 313, el mismo del pseudo edicto de Milán, los donatistas, unos integristas de la época, habían provocado disturbios. Durante las persecuciones habían sostenido su fe contra viento y marea, mientras, otros, más débiles, habían abjurado, si no claramente, por lo menos en forma vaga que habían aceptado con complacencia las autoridades romanas enemigas de toda complicación. Los donatistas se habían separado del obispo de Cartago y habían formado una Iglesia aparte arrastrando tras sí los pocos obispos. Aprovechando las buenas disposiciones del emperador, le habían dirigido una carta, primera petición de apoyo al poder civil para un asunto espiritual, que Constantino, aún no interesado en el problema, había transmitido al papa Milcíades. Éste reunió un concilio en Roma y luego, al año siguiente, otro en Arles, pero ni uno ni otro consiguieron nada. Algunas legiones fueron destinadas a mantener el orden y la Iglesia donatista había continuado viviendo la lánguida y fanática vida de los integristas de siempre. A Constantino se le ofreció así la primera ocasión de intervenir decisivamente en la vida de la Iglesia.

Siete años después, en 320, surge en Alejandría una discusión feroz entre un sacerdote, Arrio, y un obispo o patriarca, Alejandro. Sostenía el primero que si bien Dios Padre es eterno y no engendrado, el Hijo, en cambio, es creado por el Padre. Alejandro dictamina: *«El Padre y el Hijo son coexistentes; Dios Padre no precede en nada al Hijo, entre los dos no existe ninguna anterioridad, ni siquiera conceptual; el Hijo está engendrado de manera in engendrada»* Arrio replica: *«Estas palabras son heréticas; si el Hijo existe eternamente (aci), si no tiene principio (arché) no es el Engendrado, Hijo del In engendrado: hay dos In engendrados, hay dos dioses.»* Ello negaba la consubstancialidad e, indirectamente, la divinidad de Cristo.

La discusión se hizo violenta. Arrio repetía sus teorías en un lenguaje vago y fácil de interpretar en cualquier sentido: *«El Hijo ha sido engendrado fuera de todo tiempo»*, *«El Hijo es ácronos»*. El patriarca Alejandro dice lo mismo pero con otras palabras. Tal vez los dos hubieran acabado por entenderse; pero el historiador griego Teodoreto nos dice que Arrio había sido candidato a la sede episcopal de Alejandría, entonces se, proveían los obispados por elección popular, y había sido derrotado por Alejandro. Sus partidarios, por otra parte, exageraban las divergencias. Algunos de ellos poseían gran influencia, por ejemplo Eusebio, obispo

de Nicomedia y otro Eusebio, el de Cesárea, discípulo de Orígenes y conocido en todas partes por su brillante y profunda erudición.

Lo que empezó siendo disputa teológica terminó siendo disturbio callejero. Constantino, acostumbrado a las plácidas discusiones de los filósofos paganos en las que nunca llegaba la sangre al río, escribió a los dos contendientes: «*Devolvedme la tranquilidad de mis días y la paz de mis noches; que pueda participar, os pido, de la pura alegría de la luz y del placer de una vida tranquila*». Su cristianismo, si en aquel momento era cristiano, por poco que lo fuese, era muy poco doctrinario, la *Summa Divinitas* del paganismo no le parecía muy alejada, si distancia veía, del Dios de los cristianos.

Pero como las exhortaciones eran baldías se decidió a tomar cartas en el asunto. Envió a Alejandría a su consejero eclesiástico, Osio, obispo de Córdoba, que le había seguido a Oriente. Éste, en poco tiempo, se dio cuenta de la importancia del asunto y que ninguna indicación imperial podría calmar los ánimos, era necesario tomar medidas más tajantes, definir la doctrina y dictar sanciones si era necesario. Constantino se decide y acuerda convocar un concilio.

Por primera vez una asamblea de obispos va a reunirse convocada por el poder temporal. Hasta entonces los concilios o sínodos episcopales habían sido numerosos, en verdad, pero de restringidas dimensiones geográficas. Se reunían los obispos de una determinada región para discutir asuntos disciplinarios o teológicos que preocupaban al territorio por ellos gobernado, pero nada más. Por vez primera iban a reunirse los obispos de todo el mundo para definir asuntos de interés para toda la Iglesia. La única persona capaz de hacerlo y de poner a la disposición de los pastores los medios necesarios para poder reunirse era el emperador. Éste ejercería sólo funciones moderadoras, de mera policía, pero todo su poder se alzaba tras su persona y la de sus representantes. Constantino, sin duda, no tuvo otro fin que mantener la paz y el orden en la Iglesia cristiana; pero en su decisión se inicia para la Iglesia la llamada era Constantiniana o Triunfalista que, con diversas alternativas, no terminará hasta el Concilio Vaticano II convocado en 1962 y finalizado en 1965.

En mayo de 325 se reunieron en Nicea cerca de Nicomedia, por aquel entonces capital provisional del Imperio, una multitud de obispos llegados de todas las provincias del mismo. Los transportes oficiales habían colaborado a su traslado. La

mayoría, claro es, pertenecía a las regiones asiáticas pero las regiones latinas habían enviado a cinco obispos, amén de dos sacerdotes romanos representantes especiales del papa Silvestre. Por primera vez estaban juntos obispos de toda la Iglesia: Egipto, Asia Menor, Siria, Grecia, Macedonia, Persia y hasta un obispo del Cáucaso.

Se cumplían veinte años de la accesión de Constantino al trono, lo que hizo que, mezcladas con las sesiones conciliares, el emperador ofreciera unas solemnes fiestas. Por otra parte, Constantino asistía a los sínodos y se mezclaba en las discusiones teológicas, que no sabemos en realidad cómo se desarrollaron puesto que no se conservan las actas del concilio, si es que alguna vez las hubo. *La Vida de Constantino*, del seudo Eusebio, tantas veces aludida, nos muestra al emperador a modo de presidente de una moderna cámara de diputados, ejerciendo su poder moderador e impidiendo que las discusiones llegasen a disputas y los discutidores a las manos.

Arrio no estuvo presente en la asamblea, pues no era obispo, pero buena parte de los obispos allí reunidos era partidaria de sus doctrinas. Eusebio de Cesárea propuso una fórmula antigua que, si bien permitía que las dos partes se entendieran, por querer contentar a todos no agradó a nadie. El héroe de la reunión fue, sin duda alguna, el consejero del emperador, el obispo de Córdoba, Osio. Fue él quien introdujo en la discusión el término *homoousios consubstancial* que Tertuliano había popularizado para señalar la relación del Hijo para con el Padre. Osio tenía la ventaja para Constantino que hablaba en latín y en griego, lengua que el emperador no conocía tan bien y, por otra parte, como buen occidental, carecía de las sutilezas y matices con que los orientales adornaban sus discursos y que desorientaban al emperador. El hecho es que la fórmula de Osio, con la anuencia constantiniana, fue aprobada por todos los obispos de la asamblea menos por dos. Gran aliado de Osio fue el arcediano de Alejandría Atanasio que luego tomaría parte importantísima en la continuación de la lucha contra el arrianismo. La confesión de fe terminaba con un anatema a los que profesasen que Cristo «*hubo un tiempo en que no existió; o bien fue sacado de la nada; o bien procede de otra hipóstasis o ousia, o bien, El Hijo de Dios ha sido creado, es cambiante, mudable. A éstos tales la Iglesia los anatematiza*».

Esta fórmula contiene cierta aceptación de las palabras hipóstasis y creación que Arrio se negó a aceptar. Así, pues, fue excomulgado y Constantino unió a la pena espiritual la temporal del destierro. Por primera vez en la historia de la Iglesia un gobierno cristiano, precisamente el primero que ha existido, se atribuía el derecho de castigar a los herejes. El hecho sentó un indudable y nefasto precedente.

El concilio se preocupó también de los donatistas. En este caso el problema era más disciplinario que dogmático; con buena voluntad y la habilidad política del emperador, pudieron arreglarse las cosas con bastante facilidad. En este caso era posible que cada parte cediese un poco de sus razones y así lo hicieron todos los interesados con la excepción de un pequeño número prácticamente despreciable. Los cánones o reglas disciplinares que se promulgaron fueron en número de veintiuno de ellos, por su ambigüedad, dio lugar a la erección en ley de *«las antiguas costumbres que declaran que el obispo de Alejandría tendría los mismos privilegios de jurisdicción en Egipto que los que tiene el obispo de Roma en Italia»*, haciendo alusión a los obispos de Antioquia «y de otras partes». Éste fue el origen de los patriarcados e Iglesias auto-céfalas actuales. Constantino podía estar contento y podía escribir con satisfacción: *«Todos los proyectos fraguados por el diablo contra nosotros han sido totalmente aniquilados. Las turbulencias y el veneno de la discordia, gracias a Dios, han sido vencidos por la luz de la Verdad.»*

Ahora el emperador podía dedicar todos sus esfuerzos a su sueño predilecto: la creación de una nueva capital, la fundación de la Nueva Roma.

26. Anecdótico

Una actriz, amante casual de Napoleón Bonaparte, vio en la habitación de éste un retrato suyo en un marco de diamantes. Codiciosa le dijo:

- Me gustaría tener un retrato de mi emperador.
- Pues es fácil, respondió Napoleón sacando del bolsillo de su casaca una moneda de cinco francos, toma éste que es el que más se me parece.

En un juzgado de Madrid se juzgaba en el siglo pasado a un pobre diablo acusado de haber cometido un robo.

- Ayer a esta hora, dijo el acusado, estaba cenando en una taberna de la calle de Ceres con tres matarifes que no me dejarán mentir.

- ¡Taberna! ¡Matarifes! ¡Calle de Ceres!, dijo el juez. ¡Vaya calle y lugar y vaya escogida sociedad!

- Señor juez, respondió el acusado, ¿por ventura usía me ha invitado alguna vez a cenar en su casa?

Cuando el erario francés, en tiempos de Luis XV, se encontró exhausto, el rey decidió que se entregasen al Tesoro Público las vajillas de plata y las joyas que los nobles tuvieran en su poder.

Pocos días después el rey preguntó al duque de Agen:

- ¿Habéis enviado vuestra vajilla a la Casa de la Moneda?

- No, señor.

- Pues bien, yo ya he enviado la mía

- Señor, cuando Jesús murió el Viernes Santo, bien sabía que al tercer día iba a resucitar.

Fontenelle estaba muriéndose. Entró un amigo en su habitación y le preguntó:

- ¿Cómo va eso?

- Eso no va, eso se va, fue la respuesta.

- ¿Sabéis por qué antes se decía una doncella y ahora se dice una joven?

- Porque no se debe prejuzgar.

Esta reflexión la he encontrado en un libro de 1886. ¡Ya entonces! ¿Qué diría ahora?

Intentaba Eduardo Barriobero exponer su concepto de la realeza inútilmente porque el presidente le llamó al orden reiteradas veces. Para conseguir su propósito, relató la siguiente anécdota:

- Había en París, en una de las principales tiendas de ultramarinos, un queso muy bien presentado debajo de una campana de cristal. El tendero había colocado un cartel muy grande que decía: *el rey de los quesos*. Hasta ahora vamos bien, señor presidente.

Pasó un sujeto, compró el queso... y al día siguiente entró echando chispas...

- Pero, hombre, ¿qué queso me ha dado usted? Está completamente podrido. No engañe usted así a la gente.

- Yo no engaño a nadie, replicó el tendero. Fíjese que no dice que es el mejor de los quesos, sino el rey de los quesos, es decir lo más detestable, lo peor de los quesos. ¡O somos o no somos republicanos!

En lo más recio de una batalla que se daba en Holanda, el general Von Grotten pidió un polvo de rapé a uno de sus ayudantes.

Le alargaba éste la caja de tabaco cuando una bala dándole en el pecho le mató.

El general, sin inmutarse, se volvió a otro ayudante diciéndole:

- No ha podido ser. ¿A ver si con usted tengo más suerte?

El cardenal Mazarino hablando del juez Lecoigneux dijo:

- Es tan buen juez que rabia por no poder condenar a las dos partes.

La gran actriz francesa Rachel, en realidad se llamaba Elizabeth Raquel Félix y había nacido en Suiza, fue un día a pedir consejo al actor Provost, uno de los más célebres de su tiempo.

Provost quiso desanimarla y le dijo:

- Niña, tú no tienes madera de actriz, hazte florista y vete a vender ramilletes por las calles.

Poco tiempo después Rachel era aplaudida a rabiar por el público y un día en que interpretaba una tragedia de Racine vio coronada su labor con una lluvia de flores. Al bajar el telón cogió unos ramilletes y se acercó a Provost que estaba entre bastidores.

- ¿No me dijo usted que fuera a vender ramilletes? Ahí los llevo. ¿Me los compra?

- Hija mía, me engañé - reconoció Provost.

Se había proclamado la I República. Una personalidad muy destacada de la situación se acercó a un simón:

- ¡Hola, ciudadano!, le dijo el cochero. ¿Adonde vamos?

El personaje se quedó un momento contemplándole. Al fin le contestó:

- Tú a la mierda... y yo a tomar otro coche.

En una intervención parlamentaria el famoso orador carlista Vázquez Mella terminó su discurso con estas palabras:

- Desgraciados los pueblos que para su condenación se hallan gobernados por mujeres y por niños.

- ¿Se hace su señoría responsable de esas palabras?, exclamó Sagasta.

- Señor presidente del Consejo, replicó Vázquez Mella, el responsable de estas palabras es el profeta Isaías que las pronunció.

El presidente del Consejo al discutirse unos presupuestos había tranquilizado a la Cámara respecto a la alarma que por entonces existía con los gravámenes incluidos en los ingresos.

- Se cargará al lujo y a la holganza, manifestó el señor Silvela.

Se aprobaron los presupuestos y censurando y glosando estas palabras, Romero Robledo contestaba:

- Ya nos lo decía el señor presidente del Consejo: «*Se cargará a los señores de la edad madura que nos insultan con su lujo y su holganza*». Pues ¿sabéis quiénes son estos señores?; ¡los peones camineros!

Fueron los únicos a quienes se rebajó el sueldo.

En debate vehemente y apasionado que se sostuvo en la Cámara, el señor Romero, para comprobar hechos que le interesaba aportar a su discurso, contó el siguiente sucedido:

- En un pueblo de Aragón varios paisanos corrían por las calles gritando: ¡Viva la República! ¡Abajo los Borbones!

Se asomó una viejecita a una ventana y preguntó:

- ¿Quiénes son los Borbones?

- ¡Otra que Dios!, contestaron, la guardia civil.

Estaba muriéndose el matemático Bossart. París 1814.

Toda su familia estaba a su alrededor dirigiéndole palabras cariñosas que él no respondía ni daba señales de entender.

Su amigo Maupertuis, compañero suyo en la Academia de Ciencias, se acercó a él y dijo a la familia:

- Yo le haré hablar.

Se acercó a la cama y dijo al enfermo:

- ¿El cuadrado de doce?

- ¡Ciento cuarenta y cuatro!, respondió Bossart y murió.

En tiempos de Felipe IV se pusieron a la venta muchos títulos nobiliarios. Dijo alguien:

- Si Adán hubiese comprado un título de duque, he aquí que todos seríamos nobles.

Malek, visir del califa Ornar, venció a un ejército griego e hizo prisionero a su emperador al que hizo entrar en su tienda preguntándole qué trato esperaba de su vencedor.

- Depende, si peleáis como rey, me dejaréis libre; si como mercader, me venderás como esclavo; si como carnicero, me degollarás.

Esta anécdota ha sido atribuida a varios personajes pero nunca se dice qué suerte se reservó al resto de la tropa. El emperador griego o bizantino fue puesto en libertad.

Contaba Eugenio Selles que una esposa decía a su marido:

- ¿Estás a mi lado y bostezas?

- ¿Qué quieres?, respondió el esposo. El marido y la mujer no forman más que uno solo y yo, cuando estoy solo, me aburro.

Dijéronle un día al marqués de Melun:

- Mira que fulano galantea a tu mujer.

- Dejadle, replicó él, al final se cansará de ella como me he cansado yo.

¡Costumbres del siglo XVIII francés!

Para dar una idea de cómo era la vida en algunas provincias españolas a mediados del siglo pasado, recuerdo una anécdota que cuenta Roberto Robert:

Andaba un chiquillo por un pueblo de Galicia comiendo pan de maíz y cebolla cruda. Viole un viejo y le gritó:

- Ándate con golosinas tan joven y en tu vida tendrás un real.

27. Fe en los médicos

Un empírico se ufanaba de poseer un maravilloso secreto para la curación de las fiebres. No sin dificultad, se le acepta en una consulta con graves doctores y el decano de la consulta le pregunta:

- ¿Qué es la fiebre?

- Es una enfermedad que no sé definir, pero que curo, y que vosotros, que la podéis definir, no curáis.

Este empírico era un inglés, el caballero Talbot, compañero y contemporáneo de Digby, el inventor de los polvos de simpatía; su remedio infalible era la quina, que acababa de ser introducida en Europa y que fue, en un principio, como la panacea para todas las fiebres, pues los hombres, según la sagaz frase de Broussais, suspiran por las panaceas; he aquí por qué los charlatanes tienen tanto éxito.

En el empirismo se encuentra el origen de toda medicina y no han desdeñado de practicarlo grandes hombres de la historia universal.

Heráclito odiaba a los médicos, repetía frecuentemente que serían los seres más necios de la tierra si no existieran los gramáticos. El célebre y tristísimo filósofo había creado un sistema médico para su uso particular y lo siguió tan bien que murió de sus resultas.

Pero Mexía, en su primer diálogo de los médicos, hace decir a uno de sus interlocutores un largo discurso que es una defensa del empirismo en pleno siglo XVI. (La primera edición de los *Coloquios o Diálogos* es de Sevilla, 1547.)

«... Quería que lo primero que entendiesen, es que yo no condeno la buena Medicina; que me curo con dieta y buen regimiento y aun con algunas yerbas y cosas que tengo experimentadas; pero condeno el mal uso de ella y a los malos médicos que la hicieron, gran tiempo ha, arte y mercaduría, inventando y buscando medicinas y remedios violentos y extraños, escondiendo y oscureciendo con

opiniones y cautelas la facultad que más simple y más clara debía ser; y si lo es y lo fue en sus principios, donde los hombres se curaban unos a otros por caridad y no por interés, y se curaban con yerbas y cosas simples y virtuosas experimentadas, y no con las ponzoñas y composiciones de ahora: que ni sabéis qué son, ni de dónde ni para qué son, ni tampoco cuántas son, porque son tantas que perdéis la cuenta. »La medicina que en el Eclesiástico se alaba [alusión a las frases del versículo I del Cáp. XXXVIII del Eclesiástico]: Honora medicum, propoter necessitatem, etc., es la que yo uso y se usó en el buen tiempo, y la que intentaron los que se tuvieron por dioses; porque descubrieron las virtudes y propiedades de las yerbas, piedras y frutos y otras cosas y las aplicaron a las pasiones, dolores y enfermedades, sin venir a hacer la cosa antes, reglas y preceptos como después hizo la malicia y codicia de los hombres; y así no hallamos cosa escrita en Medicina de antes de Hipócrates, que, según Plinio por autoridad de Marco Varrón, afirma fue el primero que escribió preceptos della.

«Seiscientos años se defendieron los romanos de los médicos, que nunca los hubo en Roma ni los admitieron y nunca tan sanos vivieron ni tanto como en aquel tiempo. Verdad es que, siendo cónsules L. Emilio y Marco Livio en el año 535 de la fundación de ella no sé por quién persuadidos, admitieron a un médico griego peloponense, llamado Archagato, y le dieron casa y salario público, y, como cosa nueva, agradó en sus principios; pero después que experimentaron sus sangrías y sus cauterios y extrañas maneras de curar, fue desterrado él y otros que ya habían venido; y esto por autoridad y consejo del grande Catón el Censorino, el cual vivió 85 años, porque veáis la falta que le hizo el Archagato y los demás.»

Después muerto Catón, andando el tiempo, con la codicia y ambición y con otros vicios entraron los médicos en Roma, pues de creer es que antes de esto en tan largo tiempo tenían los romanos sus dietas y medicina y manera de curarse; pero no la tiranizaba nadie: cada uno decía a su vecino lo que sabía y había experimentado: el amor y la caridad curaba, no la codicia y ponzoñas.

Y no fueron solos los romanos en esto; que los babilonios que fueron doctos y letrados, Estrabón y Heródoto, escriben que no tenían médicos conocidos y a los enfermos les hacían sacar a las plazas porque los vecinos y amigos que tuviesen

experiencias de semejantes males les aconsejasen lo que harían; y lo mismo se escribe que hacían los egipcios, y en nuestra España los lusitanos.

Sé también que desde que comenzó a haber médicos se usó a vivir poco los hombres y que los romanos antiguos vivían más sanos y más tiempo que los reyes y emperadores que dieron salarios e hicieron mercedes excesivas a médicos. Si no, dígalo Alejandro Magno, que no llegó a cuarenta años; y díganlo hoy día los viejos sanos de los montes y aldeas que nunca vieron médicos y los mozos que mueren en sus manos en las ciudades y cortes.

Pero el empirismo puro no existe, una experiencia acumulándose a otra, crean ciencia y esto es precisamente lo que pasa en la historia de la medicina.

Es muy fácil decir que en tiempos de los romanos la gente vivía más y que los viejos montañeses son una viviente advertencia para los incautos ciudadanos que creen en los médicos o mejor dicho que confían en su ciencia. Siempre que en una reunión se habla de un tema parecido salta algún contertuliano que con aire más que suficiente exclama: *Todo eso de la medicina son pamemas y engañabobos.*

Fijaos en los gitanos. Viven sin higiene y sin médico ni medicinas y ahí los tenéis vivos y coleando y más fuertes que las flores de invernadero que es la infancia de la ciudad.

A este individuo se le tendría que pedir solamente que se preocupara de solicitar la mortalidad infantil de los gitanos y si esto no bastara que preguntara la edad a cualquiera de estas «viejas» que le piden limosna con zalamerías.

Se quedará asombrado, como me quedé yo al sentir la contestación de una de ellas:
- Treinta y cinco años.

Parecía que tuviera más de sesenta.

Sólo en broma puede aceptarse la salida de un viejecito de ciento y tantos años al que unos periodistas hacían objeto de una entrevista allá en las montañas de Santander.

Uno de los informadores, armado de su estilográfica, apunta las palabras del anciano.

- Pero, ¿es posible que nunca le haya visitado ningún médico? - dice sorprendido el periodista.

- No lo dude, señor, responde el vejete. La prueba es que todavía vivo.

Madame de Sevigne, escribiendo a su hija después de un violento ataque de reumatismo, dice: «*Mi cara no ha cambiado porque no me he dejado sangrar y no tengo más que curarme de mi enfermedad y no de mis remedios*».

28. La monja alférez

En 1592, 1595 según otros autores, nacía en San Sebastián, o Easo o Donostia como quieran mis lectores, Catalina de Erauso, hija de familia hidalga, por algo era vasca, pero pobre. Su padre a los cinco años la recluyó en un convento, último refugio para muchachas sin dote y de familia que, según costumbre de la época, no consideraba digno el trabajo.

A los quince años escapó de lo que ella consideraba una prisión, y que sin duda lo era pues no tenía vocación de monja, y vestida como un muchacho se presentó en Vitoria donde entró al servicio de don Francisco de Cárdenas, quien estuvo siempre lejos de sospechar que el muchacho que le servía era la hija de su amigo el señor Erauso.

Un día éste fue a visitarle y Catalina, que se había presentado como sobrino de Erauso, huyó en dirección a Valladolid. Tras mil peripecias se encaminó a Sevilla en donde se enroló como soldado en las compañías que iban a América con el nombre de Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán.

El barco en que viajaba se hundió frente a las costas americanas. Se salvó Catalina, o Alonso, como prefieran, junto con un cofre de madera que contenía los sueldos de la tripulación. En Paita fue acogida por un tendero que, viendo que sabía leer y escribir, le encargó la contabilidad de su negocio.

En una riña hirió a uno de los clientes de la tienda y fue detenida. Una prima del herido que se había más o menos enamorado de ella, creyéndole hombre, le ayudó a escapar. En una lancha se internó en el mar y fue recogida por un galeón español que la devolvió al continente, pero en sitio alejado del de sus aventuras. Se enroló como soldado en una compañía que, por una de esas casualidades que suceden raramente en la vida, estaba bajo el mando de Miguel de Erauso, su hermano. Obvio es decir que no la reconoció. En una emboscada india cayó el alférez que

portaba la bandera y Catalina la recogió y luchó abrazada a ella hasta que el ataque de los indígenas fue rechazado.

Por este hecho su propio hermano, en nombre del rey de España, la nombró alférez portaestandarte de los ejércitos de España y de las Indias.

En una riña callejera desenvainó la espada una vez más, y, junto con un compañero, se las tuvo tiesas contra cuatro atacantes. Venció pero fue herida y tuvo que refugiarse en un convento de frailes. Huyó para que no descubriesen su sexo y fue recogida por una muchacha, Juana de Valcárcel. La madre de ésta, encantada con el alférez, le propuso el matrimonio con su hija. Huyó otra vez y fue detenida por la justicia que la condenó a muerte.

Ya estaba en el cadalso con la soga al cuello cuando el presidente de La Plata le salvó la vida a ruegos de la viuda de Valcárcel y su hija. Escapó una enésima vez y recaló en La Paz. Una vida tan aventurera y agitada parece inverosímil pero es rigurosamente histórica, aunque algunos eruditos tengan por obra apócrifa la *Historia de la Monja Alférez* escrita por ella misma y que no se publicó hasta 1829.

La Paz no correspondió con su nombre a Catalina. Apenas hubo llegado, la esposa del corregidor pidió su ayuda contra su marido que la tenía por adúltera. La historia no dice si con razón o sin ella. A las primeras de cambio tuvo, como de costumbre, que desenvainar la espada contra la autoridad en defensa de una dama. Huyó con ella y fue perseguida a trabucazos hasta Cuzco en donde Catalina cayó herida gravemente. Haciendo un gran esfuerzo subió las escalinatas del palacio episcopal gritando:

- ¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Imploro la protección del señor obispo!

Y cayó desmayada.

Allí se descubrió el verdadero sexo del alférez Alonso Díaz y Ramírez de Guzmán. Allí terminó, de momento, su vida aventurera.

El obispo se hizo explicar por Catalina su vida y sus aventuras y, no sabiendo qué hacer ni qué solución tomar, decidió enviarla a España con una carta para el rey.

Corría el año 1624, reinaba en España Felipe IV quien había leído con fruición el informe del obispo de Cuzco. Quiso conocer a la heroína del relato, quien se presentó al monarca como Catalina de Erauso, alférez portaestandarte de los Ejércitos de España y las Indias.

Al rey le plugo esta presentación y declaró que ojalá España tuviese muchos soldados como ella; pero a la petición de volver al servicio y vestir de hombre respondió que ello no le correspondía y que sólo el papa le podía dar el permiso correspondiente.

A Roma fue pues Catalina y rogó al papa, a la sazón Urbano VIII, autorización para vestir de hombre, petición que le fue concedida merced a la recomendación del rey de España.

Bajo el nombre de Antonio de Erauso volvió a embarcar hacia América acompañada de un fraile llamado Nicolás de Rentería. Y aquí empieza lo novelesco, siempre teniendo en cuenta que la *Historia de la Monja Alférez* sea verídica. Se dijo que había muerto ahogada al desembarcar, otros afirman que la habían visto de alférez en el ejército. En el Archivo de Indias se conserva el Memorial de los méritos y servicios del alférez Erauso, pero nada se dice sobre su muerte.

Parece ser que murió hacia el año 1635 o 1645, según unos haciendo de arriero en las Américas o en una riña callejera. En realidad desapareció sin dejar rastro.

29. Epigramas (III)

Eso de los epigramas es como las cerezas: se escogen primero las mejores, las más maduras y se acaba comiéndolas todas. En el siglo pasado se publicaban epigramas en todas las revistas y periódicos. Poetas, o más bien versificadores, ponían diariamente en solfa la actualidad del día o las costumbres del momento en versos, a veces tan malos que los propios autores les denominaban ripios.

También se publicaron varios libros con antologías de los mejores del momento, pero se ha de tener en cuenta el gusto de la época, por lo que la mayoría de los transcritos ya no tienen vigencia ni gracia para los lectores de hoy. El erudito podrá encontrar material para conocer los gustos y costumbres de pasados siglos. Pueden unir como cañamazo a serios estudios, cosa que ahora no es el caso.

Amancio Peratoner, a quien ya he citado anteriormente, publicó un *Museo Epigramático* que mereció múltiples ediciones. Yo manejo la cuarta, editada en Barcelona por Espasa Hermanos, sin fecha, pero del 1866 según Palau. En él se recogen los más expresivos epigramas hasta entonces publicados. Algunos tienen

gracia, otros un ingenuo atrevimiento, los más tan alejados están de nuestro modo de mirar las cosas que de las 816 páginas pocas se pueden aprovechar.

De los epigramas picaros he aquí uno de J. B. Baldoví:

*A solas en su aposento
Gregaria me suplicaba
que la refiriese un cuento
del que yo no me acordaba.
«Piénsalo bien», me decía,
«que él te vendrá a la memoria.»
Y al tiempo que me venía,
también le vino a Gregoria.*

Mientras he aquí uno sesudo y grave, moral incluso, firmado por Siete que no sé quién diablos pueda ser:

*Cuanto más sabio es el hombre,
más conoce su ignorancia,
y el necio, con arrogancia,
nada encuentra que le asombre.
Por lo cual sin vacilar,
debo afirmar que el estudio
es de ignorancia el preludio,
pues ser sabio es ignorar.*

Y otro más de F. de la Torre, también moral y edificante:

*Del dolor todo el rigor
muere con la muerte fuerte: luego la muerte es mejor,
porque el dolor de la muerte
es la muerte del dolor.*

Al lado de éstos puede ponerse el que sigue de claro corte machista decimonónico:

*El diablo un día riñó
con una mujer: ¡me arredro!
e incomodado san Pedro
sus dos cabezas cortó.
Y Jesús dijo: « ¿Qué has hecho?
Vuélveselas a poner.
¿Que en todo te has de meter,
no haces cosa al derecho?»
Y fue cierto el testimonio;
pues las puso, sin querer,
al diablo, la de mujer,
y a ella, la del demonio.*

va firmado por S. L. de C. Y vaya otro del mismo talante de R. J. Crespo:

*La mujer, aunque mal fuerte,
en dos días da contento:
uno, en el del casamiento;
y el otro, en el de su muerte.*

J. M. Villergas firma el que sigue:

*«Chica», dijo a Petra, su marido Pepe;
«creo que te apuntan cuernos en la frente».
Y ella, cariñosa, contestóle:
«Puede... dime con quién andas, te diré quién eres.»*

y de M. Ramos Carrión, célebre comediógrafo y autor de numerosos libretos de zarzuela:

*Un hijo pequeño tiene
el marqués de la Pilonga,
y cuando la Pascua viene,
a su papá pide el nene
que un Nacimiento le ponga.
Pero él no lo sabe hacer,
y le dice su mujer:
«Mi primo la hará al momento.-»
Y arreglan un nacimiento...
¡Que aquello es lo que hay que ver!*

Más ingenuo es el que sigue que pertenece al género «festivo»;

*Buscaba cierto pedante
un consonante a «Jumento»,
y no saliendo adelante,
otra le dijo: «Excremento».
«¡Malhaya tu habladuría!»,
gritó el pedante con mengua:
«Ha rato que lo tenía
en la punta de la lengua.»*

no consta el nombre del autor.

En cambio nos da un apunte de costumbres el que va firmado por J. Iglesias:

*Por enero Inés se halló
de su faldón en lo interno
una pulga, y exclamó:
«¡Que aún hay pulgas en invierno!»
Blas, asiéndola la mano,
«No extrañes, niña, el encuentro»,
la dijo, «porque ahí dentro,
yo apostaré a que es verano.»*

¡Imagínense ustedes el aseo del pasado siglo! El que asombre a los protagonistas en encontrar una pulga en enero, en verano se ve que era natural, corriente y habitual.

¿Quieren algo más ingenioso?

*Fue a ver al pintor Malvar
don Juan, que es hombre grotesco,
diciendo grave al entrar:
«Vengo a retratarme al fresco»;
y se empezó a desnudar.*

¡Y pensar que esto hacía reír a nuestros bisabuelos!

De Tomás de Iriarte es el siguiente, que nos hace retroceder doscientos años en lo que se refiere a la administración de la justicia:

*Casado con tres mozas en Granada
al mismo tiempo un picarón vivía;
la justicia mandó que castigada
fuese en un burro tal poligamia.
Por las calles de plebe lastimada
preguntaba el delito; y él decía:
«Señores, me han sacado a dar doscientos...»
«¿Por qué?» «Por frecuentar los sacramentos.»*

Y anterior todavía es el de Bartolomé Leonardo de Argénsola, traducción de un epigrama latino. Aunque mejor sea decir adaptación:

*Cloe la séptima
vez las exequias celebró.
Siete maridos lloró;
no hay tan honrada viudez.
¿Pudo con más sencillez
toda la verdad decir?
Mandó en la piedra escribir
que ella les dio sepultura,
y dijo la verdad pura,
porque los hizo morir.*

Y para finalizar un anónimo:

*¡Casarse ayer y hoy morirse!...
Lo hizo por no arrepentirse.*

Parte 4

30. El oficio más antiguo del mundo (II)

Un texto griego atribuido a Demóstenes dice: *«Las heteras sirven para proporcionarnos placer, las concubinas para nuestras necesidades cotidianas y las esposas para darnos hijos legítimos y cuidar la casa».*

Estas distinciones muestran la diferencia y la consideración con que eran tratadas las prostitutas en la antigua Grecia. Una de ellas, Metiké de nombre, fue llamada «clepsidra» porque utilizaba su reloj de agua, clepsidra, para medir el tiempo que dedicaba a cada cliente. Las heteras, bellas, inteligentes y cultivadas eran muy consideradas entre los griegos. Hemos de pensar que, a menudo, el éxito de una mujer, pública o no, depende no tanto de sus cualidades físicas como de su inteligencia, su talento y su modo de comportarse. Ternura, cariño, comprensión, reales o fingidos, cautivan más a los hombres que la belleza corporal. Las heteras sometían a los hombres por todo aquello que los maridos prohibían a sus esposas. Sabían leer y escribir, cultivaban la compañía masculina y alegraban los banquetes en los que las legales compañeras de los maridos estaban excluidas.

Una de ellas, Aspasia, recibía en su casa la flor y nata de la sociedad ateniense. Por ella Feríeles repudió a su esposa, renunció a sus hijos y se cree que fue ella la instigadora de la guerra que Atenas declaró a Samos.

Otra hetera, Filomena, declara francamente a un enamorado suyo: *« ¿Por qué me escribes tan largas cartas? Necesito cincuenta monedas de oro y no epístolas. Si me quieres, paga; si prefieres el dinero a mí, deja de molestarme. Adiós.»* Más claro, el agua.

Lais de Corinto fue una hetera tan célebre que Demóstenes viajó de Atenas a su ciudad para conocerla. Habiéndole dicho que la deseaba, Lais pretendió de él una considerable suma.

- No compro tan caro un arrepentimiento, contestó el célebre orador y se volvió por donde había venido.

Esta Lais decía una vez en su casa cuando se hablaba de sabios y filósofos: «*Yo no sé de ellos más que lo que me cuentan. No he leído sus libros, pero no creo en su sabiduría. ¡Si supieseis lo que me piden y hacen estos sabios y filósofos cuando están a solas conmigo!*»

Un día el célebre escultor Mirón se presentó en casa de Lais solicitando sus favores y fue rechazado por la hetera. Creyendo el buen hombre que la causa del rechazo era su edad y sus canas, se tiñó el pelo y volvió a presentarse en el domicilio de la hetera que, en cuanto le vio, exclamó:

- ¡Tonto! Tú pides una cosa que le he negado a tu padre.

Otra hetera, Friné, fue acusada un día de no recuerdo qué delito. Su abogado no encontró mejor medio para defenderle que desnudarla ante el tribunal y decir:

- ¿Creéis que una mujer tan bella puede cometer delito alguno?

Los jueces se dejaron convencer y absolvieron a Friné.

Esta cortesana se enriqueció tanto que levantó una estatua de oro macizo a Júpiter con la inscripción: «*Gracias a la intemperancia de los griegos*».

Un día se encontraba en un banquete con otras mujeres. Se jugó a que todas hicieran lo que hiciese una de ellas. Cuando le tocó el turno a Friné, mandó traer una palangana con agua y se lavó la cara con ella.

- Que otras hagan lo que he hecho yo.

Y como Friné no usaba pomadas ni afeites de ninguna clase apareció después del gesto, tan bella como antes, cosa que no sucedió con sus demás compañeras.

A su costa hizo reconstruir las murallas de Tebas con la inscripción: «*Friné ha rehecho lo que Alejandro había deshecho*.»

Un día el célebre escultor Praxíteles le ofreció sus obras para que escogiera la que mejor le pareciese. Dudando de su gusto y confiando en el del escultor, una noche,

en una cena, hizo que uno de sus sirvientes gritase despavorido que el taller de Praxíteles estaba ardiendo.

- ¡Ay, mi Cupido!, dijo el escultor.

Y así supo Friné cual era la mejor obra y la escogió.

Las concubinas no tenían ni la consideración de las heteras ni el rango social de las esposas y terminaban, las más de las veces, vendidas a un burdel cuando sus amos se cansaban de ellas. (La palabra «*burdel*», según Corominas, se deriva del catalán *bordell* y éste de *bord*, bastardo. *Bordell* significaría, pues, el lugar en donde se engendraban bastardos.)

En Roma las prostitutas eran llamadas «*meretrices*» (*quere corpore merent*), cuyo nombre se ha conservado en castellano. *Palam*, que quiere decir «*sin elección*», es decir que tiene que aceptar a todo el que paga: *scortum*, o pellejo; *lupa*, o sea, loba, unos dicen que por su rapacidad propia de los lobos y otros porque aullando como estos animales llamaban a sus posibles clientes (la palabra *lupa*, de la que deriva *lupanar*, se extendió tanto para designar a las prostitutas que para las hembras del lobo se usaba preferentemente las de *gemina lupus*).

Algo parecido pasa en el actual italiano en el que *vacca* significa vaca, pero es más usado para designar a las prostitutas de baja estofa. Para la hembra del toro se usa, en cambio *mueca*, aplicado en especial a las vacas lecheras). También se las llamaba *fogata* porque debían vestir la toga en vez de la estola propia de las matronas decentes.

Las prostitutas eran consideradas como preservativo del honor de las familias. Horacio nos cuenta que Catón el Viejo, viendo salir de un lupanar a un joven conocido suyo le dijo:

- Bien hecho, aquí es donde deben venir los jóvenes cuando el deseo hincha sus venas, en vez de palpar las esposas de los otros.

Pero viéndole salir otras veces del mismo lugar le increpó:

- Joven, aquí se puede venir alguna que otra vez, pero no sabía que habías fijado aquí tu domicilio.

Séneca en sus controversias pone en boca del defensor de un joven las siguientes palabras: «*No ha pecado en nada, que ame a una meretriz es natural; es joven, ten un poco de paciencia; se enmendará y se casará.*»

La emperatriz Mesalina tenía alquilada una celda en uno de los lupanares más miserables de Roma, a la puerta de su celda figuraba su nombre de guerra, Lycisca, y allí recibía a todos los hombres que podía, prostituyéndose sin escoger a ninguno. Al alba regresaba a palacio cansada pero no saciada, como dice Suetonio.

Los lupanares estaban regentados por un *leno*, de ahí la palabra lenocinio, quien cuidaba del orden y de cobrar a los clientes si las mozas eran esclavas; si eran libres cobraban ellas y daban su comisión al leno. Es lo que hacía Mesalina.

Las celdas se llamaban *jornices*, de donde viene el verbo fornicar, porque estaban situadas muchas veces bajo las bóvedas y arcadas de algunos monumentos públicos, como el circo, el anfiteatro, los teatros, el estadio, etc.

Y ya que hemos hablado de etimologías latinas digamos que del griego, directamente o a través de cultismos, ha llegado hasta nosotros buena parte del vocabulario erótico (de Eros dios del amor). Por ejemplo afrodisíaco (de Afrodita, diosa del amor); homosexualidad (masculina y femenina pues el disilábico *homo* deriva del griego hornos, semejante, y no del latino homo, hombre); narcisismo (de Narciso, el joven que estaba enamorado de sí mismo); ninfomanía, pederastia y pedofilia (de paidos, niño); satiriasis (de los sátiros que vivían en los bosques); safismo, lesbianismo (de Safo de Lesbos, poetisa griega a la que se atribuían amores con sus discípulas), etc.

31. Carta de un bibliófilo musulmán del año 966 de nuestra era

Alabanza al Dios único.

No hay poder ni fuerza sino en Él.

De MUHAMMAD BEN WADAK

ben jalik, de Córdoba
a hazim ben rasim, de Sevilla

La paz sobre ti.

Te envío esta carta por medio del mayordomo de Yakya Abdallah ben Ya'far abu Yussuf que va a tu ciudad para preparar la nueva residencia de su amo. Pronto vais a tener un nuevo y alegre habitante en vuestra alegre ciudad, Yakya es hijo de Abu Yakya Abdallah, mi buen amigo y compañero de tertulia y más amigo todavía de los libros a quienes dio lo mejor de su vida y de su caudal. Podría decir refiriéndose a ellos lo que dijo Algazal a la reina Rud: «Tienes que soportar, ¡oh corazón mío!, una afección, una pasión que te fatiga, luchas con ella como contra el león más bravío». Pero Abu Yakya murió, como sabes, y sus mayores riquezas, los libros, han sido este mes vendidos en subasta por su hijo Yakya que es más aficionado al vino y a las mujeres que a los libros, de los que sólo conoce aquellos que cantan los placeres de la ebriedad y del amor. Yakya me dice que quien se ocupa exclusivamente de los libros o está loco o se vuelve loco. Quizá no le falta del todo la razón. A mí también me gusta saborear el vino y gozar del abrazo de mi amada; pero los libros son mejores todavía y más cuando se llega a mi edad. Debemos prestar oídos a las palabras de los muertos leyendo lo que ellos escribieron, ya que por voluntad de Dios, que sea por siempre loado, han llegado hasta nosotros.

Todo el mes lo he pasado tras los libros de Abu Yakya. ¡Qué tesoros acumuló este hombre! El mismo Walid, el eunuco bibliotecario de nuestro señor al-Hakam al Mustansir bi-Allah, que Él guarde y preserve de todo mal, palideció a cada libro que aparecía ante el subastador. Se quedó con lo mejor. Parte por respeto a su señor y parte porque nuestros caudales no igualaban a los que él disponía.

Con todo, me pude quedar con los cinco libros de las Genealogías de Qasim ben Asbag y las Noticias sobre los poetas españoles de Muhammad ben Hizam Halmamani, que ya figura en la biblioteca de al-Hakam, que Dios guarde, por ser el autor su amigo. Poco es, pero el placer de un amante de los libros se encuentra más en el comprar que en otra cosa y con más intensidad cuando es imprescindible privarse de lo necesario para comprar lo superfluo. Tener el libro entre las manos, hojearlo, acariciarlo, sentirlo tuyo sabiendo que para que así sea has de reducir lo

dispuesto para el alimento o para la comodidad. Quizá en este sacrificio reside la verdadera felicidad.

Talid se quedó con el *Diccionario de las Clases* de Kálibes de El-Elcaslim, las Clases de los poetas de Al-Andalus de Abu Said Hardus y el voluminoso libro *El Collar Único* de Abu Umar Ahmad ben Muhammad ben Abd al-Rabini ben Habib ben Kudayr ben Sahim, que tiene más volúmenes que letras el nombre del autor. Yo me quedé con un pequeño volumen de las poesías de Aben Hani que el eunuco no se atrevió a adquirir recordando que el mismo al-Hakam, que Dios proteja, cuando era walí lo expulsó de Sevilla por su vida crapulosa.

Me temo que al hijo de mi amigo le pasará lo mismo. Si al menos leyera algo. Creo que los libros son el más poderoso dique contra las pasiones, pues la ignorancia es la maldición de Dios y sólo podemos elevarnos al cielo con las alas del saber. Entre todos los hombres el más dichoso será el aficionado a los libros. Ellos nos dan la ciencia y la vida la experiencia. Todas estas reflexiones las he hecho a Yakya pero él no tiene ni una ni otra y no me ha hecho caso, como no se lo hizo a su padre. Por ello yo no me he querido casar, mis libros serán vendidos a mi muerte y su importe repartido a los pobres para que sus bocas alaben a Dios, a Él sea dado todo honor: siempre pasa igual, los padres acumulan riquezas, sus hijos las dispersan y los nietos piden limosna a la puerta de la mezquita.

Tú conocías a Abu Yakya, conocías su carácter y sus cualidades. Acostumbraba a decir que no puede haber alma grande ni corazón sensible sin amor a las letras. Creo que es ésta su mejor definición. Su biblioteca era la mejor de Córdoba después de las de al-Hakam y de Bey Futays, debía de tener unos cien mil volúmenes y aunque no prestaba ninguno, cosa admirable y piedra de toque del bibliófilo, estaban siempre a la disposición de los copistas y los estudiosos. Su hijo, en cambio, va gastando sus días en bailarinas y músicos, en vista de lo cual ha decidido trasladarse a tu ciudad que tiene fama de mucho más divertida que nuestra severa Córdoba. Ya conoces la frase «*Libros en Córdoba y música en Sevilla*».

No quiero terminar sin contarte un buen caso que me ha sucedido al salir de la subasta. Pasaba de regreso a casa por una calle del adarve de los Banu-Futays y me paré en el tenderete de Muhammad ben Yussuf, un librero oriundo de

Guadalajara que recientemente se ha establecido aquí. Estuve revolviendo los volúmenes y de pronto encontré uno que me pareció curioso. Daba la impresión de ser la continuación de una obra; pero en la segunda o tercera página empezaba otra. No quería dar crédito a mis ojos. Era la Historia de Abd al-Malik ben Habid.

Parecía inverosímil, yo sabía que Ben Futays la estaba buscando, precisamente la tarde anterior en la Machlia se lamentaba de no poseer este libro, y hete aquí que yo lo encuentro al día siguiente y precisamente en una tienda de su barrio. Allí estaba escrito en magníficos caracteres: *«Libro del principio de la creación del mundo, de las cosas que en él creó Dios desde el principio de la creación de los cielos, mares, montes, paraíso o infierno y de la creación de Adán y Eva; de lo que hubo entre éstos e Iblís; de cada uno de los profetas hasta Mahoma...»* Dios sea loado, todo un mes padeciendo en la subasta para quedarme con cuatro libros pagados a gran precio y he aquí que sin buscarlo un libro mejor me sale al encuentro.

Busqué los demás volúmenes de la obra y los pagué a precio irrisorio. Alabado sea Dios que protege a los amantes de los libros. Éstos irán a aumentar mi pequeña y selecta biblioteca y cuando, los coloque en los estantes recordando los sucesos del día deberé meditar en la maravillosa sentencia de Sulay-man ben David, sobre ellos la Paz: *«Los libros deben comprarse con alegría y venderse con tristeza»*. La paz general universal de tu amigo sea sobre ti.

Fue escrita en siete de Ramadán del año 356.

Esta carta apócrifa no fue nunca radiada. La escribí el año 1950 y sirvió como felicitación de Navidad de la S. A. Horta de Impresiones y Ediciones. Fue impresa en papel de hilo, se tiraron 300 ejemplares y fue ornamentada por Julio Boleda con litografías inspiradas en los manuscritos hispanomusulmanes de la Biblioteca de El Escorial. Hoy constituye una rareza bibliográfica.

32. Algo sobre matemáticas

Quien me conozca se sorprenderá, sin duda, que hable sobre un tema que me es completamente desconocido.

Jamás he entendido nada de sumas, restas, multiplicaciones o divisiones y ni que decir tiene que el álgebra y la trigonometría son tierra ignota para mí. Debo confesar que durante mi bachillerato me aprendía las fórmulas y los teoremas de memoria y nunca comprendí una papa de ellos. Por otro lado, los lados de uno de los catetos y el de la hipotenusa me dejan, indiferente y por ello el teorema de Pitágoras me importaba un bledo. Comprendo que quien tiene vocación matemática se sienta atraído por las ecuaciones pero no es éste mi caso.

Cierto día le preguntaron a Pitágoras qué cosa entendía con la palabra «amigo» y contestó:

- Es uno que es como otro yo; como lo son el 220 y el 284.

Conocía esta anécdota que me parecía una estupidez; pero resulta que el tonto soy yo. En el libro *Aneddottario delle Scienze* de Sagredo encuentro la anécdota y su explicación: todos los divisores de 284 (1, 2, 4, 71, 142), sumados, dan 220 y todos los divisores de 220 (1, 2, 4, 5, 10, 11, 20, 22, 44, 55, 110), sumados dan 284. A estos números parece que en matemáticas se les llama números amigos. Me parece que esto es llevar muy lejos y muy complicadamente el concepto de amistad.

Digamos de paso que Pitágoras cuando descubrió su célebre teorema ofreció a los dioses una hecatombe, es decir un sacrificio de cien bueyes que eso significa la palabra hecatombe. Del griego *hekaton*, ciento, y *bous*, buey.

Los griegos creían que quien inventó el arte de contar fue Palemedes, que pasaba también por haber inventado el juego de los dados para pasar el tiempo durante la larga guerra de Troya. Platón dudaba de esta creencia y se preguntaba:

- ¿Es que, sin Palemedes, Agamenón habría ignorado cuántos pies tenía?

Este tipo de respuestas, más o menos ingeniosas, pero que han pasado a la posteridad, eran corrientes entre los griegos. Recordemos, por ejemplo, el célebre razonamiento de Epiménides, cretense él, que afirmaba que todos los cretenses eran mentirosos. De momento esto parece una de tantas frases que se dicen en un pueblo sobre otro: pero el meollo estaba en que quien lo dijo era cretense. De ello se sigue que si todos los cretenses eran mentirosos lo que decía Epiménides no era cierto, luego los cretenses no son mentirosos, de lo que se desprende que lo que decía era verdad, de ello se deduce que si era verdadera su afirmación era cierto que los cretenses eran mentirosos y por ello lo que decía Epiménides era mentira, luego los cretenses decían verdad luego... y así hasta el infinito.

Fueron los pitagóricos los que acuñaron la frase «*la armonía de las esferas*» que han usado tantos y tantos poetas desde entonces hasta hoy.

Las esferas son las celestes, las que rodean inmutables en su movimiento la Tierra, la Luna, el Sol, los planetas y las estrellas, unas esferas transparentes que dejan pasar la luz de los astros para que lleguen hasta nosotros. Pero eran armónicas. Armonía es una palabra griega derivada de *harmós*, concordancia, ajuste.

Los pitagóricos descubrieron la relación que existe entre los números y los sonidos e imaginaron que las distancias de las varias esferas estaban en la misma proporción que en los tonos musicales. De la Tierra a la Luna, un tono; de la Luna a Mercurio, un semitono, y así sucesivamente. De ello se derivaba que al moverse las esferas produjeron diversos sonidos cuya unión provocaba la armonía. ¿Por qué pues no la oímos? La respuesta era sencilla. Decía Aristóteles en su obra *Del Cielo*: «*El hecho que el sonido es continuo y lo oímos desde nuestro nacimiento no podemos compararlo con el silencio contrario. No podemos notar un sonido sino conociendo el silencio que le precede y le sigue. Sucede en los hombres como con los herreros, que no se dan cuenta de la diferencia que hay entre el ruido que producen y el silencio.*» De todos modos Aristóteles no creía en la armonía de las esferas.

Los matemáticos son, en general en la historia, hombres eminentes cargados de singularidades. Fontenelle recibió un día una carta del regente de Francia Felipe de Orleans en la que le decía: «*Señor de Fontenelle, le invito a vivir en el palacio Real.*

El hombre que ha escrito Sobre la Pluralidad de los Mundos, debe habitar en un palacio.»

Fontenelle respondió: *«Alteza, el sabio necesita poco espacio y le es difícil cambiarlo. No obstante, iré a instalarme en su palacio con armas y bagajes, es decir con mis zapatillas y mi gorro de dormir.»*

Y así lo hizo y escribió en su nuevo domicilio sus *Elementos de la Geometría del Infinito*. De este libro solía decir:

- En Europa este libro será comprendido por siete u ocho geómetras a lo sumo, entre los cuales yo no me encuentro.

En 1614, John Napier, llamado Neper o Neperius, inventó los logaritmos, del griego *logos*, razón, y *arithmos*, número. Un logaritmo es, según el diccionario, un número que indica la potencia a la que hay que elevar otro dado para que resulte un tercero también conocido. Por su inventor los logaritmos son llamados neperianos y debo confesar humildemente que de la definición que he copiado del diccionario no entiendo un pitote.

E. Briggs, profesor de Geometría en Oxford, fue a visitarle para conocerle y le dijo:

- Me gustaría saber de qué clase de mecanismo, de qué tipo de estratagema se ha servido usted para descubrir este extraordinario auxilio para las matemáticas y la astronomía, y me pregunto cómo diablos no fueron descubiertos antes tratándose de algo que, visto ahora, parece sencillísimo.

Neper había adoptado como base un número trascendental, el 2,7182, mientras Briggs prefirió la base 10. Estos logaritmos son los más usados y se llaman logaritmos decimales o llevan el nombre de su inventor.

Que conste que esto del número trascendental y los datos matemáticos los he recogido de varias obras sobre el tema pero ignoro por qué 2,7182 es trascendental y en cuanto a los logaritmos conservo todavía en mi casa un libro de Vázquez Queipo que no he vuelto a abrir desde mi ya lejano bachillerato ni pienso volver a abrir jamás.

33. Cuatro sonetos de amor y una expresión desesperada

Este título es plagio de la obra de Pablo Neruda, *Veinte Poemas de Amor y una Canción Desesperada*, pero no he encontrado otro mejor.

El caso es que a lo largo de mi actividad como conferenciante las intervenciones que más me han pedido se han basado en unas charlas sobre el amor, el amor moderno desde su invención en el siglo XII hasta nuestros días en que se ve sustituido por un nuevo concepto erótico; sobre la vida, el amor y el placer; un nuevo catarismo erótico, etc. y al final de mis intervenciones sugería casi siempre la misma pregunta, ¿qué es el amor?

La respuesta clásica es la que dio una dama francesa del siglo XVIII: «*Amor es un no se qué, que empieza no sé cómo y termina no sé cuándo*»; pero es una contestación no convincente pues acepta de antemano que el amor va a terminar y mientras dura el amor es eterno. Y no se tome a paradoja esta frase, mientras dura el amor debe ser eterno porque si no tiene conciencia de eternidad, si no cree que aquel sentimiento es tan fuerte que superará nuestra propia vida, no es amor. Será pasión, deseo, ilusión, será lo que queráis, pero amor no.

Sobre el amor se ha escrito mucho. Desde los trovadores hasta nuestros días no ha habido nadie que no tuviera su idea sobre el mismo y no ha habido escritor que no dejara en el papel sus pensamientos sobre tema tan importante.

Mi amigo José Antonio Pérez-Rioja, el cordial, simpático, comprensivo, erudito y eficaz director de la Casa de Cultura de Soria, en su precioso libro titulado *El amor en la literatura* (Ed. Tecnos), ha coleccionado más de cuatrocientas frases sobre el amor. De ellas entresaco algunas:

«Si quieres ser amado, ama.» (Séneca.)

«La causa de amar es amor; el fruto de amar es amar, el fin de amar es amar, amo porque amo; amo para amar.» (San Bernardo.)

«Lo que más se parece al amor es siempre el amor.» (Tristán Bernard.)

De todos modos hay que convenir que el amor es tan hermoso que hasta sus sustitutivos son tentadores.

«Los jóvenes, nuevos en todas las cosas, no saben aún amar, deben aprender (...) Inclínados a no ver en el amor más que un placer, los hombres lo han vuelto fácil, barato, sin riesgo, como una diversión de feria.» (Rilke.)

«El que nunca haya amado no puede ser bueno.» (Esquilo.)

«Ama y haz lo que quieras; si callas, callarás con amor; si gritas, gritarás con amor; si corriges, corregirás con amor; si perdonas, perdonarás con amor. Como está dentro de ti la raíz del amor, ninguna otra cosa sino el bien podrá salir de tal raíz.» (San Agustín.)

La primera frase de este párrafo del obispo de Hipona, «*Ama et fac quod vis*», ha sido con frecuencia interpretada erróneamente. Aislada de su contexto, se encuentra en el Tratado 8 de las Epístolas, se ha abusado de ella, especialmente en el inicio del protestantismo, para indicar que mientras se amara a Dios poco importaban las obras, olvidando que es un texto religioso y que con él se indica que si se ama nada se hará contra el objeto del amor. Si éste es Dios se sigue de ello que quien le ama no debe caer en el pecado.

«Amar no es sólo amar bien, es, sobre todo, comprender.» (F. Sagan.)

«Y saber amar es, desde luego, es siempre, no juzgar al ser a quien se ama, es creer en él contra todo y contra todos, contra la posibilidad, contra la evidencia.» (P. Bourget.)

«No confundas el amor con el delirio de la posesión, que provoca los peores sufrimientos.» (Saint-Exupéry.)

De aquí que a lo largo de la historia se haya visto que muchos amores no eran tales sino pasiones, deseos, ilusiones que se desvanecían al poco tiempo. Pero ahora con la actual libertad de costumbres siento miedo y compasión por una parte de la juventud actual. El mismo autor dice:

«El verdadero amor comienza allí donde no espera nada en compensación.»

Por ello: «Si sientes palpar tu corazón ante una persona, eso no es amor, sino sensibilidad. Si te extasías ante su belleza, eso no es amor, sino admiración. Si pretendes a toda costa un beso, una caricia, eso no es amor, sino sensualidad.

Amar no es sentirse emocionado por otro, sentir afecto sensible por otro, abandonarse a otro, desear a otro, porque la esencia del amor no es sensibilidad, sentimiento, deseo, emoción, simpatía o pasión..., sino una entrega personal y libre a otro como acto espiritual de la persona.» (M. Quoist.)

Lo cual no impide que en el amor se encuentren todas las demás sensaciones.

«El amor es, sin duda alguna, lo que puede hacer comprender la eternidad; el amor confunde todas las nociones del tiempo, borra las ideas de principio y fin.» (Madame de Stael.)

La Biblia dice, en el Cantar de los Cantares, que *«el amor es fuerte como la muerte»*. Yo creo que es mucho más fuerte, pues la supera. Por ello: *«El infierno es no amar más»*. (Bernanos.) Y santa Teresa definirá al diablo como *«aquel que no puede amar»*.

«Sólo a ti te amo. Te amo en todo y amo todo en ti. No eres el ser que usurpa y oculta el mundo para mí, eres el lazo que me une al mundo.» (Thibon.)

El ya citado san Agustín decía que: *«La medida del amor es amar sin medida»*. Y Saint-Exupéry: *«Amar no es mirarse el uno al otro, es mirar juntos en la misma dirección»*.

Lástima que en muchos matrimonios cuando los dos miran en la misma dirección es que allí está el televisor.

En fin que *«el amor se siente y no se define»* (santa Catalina).

Como dice Pérez-Rioja en su libro, *«para comprender el amor en plenitud se hacían precisas unas dotes de intuición y una capacidad imaginativa nada frecuentes: de ahí el que los verdaderos conocedores del ímpetu subjetivo de amor serán los artistas, los pensadores, los poetas»*.

Y qué nos dicen estos últimos. Veamos, por ejemplo, un soneto de Lope de Vega:

*Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;
no hallar fuera del bien centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;
huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño,
creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma a un desengaño,
esto es amor; quien lo probó lo sabe.*

Y Quevedo, el gran Quevedo, tan desconocido por el vulgo que lo toma por un bufón chocarrero nos dice en su soneto amoroso

*Tras arder siempre, nunca consumirme;
y tras siempre llorar, nunca acabarme;
tras tanto caminar, nunca cansarme,
y tras siempre vivir, jamás morirme;
después de tanto mal, no arrepentirme;
tras tanto engaño, no desengañarme;
después de tantas penas, no alegrarme;
y tras tanto dolor, nunca reírme;
en tantos laberintos, no perderme,
ni haber, tras tanto olvido, recordado,
¿qué fin alegre puede prometerme?
Antes muerto estaré que escarmentado:
ya no pienso tratar de defenderme,
sino de ser de veras desdichado.*

El propio Quevedo es el autor de aquel soneto inmortal, una de las cimas poéticas en cualquier lengua de cualquier época: ***Amor Constante más Allá de la Muerte***

*Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;
mas no, de esotra parte, en la ribera,
dejará la memoria, en donde ardía:
nadar sabe mi llama la agua fría,
y perder el respeto a ley severa.
Alma a quien todo un Dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,
su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.*

Este soneto, cuyo último verso equivale a cien tratados sobre el amor, ha sido siempre celebrado y comentado hasta el infinito. Nada empero, ni los comentarios eruditos, a veces autopsias de las obras clásicas, ha podido empañar la frescura y el propio tiempo el ardor de esta sublime composición.

Y como la historia no es sólo el remoto pasado sino también el presente, somos historia y hacemos historia, he aquí otro soneto de un poeta contemporáneo, Federico García Lorca. Los que sólo conozcan de él el *Romancero Gitano* o *El Llanto por Ignacio Sánchez Mejías*, con sus obsesionantes «cinco de la tarde», encontrarán, sin duda, en la composición que sigue muestra distinta y, a mi parecer, superior a las composiciones citadas. Dice así el soneto:

*tengo miedo a perder la maravilla
Tengo miedo a perder la maravilla
de tus ojos de estatua, y el acento
que de noche me pone en la mejilla
la solitaria rosa de tu aliento.
Tengo pena de ser en esta orilla
tronco sin ramas; y lo que más siento
es no tener la flor, pulpa o arcilla,
para el gusano de mi sufrimiento.
Si tú eres el tesoro oculto mío,
si eres mi cruz y mi dolor mojado
si soy el perro de tu señorío,
no me dejes perder lo que he ganado
y decora las aguas de tu río
con hojas de mi otoño enajenado*

Los que hemos estado y estamos enamorados, los que creíamos en nuestra juventud que el amor era la cosa más importante de la vida y ahora lo sabemos con certeza, los que hemos pasado ya el «otoño enajenado» pero sentimos todavía, ya con un pie en el invierno, el «dolor mojado» que nos envuelve como una sábana húmeda, los que hemos sido y somos «perros de tu señorío» podemos comprender mejor que nadie la belleza y la verdad de este maravilloso soneto.

Porque decía una de las más finas y delicadas mujeres del siglo XVIII francés, mademoiselle De Lespinasse, a uno de sus amantes, la más bella definición del amor como sentimiento:

«Te amo como se debe de amar: desesperadamente.»

34. Regímenes de vida

- ¿Cree usted, doctor, que viviré ochenta años?
- ¿Usted fuma?

- No, señor.
- ¿Usted sale de noche?
- No, señor.
- ¿Bebe?
- No, señor.
- ¿Juego, mujeres?
- No, señor.
- Entonces ¿para qué demonios quiere usted vivir ochenta años?

Si el paciente hubiera contestado que sí a todas las preguntas, el médico se lo hubiera tomado en serio y luego de haberlo auscultado concienzudamente le habría prohibido todo lo que hacía y le hubiera impuesto un régimen y entonces le hubiera tocado al paciente exclamar:

- Pero con un régimen así, ¿para qué demonios quiero vivir ochenta años?

Toda la teoría de la escuela de Salerno estaba basada en el régimen y muchos médicos no comprenden que si a mí me duele el estómago por comer jamón, o por beber coñac, lo que me interesa no es que me prohíban el jamón o el coñac, sino que me pongan en condiciones de satisfacer mis gustos.

El Régimen *sanitatis* o *Flos sanitatis* es un poema rítmico en versos leoninos compuesto por la célebre escuela Salernitana, y expone las principales reglas de higiene según los conocimientos de aquel tiempo. Según la tradición, fue dedicado por el Colegio de Médicos de Salerno a Roberto, duque de Normandía, alrededor del año 1100. Entre sus principales consejos se encuentran los siguientes:

*Sí tibi deficiant medici tibi fiant
Haec tria: mens laeta, requies, moderala diaeta.
(Régimen sanitatis, v. 19- 20.)
(Si te faltan los médicos,
harán sus veces estas tres cosas:
ánimo alegre, reposo y moderada dieta.)*

*Si fore vis sanus,
ablue saepe manus.*

(Id., v. 125.)

(Si quieres vivir sano, lávate frecuentemente las manos.)

*Sex horis dormiré sat est juvenique senique
Septem vix pigro, nulli concedimus ocio.*

(Id., v. 129- 130.)

*(Dormir seis horas es suficiente tanto para
un joven como para un viejo, concedemos
hasta siete al perezoso; pero a ninguno ocho.)*

*Ut sis nocte levis,
sit tibi coena brevis.*

(íd., v. 195.)

*(Si no quieres estar pesado por la noche,
cena brevemente.)*

Oscar Wilde decía, en cambio: «*Para tener buena salud lo haría todo menos tres cosas: hacer gimnasia, levantarme temprano y ser persona respetable.*»

Si no más convincente, por lo menos el consejo del célebre comediógrafo inglés es bastante más simpático que los de la escuela salernitana.

Luis Cornaro, a la edad de cuarenta años, se encontró con que había comprometido su salud por culpa de los excesos de toda clase a los que se había entregado favorecido por su gran fortuna. Condenado sin remisión por los médicos, consiguió escapar a su sentencia gracias a una reforma radical en su régimen de vida.

Tuvo la valentía de reducir su alimentación diaria a doce onzas de alimentos sólidos y a catorce onzas de vino (como curiosidad, copio a continuación el complicado sistema de pesos que usaba: el escrúpulo equivalía al peso de 20 granos de trigo medianos; el óbolo, a medio escrúpulo; el cálculo, a una cuarta parte del óbolo; la dracma, tres escrúpulos o sesenta granos; el exagio, sólido o áureo era igual a

dracma y media o noventa granos; la onza, igual a nueve dracmas y seis exagios o quinientos cuarenta granos; la libra era igual a ciento ocho dracmas o doce onzas, o sea seis mil cuatrocientos ochenta granos.

Cuando las dosis habían de ser medidas por el peso de granos de cebada era preciso significarlo en la receta; de lo contrario, se entendía siempre que la unidad primordial era el grano de trigo, de donde se formaban los tipos ponderales citados). Se abstuvo además, con cuidado de todo lo que podía agitarle, turbar su sueño o su digestión, etc. Hizo construir una balanza muy exacta y allá comprobaba regularmente lo que un alimento le hacía ganar y otro le hacía perder. Vivía así esclavo de lo que comía o transpiraba. Llegó a centenario. Él le llamaba a eso vivir, pero la gente creía que simplemente era prolongar la muerte.

Comprendo que un tal sacrificio se haga en aras de la ciencia, tal como lo hizo Sanctorio, médico italiano que durante treinta años estuvo experimentando sobre las pérdidas del cuerpo; del techo de su comedor tenía suspendida una romana de la que colgaba su silla mientras comía al mismo tiempo que se pesaba, y allí permanecía después hora tras hora para observar cómo perdía peso debido a la transpiración insensible.

Este Sanctorio era hombre de fértiles recursos y amplia imaginación; él fue el primer médico que usó el termómetro para medir la temperatura del organismo; y su termómetro, que era muy diferente del que el médico de hoy día se saca del bolsillo, se componía de un tubo de cristal retorcido que terminaba en una forma de huevo en su extremo superior, y cuyo extremo inferior abierto se introducía en un receptáculo lleno de agua. El paciente se introducía el huevo en la boca, y el aire en el interior del tubo al calentarse se dilataba y escapaba por el agua, y cuando ya no salía más aire se sacaba el huevo de la boca, se dejaba enfriar el tubo, el aire al enfriarse se contraía y entraba agua dentro del tubo; la altura a que llegaba el agua era la medida del aire escapado del tubo y, por consiguiente, de la temperatura concentrada en el huevo, o sea la del paciente que lo había tenido en la boca.¹

Pero estábamos hablando de los regímenes de vida, cosa de la que la gente tiene una idea simplista en demasía.

¹ Haggard, El médico en la historia.

Llegó un médico a casa de un reumático crónico y se lo encontró ante una botella de jerez.

- No puede ser más oportuna su visita, doctor, le dice el enfermo. Va usted a darme su opinión sobre esta botella de jerez que acaban de regalarme.

- ¡Ah, amigo!, replicó el médico. Esas botellas de jerez son fatales para su enfermedad.

- Entonces, ya que hemos encontrado la causa de mis padecimientos, cuanto antes la hagamos desaparecer, mejor.

Hay temperamentos a los cuales cualquiera les va a imponer un régimen, ni siquiera a recomendárselo. Ya he citado en otro apartado casos tremendos de tragaldabas, y a continuación van otros cuantos que me dejé en el tintero y que considero dignos de conocer.

Milón de Crotona se comió un día un buey entero, después de haberlo llevado a hombros un espacio de seis kilómetros y haberlo matado de un puñetazo.

El emperador Claudio Albino comió un día quinientos higos, cien melocotones, diez melones, cuarenta y ocho ostras y mucha uva.

El emperador Maximino, que comía como un desesperado, engordó de tal forma que los brazaletes de su esposa le servían de anillos.

Ante el emperador Aureliano un comediante cuyo nombre era Phagon se comió un jabalí, un cordero, cien panes, un lechón y bebió veinticuatro medidas de vino.

En la correspondencia de la princesa Palatina se lee: *«El rey Luis XIV era gran tragón. He visto con frecuencia al rey comer cuatro platos de diversas sopas, un faisán entero, una perdiz, una gran fuente de ensalada, dos grandes lonjas de jamón, cordero en salsa de ajo, un plato de pasteles y para terminar algo de fruta y unos huevos duros.»* Se diría que el apetito corporal del Rey Sol corría parejas con su apetito político.

Conocida es la anécdota que sigue y que he leído atribuida a cien personas distintas. La que hoy es la versión más antigua que poseo, lo que no quiere decir, ni mucho menos, que no sea más que copia de una anécdota anterior.

En una comida en la que se encontraban muchas personas distinguidas, se hablaba de una que comía extraordinariamente y se citaban ejemplos sorprendentes de su voracidad.

- No me sorprende nada lo que ustedes dicen, afirmó un oficial del regimiento de la Guardia que se encontraba presente. En mi compañía tengo un soldado que se come un buey entero sin sentir la menor molestia.

Ante esta salida muchos mostraron su escepticismo, ratificándose a su vez el soldado, que propuso una apuesta que fue aceptada por varios de los presentes, conviniéndose en que un día, que fijaron, se reunirían para ver si era posible tal ejemplo de tragonía. El día convenido se reunieron todos en una taberna, y el oficial, para mejor estimular el apetito de su subordinado, había hecho aderezar con diferentes salsas las diversas partes del buey. El soldado se sentó a la mesa, los platos se suceden y son tragados a velocidad increíble. Los que habían apostado contra el oficial empezaron a temblar. El soldado había devorado ya las tres cuartas partes del buey cuando, de pronto, se dirigió a su superior:

- Mi capitán, creo que ya es hora que me traigan el buey, si no, no respondo que gane la apuesta.

No hay que decir que las apuestas se pagaron inmediatamente, sin esperar el final de la comilona.

A este mismo soldado le pedían una vez cuántos pavos se creía capaz de comer.

- Unos cincuenta.

- ¿Y palomas?

- Ochenta o cien.

- ¿Y alondras? ¿Cuántas alondras te comerías?

- Oh, alondras, siempre.

Existe un libro inglés, del que no conservo la ficha, que es una alabanza del régimen antropofágico como el más adecuado para la buena conservación de la salud. Es una aplicación algo original de la opoterapia y aseguro que el libro está escrito en

serio. Si algún lector de esta obra puede proporcionarme la ficha completa de dicho libro, se lo agradeceré en extremo.

Al hermano de un célebre pintor español que yo he conocido le faltaba un dedo. Parece ser que un día en su tertulia se discutía sobre si la carne humana tenía buen gusto o no. Para acabar la cuestión se fue a la cocina, cogió un cuchillo y se cortó un dedo para comérselo frito. Ignoro si lo hizo.

Pero nos estamos desviando, o mejor dicho, me estoy desviando, porque usted, amigo lector, no tiene la culpa de nada si no es de haber comprado el libro, cosa que le agradezco en el alma, me estoy desviando, digo, del tema médico para pasar al gastronómico. Bien es verdad que se dice que el estómago es la oficina en donde se forjan las enfermedades del cuerpo, pero no alambiquemos.

Acabemos con una verídica anécdota de un médico partidario a ultranza de regímenes más o menos acertados.

Después de la consabida auscultación y examen del enfermo, se dio cuenta, por las preguntas que le acababa de hacer, que se hallaba ante una persona de costumbres en extremo morigeradas.

- ¿Ni fumador, ni bebedor...? - preguntó contrariado el galeno- . Bueno, ya encontraré algo que prohibirle.

35. Constantino (V): La fundación de Constantinopla

A mediados del siglo VII a.C. unos habitantes de Megara fundaron la colonia de Calcedonia en la ribera asiática del Bósforo. Más tarde otro grupo megario, mandado, al parecer, por un tal Bizas, fundó frente a Calcedonia, en la orilla europea del estrecho, otra ciudad o colonia que, del nombre de su jefe, denominaron Bizancio.

Heródoto pone palabras en boca del general persa Megabaces, sobre la situación estratégica de la ciudad. Estrabón y Tácito atribuyen las mismas palabras al propio Apolo Pítico. Milagros de la leyenda, unas veces hija y otras, madre de la historia. Como lugar estratégico para el paso de Europa a Asia y viceversa y como puesto de

control para la navegación entre el mar Negro y el Mediterráneo, su historia fue asaz importante. Pero cuando adquirió notabilidad definitiva fue en el año 324 cuando Constantino la eligió como lugar destinado para la erección de la nueva capital del Imperio.

Ya hemos dicho que la capitalidad romana se había convertido en trashumante. No residía desde hacía años en Roma y ya hemos citado la idea de Diocleciano de trasladarla a la ciudad de Nicomedia en la Bitinia, a la que embelleció con importantes monumentos. Luego se trasladó a Spalato, en la costa dálmata, y allí vivió desde su abdicación hasta su muerte.

Constantino continuó con estas ideas pero sin saber a punto fijo dónde instalar la capital. Parece que pensó primero en Nissos, en donde había nacido, luego en Sárdica, la actual Sofía, luego en Tesalónica, la Salónica de hoy, e incluso parece que pensó en el emplazamiento de la antigua Troya.

En efecto, una leyenda aseguraba que el destino de los romanos era volver a su lugar de origen y fundar allí una Nueva Roma. Los romanos creían descender de Eneas e incluso Julio César y Augusto habían pensado en el regreso a Ilion. No todo el mundo, entero, debía creerlo así cuando Horacio dice: «*Troya renaciendo bajo sombríos auspicios verá repetir el destino de una triste derrota*» (Carmen Saeculare, III, 3, 61-62). A no ser que el poeta conociendo las ideas de Augusto y no gustando salir de Roma le saliera al paso con estos agoreros versos que atribuyen a Juno.

Narra el historiador Sozomenos, del siglo V, que Constantino había ya trazado los límites de la Nueva Roma troyana e indicado el lugar en donde debían situarse las puertas, pero en sueños se le apareció Dios y le mandó que buscara otro emplazamiento para su capital. Según ciertos historiadores, Constantino cada noche debía de soñar con Dios y sus ángeles. Sea como fuere el hecho es que escogió Bizancio.

Se ha dicho que Constantino no gustaba de Roma, templo principal del paganismo, y que quiso crear una capital cristiana. Las dos afirmaciones carecen de fundamento. Basta pensar primero que Roma se convirtió, a pesar de todo, en la capital de la Cristiandad y, además, en la serie de razones estratégicas, económicas y políticas que aconsejaban el traslado. Las amenazas graves que se cernían sobre el Imperio venían, en especial, de Asia y aun los ataques de los bárbaros del norte

eran más fáciles de atajar por los flancos abiertos en las comarcas del mar Negro. Bizancio presentaba unas facilidades enormes para la defensa y era una maravillosa plataforma para la distribución de hombres, armas y víveres hacia cualquier lugar del Imperio; la mayor parte de los productos alimenticios y comerciales procedían de las regiones asiáticas o africanas; la decadencia de Roma era inevitable y su vitalidad procedía y dependía también del Oriente.

En cuanto a querer crear una capital cristiana de nueva planta basta saber que la noticia procede del pseudo Eusebio tantas veces citado y que por ello ya se hace sospechosa y que, por otra parte, los ritos y ceremonias con que se procedió a su fundación fueron totalmente paganos. Aparte las leyendas que acompañan el relato de la misma, bandadas de pájaros que trasladaban materiales de una orilla a otra del Bósforo, augurios nefastos sobre Calcedonia y fastos sobre Bizancio, el hecho es que el 4 de noviembre del 326, con el visto bueno de los astrólogos «estando el sol en el signo de Sagitario y Cáncer gobernando la hora», el emperador, vestido de blanco, según la antigua tradición del Lacio, y gobernando un arado tirado por bueyes, traza el perímetro de la ciudad. De vez en cuando levanta el arado que vuelve a introducir en la tierra al poco rato. En aquel espacio habrá una puerta de entrada. El contorno se hace tan inmenso que el séquito imperial se permite preguntarle:

- ¿Cuándo vas a detenerte, señor?

- Cuando se detenga el que va delante de mí.

Los historiadores cristianos, tales como Filoctoegio, atribuyen estas palabras al hecho que Constantino creía que le guiaba una fuerza divina, otros a que una pareja de ángeles le mostraba el camino. Lo maravilloso no podía estar ausente del inicio de una ciudad que ha de ser la maravilla de los siglos.

Se reclutaron trabajadores por los más varios procedimientos, además de movilizar una masa de esclavos fabulosa se dio franquicias comerciales y fiscales a quienes se instalasen en la nueva ciudad y colaborasen en su construcción. Cuarenta mil soldados godos fueron movilizados para que Participasen en los trabajos. Una legión estaba encargada de mantener el orden. Los más bellos monumentos de Roma, Antioquia, Alejandría, Atenas, Éfeso, etc., eran desmantelados para ser enviados a Bizancio. Multitud de iglesias fueron construidas; pero se respetaron los templos

paganos y, según Zósimo, se construyeron también algunos. Todo se hizo con tal magnificencia que el perímetro que había parecido desproporcionado y fabuloso hubo de ampliarse.

El 11 de mayo de 330, a la hora señalada por los astrólogos, se inaugura la nueva ciudad aún no totalmente acabada. Durante cuarenta días y cuarenta noches las fiestas se suceden sin interrupción, el circo no deja de funcionar ni un solo instante, y los senadores que, aduladores u oportunistas, han debido trasladar su residencia de Roma a Constantinopla, se encuentran con la agradable sorpresa de hallar a orillas del Bósforo una copia exacta de sus villas romanas.

Según la leyenda, dos ángeles descienden del cielo para ofrecer al emperador los símbolos de su doble poder temporal y espiritual. La leyenda fue inventada mucho más tarde pero es significativa. Un querubín le inicia en los secretos del «fuego griego», lanzallamas y gas asfixiante a la vez, y cuyo secreto se ha perdido definitivamente, y otro querubín le entrega la corona real, no como las otras, sino como una diadema pontifical con las dos «Tenias» o cintas simbólicas que unen al emperador directamente con Dios a modo de cordón umbilical.

Pero al mismo tiempo se levantó una estatua que representó originariamente a Apolo, pero a la que se sustituyó la cabeza por la representación de la del propio Constantino y que ostentaba la corona de rayos de Helios, el dios del Sol. Se dice que algunos de estos rayos metálicos fueron hechos con fragmentos de los clavos de la crucifixión de Cristo. Lo que explicaría, en parte, que la estatua fuese venerada por cristianos y paganos y que se quemase, por unos y otros, incienso en su honor. Por otro lado el padre de Constantino, Constancio Cloro, decía descender del emperador Claudio Gótico y todos eran adoradores del Sol Invicto, la deidad solar cuyo culto se identificaba con el de Mithra.

De todos modos muchas de estas costumbres eran tradicionales en las ciudades del Imperio. La mayor parte de ellas habían perdido los resabios de su origen pagano, otras se habían francamente cristianizado. No otra cosa sucede en los pueblos actuales con sus costumbres de la noche de San Juan, ya que nadie se acuerda que su origen debe buscarse en las fiestas paganas que celebraban el solsticio de verano. ¿El incienso, no pasó de la liturgia pagana a la cristiana? Así, creemos, debe de interpretarse también el reconocimiento que del espíritu tutelar de Roma se hace

en la inauguración de Constantinopla. La estatua de la Fortuna, Tiché, fue llevada en procesión solemne por la ciudad y reverenciada por el propio emperador en el Hipódromo. No debe verse en ello, a nuestro entender, más que una ceremonia laica que enlazaba la antigua con la nueva Roma, intención constante del monarca como lo prueba el que en las monedas acuñadas en la nueva capital se llama a sus habitantes *populus romanas*.

La descripción de la capital ocuparía muchas páginas y, a veces, es difícil discernir en los textos antiguos cuáles son las referencias a la ciudad constantiniana o a la contemporánea del escritor. Por una parte, todos los edificios y agrupaciones tenían a gala envanecerse de su primitivo origen; por otra, palacios y templos que en un texto son citados como fundación de Constantino, figuran en otra como creados por otro emperador. Pudiera ser que un edificio derruido se reconstruyera y entonces ambos historiadores tendrían una parte de razón; más probable es que un edificio primitivo fuese ampliado y embellecido posteriormente y el narrador atribuyese, aduladoramente, todos los méritos al restaurador. El propio palacio real fue tan modificado al correr de los siglos que es menester ser un gran especialista para saber si una determinada sala o un lugar descrito en un texto corresponde a una época o a otra.

Como sea, Constantinopla, como Roma, tiene siete colinas y catorce regiones o barrios, su Foro, su Hipódromo, su Circo, su Capitolio, su Senado y su territorio era considerado romano y, por ende, exento de impuestos.

Es curioso que el nombre de Nueva Roma no tuviese aceptación fuera de los documentos oficiales, prevaleció el de Constantinopla, derivado de su fundador, o bien era llamada simplemente la *Urbs*, la ciudad, exactamente como Roma. El árabe Al-Masudi, que escribía por los años 950, dice que los habitantes de la ciudad, griegos, la llamaban *Polín*, de *Polis* o *Bulin*, y también *Istán-Bulin*, es decir, en la ciudad, de donde deriva el actual nombre de Estambul.

Constantino puede por fin descansar. Todo lo que se había propuesto había llegado a buen término. Todo, menos la familia. Crispo, hijo de su primer matrimonio, muere asesinado tal vez por orden de su mismo padre. ¿Fue él también quien hizo ahogar en el baño a su segunda esposa Fausta? De ella le quedaron tres hijos: Constantino, Constancio y Constante, pero no ve en ninguno de ellos quien sea

capaz de sucederle con dignidad. Constantino está cansado. Las luchas entre arrianos y católicos se han recrudecido en parte por su contenido dogmático, en parte por razones más humanas. Gracias a la ayuda del poder imperial, el obispo ya no es sólo un pastor de almas, es también el poseedor de un cargo oficial importante. Las sillas episcopales de las ciudades ricas son ambicionadas. A la muerte de un obispo la campaña electoral se hace violenta y el perdedor no se somete fácilmente ni suele aceptar su derrota. Esperar la muerte del vencedor puede ser largo, es más fácil acusarle de herejía y exigir su deposición. Las tres ciudades más opulentas del Imperio son un nido de conspiraciones. Alejandría, con su larga tradición intelectual, Antioquía, que los apóstoles del Señor distinguieron en vida, Constantinopla, sede del emperador, son otros tantos focos de rebelión. El obispo de Antioquía fue acusado de sabeliano o seguidor de la doctrina de Sabelio, un oscuro y, para nosotros, casi desconocido hereje, del que sólo sabemos que sostenía que las tres Personas divinas no eran más que apariencias de un solo Dios. En el año 330 un sínodo reunido en la ciudad de Antioquía declaraba hereje a su obispo Eustatos y le deponía. Conforme el precedente sentado en Nicea, Constantino le desterró.

Más importante fue el caso de Alejandría. A la muerte del obispo Alejandro, el 17 de abril de 328 fue elegido obispo el diácono Atanasio. Era la primera vez que, de acuerdo con los cánones disciplinares de Nicea, la elección se hacía por los obispos egipcios y no por el clero de la diócesis. Como siempre sucede, la elección no gustó a todos. Estallaron disturbios en la ciudad hasta el punto que el nuevo patriarca tuvo que abandonar la ciudad acusado incluso de asesinato, pero pudo no obstante demostrar su inocencia ante los tribunales imperiales. Pero Constantino no gustaba de los conflictos de orden público. Cuando más tarde se indultó a Arrio, Atanasio no quiso recibirle en la ciudad y le prohibió la entrada en la misma. Constantino se sintió ofendido. ¿Cómo se atrevía un obispo, que de él dependía, a desobedecer sus órdenes? En estos momentos Eusebio de Nicomedia, jefe del partido arriano, supo jugar con habilidad sus cartas. En 335 reunió un sínodo arriano en Tiro, bajo la protección del emperador que puso a disposición la fuerza pública. Atanasio se presentó al concilio pero no consiguió defenderse y decidió huir burlando la vigilancia policiaca. Aunque lo logró, a su llegada a Constantinopla, a donde había

ido a apelar al emperador, se encontró con que sus enemigos se le habían adelantado y, el 6 de noviembre, Constantino le envió al destierro en Tréveris. El hecho es grave no sólo por la intromisión imperial sino porque, por primera vez, se apela de la decisión de un sínodo convocado por el emperador, no a un sínodo superior sino al propio emperador. «Desde entonces las relaciones entre Iglesia y Estado en Oriente ya no se basan en discusiones y resistencias, sino con raras excepciones, en complicidades.»

En la primavera de 337 Constantino, que preparaba una campaña contra los persas, cae enfermo. Sintiendo morir pide el bautismo. Lo recibió de manos de Eusebio de Nicomedia, obispo arriano. Al propio tiempo expresa su voluntad que regrese del destierro el obispo católico Atanasio. *«Después del bautismo el emperador se revistió con vestidos blancos y reales que brillaban como la luz y fue acostado en un lecho blanco como la nieve, tal como lo exigía el antiguo ritual pitagórico pagano.»*

A su muerte su cuerpo embalsamado se exhibe en el más fastuoso de los salones del palacio. Maquillado, coronado de pedrería, envuelto en un manto de púrpura recibe durante nueve meses en audiencia a sus súbditos. Cada día los senadores se reúnen alrededor del real cadáver y le consultan sus decisiones, los jefes militares le presentan sus planes de batalla, los administradores del erario le rinden cuentas entre el murmullo de las oraciones de difuntos, el cántico de los salmos y el humo de los incensarios. Obispos, monjes, diáconos y patriarcas se suceden ora rezando, ora confiándole sus problemas de gobierno. El emperador continúa así reinando hasta la llegada de su hijo Constancio.

Entonces el emperador es conducido solemnemente a su última morada. La comitiva atraviesa lentamente los salones dorados y los patios de mármol del palacio imperial. En la ciudad reina el silencio sólo interrumpido por el sonido de algunos atabales. Despacio, inexorablemente, los despojos de Constantino llamado el Grande, primer emperador de la Roma Eterna, se van acercando a la iglesia de los Santos Apóstoles, hecha construir por él. Es un mausoleo que contiene trece sarcófagos de pórfito, uno en memoria de cada uno de los apóstoles; el decimotercero, en memoria de Cristo, está reservado para el emperador, su representante teocrático en la Tierra.

El obispo de Constantinopla recita la oración: «Levántate, señor de la Tierra, el Rey de reyes te espera para el Juicio Eterno».

Oración que será pronunciada cada vez que un César Basileos Autócrator será depositado en su tumba.

36. Anecdótico

En 1708 la ciudad de Lille, en Francia, estaba sitiada. Defendía la plaza el mariscal Boufflers quien, enterado que los sitiados intentaban entrar en la ciudad merced a unos trabajos de zapa, quiso averiguar la situación. Cinco soldados perecieron en la empresa y ya desesperaba de lograrlo, cuando se presentó un joven granadero para intentarlo. Así lo hizo y con tanta habilidad que, gracias a sus informes, Boufflers pudo contraatacar y derrotar, de momento, a los sitiadores.

Por la noche se celebró el acontecimiento y Boufflers mandó llamar al soldado a quien le quiso entregar cien lises, suma importante en aquel entonces.

Pero el valiente renunció a la recompensa diciendo:

- Mi general, cosas como ésta no las hago por dinero.

Una historia del ya desaparecido, aunque no del todo, Imperio Británico.

Lord Harvey viajando por Italia tuvo que pasar una laguna y mojó el dedo en el agua, lo llevó a la boca y dijo:

- ¿Agua salada? Esto es nuestro.

Romero Robledo deseaba vivamente nombrar gobernador a un íntimo amigo y correligionario. El amigo en cuestión carecía de condiciones legales, pero Romero a pesar de esta dificultad llevó el decreto a la Gaceta. Enterado el presidente del Consejo le amonestó amistosamente:

- Pero, hombre, Romero, ¿cómo se le ha ocurrido a usted hacer este nombramiento si este señor carecía de actitud legal?

- ¡Hombre!, replicó Romero, pues para dársela.

- Pero si no puede ser, Romero, insistió el presidente.

- Pues entonces que dimita y hemos terminado.

El gobernador dimitió y a los ocho días Romero Robledo llevó al presidente un nuevo decreto nombrando gobernador civil a su íntimo.

- Pero, Romero, ¿otra vez?

- ¡Ah, mi querido presidente, otra vez; pero sin engaño!

El Decreto decía: «Vengo en nombrar gobernador civil a don..., ex gobernador civil de...»

Y quedó nombrado.

Timón el misántropo vio dos mujeres ahorcadas de una higuera, se paró a contemplarlas y dijo:

- ¡Oh, si quisieran los dioses que todos los árboles estuvieran cargados de este fruto!

¿Era misántropo o misógino?

A Fernando VII se le atribuye el dicho:

- España es una botella de cerveza y yo el tapón. El día en que yo muera, veréis cómo se desparrama el contenido.

Pero en el siglo anterior el padre de Mirabeau decía de su hijo:

- Es una botella de cerveza que hace veintiún años está tapada; si se la destapa de repente y sin precaución, se derrama toda.

¿Conocía Fernando VII la frase o fue pura coincidencia?

Amadeo Vives dirigía el ensayo de una de sus obras. En un momento dado dijo a los miembros de la orquesta:

- Ahora ustedes, los músicos...

- Perdón, maestro, le interrumpió uno, nosotros somos profesores.

- ¡Ay! Es verdad, nunca me acuerdo. Ustedes son profesores, músico lo era Beethoven.

Anécdota del siglo pasado, no vayan los lectores a pensar.

Le enviaron a un ministro de Hacienda el decreto de su destitución, y dijo:

- ¡Qué tontería! ¡Precisamente ahora que había hecho mi negocio y me iba a ocupar de la patria, ahora me echan fuera!

Repito que es una anécdota del siglo pasado. Se encuentra en el libro *El Mundo Riendo* de Roberto Robert. Lo digo por si las moscas.

Una anécdota probablemente falsa:

Estaba agonizando Talleyrand cuando le visitó el rey Luis Felipe.

- Estoy padeciendo como un condenado, dijo Talleyrand.

- ¿Ya?, respondió el rey.

Digo que esta anécdota es casi con seguridad falsa porque la he encontrado en un anecdotario del siglo XVIII referida al enfermo de la Roche-Aymon y al doctor Bayllon respectivamente.

Sesión de Cortes.

- ...Se ha dicho aquí, manifestaba Romero Robledo, que ésta es la hora de los tordos. Y a mí me importa consignar que el tordo es un pájaro que acostumbra posarse en los olivos y que cuando se levanta lleva cuatro aceitunas, una en el pico, otra en cada garra y otra en el buche.

Á continuación habló el señor Cambó:

- ... En cuanto a lo que decía el señor Romero respecto al final de la Solidaridad, nosotros somos un ave rara en la política española...

Un diputado:

- El tordo.

A raíz de los intentos frustrados de dictadura del general Aguilera, es sabido que el señor García Prieto, enterado de aquellos conatos, manifestó en el Senado que antes de tolerar una militarada pasarían por encima de su cadáver.

Los amigos de García Prieto, para aplaudir el valor cívico y actitud de su jefe, acordaron regalarle un busto con la famosa frase estampada al pie. Al efecto anotaron y recaudaron unos cuantos miles de pesetas.

Pero triunfó la dictadura de Primo de Rivera y se tuvo que desistir del homenaje.

Cierto día compareció en casa del marqués de Alhucemas un adicto:

- ¿Cómo estás, Manolo?
- ¡Hola, muy bien! ¿Y tú?
- ¿Con que muy bien?...
- Sí, claro. ¿Por qué?
- Nada, nada. Pues vengo a que me devuelvas las mil pesetas del busto...
- ¡Hombre... pero si yo no las tengo!
- Bueno, pues dame tu cadáver.

El obispo de Lisieux consagró al de Riez. Al darle éste las gracias el primero respondió:

- Al contrario, soy yo quien debe estaros agradecido. Antes de haberos consagrado yo era el obispo más feo de Francia.

De una escritora muy fea se rumoreaba que era de costumbres muy licenciosas y que tenía muchos amantes. La escritora se quejaba de lo que ella llamaba calumnias y alguien le dijo:

- Si quiere usted que nadie crea que tiene amantes, hágase retratar en los libros que publique. Al ver el retrato nadie podrá imaginar que tiene usted amantes.

El condestable de Montmorency dijo que quería ser enterrado en hábito de capuchino y oyéndole un caballero le dijo:

- Por vida mía que muy bien habéis discurrido, porque si no os disfrazáis bien, no entraréis en el Paraíso.

Un necio que daba gran importancia a los pergaminos negó que el gran novelista Honorato de Balzac descendiera de la ilustre familia de los Balzac de Entrangués.

- ¡Ah! ¿Así que usted cree que no descendo de ellos?, dijo Balzac. Pues lo siento por ellos.

Lo que me recuerda la anécdota narrada por mí en mis *Historias de la Historia*, primera serie, p. 65.

La ley de asociaciones produjo un movimiento político apasionadísimo. Derechas e izquierdas luchaban por evitar su promulgación, y a tal punto llegaron las intransigencias que Canalejas jugó oportuno el momento para enviar a Roma una nota radicalísima.

Los periódicos avanzados aplaudían la actitud del ministro, y Sagasta no opuso dificultad alguna en tratar seriamente con el Vaticano. Al efecto se habló de devolver sus credenciales al nuncio y se redactó la nota protocolaria amenazadora en la que se comunicaba la ruptura de relaciones con la Santa Sede. Canalejas entregó la nota de referencia al presidente.

La prensa elogió la actitud del gobierno y singularmente el gesto del ministro.

Pero transcurrió un mes y Roma no contestaba; los periódicos afectos al ministro comenzaron a impacientarse y la impaciencia subió de punto cuando, transcurridos tres meses, el silencio fue la única contestación al apremio. Canalejas sin ánimo de aguardar más se presentó al señor Sagasta:

- Don Práxedes, esto es intolerable. El Vaticano no contesta a nuestra nota, no nos guarda la menor consideración.

- Ya contestará, hombre, no se impaciente usted...

Canalejas no se dio por satisfecho:

- Pero ¿a qué obedece esa indiferencia? ¿Por qué no contesta?

Entonces Sagasta se rascó la barba, se pasó la mano por el tupé y con una calma admirable replicó:

- Pero cómo quiere usted que conteste si no hemos escrito.

La nota pasó de manos de Canalejas al cajón de don Práxedes. Y allí se encontraba durmiendo el sueño de los justos.

37. La historia verdadera de Barba Azul

En 1404 nació uno de los personajes más abominables de la historia universal. Se llamaba Gillies de Rais, de Rays o de Retz, que de las tres maneras lo he visto escrito. ¿Fue él quien dio origen a la leyenda de Barba Azul? Así lo aseveran muchos historiadores aunque algunos hay que remontan el cuento al folklore hindú. Sea como sea ahí va su historia.

No tenía aún veinte años cuando raptó a Catalina de Thouars, que apenas había cumplido quince. Se casó con ella la misma noche del rapto. ¿Por amor? No, por ambición. Los Thouars poseían varios castillos que juntos con los de Rais-Laval harían de la unión la más rica y potente de Francia. Pero la familia de Catalina no aprobó el casamiento y rechazó unir las propiedades. Gilíes de Rais hizo raptar a la madre de Catalina y la encerró en un castillo a pan y agua hasta que le cedió los castillos de Pauzauges y Tiffauges. Hecho lo cual y asegurado su poder, marchó hacia la guerra contra los ingleses.

Una doncella, de nombre Juana de Arco, reunía en torno suyo a los mejores guerreros de Francia. Gilíes de Rais se unió a ella y sus proezas hicieron que llegase al grado de mariscal. Quizá fue el único período de su vida en que se entregó en cuerpo y alma a una causa noble.

La derrota de Juana de Arco, por traición, su proceso y su muerte en la hoguera acabaron con las buenas intenciones de Gilíes de Rais, quien volvió a sus tierras y sus castillos. En el de Tiffauges le esperaban su esposa y su hija, de las que no hizo el menor caso. Su negra barba de azulados reflejos hizo que se le llamara Barba Azul. Era inteligente y culto, ambicioso, ávido de riquezas y despilfarrador.

El doctor Gabanes dice: *«Desde este momento se entrega a los más locos dispendios para satisfacer sus más caros caprichos»*. Entre otras costosas fantasías, había fundado una colegiata, cuyo personal, compuesto de cerca de treinta individuos, le acompañaba con su casa militar en sus menores traslados. El entretenimiento de este servicio le costaba sumas considerables: nada le parecía demasiado bueno para sus servidores; hacaneas y caballos de los más caros, largas togas colgantes de escarlata y telas finas, maletas y baúles para transportar los efectos; no se recuerda príncipe o rey que hubiesen llevado un lujo semejante.

» Este hombre tenía pasión por todas las artes, especialmente por la música. Si oía decir que se había escuchado una hermosa voz, no descansaba hasta conseguir llevar a su servicio a quien la poseía, por muy lejos que estuviera. »

» ¿Se quiere otros detalles de sus fastuosos gustos? Poseía muchos pares de órganos: unos, grandes; pequeños los otros. El sonido de este instrumento le producía tal enajenación, que se los hizo construir portátiles para que le acompañaran en sus menores traslados. Seis hombres robustos estaban encargados

de transportarlos sobre sus espaldas a todos los sitios en que tenía a bien instalarse. »

» Sus larguezas no se limitaban a sus servidores; todo el que acudía a él participaba de ellas; el extranjero era bien recibido, cualquiera que fuese su condición, a toda hora del día o de la noche; tenía hospitalaria mesa, y era raro que abandonase esa mansión hospitalaria sin salir colmado de dones en especies o en metálico.

Para procurar el dinero, que le había llegado a ser cada vez más necesario, ¡a cuántos recursos tendría que apelar, a cuántos ruinosos contratos habría que someterse!

» Aposentadores, burgueses y mercaderes son puestos a contribución, y le adelantan a un interés usurario las sumas que, por una generosidad imperiosa, se funden entre los dedos y se hunden en un abismo sin fondo.

» Gilíes se aproxima al momento en el que se anuncia, amenazadora, la ruina inevitable. Sus cofres están vacíos; su crédito, agotado; los que le rodean en las horas dichosas, se alejan de él, presintiendo el desastre. Llegada la adversa fortuna, pueden contarse sus amigos.

Ante esta situación se vuelve hacia el esoterismo buscando en la alquimia el modo de fabricar el oro que le falta.

Cae en manos de un embaucador llamado Prelati quien le asegura que llenará sus arcas gracias a la magia negra.

» Prelati, inclinado sobre las retortas, espíará el hervir de los metales en fusión, pronunciará conjuratorias fórmulas, evocará al espíritu malo, cuyas buenas disposiciones trata de captarse el señor de Rais.

» El mariscal visita con frecuencia a su cómplice, se informa con ansiedad del resultado de las investigaciones. En las piezas próximas, sus curiosos compañeros escuchan, tratan de coger las palabras misteriosas pronunciadas por los devotos de Satanás. Pero nada se trasluce de lo que se trama en el antro de las brujerías. Las lenguas están próximas a desatarse, hay que desconfiar hasta de los amigos más seguros.

» Prelati augura a su señor que, en una de sus invocaciones, ha visto cerca de él un demonio bajo la forma de un leopardo pero que esta aparición fantástica se

desvaneció sin que hubiera podido pronunciar palabra alguna. El crédulo mariscal le hizo caso y mandó que se redoblasen los ensalmos y conjuras,

» El sedicente mago llevó a su amo a un bosque. Era medianoche, la hora de los conjuros satánicos. Estuvo dos horas invocando al diablo y éste no apareció a pesar de los círculos mágicos que Prelati trazaba en el suelo y de los sacrificios de animales que le ofrecieron.

Aquí lo grotesco va a ceder el sitio a lo odioso.

» Es imposible que el mariscal salga bien de sus empresas, ha dicho uno de los familiares de Gilíes de Rais, si no ofrece al demonio la sangre y los miembros de niños llevados a la muerte. Porque su lectura habitual la constituyen los más ardientes poemas de Ovidio y el relato que hace Suetonio de los criminales sacrificios que exige el rey del Infierno. ¿Qué le importa el sacrificio de vidas humanas si adquiere a ese precio el poderío que codicia?

» Un día se ofrece a la vista de dos de sus servidores que han penetrado en la cámara de su maestro un espectáculo horroroso. Le ven teniendo la mano, el corazón, los ojos y sangre de un niño que acaba de hacer matar. Le ven envolver estos despojos sangrientos en un lienzo blanco, depositarlo sobre el mármol de la chimenea, y después le oyen ordenar que cierren su habitación con llave y que no se deje entrar a alma viviente bajo pretexto alguno.

» Llegada la tarde, Gilíes ocultaba en una de las mangas de su vestido (bastante amplias en aquella época) los restos mutilados y los transportaba al retiro de Prelati.

Según confesión del mariscal de Rais cuyo proceso se conserva:

» Hace ocho años que se me ocurrió esta idea diabólica. Fue el mismo año en que mi abuelo, el señor de la Suze, pasó de esta vida a la otra. Estando, por casualidad, en la biblioteca de dicho castillo, encontré un libro latino de la vida y costumbres de los cesares de Roma, escrito por un sabio historiador llamado Suetonio, dicho libro estaba adornado con imágenes bastante bien pintadas, en las que se veían las maneras de conducirse de estos emperadores paganos, y leí, en esta hermosa historia, cómo Tiberio, Caracalla y otros cesares se recreaban con los niños y el singular placer de martirizarlos. Por lo cual yo quise imitar a los mencionados cesares, y la misma tarde empecé a hacerlo, siguiendo las imágenes de la narración

y del libro. Por algún tiempo no confié mi caso a persona alguna; pero, después, lo dije a muchas, entre otras a Henriette y Poitou, que se había aficionado a este juego. "Éstos antedichos fueron los que me ayudaban en el misterio y se encargaban de buscar los niños para mis trabajos."

« Entonces empezó lo más horrible que se pueda imaginar. Gilíes de Rais necesitaba niños para sus sacrificios. Se desarrolló al propio tiempo en él una tendencia a la pederastia. Sería menester copiar íntegras las actas del proceso, están publicadas y yo las poseo, para dar una idea de lo monstruoso de sus actos. No soy precisamente un mojigato pero me resisto a la idea de darlas en su integridad. En 1959 fueron publicadas por el *Club Français du Livre* con una introducción de Georges Bataille. El libro lo poseo porque me lo regaló mi amigo Rafael Gay de Montellá, célebre abogado barcelonés que, horrorizado por su contenido, no lo quiso tener en su biblioteca. He aquí un resumen edulcorado y sin demasiados detalles escabrosos que en el proceso están descritos con una minuciosidad horripilante.

» Una noche Catalina, la esposa de Gilíes de Rais, estaba preocupada por la fiebre de su hija María. Quería avisar a su marido pero éste se encontraba en un ala del castillo a la que le había prohibido la entrada diciendo que si abría aquella puerta la mataría. Durante mucho tiempo vaciló la dama pero preocupada cada vez más por la salud de su hija se decidió a burlar la prohibición. Pasó al recinto prohibido y abrió la puerta que su marido le había vedado abrir. No pudo contener un grito de horror. El espectáculo era espeluznante. De unos garfios en la pared colgaban vivos varios niños que gritaban de dolor. Su esposo tenía en brazos a otro niño lleno de sangre. A su alrededor dos o tres servidores martirizaban a otros. Catalina salió huyendo perseguida por los criados. Gilíes de Rais le perdonó la vida a condición que no contara a nadie lo que había visto y la recluyó en un castillo lejano. ¿Qué ocurría?

» En su afán por procurarse víctimas para sus sacrificios, servidores de Gilíes de Rais recorrían los pueblos y las aldeas buscando niños y adolescentes prometiéndoles que les harían pajes en los castillos del señor de Rais. Siempre en lugares lejanos. De ellos los padres no tenían más noticias. Si preguntaban se les respondía que estaban bien. Pronto la gente se alarmó y se recurrió a los raptos. El temor se apoderó de los habitantes de los pueblos. Desaparecían niños y niñas y se

comenzó a murmurar. Los criados tuvieron que ampliar su campo de acción con lo que el pavor se extendía más y más. Llegó un momento en que fue tan grande que las murmuraciones se convirtieron en gritos que llegaron a las más altas autoridades.

» El 14 de septiembre de 1440 se presentó a las puertas del castillo de Machecoul, donde estaba entonces Gilíes de Rais, un grupo armado al mando del capitán Jean Labbé, que iba acompañado por el notario Robin Guillaumet, en nombre del obispo de Nantes, Jean de Malestroit. Portaban órdenes del duque de Borgoña. Era el fin. Gilíes de Rais se entregó y el 19 del mismo mes, es decir cuatro días después de su detención, empezó el interrogatorio que continuó el día 28, y los días 8, 11 y 13 de octubre.

» Ya he dicho que no voy a traducir los párrafos de la acusación. Basta decir que además del pecado de herejía y de pactar con el demonio salió a la luz que el mariscal sacrificaba niños. Los colgaba de los garfios que había en las paredes y cuando se desmayaban los descolgaba, los tomaba en brazos y les consolaba diciéndoles que no pensaba hacerles ningún daño. Después les sodomizaba y, en el momento del orgasmo, los degollaba para que los estertores de la muerte hicieran más agudo su placer. Besaba luego las cabezas cortadas mientras le chorreaba la sangre por el rostro y manchaba sus vestidos.

» Más de 300 niños y niñas perecieron de este modo; llegó a sacrificar mujeres encinta a las que abría el vientre para profanar los fetos.

» Durante el proceso Gilíes de Rais reconoció sus crímenes y pidió perdón por ellos. Fue condenado a ser colgado y quemado vivo.

» Se levantaron tres horcas: para el mariscal y dos de sus principales cómplices, Henriot y Poitou.

» Se colocó un escabel debajo de los pies de Gilíes, se le pasó una cuerda al cuello, retirado el escabel que le sostenía el mariscal de Rais fue lanzado al espacio, encima de la hoguera, y se prendió fuego a la leña amontonada debajo de él.

» La agonía fue corta. El fuego se elevó alrededor del cuerpo del ajusticiado; la cuerda que le sostenía sobre las llamas se rompió a medio consumir, y el cuerpo cayó sobre la hoguera.

«Catalina de Rais asistió al proceso y a la ejecución de su marido sin derramar una lágrima. Se retiró a sus tierras y poco tiempo después contrajo nuevas nupcias con Jean de Vendôme. Pero jamás pudo olvidar el espectáculo que se ofreció a sus ojos cuando abrió la puerta prohibida.»

38. De comidas y bebidas

Ajenjo. El ajenjo, también llamado cabsintio, es una bebida que alcanzó gran popularidad en el siglo XIX entre los ambientes literarios y proletarios. Verlaine y anteriormente Musset se emborrachaban con ajenjo y nuestros Rusiñol, Carrere, Cornuty, Sawa y otros les imitaron en España. La bebida es tan peligrosa para la salud que el 16 de mayo de 1915 fue prohibida en Francia debido al gran número de franceses inútiles para el servicio militar (recordemos que estaba en plena primera guerra mundial), debido a su alcoholismo. Por cierto que se le llamaba Pernod por ser la casa Pernod Fils la más importante fabricante de tal bebida, lo que dio lugar a un juego de palabras de gran éxito: «*Pernod Fils, pera nos fus*», es decir: «*Pernod hijos, pierde a nuestros hijos.*» A raíz de su prohibición en Francia se instaló una fábrica en España, en la provincia de Tarragona, en donde se fabricaba el ajenjo de 68° que poco a poco he visto desaparecer de nuestras tabernas y nuestros bares. Efectos de la *cocacolonización*. Ahora se usan los cubatas.

El nombre de ajenjo deriva del latín *absintium* y éste del griego con el significado de «*no se puede beber*» debido a su amargo sabor. En el siglo XIX por influencia literaria, se le llamó «la verde Musa».

Albaricoque. Fruto muy antiguo de origen persa. Su nombre deriva del árabe Birquq y éste, tal vez, del griego prai-kokion. En latín se le llamaba pérsica praecocia, o sea melocotones precoces. En Persia se los denominaba «*huevos del sol*». Su compota y los albaricoques confitados ya figuran en los recetarios latinos que han llegado hasta nosotros.

Ágape. Palabra griega que significa «amor, amistad» y que fue empleada por los primeros cristianos para designar las comidas de fraternidad que se celebraban

después de los servicios divinos. El abuso de libaciones en estas reuniones fue condenado por san Pablo y los ágapes fueron finalmente prohibidos por el Concilio de Laodicea el año 366. Hoy la palabra es sinónimo de comida abundante, banquete copioso, en el que, a veces, se cometen excesos.

Cordero. Su nombre viene del latín vulgar *cordarius*, derivado de *cordus*, tardío. Se consume desde tiempo inmemorial. Es conocida la fábula del lobo y el cordero. El primero bebía en un río, aguas arriba del cordero, y se quejó que le ensuciaba el agua. El cordero respondió:

- ¿Cómo puede ser eso si yo bebo aguas más abajo?

Pero el lobo no atendió de razones y le devoró, porque los potentes siempre se aprovechan de los débiles. Esta moraleja no fue comprendida por un niño a quien el maestro le preguntó:

- ¿Qué consecuencia sacas de esta fábula?

A lo que respondió el niño:

- Que si no se lo hubiese comido el lobo, lo hubiésemos comido nosotros.

En lo que no dejaba de tener razón.

Los hebreos comían el cordero pascual cuya tradición ha llegado hasta nosotros.

Según Haag, en su *Diccionario de la Biblia*, tenía que ser un animal sin mácula, macho y de un año. El animal era sacrificado en el templo por los levitas, la sangre se derramaba al pie del altar, ya es sabido que los judíos no pueden comer sangre, y la grasa se quemaba sobre el mismo altar como en los sacrificios de acción de gracias, por el pecado y por algún delito.

El cordero ha sido considerado como símbolo de mansedumbre y condenado al sacrificio desde su nacimiento. Juan el Bautista por dos veces llama a Jesús «Cordero de Dios», la primera añadiendo «*que quitas el pecado del mundo*», frase que se usa todavía en la misa católica y de algunas iglesias protestantes. La imagen está tomada del libro de Isaías, 53, 7- en que el siervo de Yahvé se entrega voluntariamente como un cordero que es llevado al matadero. En el Nuevo Testamento el rebaño de ovejas es imagen del pueblo de Dios y el amor solícito del pastor por cada una de las ovejas es imagen del amor de Dios al hombre, sobre todo hacia el pecador.

Debido a la prohibición de comer cerdo, los musulmanes, como antes los judíos, han hecho y hacen gran uso del cordero para sus guisados, entre ellos el célebre *mechui*, que es una delicia, y el *kharouf mehshi*, que es un cordero relleno de arroz, carne, piñones, almendras y especias. Entre nosotros se han hecho populares los llamados «pinchos morunos» que se sirven como aperitivo en muchos bares y tabernas.

No puedo dejar de mencionar una anécdota que narra Quentin Crewe en su libro *Guía internacional del gourmet* (Ed. Folio, Barcelona, 1981).

«El mito más frecuente acerca de la comida árabe es que siempre se ofrece al huésped de honor un ojo de cordero. Es mucho más probable que sea colocada ante él una cabeza de cordero entera. Cuando me pasó a mí, le pregunté al emir que me ofrecía la comida si el ojo era algo especialmente delicioso. "No lo creo", dijo extrayendo uno y metiéndoselo en la boca. Yo arranqué un trozo de oreja para despistar. Él sacó otro ojo. "¿Lo quiere?", preguntó. "Va contra mi religión", repliqué en un momento de inspiración. "Ah, sí", dijo y se lo zampó igual que el otro».

Ajo. Del latín *alium*. Coraminas en su *Diccionario Etimológico* nos da una serie de vocablos derivados como «ajiaceite» que sustituyó el más arcaico «ajiolio», en Aragón «ajolio», y el cubano «alioli» del catalán «allioli», es decir «all», ajo, y «oli», aceite; «ajilimógili», salsa hecha con ajo para mojar pan, etc.

Antes de nuestra guerra tuvo un gran éxito, que no sé si continúa hoy, un libro de N. Capo titulado *El Limón, el Ajo y la Cebolla* en el que se hacía gran panegírico de estos vegetales. Según parece el consumo del ajo es un gran secreto para conservar la salud. Lo que no sé, si se come ajo, cómo conservar el secreto. Tengo un amigo naturista, anarquista y vegetariano que además de comerlos usa los dientes de ajo como supositorios.

Se usó mucho tiempo en medicina como vermífugo, contra la bronquitis y la tuberculosis.

Los egipcios eran grandes consumidores de ajos y los suministraban como fortificante a los esclavos que construían las pirámides. Así por lo menos lo cuenta

Heródoto, 450 años a.C., según una inscripción que leyó o le leyeron en la esfinge de Gizeh.

Los hebreos estimaron el ajo en mucho. En el libro de los Números, II, 5, se quejan de su falta cuando, en el desierto, añoraban las ollas de Egipto. Lo llegaron a consumir tanto que los romanos les llamaban *iudei faetentes*, judíos hediondos. Booz, nos cuenta el libro de Rut, los daba a sus segadores, junto con vinagre, para combatir las epidemias.

El Talmud dice que el ajo tiene cinco propiedades: sacia, calienta el cuerpo, hace más abundante la esperma, mata los parásitos intestinales y protege contra la peste.

Los griegos fueron grandes entusiastas del ajo, que creían que actuaba contra los hechizos, creencia que se popularizó durante toda la Edad Media y aun en la moderna. Recuérdese el poder del ajo sobre el de los vampiros, tan popularizado por las novelas de terror y las películas en ellas basadas.

Aristófanes nos dice que los guerreros griegos comían ajos para tener más fuerza en los combates; pero los sacerdotes de Cibeles prohibían, por contra, a los fieles que olían a ajo entrar en sus templos. De todos modos los médicos de la época como Hipócrates los recomendaban incluso para el tratamiento de la esterilidad en las mujeres. Para saber, dice, si una mujer es apta para concebir introdúzcase un diente de ajo en la matriz y si al día siguiente su aliento huele a ajo es señal que no es estéril. Plinio recomienda el ajo contra el asma, la ictericia, las almorranas y los dolores de muelas. Esta última creencia ha persistido hasta nuestros días y yo la he oído de labios de labradores del Pirineo. Se me dice ahora que el ajo es eficaz contra el reuma.

Mecenas, el protector de Horacio, estaba celoso de las relaciones del poeta con su amante Lidia y, sabiendo que ésta no podía soportar el olor a ajos, invitó un día a cenar a Horacio y le sirvió solamente platos condimentados con el dichoso bulbo. Cuando Horacio fue a casa de Lidia ésta se apartó indignada de él porque apestaba. Fue el origen de su ruptura. Quizá por ello el poeta fue desde entonces un anti-ajo acérrimo, según lo demuestra en alguna de sus poesías.

Sidonio Apolinar odiaba al ajo y trataba a los burgundos de infames porque lo consumían a profusión.

La misma Isabel la Católica no podía soportar el olor a ajo y un día que le sirvieron una comida en la que uno de los platos contenía ajo mezclado con perejil exclamó:
- Venía el villano disfrazado de verde.

Tal vez con alusión al uniforme de los cuadrilleros de la Santa Hermandad, de los que se decía que siempre llegaban tarde al lugar de los crímenes. De ello viene la expresión castellana «A buena hora, mangas verdes».

En defensa de la Santa Hermandad diré que lo lógico es que llegasen después de cometerse un crimen y no antes, ya me dirán cómo.

Para terminar he aquí una receta que en el siglo XVIII se consideraba afrodisíaca:
Puré de ajo con trufas. Los dientes de ajo se pelan y se dejan blanquear en agua, después cambiar el agua para cocerlos. Al propio tiempo se cuece una cantidad igual de trufas, se pasan por el tamiz tanto unos como otras y se mezclan concienzudamente. Añadir un poco de mantequilla, sal, pimienta y salsa bechamel. Esta salsa sirve para acompañar tanto la carne como el pescado.
Si alguien lo prueba le agradeceré que me diga el resultado.

39. Epigramas (IV)

*Mas, al festivo ingenio deba sólo
el sutil epigrama su agudeza;
un leve pensamiento,
una voz, un equívoco le bastan
para lucir su gracia y su viveza,
y cual rápida abeja, vuela, hiere
clava el fino aguijón, y al punto muere*

Esta definición que Martínez de la Rosa hace del epigrama no es del todo exacta pues, si es conveniente que así se escriban, no siempre se han seguido sus consejos. Así por ejemplo J. Iglesias en el que sigue:

*Al bosque fue Inés por rosas
una mañana de mayo;
cogióla un cierto desmayo
divertida en ciertas cosas.
¿Qué desmayo ése sería?
Juguete acaso de amores,
y es que cuando fue por flores,
perdió la que ella tenía.*

o el anónimo

*Con aire de gran señor,
dijo un casado a Perico:
- «A ciertas mujeres, chico,
las conozco en el olor.»
Pedro, que en su casa ha entrado,
dice al punto:, «Entonces, Blas,
siempre que a tu casa vas,
debes estar resinado.»*

Más centrado en el de G. Moran, un escritor del siglo XIX que, según creo, no tiene nada que ver don Fernando Moran el de los chistes, novelista y en este momento que escribo ministro:

*De la cortesana Luisa
diez hombres iban en pos,
y ella dijo con sonrisa:
- «No tengan ustedes prisa,
que para todos da Dios.»*

A veces se cae en lo burdo y escatológico. Amancio Peratoner recoge un epigrama anónimo del siglo pasado que, versificando un antiguo cuento, hacía reír a nuestros bisabuelos:

*De un espléndido banquete
salía don Melitón,
y un grandísimo «apretón»
en la calle le acomete.
Alivio fue de su mal
un portal que abierto halló:
pero el cuitado no vio
que era de un «Grande» el portal.
A castigar su insolencia
sale el portero irritado,
y le dice: «¡Descarado!
Daré parte a Su Excelencia.»
Mas don Melitón con modo
al portero respondió:
- «¿Qué dice usted?... parte no;
puede usted dárselo todo.»*

Más intencionado, o peor intencionado según se mire, es el de Fernando Folzeda, un escritor festivo también del siglo XIX:

*Subióse a un manzano Inés
y observó con extrañeza
que de Pascual la cabeza
casi tocaba a sus pies,
«¿Qué miras?», le preguntó;
y él dijo con faz astuta:
«Estaba viendo la fruta
que tanto a Adán le gustó.»*

Y más fino y punzante el anónimo de la misma época:

- *«¿Por qué amor es ciego, madre,
y nos le pintan vendado?»*
- *«Ve, pregúntalo a tu padre,
que está mejor enterado.»*

Ingenuo, en cambio, el que sigue propio de revistas «festivas», ya que no humorísticas, que sin autor conocido aparece en una vieja antología:

*Dióle a un mendigo Bartolo
un pantalón destrozado,
diciendo: , «No lo he llevado
sino dos veces tan sólo.»*
- *«¿Dos veces?»*, dijo el pobrete,
*y exclamó el otro: , «Sí a fe;
pero una vez lo llevé
seis años y la otra... siete.»*

Hoy este humor ni siquiera nos hace sonreír; pero es característico de una época. Es como el que sigue, anónimo también:

*Jugando en la casa del tío
y al ver les iban en pos
Luisa y su primo Darío
escondieron los dos
en un gran mundo vacío.
Luisa era niña y hermosa,
y hoy ya vieja y achacosa,
dice en su dolor profundo
que ella no ha sido dichosa*

más que una vez en el mundo.

¡Hay que ver lo picarones que eran los sesudos señores de aquel tiempo! Los libros conteniendo composiciones como la transcrita se vendían por entregas, por fascículos diríamos hoy, y cada semana los suscriptores o los compradores se quedaban con ganas de saber qué picardías se publicarían la semana siguiente.

De Miguel Agustín Príncipe es la picardía siguiente:

*A solas Juan con Lucía
no sé qué hacían los dos
que ella dijo: «¡Ay santo Dios!
¡Qué mano tenéis tan fría!»
Cuando ella así de repente
fría la mano encontraba,
lo que Juanita tocaba
¿sería frío o caliente?*

y de Juan A. Barral la que sigue:

*Quejándose Paz Sarmiento
al juez don Serapio Gil,
que Juan de Villamil
la violara en su aposento
el día primero de abril.
Dijo el juez: «¿Y usted gritó
en trance tan lastimero?»
A lo que Juan contesto:
«No, señor, ¡cá!, no gritó
hasta el primero de enero.»*

¡Uy qué verdes eran aquellos escritores! Por cierto que la palabra «verde» no era en un principio nada indecoroso. Se decía un señor verde de aquel que a pesar de su

edad ofrecía un buen aspecto. Este significado se conserva todavía en francés; pero eso de los colores tiene también su miga. En Italia se llaman «amarillas» aquellas novelas de crímenes o misterio e incluso se denomina «amarillo» cualquier hecho delictuoso o misterioso que aparece en las páginas de los periódicos. Se debe a que las primeras novelas de este tipo se publicaron en una colección de tapas amarillas por la editorial Mondadori. En cambio en Francia la literatura «amarilla» es la que se refiere a los cornudos y así existe un catálogo de obras «amarillas» que existen en la Biblioteca Nacional de París.

*A la puerta de la Inclusa
dos novios se daban besos,
y al verlos una reclusa:
- «La carne se comen esos»,
exclamó toda confusa,
«y aquí roemos los huesos».*

Este epigrama es de V. M. Muller, del que también ignoro quién fue.

Otro cuentecillo popular, o mejor dicho chascarrillo, puesto en verso por Antonio de Gironella es el siguiente:

*Lucas, mercader ricacho,
de su graciosa mujer
llegó por fin a tener
un gordísimo muchacho.
Llevaronle a bautizar;
el acta registró el cura,
quien, porque es ley de cordura,
al padre la hizo firmar.
Mas Lucas, en su manía,
por su negocio obcecado,
firmó muy preocupado:
«De Lucas y compañía.»*

Y para terminar con uno picarón de J. M. Palacios:

*Hablando del himeneo,
una joven dijo así:
«Es un gusto, según creo,
pues se forma con la I,
y después viene el meneo.»*

Claro está que estas picardías lo eran hace cien años. Hoy, con las revistas que se ven en los quioscos, con las conversaciones que se oyen por la calle, con las películas «S» y «X» que se pueden contemplar en los cines, estas «picardías» son casi «hoja parroquial»

Parte 5

40. HONORARIOS

Un individuo se encuentra a un médico amigo, que se coge la cabeza con ambas manos y le dice con acento quejumbroso:

- ¡Estoy muy mal! ¡Tengo que consultar a un psiquiatra!
- ¡Pero tú eres psiquiatra!, dice el otro.
- Ya lo sé, responde, pero cobro muy caro.

Me doy cuenta que en estos últimos apartados he dado más importancia a la anécdota de tipo histórico o curioso que a la representativa del buen humor.

Por lo tanto, voy a dedicar este apartado a un asunto que, aunque vulgar, se presta a ser más divertido que los otros, especialmente si el que me lee no es médico. Me refiero a la cuestión crematística, a los honorarios. Es demasiado vulgar y es descender bastante ocuparse en bromear sobre este asunto. *Odi profanus vulgus et arceo* (Odio el vulgo profano y lo desprecio). La frase parecería muestra de despreciable orgullo si fuese mía, pero es de Horacio. (¡Dios mío!, qué útiles son a veces los clásicos.) No obstante, componer un anecdotario médico sin tocar este tema sería gollería.

Entre los cuentistas medievales se encuentra con frecuencia el cuento que sigue, que de puro sabido quizá se tenga olvidado:

Enfermó la mujer de un labrador y él mandó llamar a un médico. Éste manifestó algún recelo al pago de sus honorarios y el labrador le dijo ante testigos:

- No tenga usted cuidado; cinco onzas de oro tengo. Tanto si mata usted a mi mujer, como si la cura, será pagado.

Murió la labradora y al cabo de unos días se presentó el médico a reclamar lo que le correspondía, y el labrador le dijo:

- Aquí me tiene usted pronto a cumplir mi promesa. Pero, antes, déjeme que le haga un par de preguntas delante de los presentes. Dígame la verdad: ¿mató usted a mi mujer?

- No por cierto, respondió con viveza el médico.

- Me alegro. ¿La curó usted?
- Desgraciadamente, no.
- Pues si no la curó ni la mató, nada le debo.

El doctor Hahnemann, descubridor de la homeopatía, asistió a un enfermo, le dio a oler un frasco y reclamó sus honorarios, diciendo que le había librado de su enfermedad.

El convaleciente sacó una moneda de oro, la frotó por el envés de la mano del doctor, se la volvió a meter en el bolsillo y le dijo:

- Como me curas te pago.

Esta anécdota es falsa. Se encuentra en los cuentistas medievales. Los personajes son en este caso un posadero y un transeúnte que huele con fruición los aromas que se escapan de la cocina del primero. Le paga haciendo sonar las monedas en el hueco de la mano. El oído cobra al olfato. Véase el Vocabulario de Correas, «*A buen capellán mejor sacristán*», Ed. de la RAE.

En esta anécdota el burlado es el médico. Pero por dos de éstas hay diez mil de las otras.

- A mí me cuesta mucho lograr que mis enfermos me paguen, dice el médico.
- Pues a mí, no, responde otro. Siempre he encontrado herederos muy amables.

Dos médicos hablan en la calle. A poco para ante ellos un caballero. Uno de los facultativos le saluda y después dice a su colega:

- ¿Ves a ese hombre?
- Sí.
- Pues aún no hace ocho días me pagó tres mil pesetas por haberle curado por completo.
- ¿Qué tenía?
- Pues eso... Tres mil pesetas.

Parecida a esta historia es la que sigue:

- ¿Sabes que he operado a Fulano?
- ¿Con buen resultado?

- Veintitrés mil pesetas.

El doctor Maisonneuve fue llamado un día cerca de Orleáns para una operación. El doctor, que vivía en París, llegado a su destino, encuentra al enfermo ya cadáver.

- ¿Qué piensa usted hacer?, le preguntaron.

- Pues volver a París.

- ¿Y sus honorarios?

- El precio convenido... mil quinientos francos.

- ¡Pero si usted no ha hecho la operación!

- Por mí no queda. ¡Que me traigan al enfermo!

¿Cómo fijan los médicos sus honorarios? Según una anécdota, lo hacen así:

- Doctor, ¿por qué interroga tan detalladamente al enfermo sobre lo que come y lo que bebe?

- Para saber su situación económica y redactar mis honorarios en consecuencia.

Yo conozco a un médico cirujano barcelonés que antes de la intervención procura hacer una visita al paciente en el domicilio de este último. Así se da cuenta de las posibilidades del mismo y redactar la minuta de acuerdo con ellas.

Tampoco lo encuentro mal. Justo es que quien más puede pague por el pobre y desvalido, que muchas intervenciones y visitas hace el médico por amor de Dios.

El enfermo, ya convaleciente, encuentra a su médico y, después de agradecerle sus servicios, le dice:

- Haga el favor de enviarme la cuenta de sus visitas.

- Todavía no.

- Es que...

- Nada; por ahora no está usted bastante fuerte.

¿Cómo sería ella? Por el estilo de la que mandó otro médico a su paciente que decía a un amigo:

- Mi médico dijo entonces: «Usted tendrá que comer menos carne y suprimir el tabaco, el café y los licores».

- ¿Y no se rió usted de él?

- Me reí en aquel momento; pero cuando me pasó la cuenta comprendí que tenía razón.

A veces el cliente se insinúa ingeniosamente: Ha estado usted a las puertas de la muerte, decía un médico a uno de ellos. Sólo su privilegiada constitución, excepcionalmente robusta, le ha salvado.

- En este caso, doctor, acuérdesese de mi privilegiada constitución cuando me envíe su minuta.

Más fina es la respuesta de un escritor francés a su médico:

«Mi querido doctor: Proclamo públicamente su éxito en la reducción de mi fractura.

» ¿No podría hacer algo para la reducción de la factura?

«Suyo Afmo.

Alphonse Allais.»

Algunos médicos son excesivamente bruscos.

- Doctor, ¿Cómo podré pagarle todas las amabilidades que ha tenido conmigo?

- Desde el día en que los fenicios inventaron la moneda, esta pregunta no debe hacerse.

Copio de Alonso, mozo de muchos amos: «Gane de comer el médico cuanto quiera, tenga el crédito y opinión que pudiere desear, todo es poco para el continuo trabajo y cuidado de su vida, el no tener hora segura del día ni de la noche, fiesta ni pascua para su descanso y quietud...» «Tres caras dicen que tiene el médico: una de ángel, otra de hombre y otra de demonio. La de ángel es cuando la enfermedad aprieta, los accidentes crecen, la sed fatiga y la calentura atormenta; la de hombre, en la convalecencia; la de demonio, cuando ha de llevar la paga de su trabajo, que esto quiso decir aquel poeta en sus versos latinos:

*Dum locus est morbis
medico promillitur orbis
Morbo Rugiente
medicus recedit a mente.»*

Y el insigne Quevedo aconseja: «Para que te duren poco las enfermedades: «Llama a tu médico cuando estés bueno, y dale dineros porque no estás malo; que si tú le das dinero cuando estás malo, ¿cómo quieres que te dé salud que no le vale nada, y te quite un tabardillo que le da de comer?» (Quevedo, *Libro de Todas las Cosas* y otras muchas más.)

41. Anecdótico

Después de la victoria de Bailen el general Castaños estaba acampado con sus tropas. Un general cortesano fue a verle y le dijo:

- ¿Pero piensa vuecencia entrar en Madrid con estos descamisados?
- Con ellos entré en Bailen y era un poco más difícil, respondió el general.

Lesage, el autor del Gil Blas de Santillana, había prometido a la duquesa de Bouillon que leería en su casa el manuscrito de su comedia Turcaret. Lesage llegó con cierto retraso a la residencia de la duquesa que, en tono ofensivo, le dijo:

- Me habéis hecho perder una hora esperándoos.
- ¿Sí?, dijo Lesage, pues ahora ganaréis dos. Y se fue sin leer la comedia.

Una duquesa francesa tenía relaciones amorosas con el cómico Barón. Hay que considerar que en el siglo XVIII los cómicos eran tenidos por gente vil y despreciable, por ello sólo lo recibía de noche y a solas.

Un día Barón quiso entrar de día en la casa y se presentó en ella cuando la duquesa tenía visitas. Ella hizo como que no le conocía:

- ¿Qué buscáis aquí, caballero?, le dijo.
- Vengo a buscar mi gorro de dormir.

Cierto juez municipal liberal dictó sentencia redactando un considerando en estos términos:

«Considerando: que fulano de tal es conservador y por tanto persona de mala fe. Fallamos que debemos condenar y condenamos...»

Una señora muy severa en su conducta exterior y que blasonaba de castísima, censuraba un día la relajación de una cortesana:

- ¡Oh!, exclamó uno de sus oyentes, es una mala mujer, lo menos tiene diez amantes.

- No exageremos, dijo la honesta, ¡diez amantes!, ya quisiera yo tener los que le faltan para llegar a diez.

Un primer presidente del Parlamento francés se vio en el ridículo caso de dirigir un discurso al duque de Borgoña, hijo del rey, según era costumbre, aunque estaba en mantillas. Salió del paso diciendo:

- Venimos, monseñor, a ofrecer nuestros respetos. Nuestros hijos vendrán a ofrecer sus servicios.

Una anécdota de aplicación constante en todas las épocas y todas las latitudes.

El general Malet había conspirado contra Napoleón. Llevado ante un consejo de guerra, el presidente le preguntó:

- ¿Con qué cómplices contabais?

- Con vos, si hubiéramos triunfado.

Dijéronle un día al duque de Roquelaure que dos señoras de la corte se habían llenado de injurias.

- ¿Se han llamado feas?, preguntó el duque.

- No.

- Pues yo me encargo de reconciliarlas.

- Don Emilio, le preguntaron a Castelar, ¿cómo habla tan mal de los negros después de sus trabajos y discursos para la abolición de la esclavitud?

- Verá usted, respondió Castelar, yo a los negros los manumito, pero no los trato.
¡Vaya liberal!

Canalejas constituyó uno de sus gabinetes con personas de escaso prestigio político.

Un adicto suyo le preguntó:

- ¿Pero vas a subir la cuesta de enero con estas mulas?

- ¡No te preocupes!, le respondió Canalejas, si necesito reforzar la reata, ya me acordaré de ti.

Niñón de Léñelos, la célebre cortesana francesa, era galanteada por el conde de Choiseul, pero de quien estaba enamorada era de un actor y bailarín llamado Pecaurt.

Un día se encontraron los dos y, como Pecaurt llevaba un traje que parecía un uniforme, el conde le preguntó:

- ¿En qué cuerpo servís?

- Mando en un cuerpo en el que el señor conde sirve hace tiempo.

Ana de Austria, regente de Francia, escandalizada de la conducta de Niñón de Léñelos, le mandó que se retirara a un convento cuya elección dejaba a su arbitrio.

- Decid a la reina, contestó Niñón, que, puesto que puedo elegir, me retiraré a un convento de padres franciscanos.

Ni que decir tiene que la orden fue revocada.

Madame de Stael deseosa de oír una galantería de labios de Napoleón, le preguntó que tipo de mujer apreciaba más. La que tenga más hijos, fue la respuesta.

Una intervención en el Parlamento:

- ... Según las palabras del señor Azcárate, que acaba de evocar el señor Cárnica, la burocracia es una cosa impalpable. Lo que no podrán decir ni el señor Azcárate ni el señor Cárnica es que la burocracia es inapetente.

Alguien ha dicho que el mayor conflicto que se podría provocar al Estado español, sería que, en un momento de locura, se les ocurriera trabajar a todos los

funcionarios del Estado. Ése es el mayor conflicto que se podría producir. Y que me perdonen los funcionarios, pero la frase no es mía.

En una casa en la que había cenado Fontenelle enseñaron a los presentes un objeto artístico de gran fragilidad y delicadeza.

- No soy aficionado a lo que debe tratarse con tanto respeto, dijo Fontenelle, y al ver que en aquel momento entraba la marquesa de Flamarens continuó- : Y no lo digo por vos, señora.

En el Parlamento:

- ... se trata de aumentar las retribuciones del clero, y yo tengo que decir que estos días llegó a mis manos una carta inspirada en un espíritu profundamente cristiano. Era una carta de un sacristán de un pueblo modesto, en la que se quejaba que esta esplendidez del Estado español, dotando con mayores haberes al clero parroquial y catedral, no llegarán a los sacristanes, y me hacía esta consideración profundamente humana: *«Porque, señor Prieto, nosotros al menos tenemos hijos, que no pueden tener oficialmente los curas y los canónigos.»* Este Prieto era don Indalecio.

Francisco I de Francia tuvo un bufón llamado Triboulet al que tenía en gran aprecio. Un día el bufón se extralimitó en sus burlas contra cierto cortesano, que le amenazó que lo haría matar a palos. Triboulet se lo contó al monarca, que le dijo:

- Si hubiese quien se atreviese a tanto le haría ahorcar una hora después.
- Señor, respondió el bufón, os agradecería que le hicieseis ahorcar una hora antes.

Casanova cuenta que durante su estancia en Londres oyó a su amigo lord Pernhoke ordenar a su criado que le afeitase.

- Pero, dije, si no hay ni vestigio de barba en vuestra cara.
- Nunca lo hay, replicó él, hago que me afeiten tres veces al día.
- ¿Tres veces?

- Sí, cuando me cambio de camisa me lavo las manos; cuando me lavo las manos tengo que lavarme la cara; y la manera adecuada de lavarse un hombre la cara es con una navaja de afeitar.

Montesquieu al salir de Roma fue a despedirse del papa Benedicto XIV, quien le dijo:

- Querido presidente, quiero darte una prueba de nuestra estimación. Nos, os concedemos permiso para que tú y toda tu familia podáis comer carne todos los días de la semana.

Montesquieu dio las gracias al pontífice y se retiró. Poco después un prelado fue a visitarle y a entregarle la bula de dispensa con una lista de gastos, emolumentos, derechos y honorarios.

Montesquieu al enterarse de lo que subía el importe de la bula la devolvió el prelado, diciendo:

- No permita Dios que acepte estos papeles, el papa me ha dado su palabra y le ofendería si dudara de ella.

Y no pagó.

En tiempos del rey Carlos II de España, cuando Valenzuela era el valido de la reina, salió un cartel donde él estaba representado teniendo a los pies mitras, bandas y coronas con un rótulo que decía:

«Esto se vende.»

A su lado estaba la reina con la mano puesta en el corazón y el letrero: «Esto se da».

42. De la mentira

Decía Talleyrand que la palabra ha sido dada al hombre para disimular sus pensamientos. Eso puede no ser una mentira sino un sistema para echar pelotas fuera. Si de una mujer fea y vieja que se da aires de jovencita digo que es inteligente y culta, disimulo mi pensamiento pero no miento por ello.

Tristán Bernard opinaba que los hombres siempre son sinceros, lo que pasa es que cambian de sinceridad. Ello tampoco puede considerarse como un embuste.

Más acertado me parece Courteline cuando escribe que la verdad se debe decir a las personas inteligentes y se debe reservar la mentira para los imbéciles.

Pero «embustero» es una palabra un tanto vaga. Francis de Croisset dice que hay tantas clases de mentiras como de mariposas. Hay el hombre que miente porque es hombre bien educado: es el hombre de mundo. Hay quien miente para distraer a otros: es el poeta o el novelista. Hay el hombre que miente por deber: puede ser un santo. Quien miente por egoísmo o por cobardía es un sinvergüenza. Hay quien miente por placer: es el verdadero mentiroso.

Creo que hay otras clases de mentiras: la estadística, las declaraciones del gobierno y los programas electorales, por ejemplo. La estadística es la mentira científica: si mi vecino tiene 100.000 pesetas y yo ninguna, estadísticamente tendremos 50.000 cada uno. Sabemos, por otra parte, que si un ministro afirma que no subirá la gasolina, ésta aumentará seis pesetas la semana siguiente y que si se prometen 800.000 puestos de trabajo el paro aumentará en 800.000 parados al año de la promesa. Pero esto es natural, es la política de todos los tiempos y todos los países. El político es aquel hombre listo e inteligente que sabe explicar perfecta y convincentemente cómo va a hacer una cosa y luego sabe explicar convincente y perfectamente por qué no la ha hecho.

La mentira de la gente honesta es la exageración. Tal es el caso de aquella madre que decía a su hijo:

- Siempre debes decir la verdad y nunca la mentira. Te lo he dicho un millón de veces.

Todos los que han creído las mentiras de un charlatán se ven obligados a sostenerlas, para no confesar que han sido unos imbéciles. Creer una verdad es un acto natural que no nos compromete; creer una mentira es una simpleza que cuesta trabajo reconocer. Por eso las mentiras se defienden con más tenacidad que las verdades. Son palabras de E. Gómez de Saquero, que hizo célebre el seudónimo de «Andrenio».

Pero el más célebre de los embusteros vivió en Sevilla en el siglo XVIII. Dejemos la palabra a don Serafín Estébanez Calderón quien nos relata sus hazañas en las *Escenas Andaluzas* precisamente en el capítulo titulado «*El asombro de los andaluces o Manolito Gázquez, el sevillano*».

«Los sevillanos, pues, son los reyes de la inventiva, del múltiplo, del aumentativo y del pleonasma, y, de entre los sevillanos, el héroe y el emperador era Manolito Gázquez. En los rosarios tocaba el fagot o pimpoddo, como él decía; en los toros era un oráculo.

Por lo demás, no había habilidad en que no descollase, aventura extraordinaria por la que no hubiera pasado, ni ocasión estupenda en que ni se hubiera encontrado. Y no se crea que esta inclinación a hacerse el héroe de sus historias era por vanidad, ni que encarecía por gala ni afectación, ni menos que se alejaba de la verdad por afición a la mentira. Nada de eso: su imaginación le ofrecía por verdadero cuanto decía; los ojos de su alma veían los objetos cual los refería, y su fantasía lo ponía en el mismo lugar y grado del héroe cuya historia relataba. (...) pronunciaba de tal manera las sílabas en que se encuentra la "d" o la "rr", que sustituía estas letras por cierto sonido semejante a la "d" (...) La vida la dividía dulce y tranquilamente entre su taller, sus amigos y su esposa doña Teresa, y de noche entre el descanso y su asistencia al rosario tocando el fagot.

Oyó nuestro héroe, en su capítulo correspondiente de la Gaceta, hablar varias veces de la Sublime Puerta. La idea que concibiera Manolito Gázquez de lo que era el poder otomano lo probará la anécdota siguiente. Cierta día trabajaba en su taller sendos clavos de ancha cabeza y de traza singular que herreros y carpinteros llaman de *bolayque*. Eran lucientes y grandísimos. Uno de sus visitantes, al verlos exclamó: "¡Qué clavos tan hermosos, grandes y bizarros!" Catorce cajones llenos de ellos hay ya en el río, replicó don Manolito- ; ¿y no han de ser *hedmosos* si van *sedvid* para la *Puedta* Otomana?...

«Manolito tenía gran vanidad en su habilidad de fagotista. Nadie a juicio suyo le prestaba a tal instrumento el empuje y sonoridad que él. "En *ciiedla* ocasión, dijo, quise *pasmad* a Roma y al Padre Santo. Para ello entré en la iglesia de San Pedro un día del Santo Patrón el *primed* Apóstol. Allí estaba el papa y los *caddenales*, y ciento cincuenta y cinco obispos, y toda la cristiandad. Tocaban veinte *ódganos* y muchos instrumentos, y más de mil pitos y flautas, y entonaban el *Pange lingua* dos mil y cincuenta voces. Llega don Manolito con su casaca (iba yo de *codto*) y me pongo detrás de una *coludna* que hay a la entrada por Oriente, así *confodme* se entra a mano derecha, y cuando más bullicio había, meto un *pimpoddazo* y toda

aquella algazara calló y la iglesia hizo bum-bum a este lado y al otro como para *caedse*. A poco siguió la función creyendo el consistorio que el *teddemoto* había pasado, y entonces meto otro *pimpoddazo* de mis mayúsculos y la gente se asusta, y el papa dijo al punto: o el templo se viene abajo o Manolito Gázquez está en Roma tocando el pimpoddo. Salieron a *buscadme, pedo* yo tenía que *haced* y me vine a Sevilla *pada* id al *dosadio*."

»Si algún paseante al pasar en aquellos días calurosos de estío por la puerta de Manolito se sentía aquejado por la sed y le pedía un poco de agua, gritaba al punto: "Doña *Tedesa* (su esposa), bajad la *jadda* de *odo* con agua fresca, y si no está a mano venga la de plata o la de cristal, y si ninguna se encuentra, traed la talla de *baddo*, que este *caballedo* disimulada por esta vez, si se le *sidve* con buena voluntad."

»En cierto día que para una noticia que era preciso hacer saber a Cádiz se hablaba del modo de transmitirla con mayor celeridad desde Sevilla, dijo don Manolito: "¿Y por qué no va por agua la noticia?" "Pero siempre, le replicaron, serían necesarios tres o cuatro días." "Dos *hodas*, repuso Gázquez, yendo nadando como yo fui cuando la *guedda* con el inglés a llevad *ciédta odden* del *genedal*. Yo me eché al agua al anochece en la *Todde* del *Odo*; meto el brazo, saco el brazo, estoy en Tablada; meto el brazo, saco el brazo, heme en San *Lucad* de *Baddameda*; meto el brazo, saco el brazo, al frente de Rota, y de allí como una *lanzadeda* a Cádiz; al entrad por la *puedta* del mar tiraban el cañonazo y tocaban la *detreta*... ¡digo, *señodes*, si me descuido!" Aludiendo a que en tal hora se cierran en Cádiz las puertas como plaza de guerra, y hubiérase quedado fuera.

»En el danzar, cuando sus verdes años, y creyendo sus propios informes, había sido don Manolito una Terpsícore del género masculino, un portento de ligereza y agilidad. "Una noche, decía, estaba yo en la *tedtulía* de la condesa de..., siempre entre gente de calidad, y allí habían bailado *ciédtos* italianos bastante bien. Don Manolito no quiso *bailad* aquella noche *pedo* las *señodas* me *dogadon* tanto que al fin salí haciendo mi *devedencia* y mi paseo. Comienzan a tocad y yo a *figudad* y a *tenzad*; ellos tocando y yo *tenzando* y dando con la cabeza en el techo, todos *midando* y yo *tenza* que *tenza*; las *señodas*, Manolito, bájese usted, y Manolito

tenza que *tenza...*; cuando concluí, por gusto saqué el *deloj...*, quince minutos estuve en el *aide*."

»En los toros valía doble el andamio donde tomaba asiento Manolito Gázquez. Siempre tenía la palabra. No había suerte que él no comentase, ni lance que no sujetase a su crítica, aunque todo lo presidiese el famoso Pepe Hillo, que era muy su amigo. "Quítese de allá el *señod* Pepe, no sabe *usté* el mosquita que tiene delante. Oiga *usté* los consejos del maestro de los todos..." Una tarde salió nuestro héroe muy disgustado de la corrida. "Ya no hay hombres en Sevilla, decía. Hasta el *señod* Pepe se ha *convedtido* en monja; a no ser por don Manolito ¿qué hubiera sido de la cuadrilla? El *todo*, añadía, había *baddido* ya la plaza, los de a caballo *dogando*, los peones en las vayas y el *señod* Pepe *enfrontidado* por el todo y lo iba a *ensadtad* cuando don Manolito se echó a la plaza y la *fieda* se *dispadó* a mí y deja al *señod* Pepe y *addemete...*" Y ¿qué sucedió?, le preguntaban los del asustado auditorio; "y *addemete* y yo le meto la mano por la boca y de pronto le vuelvo como una calceta poniéndole la cabeza donde tenía el *dabo*, y el todo salió más *dispadado* que antes y fue a *dad* ciego en el *budladedo* de enfrente y se estrelló y las mulitas *vinieron* por él."

«Cierta día nuestro héroe asistió, con gran parte de la nobleza y juventud sevillana, que siempre lo admitía en su círculo, a un palenque de armas, en donde así se hacía alarde de la destreza del sutil florete, como del irresistible poder de la espada negra. Después que dos contendientes admiraron el concurso por sus primores, su gallardía, sus tretas, sus estocadas, sus quites, y que retirándose del asalto dejaban sorpresa, uno de los más notables por su habilidad en las armas, le preguntó a nuestro héroe: "¿Y *usté*, Manolito, no juega la espada?" "Ése ha sido mi *fuedte*, replicó, yo soy discípulo de los discípulos de *Caddanza* y Pacheco. ¿Se *acuerddan* ustedes de las famosas lluvias del año 76?" "Sí, nos acordamos." "Pues en una de aquellas noches de diluvio, prosiguió, estaba yo en la *tedtulia* de la *señoda madquesa* de (...). Todas las *señodas* se habían ya *detidado* en sus coches, y sólo quedaba la condesita de (...) y su *hedmana*, que no podía *idse podque* su *caddoza* no había podido llegar con el agua. Aquellas *señodas* se afligían y *quedian idse*, ¿y que hace Manolito? Saca la espada y dice: *señodas, agáddense* ustedes, y Manolito con la espada a la lluvia: *taz, taz, taz, tedcia cuadta*, prima, siempre con el quite y

el deparo, llegamos a palacio; ni una gota de agua había podido tocada a las *señodas*, y dejábamos detrás ahogándose a la *Gidalda*."

«Manolito Gázquez, cuya juventud, por su lozanía, conservó hasta lo último de su vida, murió cerca ya de los 80 años al entrar el famoso 1808.»

43. El oficio más antiguo del mundo (III)

El cristianismo osciló, desde sus orígenes, entre Eva y la Virgen María. La primera era el origen del pecado y por ello las mujeres son llamadas por algunos Padres de la Iglesia «*vaso de corrupción*», «*sentina de todos los vicios*», y otras lindezas por el estilo. María, por otra parte, representaba el origen de la Redención, era la mujer que había pisoteado la cabeza de la serpiente que hizo pecar a Eva. Una era el primer pecado, otra la suprema virtud. Entre las dos se encuentra María Magdalena. Aunque el Evangelio no lo dice, se atribuyó a María de Magdala el episodio de la pecadora que unge los pies del Señor. Es aquélla a quien Jesús dice: «*Mucho te será perdonado porque has amado mucho*».

A María Magdalena la hagiografía piadosa de la época añade otra María, la Egipciaca. Jacobo de Vorágine en su Leyenda Áurea nos cuenta su historia con ingenuas palabras. He aquí aquéllas en que María explica su propia vida:

- Yo nací en Egipto. A los doce años fui llevada a Alejandría, y a los diecisiete me dediqué a la prostitución de mi cuerpo; en este oficio permanecí mucho tiempo. En cierta ocasión, al enterarme que desde el puerto de Alejandría iba a salir un barco cargado de peregrinos que se dirigían a Jerusalén para adorar la Santa Cruz, rogué a los marineros que me permitieran embarcarme en su navío. «¿Tienes dinero para pagar el pasaje?», me preguntaron. Yo les respondí: «No tengo dinero, pero puedo pagar con mi cuerpo». Ellos aceptaron, me dejaron embarcar, y durante la travesía usaron y abusaron de mí cuanto quisieron. Al llegar a Jerusalén, quise también adorar la Santa Cruz y me dirigí a la iglesia, pero al acercarme a la puerta del templo me sentí rechazada por una fuerza invisible, que no me dejaba pasar. Cuantas veces intenté penetrar en el sagrado recinto, y fueron muchas, otras tantas me lo impidió una mano misteriosa. Al observar que todos los demás entraban libremente en la iglesia sin que nadie les pusiera impedimento, y que solamente a mí se me vedaba el paso, traté interiormente de indagar cuáles podrían ser las

causas de tan extraño fenómeno, hasta que caí en la cuenta que no podían ser otras que las de la enormidad de mis pecados. Entonces empecé a darme golpes de pecho y a derramar amarguísimas lágrimas y a prorrumpir en profundos suspiros. En esto, vi que sobre la portada había una imagen de la Bienaventurada Virgen María, en la que hasta entonces no había reparado, y mirándola tiernamente le rogué con copioso llanto que me alcanzase de Dios la gracia que se me perdonasen mis culpas y que pudiese pasar al interior del templo para venerar la Santa Cruz, prometiéndole a Cristo y a Nuestra Señora que en cuanto saliera de aquella iglesia abandonaría el mundo y viviría en absoluta castidad hasta el final de mis días. Una vez hecha esta oración y promesa quedé tranquila y firmemente convencida que la Bienaventurada Virgen María me alcanzaría lo que le había pedido, y, sin dudarle, me acerqué al dintel del templo, lo traspasé y entré en el santo lugar sin que nadie ni nada me lo impidieran.

Después, arrepentida, se retiró al desierto haciendo penitencia durante cuarenta años.

Por ello santa María Egipciaca era la advocación a la que se dirigían las prostitutas y los que querían apartarlas de su vida de vicio. Muchas calles de ciudades españolas llevan los nombres de «Egipcias», «Arrepentidas» u otros nombres recuerdo de los asilos o refugios que albergaban a las que dejaban su vida de prostitución.

En toda la Edad Media este oficio fue objeto de múltiples ordenanzas, leyes y decretos. No podían vestir como las demás mujeres, sino en forma tal que se distinguiesen de las damas llamadas honestas. Los vestidos cambiaban según el lugar. Quiero decir con ello que no era el mismo en Castilla que en Aragón, Cataluña o Valencia, por ejemplo.

De todos modos, si se hace caso del testimonio de Alonso de Falencia, ciertas damas, las portuguesas que acompañaron a la reina Juana esposa de Enrique IV de Castilla, no debían ir muy honestamente vestidas pues las describe así:

«Ocupaban sus horas en la licencia... y el tiempo restante lo dedicaban al sueño cuando no consumían la mayor parte en cubrirse el cuerpo con aceites y perfumes, y esto sin hacer de ello el menor recato, antes descubrían el seno hasta más allá del ombligo y desde los dedos de los pies, los talones y canillas hasta la parte más alta

del muslo interior y exteriormente cuidaban de pintarse con blanco afeite para que al caer de sus hacaneas, como con frecuencia ocurría, brillara en todos sus miembros uniforme blancura.»

Añadamos que la mayor parte de ellas llevaba depilado el pubis. Reminiscencia judía y musulmana.

Las prostitutas, por ley, debían ir más cubiertas y más honestamente ataviadas. Gajes del oficio.

En toda Europa se cuidó de reglamentar los burdeles, san Luis, rey de Francia, Alfonso X, y Alfonso XI en Castilla, los reyes de Aragón y condes de Barcelona dictaron normas y más normas para el ejemplar regimiento de las prostitutas.

En el siglo XIII empezó a usarse la palabra «*puta*». Según el inevitable y tan útil diccionario de Corominas, al que tantas veces se ha de recurrir y tantas veces cito, la palabra deriva del italiano «*putto*», niño, que hoy se usa casi exclusivamente como término artístico para designar los niños pintados, grabados o esculpidos que se encuentran en algunas obras de arte, los «*putti*» de Donatello o de Lúea della Robbia, por ejemplo. No tenía en principio otro valor que el de designar a una mujer que ejercía la prostitución. En otros tiempos había el pudor de los hechos y no el de las palabras, al revés de lo que sucede hoy. Ya he dicho muchas veces que antes se hacía el amor privadamente en las casas públicas y hoy se hace públicamente en las casas privadas.

En el arte la prostitución adquiere cartas de nobleza en cuadros como los de Carpaccio, en el museo Correr de Venecia, o en la célebre Danae, en el museo del Prado, en el que Ticiano nos la muestra recibiendo la lluvia de oro en que Júpiter se había convertido para poseerla. Es de notar, se encuentra reproducido en una ilustración, que Júpiter se transforma no en polvo áureo sino en monedas de oro que, en su delantal, va recogiendo una vieja con trazas de Celestina. Es uno de los cuadros más auténticamente pornográficos, en el sentido etimológico de la palabra, que he contemplado jamás. Al orgasmo reflejado en la cara de Danae se contrapone la codicia de la alcahueta.

Volviendo a la palabra «*puta*» diré que era corriente hace años, cuando existían los prostíbulos, decir «*vamos de niñas*» o «*una casa de niñas*» al referirse a tales lugares.

Se atribuye a Quevedo el soneto siguiente:

*Dar un real a una dama es poco precio;
dos la daréis si es prenda conocida,
y tres, cuando conforme a estado y vida,
darla cuatro os parezca caso recio.
Cuatro, es el moderado y justo precio;
mas si la prenda fuese tan subida
seis la daréis, con tal que no os los pida;
si la diéredeis más, quedáis por necio.
Esta doctrina es llana y resoluto;
ha lugar, si la dama que os agrada,
os pareciere libre y disoluta.
Mas, si fuese tan grave y entonada
que menosprecie el título de puta,
si la queréis pagar, no la deis nada.*

Digo que este soneto se atribuye a Quevedo porque, aunque lo he leído muchas veces en muchas obras con su nombre, no figura, o por lo menos yo no lo he sabido encontrar en el índice de primeros versos, en la magnífica edición de Poesía original completa preparada por José Manuel Blecua, editada por Planeta en 1981. Sí se encuentra en cambio el que sigue:

*Puto es el hombre que de putas fia,
y puto el que sus gustos apetece;
puto es el estipendio que se ofrece
en pago de su puta compañía.
Puto es el gusto, y puta la alegría
que el rato putaril nos encarece;
y yo diré que es puto a quien parece
que no sois puta vos, señora mía.
Mas llámenme a mí puto enamorado,
si al cabo para puta no os dejaré;
y como puto muera yo quemado,
si de otras tales putas me pagare;
porque las putas graves son costosas,
y las pululas viles, afrentosas.*

Y que nadie se escandalice por ello. He aquí unos párrafos de la más inmortal novela de todos los siglos. Me refiero, claro está, al Quijote. En el capítulo XIII de la segunda parte, Sancho Panza y su convecino Tomé Cecial, que se ha disfrazado de escudero del Caballero del Bosque, que no es otro que el bachiller Sansón Carrasco, platican entre sí. En un momento dado, hablando de sus hijos, dice Sancho:

«Dos tengo yo que se pueden presentar al papa en persona, especialmente una muchacha a la que crío para condesa, si Dios fuese servido, aunque a pesar de su madre.

»- Y ¿qué edad tiene esa señora que se cría para condesa?, preguntó el del Bosque.

»- Quince años dos más a menos..., respondió Sancho; pero es tan grande como una lanza y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapán.

»- Partes son ésas, respondió el del Bosque, no sólo para ser condesa, sino para ser ninfa del verde bosque. ¡Oh hideputa, puta, y qué rejo debe de tener la bellaca!

»A lo que respondió Sancho algo mohíno:

»- Ni ella es puta, ni lo fue su madre, ni lo será ninguna de las dos, Dios queriendo, mientras yo viviere. Y hablese más comedidamente; que para haberse criado vuesa

merced entre caballeros andantes, que son la *misma* cortesía, no me parecen muy concertadas esas palabras.

»- ¡Oh, qué mal se le entiende a vuesa merced, replicó el del Bosque, de achaque de alabanzas, señor escudero! ¿Cómo y no sabe que cuando algún caballero da una buena lanzada al toro en la plaza, o cuando alguna persona hace alguna cosa bien hecha, suele decir el vulgo: "¡Oh hideputa, puto, y qué bien que lo ha hecho!"? Y aquello que parece vituperio, en aquel término es alabanza notable; y renegad vos, señor, de los hijos o hijas que no hacen obras que merezcan se les den a sus padres loores semejantes.

»- Si reniego, respondió Sancho; y dése modo y por esa misma razón podía echar vuestra merced a mí y hijos y a mi mujer toda una putería encima, porque todo cuanto hacen y dicen son extremos dignos de semejantes alabanzas, y para volverlos a ver ruego yo a Dios me saque de pecado mortal.»

Continúa la conversación y el del Bosque saca una bota de vino de la que Sancho bebe durante un cuarto de hora exclamando después:

«- ¡Oh hideputa, bellaco, y cómo es católico!

»- ¿Veis ahí, dijo el del Bosque en oyendo el hideputa de Sancho, cómo habéis alabado este vino llamándole hideputa?

»- Digo, respondió Sancho, que confieso que conozco que no es deshonra llamar hijo de puta a nadie, cuando cae debajo del entendimiento de alabarle.»

Como se ve la palabra no asustaba a nadie. Hoy en día, después de un feliz letargo, ha vuelto a resurgir y se oye, por desgracia, por calles, plazas, boiles, discotecas y putitecas con demasiada frecuencia.

Y para terminar este tema, que se está alargando demasiado, recordemos los versos de sor Juana Inés de la Cruz de la misma época:

*Hombres necios que acusáis
a la mujer sin razón
sin ver que sois la ocasión
de lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
solicitáis su desdén
¿por qué queréis que obren bien
si las incitáis al mal?
¿Cuál mayor culpa ha tenido
en una pasión errada
la que cae de rogada
o el que ruega de caído?
¿O cuál es más de culpar
aunque cualquiera mal haga,
la que peca por la paga o
el que paga por pecar?*

Sor Juana Inés de la Cruz nació en 1651 y murió cuarenta años después.

44. Magos y hechiceros

Tanto en tiempos antiguos como ahora en los modernos, la hechicería se ha entrometido en los caminos de la Medicina. Aún hoy en día hay quien cree más en salmos, conjuros, saludadores y curanderos que en médicos, por famosos que sean, y en remedios, por probados que estén. Claro está que esto tiene lugar en nuestros tiempos en forma esporádica y excepcional, y antiguamente era cosa de cada día y propia de cualquier estamento social.

Mademoiselle Margarita Perier, sobrina de Blas Pascal, nos narra cómo éste en su niñez debió la vida a una hechicera. Estaba, dice, el niño tan grave que su padre, Etienne Pascal, fue a consultar a una bruja. Ésta le contesta que hay remedio, pero que era preciso que otro muriese por él, transfiriendo la muerte.

- ¡Oh!, dice Etienne Pascal. Prefiero que muera mi hijo que hacer morir a una persona.

- Se puede cambiar la suerte con una bestia, responde la hechicera.

Según sigue contando mademoiselle Perier, luego de sacrificar un gato y de una serie de laboriosas y extravagantes manipulaciones, el niño Blas Pascal fue salvado. A muchos extrañará que un hombre como Etienne Pascal, reputado por sabio, presidente del palacio de Contribuciones de su provincia, hijo del tesorero de Francia en Riom, un hombre de elevada cultura, que pertenecía a la burguesía rica y considerada, pudiese dar crédito a los hechiceros. Nada tiene de raro. Si se leen las obras de su tiempo, asombrará la, para nosotros, increíble mezcla de ideas falsas y verdaderas que, sobre esta cuestión, en ellas se exponen.

Fray Martín de Castañega, en su *Tratado de las Supersticiones y Hechicerías*, dedica todo un capítulo, el XII, a probar que «*los saludadores no son hechicero, y qué virtud sea la suya*». Afirma que «*las virtudes naturales son tan ocultas en la vida presente a los entendimientos humanos, que muchas veces vemos la experiencia y obras maravillosas y no sabemos dar la razón dellas, salvo que es tal la propiedad de las cosas naturales y que a nosotros es oculta*», y añade: «*E así tienen algunos hombres tal saliva en ayunas que basta matar las serpientes; y cada día vemos que la saliva en ayunas cura las sarnillas y algunas llagas sin aplicar otra medicina.*» «*E así podrían los cuatro humores, que son cólera y sangre, flemma y melar eolia, estar en algún cuerpo humano, en tal temperamento y armonía que de allí resultase una virtud oculta natural, que, como está dicho, fuese bastante medicina para curar las ponzoñas y diversas, según la diversidad que se hallaría en el temperamento de los humores.*» (Castañega, Cáp. XII, passim.)

A continuación de este capítulo viene otro dedicado a probar que los reyes de Francia no podían tener la virtud de curar los lamparones. A éste sigue otro cuya tesis es de «*que el aojar es cosa natural y no hechicería*», y otro que muestra «*cuáles empíricas de los médicos no son supersticiones y hechizos*». Merece leerse el prólogo de A. G. de Amezua a la edición de este libro en la *Sociedad de Bibliófilos Españoles*, en el que alaba la ponderación, medida, equilibrio y serenidad críticos de

fray Martín de Castañega, En una nota de la página XV, transcribe unas palabras de Llorente:

«Cependant Fr. Martin de Castagnaga [sic] moine franciscain, composa dans ce templá un livre en langue espagnole intitulé: Traite sur les superstitions et les enchantements. J'ai lu cet ouvrage, et j'avoue que (si Fon retranche quelques articles où l'auteur se montre trop crédule), il me semble qu'il serait difficile, même aujourd'hui, d'écrire avec plus de moderation, de discerne-ent et de sagesse.»
(Llórente, *Histoire critique de l'Inquisition d'Espagne*, II, 4.)

Sobre la curación de lamparones por los reyes de Francia e Inglaterra, he aquí lo que sir John Evelyn, caballero de gran cultura y amigo del rey Carlos II, nos dice refiriéndose a lo que presencié el día 6 de julio de 1660 en Londres:

«Su Majestad empezó a tocar para ahuyentar el Mal, de acuerdo con la costumbre, que era así: Su Majestad estaba sentado bajo dosel en la sala de los banquetes y los cirujanos dieron señal que se acercaran los enfermos o los llevaran hasta el trono, donde se arrodillaban; el rey entonces dábales una palmada, en la cara o en las mejillas, con las dos manos a la vez, mientras un capellán solemnemente dice: "Él pone sus manos sobre ellos y Él los cura..." Luego que todos hubieren sido tocados, volvieron a adelantarse en el mismo orden, y el otro capellán, arrodillándose dale al rey, una por una, unas cintas blancas de las que pende una medalla de oro y que el rey cuelga alrededor del cuello de los que habían sido tocados, y mientras éstos van pasando el capellán va repitiendo: "Ésta es la luz verdadera que viene al mundo." Sigue luego una epístola con liturgia, oraciones por el enfermo y bendiciones perdurables; y entonces el lord camarero mayor y el mayordomo de la real casa traen una jofaina, una palangana y una toalla para que Su Majestad se lave las manos.»

Antonio de Torquemada dice: «Del rey de Francia a todos es notorio que tiene gracia particular en sanar los lamparones. Y así como Dios repartió estas gracias por muchos y diversos géneros de gentes, pudo ponerla también en los que saludan para remedio de un mal tan pestilencial y rabioso como es el de la rabia; y para que mejor entendáis el provecho que hacen, os quiero decir lo que a mi padre le aconteció con un saludador y fue, que, siendo mozo, y yendo un camino largo, salió

a él un mastín, tan dañado, que antes que pudiese apartarlo de sí le mordió en una pierna y si no fuera la bota que llevaba calzada, que era gruesa, se la pasara toda, pero todavía llegó a tocarle en la carne y le sacó un gota o dos de sangre. Mi padre no hizo caso *dello*, u así, caminó tres o cuatro días, y una mañana pasando por una aldea vio que tañían a misa, y apeándose del caballo, entró en la iglesia, y ya que se quería salir, un labrador se llegó a él y le *dixo*:

»"- Decidme, señor, ¿a vos *haos* mordido algún perro?"

»Mi padre, que casi ya lo tenía olvidado, le respondió:

»"- Un perro salió a mí, pocos días ha, y me quiso morder; pero, ¿por qué lo preguntáis?"

»El labrador se rió y le *dixo*:

»"- Pregúntooslo porque Dios os ha traído por aquí, para que no perdiéseis la vida, porque yo soy saludador y ese perro que decís que os saca sangre de la pierna, estaba rabiando, de manera que si pasárades de los nueve días, no teníades remedio alguno. Y para que entendáis que digo verdad, el perro tenía tales y tales señales."

»- Y diciendo las mismas que mi padre había visto, de lo quedó poco maravillado.

»Y el saludador le tornó a decir:

»"Si queréis aseguraros, conviene que por hoy os detengáis en este pueblo."

»Y así le llevó a su casa y le saludó y todo lo que comieron.

»Y después de comer, lo tomó a saludar otra vez y a la tarde *dixo*:

»"- Vos habéis de tener paciencia si queréis ir sano, que yo tengo de daros en las narices tres picadas, que de cada una de ellas ha de salir sangre."

»Mi padre que estaba con grandísimo temor le *dixo* que hiciese todo lo que quisiere; y así el saludador, en presencia de los más vecinos del lugar, le picó tres veces con una punta muy aguda de un cuchillo, y de cada picada cogió una poca de sangre y la puso de por sí en un plato, y después le hizo lavar con un poco de vino saludado, y, deteniéndose todos, hablando cosa de media hora, miraron la sangre que estaba en el plato, que no la habían quitado de su presencia, y hallaron en cada una, así como estaban apartadas, un gusano vivo bullendo; y entonces el saludador le *dixo*:

»"- Señor, por la gracia de Dios vos sois sano, que veis aquí todo el daño que el perro os había hecho, y tened por cierto que vos rabiardes, si vuestra ventura, o, por mejor decir Dios, no os guiara por este camino."

»Mi padre le dio las gracias lo mejor que supo, y al otro día se partió de allí y aunque todo lo que este saludador hizo me parecía que pudo ser por la gracia que tenía, en cuanto a decir la color del perro, no puedo dexar de tener alguna sospecha que no iba en todo por el camino derecho.» (Torquemada, p. 189.)

El padre Nieremberg, en su Curiosa y oculta filosofía, trata de «Si se aoja con alabar», «Si uno se puede aojar a sí mismo y si el Basilisco se puede matar mirándose a un espejo», «Por qué el muerto vierte sangre en presencia del que le mató», «No solamente en presencia del homicida, sino a vista de sus amigos derraman sangre los ahogados», «Si es cosa natural verter sangre las estatuas, sudar y dar gemidos», «Si el Oplochysma o unguento Anuario sana naturalmente al que está ausente», etc. (Todos los entrecorillados son títulos de capítulos.)

Paracelso, no obstante su sentido de la crítica, creía en la Astrología, en la existencia de un espíritu en la empuñadura de su espada y en la de salamandras que andaban sobre el fuego sin quemarse.

Una de las supersticiones médicas del siglo XVII eran los maravillosos polvos de la simpatía, que explotaba sir Kenels Digby.

Digby había sido, en diferentes ocasiones, estudiante en Oxford, embajador de Inglaterra, delegado en la Marina, partidario de Cromwell y cortesano de Jacobo I, Carlos I y Carlos II; todo lo cual da una idea de su habilidad. Era un hombre activísimo que inventó unos polvos para curar heridas, que, en vez de aplicarse sobre ellas, se aplicaban sobre las armas que las habían producido.

En el fondo no era más que una variante de los unguentos del mismo estilo de Paracelso. Pero lo más curioso del caso es que tantos unos como otros daban resultado. Las heridas curábanse mejor con esta clase de tratamiento y ello llevó a ambos facultativos a buscar la explicación de este fenómeno en una fuerza sobrenatural y misteriosa que irradiaba del arma a la herida.

Su teoría era equivocada, mas sus observaciones eran justas, los ungüentos que se usaban en aquel entonces estaban hechos de ingredientes asquerosos, las más de las veces de tripas de animales podridos y hasta de estiércol, y así una herida curábase mejor cuando el ungüento se aplicaba a cualquier objeto, salvo a la herida misma. (Vaughan.)

Enrique VIII de Inglaterra tenía gran fe en unos anillos, llamados «*anillos para los calambres*», que llevaba para los dolores de estómago. Guillermo de Orange que padecía de consunción, usaba como medicamento, ojos de cangrejos secos y después molidos; y las supersticiones de la reina Ana la llevaron a convertir en especialistas de los ojos, a sastres y hojalateros para que le cuidaran la vista que iba perdiendo.

Contra la epilepsia se usaban remedios como el que sigue: «Cuando alguno está en el paroxismo, díganle a la oreja tres veces estos versos y sin duda luego se levantará: Gaspar iert myrrham thus Melchor, Baltasar aurum.»

Contra la esquinancia (angina): «Aquellas cosas que aprovechan según nuestros maestros, son: El estiércol de las golondrinas, el estiércol del perro, del niño y el del lobo. Estas cosas algún tanto desecadas sobre una teja, sean sopladadas en la boca o sean cocidas con hidromiel y hagan gargarismo. Tomen una víbora y la ahorquen con un hilo y cerquen con él el cuello, que mucho aprovecha.» (Comenge, Clínica egregia.)

Es triste que una araña metida en un saco para sanar las convulsiones; despellejar un gato y la piel aún caliente, aplicarla al abdomen para curar las apendicitis; la telaraña para curar las hemorragias; matar una gallina, ponerla bajo un altar y, terminada la misa que en el mismo se diga, darla a comer al atacado de fiebres; siete escarabajos hervidos y dados a comer al enfermo para curar pulmonía, etc., sean supersticiones que todavía se conservan por los pueblos y ciudades de España. Y no es éste mal propio sólo de nuestro país, sino de todos los del mundo. Para convencerse léanse, por ejemplo, los anuncios que de videntes, hechiceros, médium orientales u occidentales, septentrionales o meridionales, publica cualquier revista o diario de un país en que la censura no se preocupe de estas cosas.

La ciencia combatió cuanto pudo la ignorancia, que es la base de la vivencia de las supersticiones; el pueblo bajo y las personas incultas son los más adeptos prosélitos. No hay que olvidar que algunas de las prácticas que hoy llamamos supersticiosas fueron, en algún tiempo, los medios que los hombres de ciencia pagana empleaban; tales son las ciencias astrológicas, que en Medicina tuvieron singular influencia, y fundado en aforismos hipocráticos, se daba como regla la siguiente:

*No dio sangría Galeno
en conjunción, cuarto lleno
ni estando luna en León
ni en el signo de Escorpión.
Los médicos prohibieron
el purgar, cuando está en Aries
o en Virgo, o León, la luna,
en frío o caniculares.*

Consejos que en el siglo XVI eran fielmente seguidos, al punto que se cuenta de Francisco Valles, médico de Felipe II, que habiendo propuesto en una junta de médicos purgar al monarca, fue rechazada la indicación por estar la luna en fase no adecuada, a lo cual respondió con sorna el divino Valles, tal era su fama: «¡Cerrad la ventana! Yo se la daré sin que la luna se entere.» (Castillo, Folklore.)

Con tales creencias, fácil es que se diese verosimilitud a casos como el siguiente del siglo XVIII.

Un hombre muy rico había perdido su nariz en un accidente y no queriendo rehacerse la con la carne de su propio brazo, alquiló un pobre. El cirujano abrió el brazo de este último y metió en el agujero la nariz del rico, que se rehizo con la carne del pobre hasta su completa formación. Pero, poco después, murió el pobre y la nariz del rico se corrompió y se deshizo completamente.

Hace unos años se publicó en Barcelona un libro titulado *La Brujería en Barcelona*. De él extraigo los siguientes párrafos. (Copio sólo un par de recetas y algunas oraciones contenidas en este libro y que he podido comprobar que se usan todavía.

Para ello he visitado e interrogado a varios curanderos y similares de Barcelona, cuyos «secretos» me propongo divulgar en un próximo libro de esta colección.)

Habla un curandero:

«El excremento de lobo seco y bien machacado y luego mezclado con vino, se bebe y no hay cólico que resista: desaparece *deseguida*.

»- ¡Cosa más rara!

»- Pues no, señor, no lo es, porque en los excrementos de los animales hay mucha virtud, y con ellos se curan muchas cosas; yo no empleo otras medicinas y me va muy bien, y lo puede atestiguar muchísima gente que hoy estaría en el cementerio si no fuese por mí. Mire usted: ahí tiene usted la boñiga de vaca o buey, es lo *mesmo*, reciente y calentada al rescoldo, puesta entre unas hojas de col, encima de una herida, la cura *deseguida*; mezclada con vinagre cura la ciática y hace supurar las escrúfulas o lamparones. Puesta sobre un tumor lo ablanda a la carrera; y si al que tiene hidropesía se la ponen caliente en la tripa, se curará. *Pa* las picaduras de avispas no tiene igual.

»...coge excrementos de cabra, lo mezcla con harina de cebada y si tiene usted un tumor en la rodilla se lo pone usted y se lo ablanda; mezclado con manteca fresca y heces de aceite de nueces, cura los panadizos y los callos. El de oveja tiene cualidades muy parecidas, y si se mezcla con vinagre cura todos los forúnculos...»

Son innumerables las recetas que se usan basadas en excrementos de diversos animales, y aún humanos. Yo poseo cerca de cien que sirven para toda clase de males desde la ictericia a los males venusinos.

Añádanse las oraciones supersticiosas que acompañan a la mayoría de mejunjes y que a veces por sí solas «curan» las enfermedades más rebeldes. He aquí unas cuantas en las que no se sabe si admirar más la tontería de sus palabras o la estupidez de los que las rezan.

Oración para curar el cáncer. El cáncer y Jesucristo se van a Roma; el cáncer se va y Jesús vuelve, y viva Cristo. Muera el cáncer y viva la fe en Jesucristo.

Contra la erisipela. En nombre de Dios t Padre, y del Hijo de Dios t y de San Marcial t que ni por fuera t ni por dentro t le hagas ningún mal.

(Hágase sobre la parte del paciente en que haya aparecido la erisipela las cruces que se señalan y récense tres padrenuestros a la Beatísima Trinidad.)

Contra las anginas. En Belén hay tres niñas: una cose, otra hila y otra cura las anginas; una hila, otra cose y otra cura el mal traidor.

(Se repite tres veces en otros tantos días seguidos.)

Contra quemaduras. El fuego no tiene frío, el agua no tiene sed, el aire no tiene calor, el pan no tiene hambre; san Lorenzo, curad estas quemaduras por el poder que Dios os ha dado.

(Se persigna y se reza un padrenuestro a san Lorenzo.)

El número de los necios es infinito, dice la Biblia (Eclesiastés, I, v. 15), concepto repetido por Petrarca: «Infinita e la *schiera degli sciocchi*» (*Trionfo del Tempo*, v. 84. Una frase semejante se encuentra en Galileo en *Opere*, Ed. Naz., vol. VI, p. 237) y por Casimiro Delavigne: «*Les sots depuis Adam sont en majorité*» (*Lettre sur la question: L'étude fait-elle le bonheur dans toutes les situations de la vie?*). Los hechos se encargan de probarlo.

45. Anecdótico

El general Marlborough, el célebre Mambrú de la canción, era muy avaro. Un pobre pidió limosna a otro general llamándole por el nombre de aquél.

- Mírame bien, dijo el general, ¿no conoces que no soy Marlborough? ¿Quieres una prueba de ello? Aquí tienes una libra esterlina.

En lo recio de una epidemia, escribió el alcalde de un pueblo al gobernador de la provincia exponiéndole la situación y pidiéndole que le comunicase qué medidas debía adoptar.

El gobernador le contestó con un telegrama que empezaba diciendo:

«Por de pronto apelar a todos los medios oportunos... etc.»

El alcalde, que debía de ser de pocas luces, entendió:

«Por de pronto apalea a todos los médicos por tunos...» No quiso leer más y dijo:

- Hizo bien en escapar el médico que teníamos, que si no lo hace, ¡menuda paliza iba a llevar!

Aconsejaron los médicos a un amigo mío que dejara toda ocupación grave y procurase distraerse.

Preguntó si podía leer y le contestaron que sí, con tal que leyera sólo novelas.

- ¿Puedo leer novelas?, exclamó mi amigo. Pues que me traigan *Gárgoris y Habíais* de Sánchez Dragó.

Que me perdone Sánchez Dragó el haberle hecho medio héroe de la anécdota, que es historia, pero el protagonista era Guizot y la obra la *Historia del Consulado y del Imperio*.

La actriz Sophie Arnould visitó a Voltaire y éste le dijo:

- Señorita, tengo ochenta y cuatro años y he cometido ochenta y cuatro tonterías.

- Señor Voltaire no os preocupéis, dijo la actriz, yo tengo cuarenta y he cometido más de mil.

Acude un litigante a un abogado, le explica de lo que se trata y le pide que lo defienda.

- Lo siento mucho, dijo el abogado, su causa es justa; pero yo represento la causa contraria.

- Pero si mi causa es justa la de mi contrario no puede serlo.

- Ah, esto lo veremos en la audiencia.

Una dama francesa le reprochaba a lady Montague la suciedad de sus manos, a lo que respondió lady Montague:

- ¡Ah, señora!, ¡pues si vierais mis pies!...

La actriz francesa Clairon, cuyas escandalosas memorias tal vez figuran en los estantes de libros pornográficos o similares, no quiso, un día, representar una comedia con un actor que le era antipático.

Le comunicaron, de orden del rey, que si no representaba la condenarían a un mes de cárcel.

- Está bien, dijo. El rey puede disponer de mi libertad, de mis bienes, hasta de mi vida, pero no de mi honor.

- Tenéis razón, le respondieron, donde no lo hay, el rey pierde sus derechos.

- ¿Qué hora es?, preguntó Luis XIV de Francia.

- La que Vuestra Majestad guste, respondió un adulator.

Se había declarado hostilidad implacable al gobierno presidido por Maura en 1909. Éste al enterarse que quedaban rotas las relaciones con las minorías envió a sus compañeros de gobierno la siguiente nota:

«Si queremos continuar en el poder sin la cooperación de los liberales, tendremos que ir a la dictadura y eso... no lo propondré yo jamás.»

A don Antonio Cánovas le reprochaban algunos íntimos la separación de Romero Robledo, que no consiguió evitar.

- Romero Robledo es mal enemigo, insistía otro. Es una sangría para el partido.

Cánovas se volvió airado:

- No es una sangría; es una purga.

Al poeta del siglo XVII francés Benserade le dijeron que al padre del duque de Vendôme le habían hecho miembro del Sacro Colegio Cardenalicio.

- Pues será el primer colegio donde pone los pies, contestó.

En un libro del siglo XIX leo esta errata de imprenta que tiene su gracia. Se refiere a un adulator poeta de la época, cuyo nombre no dice, lo cual me hace suponer que la errata fue intencionada:

«El caballero gran cruz de Carlos III, don Fulano de Tal, ha sido nombrado literato.»

- «El error de imprenta le cuadra.»

¿Quién debía ser?

Publicada esta nota en un periódico de 1840: «El esposo de la reina de Inglaterra cumple fielmente sus promesas y el Parlamento está muy satisfecho de él. La reina Victoria se halla encinta y como estímulo y recompensa se ha confiado al príncipe Alberto, el mando de un regimiento.»

Éste es cuento viejo. Se cuenta que un sacristán solía mostrar a los devotos las reliquias que poseía la iglesia de su pueblo. Entre ellas solía enseñar un cabello de la Virgen, para lo cual uniendo el pulgar y el índice de cada mano los ponía todos en contacto y después los iba apartando poco a poco a la altura de la vista ajena.

Una vez, alguien que asistía al espectáculo dijo:

- Tengo buena vista pero no veo el cabello.
- Tenga paciencia y buena voluntad, respondió el sacristán, que yo hace cuarenta años que lo enseño y todavía no lo he visto.

Paseaba, en el siglo pasado, un paleta por el Retiro de Madrid y se paraba a examinar las estatuas que de reyes de España, especialmente de Castilla, que allí se encuentran.

Al pie de una de ellas leyó: «*Fruela*», y dijo:

- Pues por ser mujer, ¡vaya barbas!

Luis XIV de Francia, el Rey Sol, espejo de absolutismo, hablaba un día del poder del rey sobre sus vasallos y el conde de Guiche se permitió observarle que tal poder tenía sus límites.

- Conde, le dijo el rey, mi poder no tiene límites. Si yo os mandara tiraros al mar tendríais que arrojaros de cabeza al agua inmediatamente.

El conde no replicó, pero dando media vuelta se dirigió hacia la puerta del salón.

- ¿Dónde vais?, le dijo el rey.
- Señor, a aprender a nadar.

Todo el mundo rió y el rey el primero.

Ante Cánovas del Castillo pronunció alguien la conocida frase «De Madrid al cielo» y respondió el estadista:

- Claro está, como se ha pasado ya por el purgatorio.

Estando el músico Lully en una iglesia oyó tocar una pieza que él había compuesto para una ópera y exclamó:

- ¡Perdón, Señor, que no la hice para Vos!

A Luis XIV de Francia le presentaron un oficial que pretendía un destino.

- Sois demasiado viejo, le dijo el monarca.

- Señor, respondió el solicitante, sólo tengo cuatro años más que Vuestra Majestad y me quedan todavía veinticinco para servirlos.

La lisonja agradó al rey y le concedió lo pedido.

Un «amigo» le decía a Cánovas:

- Don Arsenio Martínez Campos es hombre temible y se ha ido con Sagasta.

- ¡Bah, no importa! El general es como las bombas, no hace daño más que donde cae, respondió Cánovas.

Cánovas adoraba a su esposa y acostumbraba a decirle:

- Te adoro, Joaquina, y te seré fiel siempre. Con una condición y con un límite. Yo no haré el amor a nadie, pero si se acerca a mí una mujer no la rechazo. Fíjate que sólo un hombre, el casto José, despreció a una mujer y lleva veinticinco siglos haciendo el ridículo.

Durante la última enfermedad de Federico II de Prusia sobrevino una ligera mejoría en el estado del real enfermo.

Los médicos creyeron que sanaría y el rey, que les oyó, dirigiéndose a su sobrino, que debía sucederle, le dijo con irónica sonrisa:

- Perdona, sobrino, si te hago esperar tanto.

Un rey de Portugal que tenía que escribir una carta al papa llamó a uno de sus cortesanos y le dijo:

- Como sabéis de lo que va a versar la correspondencia escribamos una carta cada uno y escogeremos la mejor.

Así se hizo y la carta del cortesano le pareció al rey mejor que la suya.

El cortesano hizo una profunda reverencia y se retiró. Se encontró en las cuadras del palacio a un amigo suyo que le preguntó dónde iba.

- Voy a expatriarme, porque estoy perdido. El rey ha averiguado que tengo más talento que él y no me lo perdonará nunca.

46. De comidas y de bebidas (II)

Vino de Alicante. No sé qué diablos podía tener este vino para que fuese usado como afrodisíaco. Pero no crean mis lectores que debía beberse, sino que servía para bañarse en él.

Hacia el siglo IX gozó de gran prestigio, que le venía de tiempos de los romanos. En una tina se vaciaba un tonel de vino de Alicante y se frotaba al bañista con un ungüento compuesto de vainilla, clavo y aceite. Se recomendaba a aquellos que iban a contraer nupcias para que se bañasen en vino antes de acostarse con su mujer. ¡Pobre mujer!, por el olor podía pensar que hacía el amor en una mesa de taberna.

Almendras. Uno de los alimentos más antiguos de los que se tiene noticia. Los romanos le llamaban «nuez griega», o «*amindula*», derivada de la voz griega «*amígdala*». Esta palabra se usa todavía en medicina refiriéndose a las glándulas faríngeas que tienen esta forma. También en arte se llama «amígdala» al marco pintado que, con esta forma, se encuentra en muchos frescos románicos enmarcando la figura del Creador, de la Virgen y, en menos medida, algún santo.

A pesar de ello la almendra era considerada como eficiente afrodisíaco. El jeque Nefzawi dice en su Jardín perfumado:

«Aquel que se sienta débil para el coito debería beber, antes de ir a la cama, un vaso de miel muy espesa y comer veinte almendras y cien piñones. Deberá observar este régimen durante tres días.»

En el libro La cocina afrodisíaca de Frazier encuentro esta receta:

«2 tazas de azúcar moreno; 1/2 taza de crema ligera; 1/2 cucharada sopera de mantequilla; una cucharadita de vainilla, y 3/4 de taza de almendras tostadas picadas. Júntense en una cacerola el azúcar, la crema, y la mantequilla. Agítese constantemente hasta que la temperatura llegue a 160° o al estado de una bola

blanca. Déjese enfriar hasta 45°. Añádanse la vainilla y las almendras; viértase en un molde plano untado con mantequilla. Córtese mientras esté caliente.»

Aguacate. Copio del citado libro de Frazier, editado en Barcelona en 1980:

«Al llegar a Méjico los conquistadores españoles observaron que a los aztecas les gustaba un curioso fruto verde que llamaban *ahuacatl*, los indios les explicaron que *ahuacatl* significaba testículo, y que se llamaba así el fruto porque era capaz de resucitar una pasión sexual intensa. Así fue como uno de los grandes tesoros del Nuevo Mundo, el aguacate, fue introducido en Europa. Aún hoy en día se considera en Méjico que el aguacate constituye un estimulante poderoso.»

Así, por lo menos, lo creía el rey Luis XIV de Francia. Yo he comido aguacates y no he notado nada especial. Debo ser alérgico.

Lunch. Esta palabra inglesa ha venido a sustituir el vocablo francés ambigú que se usaba en el siglo pasado y a comienzos de éste y que está aceptada por el Diccionario de la Academia Española. Lunch significa refacción, merienda, colación, pisco-labis, tentempié, y ambigú del latín *ambiguus*, de ambos. Comida, por lo común nocturna, compuesta de manjares calientes y fríos con que se cubre de una vez la mesa.

Durante un tiempo, para evitar el uso de palabras extranjeras, se creó la expresión «se servirá una copa de vino español» para significar que había además del «vino español» otra clase de bebidas y tapas por lo común abundantes.

En la Edad de Oro española se usaba mucho la palabra medianoche para designar una refacción dada después de la cena. Esta costumbre española fue introducida en Francia por las reinas hispanas Ana de Austria y María Teresa. También se usó la palabra buffet de origen francés, claro está. Dígase como se diga la cuestión es comer y beber.

La cocacolonización. Si «la lengua es compañera del imperio», según célebre frase, no hay género de duda de que, por lo menos en nuestras latitudes, el imperio es yanqui. No hablo solamente del lenguaje comercial: Marketing, staff, brain storming, mass-media, pronúnciese «midia», por favor, ranking, best-seller, hablo

también de la cocina en la que América había contribuido con el pavo, el maíz, el cacao, y el chocolate, claro está, y tantas y tantas cosas.

Hoy estamos bajo la férula de los «colas» los hot-dogs, los hamburgers, los selfservices, los quick-services, los /así food, los snacks bars, los drugstores y otras mil zarandajas por el estilo y no hablemos del chewing gum o chicle. ¡Que Dios nos coja confesados! No teníamos bastante con los cócteles...

Piña de América. Llamada también ananás. Dice Corominas, entre otras cosas, que la palabra aborígen tenía la forma de nana de la familia tupí-guaraní. La fruta fue conocida pronto por los españoles, pues la palabra ananá la usa Acosta en 1578. El chauvinismo francés hace que un autor, tan ponderado generalmente, como André Castelot, en su libro *L'Histoire a Table*, diga que tal fruta fue descubierta en el Brasil por el francés Jean de Lévy. De todos modos añade después que no fue conocida en Francia hasta el reinado de Luis XV, 1730, durante el cual figuraba en la mesa de los grandes señores. Alejandro Dumas dice, en cambio, en su diccionario de cocina que la fruta es originaria del Perú. En un principio, cómo no, se le atribuyó poderes afrodisíacos. Yo creo que a cada plato nuevo se le atribuye lo mismo. Hasta cierto punto es natural. Son platos caros que se ofrecen en lugares refinados. El precio y el ambiente ayudan a la fantasía, que hace lo demás. La mejor ananá es la americana y la de las Azores, la peor la de la Costa de Marfil, intermedia la de Hawai que es la que más se vende en el mundo entero.

Asno. Aunque parezca mentira la carne de asno fue muy apreciada en los albores de la Edad Moderna, especialmente en Francia en donde se consideraba mejor que la carne de caballo. Ya se sabe que los franceses son grandes hipófagos. De todos modos lo que más se usaba era la leche de burra, a la que se atribuían grandes cualidades medicinales. En Barcelona, a principios de siglo, fueron célebres las burras de la calle Robador que eran paseadas por la ciudad y ordeñadas a la vista del cliente. El catedrático Odón de Buen descubrió en la Garriga unos huesos que creía que eran de un homínido que servía de enlace entre el mono y el hombre y al que denominó *hiparían garriguensis* y que resultaron ser huesos de un burro. Los

estudiantes llamaron entonces a las burras de la calle Robador «*Las hiparionas de la leche.*»

Ya se sabe que Popea tenía a su disposición un rebaño de 300 burras que servían para proporcionar la leche para su baño cotidiano.

47. RIP

Un médico famoso realizó un viaje al extranjero a fin de asistir a un congreso de enfermedades cardíacas. No bien hubo llegado a la aduana, su equipaje fue registrado encontrándose en el fondo de una maleta un largo puñal toledano de afilada hoja capaz de atemorizar al más valiente y que el doctor destinaba a obsequiar a unos amigos suyos.

El aduanero, seguro que el dueño del equipaje era un empedernido criminal, le enseñó el arma y le miró con ojos escrutadores.

El viajero al darse cuenta de las sospechas que mordían el corazón del pobre funcionario, dijo despectivo:

- ¡Bah! ¡No piense mal de mí! Es un arma que no uso nunca. No la necesito para nada... ¡Soy médico!

En 1748 fue llamado el médico Rigaudeau para asistir al parto de una mujer que residía en los alrededores de Douay, en Francia. Se le llamó a las cinco de la mañana y él no pudo acudir hasta las ocho. Al llegar, dijéronle que la mujer había muerto dos horas antes, sin haber podido dar a luz. Quiso verla y la halló ya amortajada.

Con sus propias manos, sin necesidad de sección alguna, extrajo del seno materno una criatura, al parecer enteramente muerta. Después de tres horas de solícitos cuidados para ver si lograba reanimar al recién nacido, y cuando iba ya a abandonarlo, empezó éste a dar señales de vida, y, por fin, volvió enteramente a ella.

Al ir a retirarse el médico, hacía siete horas que la madre había dado el último suspiro y que no daba señal alguna de vida. Llamó no obstante la atención de Rigaudeau que no se hubiera presentado la rigidez cadavérica. Mandó

desamortajarla y dejó encargado que no se la enterrase hasta que no vieran rígido el cadáver, y que, entretanto, de tiempo en tiempo, le golpeasen el hueco de las manos y le frotasen con vinagre la nariz, los ojos y la cara, y que la conservasen en su propio lecho. A las dos horas de este tratamiento la madre había podido ser reanimada y el 10 de agosto de 1748 madre e hijo se hallaban buenos y llenos de vida. (Ferrerres.)

El padre Feijoo refiere dos casos muy curiosos de «muerte aparente».

Del primero fue testigo el padre del autor, que también era médico. (El padre Feijoo reproduce estos casos del libro *Reflexiones sobre la naturaleza de los remedios...* de Mr. de Saint André, médico consiliario del rey Luis XIV, que es el autor a quien se refieren estas palabras.) Un hombre sexagenario enfermó de una fiebre continua cayendo en síncope; se creyó que había exhalado el último aliento. No sólo se preparaba lo necesario para los funerales, mas también se trataba de abrir el cuerpo porque sus hijos lo solicitaban. Dos curas estaban allí altercando sobre a cuál de los dos tocaba el entierro. El padre del autor, que estaba en una cuadra vecina, oyendo el estrépito de la disputa y temiendo que viniesen a las manos, entró con ánimo de sosegarlos; y habiéndose acercado al pretendido difunto, y descubriéndole, por cierta especie de curiosidad, la cara, creyó ver en ella algún leve movimiento, por lo que echó mano al pulso, acercó una candela a narices y boca; mas no hallando con estas diligencias indicio alguno de vida, estaba para dejarle, creyéndole ciertamente muerto, cuando de nuevo le pareció advertir el mismo movimiento, excitado de lo cual, pidiendo un poco de vino, le aplicó a la nariz y entró algo en la boca, pero no reconociendo tampoco algún efecto; en el punto que iba a abandonarle percibió que se saboreaba algo en el vino; dióle algunas cucharadas más, con que abrió los ojos, y, al fin, recobrándose enteramente, logró una convalecencia perfecta. Pero lo admirable es que en aquel estado de muerte aparente había oído y entendido cuanto hablaban los dos curas, y después de recobrado lo refería todo puntualmente.

El segundo caso se lo refirió al autor una señora que había pasado por él veinticinco años antes. De los progresos de una fiebre continua que padeció siendo de corta

edad, vino a parar en un accidente en que, perdiendo todas las apariencias de vida, dos médicos que la asistían la dejaron por muerta; y como todos la tenían por tal, llegó el caso de tratar, en presencia suya, de lavarla y amortajarla, oyendo y percibiendo ella perfectamente de lo que sobre esto se confabulaba; pero sin poder prorrumpir en palabra alguna, seña o movimiento con que dar a entender que estaba viva, aunque lo deseaba con eficacísimas ansias. Por dicha de la enferma, una tía suya, de quien era muy amante y muy amada, acercándose a ella y haciendo raros extremos de dolor, ya con las lágrimas acompañadas de clamores descompasados, ya arrojándose sobre su cuerpo con ósculos y abrazos apretadísimos, produjo en el ánimo de la muchacha una tal impresión, que prorrumpió en un grito; y aunque no pudo hacer mucho más que esto, bastó para que, acudiendo los médicos, le aplicasen ventosas en varias partes del cuerpo y usasen de otros remedios, con que la restituyeron; de modo que, al fin, convalecida enteramente, vivió después muchos años. (Feijoo, «Contra el abuso de acelerar más que conviene los entierros» en Teatro Crítico.)

Estos casos me recuerdan que se hablaba una vez con un médico de la muerte aparente.

Los casos de muerte aparente son rarísimos, especialmente en nuestras latitudes. En mis veinte años de profesión no he visto ninguno, afirmaba el galeno.

- ¡Ah, doctor! Es que usted trabaja muy a conciencia.

Este médico debía de ser el mismo que a un enfermo que le decía:

- ¡Ay, doctor! Sufro terriblemente. ¡Máteme, por favor!

Le contestó:

- No necesito que me aconseje. Conozco mi oficio.

El doctor Goudard escribe:

«Por el año de 1885 fui llamado a las cuatro de la madrugada a casa de un cliente mío, de unos sesenta años, al cual yo había asistido durante algunos días en una neumonía doble. Durante más de una hora hice cuanto pude por volverle a la vida, y, al fin, cansado de tanto trabajo, no encontrando señal alguna de vida, me retiraba, después de haber redactado la papeleta de defunción. Cuando hube bajado

hasta el pie de la escalera me sentí presa de una fuerte emoción, pensando en la angustia de su hija, mujer que había sido abandonada por su marido, dejándola con siete hijos y sin más recursos que el trabajo de sus manos. Volví a subir y le apliqué el martillo de Mayor, hasta quemar profundamente la piel de la región precordial. Al momento noté un movimiento en los párpados; continué aplicándole todo género de estimulantes con tan feliz resultado que el que yo había considerado como un cadáver volvió a la vida y por fin curó; este hombre volvió a los trabajos acostumbrados y vivió aun largos años.»

Estoy seguro que si a ese pobre hombre, vuelto a la vida merced al profundo sentido del deber y de la profesión, le hablan de la única aplicación que Voltaire hacía a los médicos de un versículo bíblico, se hubiera indignado. El versículo es el siguiente:

«*Non mortui laudabunt te.*» (Los muertos no te alabarán.)

De todos modos ya he dicho varias veces que es tradicional aplicar a los médicos epítetos más dignos de verdugos o atormentadores inquisitoriales.

En el año de gracia de 1655 reinando el rey don Felipe IV, un viudo, después de pagar al médico lo que éste le pidió por la asistencia de su difunta esposa, le dijo amable y deferente:

- Además de pagaros todo cuanto os adeudaba, como acabo de hacer, quiero regalaros esta magnífica espada toledana como recuerdo de mi amistad.

El médico miró sorprendido y con cierto sobresalto aquella soberbia tizona.

- Amigo mío, ¿para qué quiero esta arma? Soy hombre de pacíficas costumbres; no es un objeto que pueda usar.

- ¿Cómo que no? Pues yo estoy seguro que con vuestra ciencia y esta estupenda espada, podréis acabar mucho antes con el género humano.

Antiguo es el cuento que voy a narrar.

Llegó al cielo un doctor afamado y solicitó que le fuera concedido entrevistarse con un amigo y cliente, muerto hacía varios años.

Se le buscó por el cielo y por el purgatorio, pero no aparecía. Como un favor especial, se accedió a practicar una investigación en el infierno; resultado negativo. Por fin, san Pedro se rascó la frente y dijo:

- Como no esté en el cuarto donde encerramos a las almas prematuras...
- ¿Y qué clase de almas son éstas?, preguntó el recién llegado.
- Pues son las almas de los que llegan aquí antes de tiempo, enviadas por los médicos.

Efectivamente estaba allí.

Así se comprende el diálogo que sigue: Oh! Sufro tanto que quisiera morirme., Lo mejor que puede usted hacer es llamar a un médico. Y la exclamación del enfermo que, en una crisis de dolor, exclamaba:

- ¡Id a buscar al doctor! ¡Quiero morir, quiero morir!

He aquí una intencionada poesía de Manuel María de Arjona:

A un médico:

*¡Oh tú, que en otro tiempo de Esculapio
ejercitaste la gloriosa senda,
y con malditos recipes echaste
a tantas infelices a la tierra!
Ora, siguiendo en pos del crudo Marte,
la muerte, osado, en los contrarios siembras,
haciendo huir en vergonzosa fuga
a los muy pocos que con vida dejas.
Ya esgrimas, como médico o soldado,
o la espada o la pluma en las recetas,
los camposantos guardan tus trofeos,
y las campanas tus victorias cuentan.*

Y ya que estamos metidos en poesía, he aquí un epigrama muy conocido y del que no recuerdo el autor:

*«No hay que dudar... Está yerto...
Ya expiró», dijo el doctor;
y el enfermo: «No, señor.
No es verdad, que no estoy muerto.»
El médico, que lo oyó,
mirándole con desprecio
le replicó: «Calle el necio.
¿Querrá saber más que yo?»*

Y síguete otro epigrama encaminado:

*contra el doctor carlino
Con grande método mata
nuestro doctor cuantos cura.
Los que no pulsa, éstos viven
pero mueren los que pulsa.
El cura y Carlina juntos
siempre recetan a una:
dice el «recipe» Carlina.
Requiescat in pace el cura.
Saben esto los criados
y así, antes de ir por la purga,
se pasan por la parroquia
para prevenir la tumba.*

(Gil de Oto, 251)

Y basta de versos por hoy.

Metidos como estamos en cosas de nuestra señora la pálida Muerte, para todo hay remedio menos para ella y no hay mal tan fuerte que no lo cure, vamos a hablar de algunas noticias históricas relacionadas con ella.

La mayor parte de la gente ignora de qué murieron nuestros reyes y hombres célebres, a excepción de don Favila, que murió devorado por un oso, y por ello y a justo título ha ganado tal reputación que en cualquier manual de historia de España se le dedican dos líneas, por lo menos, aunque luego no se hable del marqués de la Ensenada.

Doña María de Castilla, esposa de don Alfonso V de Aragón, llamado el Magnánimo, murió en Valencia el 4 de septiembre de 1458.

Certificaron la defunción los médicos palatinos Gabriel García, Jaime Roig y Jaime Radin, y en el acta que se extendió se lee el siguiente y curioso pasaje:

«¿Digau vosaltres, senyors testimonis e metxes de sus dits, conexeu que la dita senyora reina D.a Maria, que ha jau sia morta? E de present los dits metjes, presents e assistents tots los sus dits testimonis, acostarens a la dita senyora jaent en lo dit Hit, e lo dit mestre Gabriel Garcia, posa una candela ensesa, en dret e molt prop de la boca de la reyna e tench per una estoneta la dita senyora no aleña gens segons per la lum de la dita candela se mostrava. E mes, lo dit mestre Gabriel posa sobre lo cor e ventrell de la dita senyora, un got de vidre pie d'aygua, e tench loi per un altra estoneta, e tant com hi stech lo dit got, nil aygua de aquell no feu movi-ment, e tots los dits metxes e tots los dits testimonis de sus nomenats, e assistens e molts altres, així doncelles, senyores com altres persones e companyes, tots a una veu e ab llágrimes, e plors digueren e respongueren alt dits mayordom e thesorero, que veritat es que la dita senyora reine, muller e relictá del molt alt senyor don Alonso rey Daragó e de les dos Sicilies, era o es morta, e pasada de esta present vida, segons tots era notori, e los dits metxes digueren, que los dits senyals de la candela, ensesa prop la boca, e lo got pie daygua sobre lo cor o ventrell, per orde de medicina, e practica de metxes segons, que de sus stat fet, eran, e son senyals de la persona morta...»

Y para terminar narraré la muerte de don Juan de Austria, tal como nos la describe Daza Chacón (en su Cirugía, fol. 451) con ocasión de tratar de la utilidad de las sanguijuelas contra las almorranas:

«Este remedio de las sanguijuelas es muy mejor y más seguro que el rajarlas ni abrirlas con lanceta, porque de rajarlas algunas veces se vienen a hacer llagas muy corrosivas, y de abrirlas con lanceta lo más común es quedar con fistula y alguna vez es causa de repentina muerte; como acaeció al serenísimo don Juan de Austria, el cual, después de tantas victorias (principalmente la batalla naval, cosa nunca vista, ni aún oída en todos los tiempos pasados) vino a morir miserable-mente a manos de médicos y cirujanos, porque consultaron (y muy mal) darle una lancetada en una almorrana, y proponiéndole el caso, respondió: Aquí estoy, haced lo que quisiéredes. Diéronle la lancetada, y sucedióle luego un flujo de sangre tan bravo que con hacerle todos los remedios posibles, dentro de cuatro horas dio el alma a su Criador; cosa digna de llorar y de gran lástima. Dios se lo perdone a quien fue causa... Si yo hubiera estado en su servicio, no se hiciera un yerro tan grande como se hizo.»

Lo copiado, por ser de testimonio fehaciente, enseña la última dolencia del príncipe, la torpeza de sus médicos y desvanece aquella antiquísima patraña por la cual se atribuyó la muerte de don Juan a Felipe II, quien, según el cuento, mandó al héroe de Lepanto unos botines envenenados. (Comenge, Clínica egregia.)

48. Anecdótico

Martínez del Villar comentaba en una intervención parlamentaria lo desaprensivos que eran los farmacéuticos para despachar recetas, alguna de las cuales se traducían en la entrega de estupefacientes, sin medir las consecuencias de la ligereza.

- Estas recetas se despachan sin comprobar la firma del médico.

Y para comprobarlo, el diputado acudió a un argumento incontrovertible. El propio Martínez del Villar preparó una fórmula con su firma contenida en los siguientes términos: D/ Polvos de camelancia, 18 g. Esencia de antropófago, 33 g. Ungüento de caníbal, 64 g. Desp. y mézclase y la receta se despachó.

La señora Du Deffant, que era ciega, tenía varias personas de visita en su casa y una de ellas hablaba tan neciamente y en tono tan monótono que la dueña de la casa exclamó:

- ¿Quién es el autor de este libro tan estúpido que están ustedes leyendo?

Pasando revista de tropas el rey Luis XIV de Francia, se encabritó el caballo de un mosquetero y su jinete no pudo evitar que se le cayera el sombrero a tierra.

El camarada que al lado tenía lo ensartó con la espada y se lo presentó.

- ¡Por vida mía!, exclamó el dueño, más hubiera querido verme pasado el pecho que el sombrero.

El rey que le oyó fue a preguntarle por qué prefería un daño tan grave a otro menor, y le respondió el mosquetero algo avergonzado:

- Señor, la verdad: porque el cirujano me sirve al fiado y el sombrerero no.

Nombrado presidente del Consejo un aspirante a gobernador se presenta en casa de Sagasta:

- ¿Qué gobierno se me adjudica, señor presidente?

- Huelva, contestó el interpelado.

Al día siguiente se publican los decretos y su nombre no figuraba en la lista. Se presenta en casa de Sagasta.

- Señor presidente, me extraña que usted no haya cumplido su promesa.

- ¿Qué promesa?

- La de nombrarme gobernador de Huelva.

- ¿Pero cuándo he dicho yo eso?

- Ayer, señor presidente... al preguntarle dónde iba, usted dijo bien claro Huelva.

- ¡No, hombre, no! Fue una confusión de usted, yo le dije en efecto: Vuelva y, sin duda, usted entendió Huelva. No, no, vuelva, que vuelva usted...

Solicitó de Cánovas un amigo íntimo la condecoración santiaguista. Cánovas le contestó:

- ¿Pero tan mal le ha ido a usted de villano, que ya aspira a ser caballero?

Un poeta novel fue a visitar a Pirón y le regaló un faisán.

Al día siguiente fue a verle con una tragedia bajo el brazo. Pirón comprendió que quería leérsela y le dijo:

- ¿Qué es eso? Si es la salsa con que he de comer el faisán no, la trago. Ya os lo podéis llevar.

A principios del siglo pasado vivía en Madrid un poeta llamado Carrión, bohemio empedernido, parásito inevitable, sableador incurable que siempre estaba a la cuarta pregunta.

Un día en una tertulia una señora le dijo:

- Me parece que a usted le conozco. ¿No comía el año pasado en casa de Lhardy?

- Señora, fue la respuesta, el año pasado yo no comía.

El poeta inglés Pope era jorobado, y como un día un cortesano dijese para qué servía un hombre tan contrahecho, respondió:

- ¡Para hacerlos andar derecho!

El mariscal Turena era de una gran sencillez. Un día estaba asomado a un balcón cuando un criado le vio y tomándole por un compañero suyo le arreó una fuerte palmada en las posaderas.

Volvióse el mariscal y le dijo:

- Pero ¿qué diablos haces?

- Señor, perdón, dijo confuso el criado, os había tomado por mi amigo Juan.

El mariscal se llevó las manos donde le dolía y dijo solamente:

- Pero, hombre, ¡aunque hubiera sido Juan!

La anécdota que sigue no sé si es cierta.

Don Sancho, hijo segundo de Alfonso, rey de Castilla, hallándose en Roma fue proclamado rey de Egipto por el papa. Todos los cortesanos aplaudieron en el consistorio esta elección. Asombrado el príncipe de estos aplausos preguntó su causa al intérprete.

- Señor, el papa acaba de nombraros rey de Egipto.

- ¿Ah, sí? Pues es preciso corresponder. Decid al pontífice que le proclamo califa de Bagdad.

Decía un médico a Fonteneuve: Dejad de tomar café, es un veneno lento.

- Muy lento debe ser porque hace ochenta años que lo tomo todos los días.

Aunque es verdad que Balzac cuando agonizaba dijo:

- Me matan las veinticinco mil tazas de café que he tomado.

No he hecho los cálculos necesarios para saber cuántas tazas diarias tomaba el gran novelista.

Federico II de Prusia, que se declaraba ateo, le dijo un día a Arnaud-Barcular, que se confesaba creyente:

- ¿Pero vos creéis todavía en estas tonterías?

- Sí, señor, respondió el sabio- . Necesito creer que existe alguien superior a los reyes.

En cierta ocasión se levantó un joven diputado a pronunciar un discurso. Presidía la reunión de la Cámara, Moret.

El presidente escuchaba con la mayor atención al novicio. A la Cámara también le interesaba la oración parlamentaria de aquel muchacho. Moret dirigía su vista a los bancos de los conservadores. En un escaño otro viejo arrogante seguía con atención al orador.

Cuando terminó la sesión, un ujier se acerca al escaño con una tarjeta y se la entrega al diputado que ocupaba su puesto en la minoría conservadora. Aquella tarjeta, leída con emoción, no decía más que cuatro palabras:

« ¡Yo también tuve un hijo!»

La tarjeta iba dirigida por Moret a don Antonio Maura. El joven diputado que tanto llamó la atención del presidente era don Gabriel Maura Gamazo.

Fue invitado Moret a leer su discurso como presidente de la Academia de Jurisprudencia. Villaverde, que abandonaba aquel puesto, le recomendó la mayor urgencia en la preparación de su tema. Transcurrieron los días y Moret no se presentaba en la Academia.

- Don Segismundo, le dijo Villaverde, que no me es posible conceder más dilaciones.

- Le prometo, contestó Moret- que antes de cuatro días he concluido de escribir mis cuartillas.

Y, en efecto, el día señalado, Moret se presentó en la Academia. Abierta la sesión, se le concede la palabra. Moret apretaba en sus manos un enorme paquete de cuartillas. Comenzó la lectura. Los que se hallaban a su lado, observaban que don Segismundo pasaba cuartillas de uno a otro lugar... rapidísimamente. Fijaron su atención con mayor cuidado y se convencieron que las cuartillas estaban en blanco. Moret habló por espacio de una hora con la vista fija en aquellos papeles, que no decían nada.

Un pariente de san Carlos Borromeo decía a sus hijos: Hijos míos, sed buenos, pero no exageréis y no os metáis a santos. La canonización de Carlos ha arruinado a la familia.

Lo mismo se atribuye a la familia de san Luis Gonzaga.

Se cuenta que Alfonso XIII viajando por Andalucía almorzó en casa de un cosechero de vinos que le obsequió con un excelente caldo de sus bodegas. El rey lo alabó como debía y el anfitrión le dijo:

- Pues, Majestad, tengo otro mejor.

- Debes guardarlo para alguien más importante, contestó el rey.

Esta misma anécdota la he visto atribuida a Alfonso XII pero hete aquí que en un libro del siglo pasado viene redactada como sigue:

Viajando Fernando VII por el Principado de Cataluña hubo de apearse en casa de un rico labrador, donde le tenían dispuesto un almuerzo regio.

Fernando celebró mucho los manjares y sobre todo el vino, que calificó del mejor que en su vida hubiese bebido.

- Pues... todavía, dijo el labrador, todavía tengo vino mejor.

Picóse el rey de aquellas palabras y replicó:

- Pues... sin duda lo guardas para alguien que valga más que el rey.

- Ya se ve que sí, dijo con aplomo el labrador; lo guardo para las misas.

Cuentan que hablando Dumas, padre, de la importancia de sus obras, le dijo uno:

- Vos sois el continuador de Kant.
- No, tanto como eso, no. Yo no escribo de filosofía.
- Sin embargo todas vuestras obras son la Crítica de la Razón Pura.

49. Las enfermedades «secretas»

Muerto ya el enfermo los médicos llevan a cabo la autopsia, pues nadie en vida del paciente pudo diagnosticar la dolencia que le llevó a la sepultura.

Pero tampoco esta postrera intervención pudo aclarar de qué había muerto el pobre hombre.

- Bueno, resumió un forense, debe de haber muerto de una enfermedad «secreta». Gracias a Dios, ha desaparecido el anticuado concepto de considerar «secretas» a ciertas enfermedades producidas por la afición a los placeres venéreos. No quiero decir con esto que el hablar de estas cosas sea conversación para tener ante castas alumnas de colegios de Ursulinas, sino que al fin y al cabo quien de tales males padece no debe ser mirado más que como un enfermo, sin tener en cuenta el origen de sus males, que al fin y al cabo tan pecado capital es la gula como la lujuria y no se habla «secretamente» de una cirrosis hepática producida por frecuentes y abundantes libaciones.

Una ninfa de escasa virtud me decía un día: «El manoseo deja dinero; pero cuando se llama auscultación cuesta mucho dinero.» Es verdad, las enfermedades producidas por el placer venusiano han sido casi siempre las más caras porque, hasta hace poco tiempo, eran incurables. Pero, además, dejando aparte el aspecto económico, continúan siendo las más caras porque nunca como en estos males se cumplen las palabras de la Sagrada Escritura: «Los padres comerán el agraz y los hijos padecerán la dentera» (Jeremías, cap. XXXI, v. 19).

De todas las enfermedades venéreas la que más tinta ha hecho correr, desde el punto de vista histórico, ha sido la sífilis, sobre todo en lo referente a su pretendido origen americano. Hoy esta opinión se ve científicamente abandonada, pero es popular aún. Si fuese verdad, sería de admirar la resistencia física de los compañeros de Colón que, descubriendo América en octubre de 1492, habían sido capaces de infectar a toda Europa a mediados de 1493. En poco más de medio año

la tripulación de las carabelas colombinas derrotaba a don Juan Tenorio en forma aplastante.

Ahora bien, los sabios han descubierto lesiones características de la sífilis en huesos de la época prehistórica (Le Barón, *Lesions oseuses de l'homme prehistorique en France et Algerie*, París, 1881, p. 18), y los griegos y romanos conocían de sobra las enfermedades producidas por la disipación. «Los antiguos querían injuriar a los dioses, que habían otorgado a los hombres el beneficio del amor, acusándoles de mezclar un veneno eterno a tal eterna ambrosía; no querían que Esculapio, inventor y dios de la Medicina, lidiase a brazo partido con Venus, intentando curar las venganzas y castigos de la diosa. En una palabra, las enfermedades de los órganos sexuales, poco conocidas y poco estudiadas, tanto en Grecia como en Roma, se escondían, se disimulaban como si marcasen con signo de infamia a los atacados por ellas, que se curaban a escondidas gracias a hechiceros y vendedores de filtros mágicos.» (P. L. Jacob, *Recherches historiques sur les maladies de Venus...*)

No es cuestión ahora de seguir paso a paso la historia clínica de la sífilis a través de sus historiadores medievales. En el siglo XIII Guillermo de Salicet habla «*De corruptionibus quae -fiunt in virga circa praeputium, propter coitum curtí meretrice vel faedo*» y su descripción no deja ninguna duda sobre la existencia de accidentes secundarios sifilíticos. Podría citar, pues, una serie de textos anteriores a 1492 que demuestran la existencia de tal enfermedad antes del descubrimiento de América.

Sólo citaré una curiosa carta de Pedro Mártir de Anglería, el simpático milanés que de tan gran favor gozó en la corte española de los Reyes Católicos y que tanto hizo por el renacimiento en España de las letras griegas y latinas. Está dirigida al portugués doctor Arias, profesor de griego en la Universidad de Salamanca, y uno de sus párrafos dice así:

«Me escribes con libertad tú que has caído en la enfermedad propia de nuestro infortunio, la cual se llama según el nombre español de bubas, los italianos morbo gállico, algunos médicos elefantiasis, y otros de distinta manera, lamentas con lúgubre desgracia y tus aflicciones, la torpeza de las articulaciones, el embotamiento de las articulaciones, dices que son agudos los dolores de todas las

articulaciones, expones con elocuencia digna de lástima el excesivo hedor de úlceras y boca, te quejas, te lamentas, deploras. Te compadezco, amicísimo Arias, y desearía que tú estuvieras bien, pero de ninguna manera sé por qué te abates. De ninguna manera es lícito al demasiado sabio la asfixia en las adversidades o levantarse en las prósperas, más aún, se dice que los golpes de la fortuna se han de llevar uniformemente y con espíritu incansable.»

La fecha es precisa: cuatro años antes del descubrimiento de América se nos describen los síntomas del mal con precisión que no deja lugar a dudas: dolor intenso de las articulaciones, atroces sufrimientos, incapacidad de moverse, debilidad, pesantez e hinchazón de los miembros, úlceras bucales, fetidez de aliento et sic de coetirus. No cabe duda del mal que aquejaba al pobre doctor Arias.

Ahora bien, existen dos condiciones de las obras epistolares de Pedro Mártir de Anglería, una de 1530 y la otra de 1670. La epístola citada es la 68 del libro primero. La he transcrito tal como viene traducida, la original está en latín- del libro de Eduardo Isla Grande La leyenda negra y el mal francés, obra de gran interés y que recomiendo a mis lectores. Pero en la versión latina que da Comenge en su libro Clínica egregia se lee sólo «qui appellatione hispana Bubarum dicitur, incidisse praecipitem» y, según dice, la copia de la edición de 1670 publicada en Amsterdam. Primer problema: si la carta copiada por Isla procede de la edición de 1530 cabe preguntarse si las palabras «morbo gálico» aparecen o no en el original y fueron suprimidas en la edición de 1670, ya que la denominación del mal francés ha de ser posterior a la campaña que el rey Carlos VIII de Francia llevó a cabo contra Nápoles en marzo de 1495. Por otro lado si en la edición primera de 1530 figuraban las palabras antes citadas, ¿se borraron en la edición siguiente debido a un patriotismo chauvinista? La cosa no sería nada extraña por cuanto ya se dio el caso que el inventor de la palabra sífilis vio cambiado el nombre de su obra de manera harto curiosa. En efecto, el año 1530 se publicó en Verona un librito titulado Syphilis sive morbus gallicus; su autor era Gerónimo Fracastoro, médico y poeta en sus ratos libres. El libro narra la historia del pastor Sífilis, quien por haber insultado a Apolo es castigado por éste con la grave enfermedad de las bubas. Pues bien, en la traducción francesa aparece con el título Syphilis ou le mal venenen, es decir, que desaparece toda alusión al origen francés de la enfermedad.

La consulta de un médico de enfermedades venéreas es de las más curiosas que existen. Es conocida la anécdota de aquel joven que entra en el consultorio y dice al médico:

- Tengo un amigo al que le ha salido un tumor aquí en el brazo y que cree que...
- ¿Quiere hacer el favor de enseñarme el brazo de su amigo?, interrumpe el médico.

Ricord vio entrar un día en su consultorio de enfermedades venéreas a un señor de más de ochenta años., Antes que nada, señor, permita que le felicite. Este Ricord es el mismo que saludado en la Academia de Medicina por uno de sus colegas con la banal frase:

- ¿Cómo vamos? cómo orina, respondió.
- No pregunte nunca a un individuo cómo va o anda, sino Deformación profesional se llama esta figura.

Quizá alguno de mis lectores crea que este tema era más para soslayar que para divagar sobre él. Agustín G. de Amezua, al tratar de él en su edición crítica de *El casamiento engañoso* y *El coloquio de los perros*, dice en una de sus eruditas notas que si su lector se tiene por versado en la lectura de nuestros clásicos no habrán de repugnarle ni cogerle de nuevas muchas de las noticias que estampa sobre las bubas. Ni habrá de escandalizarse tampoco ante los testimonios que nos declaren cuan común y extendidas estuvieron entonces; tanto, que ya Luis Lobera de Ávila las reputaba en su tiempo como una de las cuatro enfermedades cortesanas. (Vid. Libro de las cuatro enfermedades cortesanas son: Catarro, Gota arthetica, Sciatica, Mal de piedra y de Ríñones e Hijada..., s.l. 1544; folio, nota de A. G. de A.) Porque es muy de notar que, más aún que entre pobres y gente baja, eran los magnates y caballeros quienes principalmente se veían visitados por esta señora.

Comunísimas se habían hecho por Europa entera, gozando de una bibliografía y de un estudio que quizá no alcanzaron otras dolencias. (Hasta en verso se pusieron sus recetas por el doctor Francisco de Villalobos en su rarísimo tratado *El sumario de la medicina con un tratado sobre las pestíferas bubas*, Salamanca, 1498. Reproducido por Hernández Morejón en su *Historia bibliográfica de la Medicina española*, Madrid,

1942, tomo I, pp. 363-391.) Y por lo mismo que herían poco menos que a todos y a tan ridículo y lastimoso estado reducían a sus cofrades las burlas, los donaires, los versos y paradojas, en alegre zumba y festivas gracias cayeron sobre las bubas y los bubosos, llenando nuestra literatura jocosa de razonados cuentos, agudos chistes y famosas y divertidas semblanzas de este mal cortesano. Sin embargo, Pinheiro se extrañaba de lo escasas que eran las bubas en Castilla comparativamente a Portugal. «Rara vez, en efecto, decía, se verán allí personas desfiguradas y con señales en el rostro o nariz; (...) así es que no he visto a nadie quejarse de bubas, muías, incordios o cosas semejantes, y que las dolencias de este género se unan con la mayor facilidad.» (Nota de A. G. de A.)

Y no se escandalice ni asuste el lector pío y timorato ante lo universal y propagado de las bubas, o mal francés, o napolitano (que cada nación bautizábalo con el nombre de su vecina, colgándole así el milagro de su origen).

Más que a inmoralidad franca debe atribuirse su propagación entonces a la falta tan lastimosa de higiene. La diferencia con nuestros tiempos no está en que seamos más castos y continentes, sino en que somos más limpios. Con razón los turcos motejaban de necios a los cristianos; descuido en la personal policía que hacía declarar a un verídico escritor «que no hay hombre ni amigo en España que se lave dos veces de como nasce hasta que muere». (Cristóbal de Villalón, Viaje a Turquía, colloquio XI.)

Así se extendieron y generalizaron tanto, y nada extraña el testimonio de aquel arbitrista sobre bubas (que hasta para el modo de curarlas se escribían arbitrios) cuando decía: «Esta mala enfermedad ha cundido tanto y cunde, que un varón inficiona a cien hembras y una hembra a cien varones, y assí está España perdida con ella» (Papel que dio Miguel de Luna a Felipe II sobre las bubas, Biblioteca Nacional, mss. núm. 9.149). Y como remedio proponía la creación de «500 vanos o estufas artificiales que no costarán 250 mil ducados en la forma y traga que yo daré». (Nota de A. G. de A.) Cuatro eran los géneros de remedios recibidos comúnmente para tratar esta enfermedad. El conocimiento de guayacán o palo de Indias, las unciones, los emplastos y los sahumeros. El más usado en los hospitales españoles era el primero.

Recogíase el enfermo, guardando cama, a uno de los aposentos del hospital que, ex profeso, buscábanse pequeños, en enfermerías altas, sin ventanas, entapizado el suelo con tablas, alfombras, mantas y esteras, y no otra luz que las de unas lámparas de aceite, rechazando la de la vela, porque causaban humo.

Encendíanse braseros o leña pequeña en él, ayudando a este sudorífico el del jarabe del palo (sustituido, a veces, por la zarzaparrilla, el sarafrás o la raíz de China), de cuyo cocimiento propinábanse al paciente nueve onzas muy de mañana y otras tantas a la tarde, envolviéndole, además, en una sábana caliente sobre el correspondiente aparato de frazadas recias, mantas de lana y toda suerte de ropa de pelo y abrigo.

Guardábase un régimen muy severo y parco en cuanto a la comida, recomendando mucho la quietud y el sueño; y al cabo de treinta días, ordinario término de la cura, si su mal no era peligroso, dábanlo por sano, admitiendo en su lugar y cama a nuevos contagiados.

Considere el lector ahora cuál quedarían los pobres enfermos después de haber padecido semejante asedio de cuarenta sudores y dieta absoluta, no empañada por otro alimento sustancioso que unas tres onzas de bizcochos y otras tantas... de pasas y almendras; eso sí, regadas abundantemente con agua de regaliz o simple de la China.

Flacos, amarillentos, consumidos, andando merced a las muletas o al junquillo o bastón en que se apoyaban, sin poderse arrodillar, con su bonetico colorado en la cabeza día y noche, para guardarse del sereno, llevando pantuflas y no botas ni calzones ajustados, tasado y medido su comer y sus bebidas, bien podían, tras semejantes dolores y padecimientos, hacer como Estebanillo González, y en voz alta, aquel juramento de no volverse a poner en ocasión parecida, aunque muchas veces acabasen el voto añadiendo también, como aquel pícaro, por lo bajo: «Hasta que salga del hospital.» (Amezua, 412.)

Parte 6

50. Lola Montes

He aquí un ejemplo clásico de la «*Typical spanish mandanga*» o si se quiere de la españolada, de la España de pandereta vista por los extranjeros. En todas las partes de Europa que conozco, de Londres a Moscú, de Oslo a Messina o de Lisboa a Helsinki, en todas partes digo, se encuentra en tal o cual espectáculo un número «español» que no tiene de nuestro más que el «ole» que se oye de vez en cuando. Algún español hay entre los actores o bailarines pero en general los demás no han visto a España si no es a través de una tarjeta postal.

Viene eso a cuento de la tal Lola Montes, objeto de libros, folletos y películas y que era tan española como yo irlandés. Porque Lola había nacido en Limerick, Irlanda, en 1818. Sus padres, él teniente Gilbert, apasionados por lo romántico, escogieron para su hija los nombres de Dolores-Elisa. Entonces España estaba de moda.

El teniente Gilbert fue destinado a la India y allí se instaló en compañía de su esposa y de su hija que tenía entonces cuatro años. Pero el cólera arrebató el teniente a su familia y su viuda se consoló, al poco tiempo, casándose con otro militar, Graigie de nombre, que pronto llegó a coronel. La madre y el padrastro, como buenos ingleses, creyeron que no había mejor educación en el mundo que la británica y enviaron a Dolores-Elisa a Escocia. Allí se educó la niña que a los dieciocho años, con gran escándalo de su puritana familia, se fugó del hogar con un militar, no podía ser de otro modo- de baja graduación llamado James. Al poco tiempo de la fuga regularizaron su situación casándose como Dios manda.

La nueva señora James siguió los pasos de su madre porque su marido fue destinado también a la India. Pero allí las cosas cambiaron. James no murió del cólera sino que desapareció en 1841 en compañía de la esposa de un camarada. La historia no dice qué fue de ellos.

Ya tenemos a Dolores-Elisa compuesta y sin marido. Decidió entonces volver a Inglaterra. En el barco que hacía la travesía se convirtió en la amante de otro militar que regresaba a su patria. Militar que desapareció una vez llegado a puerto el barco que les conducía.

Estamos en 1843 en la Inglaterra puritana e hipócrita en la que estaba prohibido que una mujer soltera durmiera en una habitación en la que hubiera un retrato de un hombre, en la que se enfundaban las patas de las mesas para evitar sueños eróticos, en la que una madre decía a su hija:

- En la noche de bodas, haz lo que te diga tu marido, cierra los ojos y piensa en Inglaterra.

La prostitución es inmensa pero la sociedad inglesa cierra los ojos ante el problema y finge que no existe. Como a finales de siglo hará con Oscar Wilde y sus costumbres homosexuales.

En esta sociedad se encuentra la ya denominada Lola Montes, la que se acuesta con los hombres no ya por dinero sino por gusto. Los hipócritas puritanos odian el pecado no tanto porque es pecado sino porque proporciona placer. La más grande de las aberraciones sexuales es el puritanismo. El puritano no hace más que pensar mal desde que se levanta hasta que se acuesta, es el hipócrita fariseo que, lleno de malos pensamientos, da gracias a Dios por no ser como el publicano de la parábola. Lola Montes ve cómo en Londres el casero le aumenta el alquiler sólo porque es ella, cómo su asistenta le roba sabiendo con seguridad que si su ama la acusa los tribunales le darán la razón porque ella es una mujer honesta y Lola una mujer de costumbres disipadas.

Lola ha aprendido el baile «español», el fandango y la cachucha, el Vocabulario andaluz de Antonio Alcalá Venceslada la define como «Baile popular de Andalucía, anticuado ya»- y con ellos se presenta en el Majesty's Theater. Lord Raleigh, a quien ella había negado sus favores, se encarga que la silben y el contrato es anulado. Al día siguiente huye Lola hacia París pero no puede pagar su billete más que hasta Bruselas. Se pone a cantar por las calles; pero si bailaba mal, cantaba peor; sólo un alemán, cuyo nombre no dice en sus memorias, la ayudó y le consiguió, no se sabe cómo, un contrato para la Ópera de Varsovia.

Hacía unos pocos años, siete exactamente- que Polonia había visto aplastadas sus ansias de independencia por las tropas del zar. El virrey zarista que mandaba en Varsovia era el príncipe Paskievich. Tenía unos sesenta años, era enano, feo y poseía un mal genio reconocido. Lola triunfó en el escenario porque su belleza se impuso al auditorio y todavía más cuando se supo que el príncipe Paskievich, el

odiado tirano de Polonia, le había hecho proposiciones deshonestas y Lola le había rechazado. Como en Londres Raleigh, en Varsovia Paskievich contrató a un grupo de asistentes para que silbaran a la artista; pero el resultado fue distinto: los polacos se dieron cuenta del complot y convirtieron los silbidos en aplausos y a Lola en una heroína.

Paskievich vio en ello una excusa para expulsar de Polonia a la bailarina, pero ella se refugió en su casa y cogiendo un par de pistolas dijo que le saltaría la tapa de los sesos a cualquiera que se atreviese a penetrar en su domicilio. Tuvo que intervenir el cónsul de Francia, gracias al cual pudo salir de Varsovia sana y salva y en olor de multitudes.

La reputación de Lola Montes estaba hecha. Tuvo varios amantes, entre ellos Franz Liszt, con el que pasó el invierno en Dresde en 1844. Quizá fue a causa de ella que el gran pianista rompió con su otra amante, la condesa de Agoult.

Cuando cumplía veintisiete años de edad se encontró en París, en donde pareció que iba a declinar su estrella, pero no fue así. De pronto le ofrecieron un contrato para Munich y hacia allá fue nuestra protagonista.

Reinaba entonces en Baviera el rey Luis I de la familia de los Wittelsbach, quien la recibió en palacio. Luis I era un gran amante de las cosas artísticas y soñaba en convertir Munich en una Atenas contemporánea. Aún hoy, a pesar de los bombardeos de la última guerra, se pueden admirar muchas de las obras mandadas construir por el rey que quedó fascinado por Lola Montes.

Otra vez hubo conflictos políticos que se mezclaron en su carrera artística y amorosa. Corrió la voz que era un agente masónico dedicado a combatir la Iglesia y sus instituciones. A la segunda representación se la silbó.

El rey la retiró de los escenarios, la nombró condesa de Landsfeld y baronesa de Rosenthal y le dedicó unos versos.

Pero la lucha entre liberales y conservadores entró en la vida del rey y de Lola. Unos a favor de las libertades que la Revolución francesa había exportado a Europa, otros a favor del absolutismo según preconizaba Metternich, el omnipotente ministro austriaco.

Al fin el conflicto estalló. Tras una serie de ministerios, cada uno de los cuales duraba menos que el anterior, Lola Montes fue instada a exiliarse. Luis fue destronado y tuvo que salir camino del destierro.

Lola fue primero a Suiza, luego a Londres en donde se casó de nuevo con gran escándalo, pues su marido James vivía todavía. El matrimonio fue anulado. De Londres pasó a América en donde trabajó en un circo ambulante. De allí pasó a Australia, volvió a los Estados Unidos, se casó nuevamente y al final, pobre y desesperada, regresó a Londres en donde hizo una vida dedicada a la piedad y al apostolado entre las clases humildes.

Murió en 1861 a los cuarenta y tres años.

Luis I murió en Niza veinte años después.

51. Anecdótico

Enrique López Alarcón, hoy olvidado autor de obras que en su tiempo fueron muy celebradas, por ejemplo La Tizona, se encontró un día con la actriz María Gámez, muy metidita en carnes ella y muy ingeniosa.

- Está usted cada mía más guapa.
- ¿Yo guapa? Con lo gorda que estoy, si parezco una ballena.
- ¡Quién fuera Joñas!, dijo López Alarcón.
- Jesús, ¡qué barbaridad! ¡Tres días y tres noches!

Se discutía en la Cámara de Diputados cierto proyecto de arreglo de la Deuda en cuya aprobación el gobierno de Bravo Murillo tenía no sólo grande interés sino que con ella se jugaba la existencia del gabinete. Era ministro de Comercio Fernández Negrete. Se puso a votación el proyecto y el asombro de los diputados fue grande cuando el propio ministro votó con voz estentórea: «No.» Representaba negar un apoyo a un proyecto aprobado en Consejo de Ministros. Fernández Negrete dijo explicando su voto:

- Creo que el proyecto es útil para el país; pero como alguien ha insinuado que yo me aprovechaba de él para especulaciones bursátiles, prefiero votar en contra y si es necesario presentar la dimisión.

El proyecto fue aprobado y el ministro no dimitió.

Se hablaba un día en casa de Cánovas de don Leopoldo O'Donnell y alguien dijo:

- No se puede negar que O'Donnell fue un ídolo.
- Si lo sabré yo, dijo Cánovas- que hablé muchas veces dentro de él.

Las cosas no han cambiado mucho. ¡Cuántos políticos de hoy podrían decir lo mismo!

Una de tantas sublevaciones que tuvieron lugar en el pasado siglo fue capitaneada por un veterinario llamado Pérez del Blanco. Al fracasar se refugió en un piso de Madrid. Era en aquel entonces ministro de la Gobernación el marqués de Vega de Armijo, hombre de gran caballerosidad y de generoso corazón. Pérez del Blanco, sabiendo que se le buscaba para fusilarle, decidió un día terminar de una vez por todas. Se presentó en el Ministerio de Gobernación y pidió, con nombre falso, ser recibido por el ministro. Cuando estuvo ante él le dijo:

- Sé, señor ministro, que su excelencia es un caballero incapaz de prender a un hombre que es muy buscado, para fusilarle. Por ello me presento aquí, soy Pérez del Blanco.

El ministro le contempló un instante y cogiendo un papel de la mesa firmó un salvoconducto que permitió a Pérez del Blanco trasladarse a Francia.

Otra anécdota del siglo XIX. Después de la célebre noche de San Daniel, menudeaban en Madrid los motines hasta que Narváez, cansado de tanta confusión, esperó a los manifestantes en la Puerta del Sol. Cuando mayor era el alboroto se encaró con los que más chillaban gritando estentóreamente:

- Las personas honradas a su casa; los pillos que se queden aquí para entendérselas conmigo.

La turba, que sabía cómo las gastaba el general, se disolvió al instante y no pasó nada.

Y pasemos a otro tipo de anécdotas. El doctor Abernethy respondió a un enfermo que le preguntó cómo curar de la gota:

- Viva con un chelín al día ganándoselo con su trabajo y verá cómo no tiene gota.

Otra frase del mismo doctor:

- El estómago lo es todo. Le tratamos mal cuando somos jóvenes y luego él se venga tratándoos mal cuando somos viejos.

Este doctor Abernethy tenía muy mal genio y no quería que le despertasen por la noche. Una vez estaba ya acostado cuando llamaron a la puerta.

- ¿Quién es?

- Doctor, venga rápido, mi hijo se ha tragado un ratón.

- Hágle tragar un gato y déjeme en paz.

Y no quiso salir.

La verdad es que eso de tragarse un ratón tiene su miga.

Luis XIII de Francia dijo un día:

- Para mí las mujeres son castas hasta la cintura.

Y replicó el mariscal Bassompierre:

- Pues lo mejor será ponerles el cinturón en los tobillos.

En un lugar de la provincia de Falencia se presentó el candidato gubernamental a Cortes, que era el marqués de la Valdavia. Hablo de comienzos de siglo. Fue recibido con grandes muestras de entusiasmo y clamorosos ¡vivas! Pero al cabo de una hora el organizador del acto dijo:

- Señor marqués, dése prisa, que tenemos que acompañar y vitorear al contrario de usted que está para llegar.

Lo cual recuerda una anécdota de Alfonso XII cuando hizo su entrada en Madrid en los primeros momentos de la Restauración. Inclinandose en su coche, le dijo a un hombre que le vitoreaba:

- Gracias, muchas gracias por este entusiasmo.

- Eso no es nada, Majestad, respondió el otro, si hubiera visto lo que gritábamos cuando echamos a su madre...

El sabio griego Antífanes estaba convencido que un hombre en pleno uso de sus facultades físicas y mentales no podía caer en el error de casarse. Un día le dijeron que uno de sus amigos había contraído matrimonio.

- ¡Casado! ¡Y yo que siempre le había creído un hombre sano y sensato!

Y es lo que decía el francés Dancourt:

- El matrimonio es como una carreta de la cual tiran marido y mujer. Mientras los dos van al mismo paso todo va bien; pero si el marido tira por un lado y la mujer por otro la carreta se atasca o vuelca.

52. De sacamuelas a odontólogo

A un sacamuelas

*Oh tú, que comes con ajenas muelas,
mascando con los dientes que nos
mascas;*

*y con los dedos gomias y tarascas
las encías pellizcas y repelas.*

*Tú, que los mordiscones desconsuelas
pues en las mismas sopas los atascas,
cuando en el migajón corren borrascas
las quijadas que dejas bisabuelas.*

*Por ti reta las bocas la corteza,
revienta la avellana de valiente,
y su cáscara ostenta 'fortaleza.*

*Quitarnos el dolor, quitando el diente
es quitar él dolor de la cabeza
quitando la cabeza que le siente.*

Este maravilloso soneto de Quevedo, no podía ser de otro- está escrito, naturalmente, en tiempos en que la obra máxima del arte odontológico consistía en extraer molares. Ahora el soneto llevaría un estrambote.

Y es que, ¡válgame santa Apolonia, patrona de dentistas y sacamuelas!, ¿quién no tiene un poquito de inquina contra estos torturadores espantables, inquisidores modernos, chequistas de la medicina y gestapos de las humanas encías? Por desgracia he tenido que recurrir a ellos y sé lo que me digo, aunque también sé que no es suya la culpa sino de mi maldita caries. A cada uno lo suyo.

Mi dentista es amigo mío desde hace años, tan amigo que pienso regalarle este libro- y cada vez que le visito, como cliente es natural- olvido que es mi amigo. Se me aparece como una pesadilla. No sé si los lectores se han fijado en que las antesalas de los dentistas son las peores que existen. Es conocida la siguiente anécdota.

Un caballero correctamente vestido entra en un establecimiento de compra y venta de libros.

- ¿Qué desea, señor?, pregunta amablemente el tendero.

- ¿Tiene alguna revista ilustrada de hace tres o cuatro años? Acabo de instalar un gabinete de odontología.

Creo que este sistema de las revistas, tan corriente en las antesalas de los dentistas, se emplea como comienzo de una anestesia especial. Si se ha tenido la desgracia de tener que esperar durante más de cinco minutos, es seguro que se entra en la sala de tortura medio atontado y narcotizado.

Según el ya tantas veces citado libro El porqué de todas las cosas los hombres padecemos más que las mujeres de achaques de dentadura por tener más dientes las bocas masculinas que las femeninas.

- ¿Por qué tienen los hombres más dientes que las mujeres?

- Porque tienen más calor natural, mejor sangre. Y porque son más perfectos que las mujeres.

El mismo libro nos resuelve muchos problemas curiosos:

- ¿Por qué nos crecen los dientes y no crece otro hueso ninguno?

- Porque como se gastan, se acabara si no crecieran.

- ¿Por qué reconocen (sic) los dientes y no renacen los demás huesos, si una vez se quitan?

- Porque los dientes los engendra el húmedo nutrimental, que de día en día se renueva. Los demás huesos se engendran del radical en el vientre de las madres y no necesitan de renovarse.

- ¿Por qué los animales que tienen cuernos no tienen dientes en las encías de arriba de la boca?

- Porque pasa a ser cuerno lo que había de ser diente.

- ¿Por qué nacen muchos animales con dientes?

- Porque los han de menester luego que nacen y porque es tan activo el húmedo radical que suple en la matriz lo que había de hacer después el nutrimental. Y de esto nace que nacen muchos niños con dos dientes y algunos más.

- ¿Por qué tienen corta vida los que tienen los dientes malos?

- Porque en esto se conoce la falta de virtud generante, pues fue tan débil y flaca que no puede darles cuerpo bastante; y por lo débil se infiere que no puede durar mucho.

- ¿Por qué no tienen dientes las aves?

- Porque se reduce a pico lo que había de ser dientes.

Contra el dolor de muelas y de dientes el pueblo se encomienda a santa Apolonia o Polonia. Tal costumbre data de tiempo inmemorial. En las más antiguas efigies de la santa aparece ésta con el atributo que la caracteriza: una o más piezas molares amén de unas gigantescas tenazas.

En el capítulo VII de la segunda parte del Quijote se alude a santa Apolonia. En el paraje al que aludo el ama solicita del bachiller que persuada a su señor para que deje el desvariado propósito de una tercera salida:

«- Pues no tenga pena, respondió el bachiller, sino váyase en hora buena a su casa y téngame aderezado de almorzar alguna cosa caliente, y de camino, vaya rezando la oración de santa Apolonia, si es que la sabe; que yo iré luego allá y verá maravillas.

»- ¡Cuitada de mí!, replicó el ama- . ¿La oración de santa Apolonia dice vuesa merced que rece? Eso fuera si mi amo lo hubiera de las muelas; pero no lo ha sino de los cascos.»

Según Rodríguez Marín la oración de santa Apolonia sería probablemente la siguiente:

*A la puerta del cielo
Polonia estaba,
y la Virgen María
allí pasaba.
Oy, Polonia, ¿qué haces?
¿Duermes o velas?
- Señora mía, ni duermo ni velo:
que de un dolor de muelas
me estoy muriendo.
- Por la estrella de Venus
y el Sol poniente
por el Santísimo Sacramento
que tuve en mi vientre
que no te duela más ni muela ni diente.*

El refranero popular posee abundancia de proverbios referentes al cuidado de la boca: casi todos vienen a simplificar el problema:

*Al que le duele la muela, que se la saque.
Aunque duela, saquese la muela.*

otros indican la fealdad de las encías desiertas:

Caras sin dientes hacen muertos a los vivientes

otros predicán simplemente la resignación:

*El amigo y el diente, aunque duelan, sufridos hasta la muerte.
El dolor de la muela no lo sana la vihuela.*

Los españoles siempre hemos dado mucha importancia a los dientes; dígalos si no nuestro buen amigo don Quijote de la Mancha, que luego de su espantable lucha con los ejércitos de carneros le dice a su fiel escudero:

- Pero dame acá la mano y atíentame con el dedo y mira bien cuántos dientes y muelas me faltan deste lado derecho, de la quijada alta, que allí siento el dolor.

»Metió Sancho los dedos, y estándole tentando, le dijo:

»- ¿Cuántas muelas solía vuestra merced tener en esta parte?

»- Cuatro, respondió don Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.

»- Mire vuestra merced bien lo que dice, señor, respondió Sancho.

»- Digo cuatro, si no eran cinco, respondió don Quijote- ; porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído, ni comido de negujón ni de reuma alguna.

»- Pues en esta parte de abajo, dijo Sancho- no tiene vuestra merced más de dos muelas y media; y en la de arriba ni media ni ninguna que toda está rala como la palma de la mano.

»- ¡Sin ventura yo!, dijo don Quijote a las tristes explicaciones que su escudero le daba- ; que más quisiera que me hubieran derribado un brazo como no fuera el de la espada. Porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra y en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante.»

En España el cuidado del diente es tradicional; véase si no el epigrama de Cátulo contra Ignatius. En él el poeta afirma que su amigo abre mucho la boca al reír para poder mostrar sus blancos dientes:

*Si Urbanus esses, aut Sabinus, aut Tiburs,
aut Transpadanus, ut meos quoque attingam
aut quilibet, qui puriter lavit denles.*

(No eres ni un Romano, ni Sabino, ni Etruvio, ni ciudadano de un lugar italiano cualquiera en donde se lavan los dientes con agua pura.)

*Nunc Celtiber es: Celtiberia in térra,
quod quisque minxit, hoc solet sibi mane
dentem atque russam defricare gingivam.
Ut quoque iste vester expolitior dense est,
hoc te amplius bibisse praedicet loti.*

(Tú eres un Celtíbero, de Celtiberia, cuyos habitantes cada mañana quitan el sarro de sus dientes con el líquido que todos han orinado. Así, pues, cuanto más blancos son tus dientes tanto más muestras la repugnante receta que extraes de tu vaso de noche.)

Cátulo trata con desprecio a nuestro celtíbero y afirma con orgullo latino que tal puerca costumbre no se da ni entre el transpadanus lombardo, ni el etruscus toscano, y menos todavía en el urbanus romano. Es necesario ser celtíbero para limpiarse con eso

quod quisque minxit.

Para él Equatius es un maleducado, un grosero, un extranjero con manías

qui hunc habet morbum

y cuyas costumbres no son dignas de países civilizados.

Estrabón y Diodoro afirman, en efecto, que los españoles no sólo se lavaban los dientes con orines, sino todo su cuerpo, alegando para ello causas higiénicas.

Desgraciadamente hoy en día el lavarse los dientes es costumbre que cuesta mucho imponer en las ciudades hispanas y no digamos en los campos. ¡Las tradiciones se han perdido!

53. Anecdótico

El martes 27 de diciembre, terminada la reunión de Cortes, Prim se acercó a un grupo de diputados con el que conversó. Al despedirse preguntó al más significado federal de los que formaban el grupo:

- ¿Por qué no viene usted a Cartagena a recibir a nuestro rey?

El diputado contestó:

- Ya se le dispensará aquí un buen recibimiento, mi general.

Molesto Prim, replica:

- Que haya juicio porque tendré la mano dura.

- Mi general, respondió el del grupo, a cada puerco le llega su San Martín.

Esta frase precedió al asesinato del general en la calle del Turco.

Amadeo de Saboya, después de la crisis de Ruiz Zorrilla, entregó el poder a Malcampo. Derrotado el gabinete en el Parlamento, los diputados supusieron fundadamente que Malcampo dimitiría. Pero no fue así. El presidente salió del Congreso y se dirigió a palacio, regresando a los pocos instantes de nuevo al Parlamento. Sentóse en el banco azul con gabán, cosa que produjo gran extrañeza. Inmediatamente pidió la palabra, despojóse del gabán y leyó el decreto de suspensión de sesiones.

Valióse de esta estratagema del gabán a fin de ocultar el uniforme, prenda indispensable en los ministros para la lectura de leyes o decretos de importancia. De haber entrado en el salón con el uniforme la sorpresa descubriría el propósito. No hubo por entonces revista teatral que no sacara a cuento el gabán de Malcampo.

El pintor Horacio Vernet hallábase en Rusia al servicio del zar, del que era tratado con gran benevolencia. Un día se lamentó ante el emperador de la forma en que eran tratados los polacos.

- ¿Esto significa, dijo el zar- que si yo os encargase un cuadro de la toma de Varsovia os negaríais a pintarlo?

- Lo pintaría, señor; los artistas nos vemos con frecuencia en el caso de pintar a Jesús crucificado.

Preguntáronle a Esopo cómo lo había hecho para llegar a ser tan honrado y respondió:

- Haciendo lo contrario de todo lo que he visto hacer.

La princesa de Ligne tenía un amante y con él pasó unos días en su casa de campo, mas fue a visitarles de improviso el príncipe y conoció lo que había entre su esposa y su amigo.

Aquella noche, contra su costumbre, durmió en la misma habitación que su mujer.

A la mañana siguiente salió temprano a dar un paseo y se encontró con su amigo que había madrugado más que él.

Corrió a su encuentro con los brazos abiertos y abrazándole le dijo:

- Lo siento amigo... esta noche lo has sido tú.

Luis XIV solía conceder audiencias importantes, sentado en un sillón perforado en el que hacía, mientras tanto, sus necesidades. Siendo lord Portland embajador del rey de Inglaterra en la corte francesa, se consideró sumamente honrado por ser recibido así; y desde este «trono» anunció Luis su casamiento con madame de Maintenon.

Presidía O'Donnell el gabinete. Cierta día su ayudante, al penetrar en el despacho del general, encontró a don Leopoldo agitadísimo paseándose por la habitación con visibles muestras de contrariedad y desesperación. Acababan de comunicarle que Prim conspiraba.

- Vaya usted, le dijo al ayudante- a casa de Prim y préndalo.

Salió O'Lanvar con el general Echagüe en dirección al domicilio de Prim. Recibióles un criado.

- El general Prim, les dice- está de caza.

Y no mintió. El general Prim, comenta el marqués de Lerma, estaba de caza... de regimientos.

Era Cánovas ministro de Ultramar cuando el combate del Callao. Nuestros enemigos, los chilenos, quedaron muy satisfechos considerándose vencedores, y en la misma opinión, como tales, nos juzgamos nosotros. Cuando en Consejo de Ministros se planteó la cuestión y fue preguntado el ministro de Ultramar por otro consejero sobre lo que debería hacerse para afirmar nuestra superioridad, Cánovas contestó:

- ¡Pues absolutamente nada! Cantar un te deum, tomar la voz que han sido suficientemente castigadas las repúblicas enemigas y dar orden a la escuadra para que regrese.

Deseaba el rey Luis Felipe de Francia que Horacio Vernet pintase en un cuadro a Luis XIV tomando por asalto a Valenciennes.

Horacio Vernet leyó detenidamente la historia y averiguó que en el momento del hecho Luis XIV se encontraba lejos de allí refocilándose en un molino con su amante la marquesa de Montespan, y en consecuencia fue a decir al rey que no podía pintar el cuadro como deseaba porque el hecho era falso.

- ¡Cómo falso!, dijo Luis Felipe de mal humor- . ¡Es una tradición familiar!

- Señor, yo pinto las verdades de la historia y no las falsas tradiciones de las familias.

Poco tiempo después Luis Felipe mandó llamar al pintor y le encargó el cuadro sin Luis XIV.

El millonario marqués de Aligre decía: En este mundo todos van contra nosotros los pobres ricos.

Es una lección que han aprendido nuestros ministros de Hacienda.

Al triunfar la revolución en la batalla de Alcolea la reina Isabel II se hallaba en San Sebastián. Le comunicaron la noticia aconsejándole que pasara la frontera, a lo que se resistía. Al contemplar en desbandada hasta a sus más leales enemigos, exclamó:

- Creía tener más raíces en este país.

Cuando se estrenó en Brunswick la composición de Berlioz Romeo y Julieta, un melómano entusiasta se acercó al maestro y le dijo:

- Maestro, ¿por qué no convertís esta obra en ópera? Sería fantástico.
- No podría hacerlo, respondió Berlioz, estoy seguro que, de hacerlo, moriría de sobreexcitación.
- Eso no importa, de todos modos os habéis de morir. Hacedlo después de componer la ópera.

Federico de Prusia le preguntó al filósofo D'Alembert si veía al rey de Francia.

- Sí, le vi al presentarle mi discurso en la Academia.
- Y ¿qué os dijo?
- No me habló.
- Pues entonces, ¿con quién habla este rey?

La princesa Victoria, hija de Luis XV, siendo muy niña y jugando cierto día con una de las muchachas que estaban a su servicio, le contó los dedos y dijo muy sorprendida:

- ¡Cómo! ¡También tú tienes cinco dedos como las princesas de sangre real!
- Y para acabarse de convencer se contó los suyos.

54. Sobre Segovia

A Valentín Frutos

Pascual García

Mariano Sáez

Pascual Salmerón,

amigos segovianos, y a

Paula de la Flor, claro está

A quien visita el Alcázar de Segovia se le mostrará una ventana del mismo, señalada, si no recuerdo mal, con una cruz y se le explicará que por ella cayó al precipicio el infante don Pedro, hijo de Enrique II, que estaba en brazos de su aya. Ésta, espantada, se tiró tras el niño muriendo destrozada a los pies del palacio.

En la catedral, en el Museo Catedralicio, precisamente, se le mostrará al visitante la tumba del tal don Pedro y se le contará la misma historia.

Por si fuera poco, lo mismo leerá el curioso en algunas guías como la editada por Everest en cuya página 44 se lee textualmente «...tumba del infante don Pedro, hijo de Enrique II, que cayó de los brazos de su aya por el adarve del Alcázar. Estuvo sepultado antes en la antigua catedral». Añadiré que la antigua catedral se encontraba frente al Alcázar.

Quien se fije en la tumba encontrará raro que el infante esté reproducido en la piedra con aire de adolescente e incluso, creo recordar, ciñendo una espada.

La respuesta es sencilla. En el libro de Francisco Ignacio de Cáceres El Alcázar de Segovia se lee en las páginas 37 y 38:

«Uno de los bastardos, el infante don Pedro, debió de colgarse hacia fuera en uno de los miradores de la Sala de Reyes y perdiendo el equilibrio cayó, desde más de treinta metros, sobre las rocas que descienden casi a pico hacia el Eresma. Un grito, el croajar asustado de grajos y chovas y un tropel de servidores que se precipitaban angustiados a buscar el cuerpo caído entre las matas.»

La fantasía popular transformó luego la historia en leyenda del infante casi recién nacido o de pocos meses asomado en brazos de su ama al fatídico balcón. El ama hace un movimiento falso y el niño cae al precipicio. Horrorizada, enloquecida de pena, miedo y desesperación, el ama se arroja tras el infante al abismo.

«Pero el infante don Pedro no era un niño de pecho sino un chico de diez o doce años como nos le representa su estatua yacente, hoy en una capilla del claustro de la catedral segoviana y que entonces ocupaba el centro de la nave en la catedral vieja, frontera al Alcázar. Que el accidente debió de causar impresión fuerte en todos los ánimos se deduce de los funerales solemnes que encargó la ciudad y de las cuatro capellanías que fundó el rey en esta ocasión, en la catedral, "porque nieguen a Dios por las ánimas del dicho rey mío padre e de nuestra madre, que Dios perdone, e del dicho don Pedro mío hijo (...). E porque pongan en la dicha iglesia los

dichos sean y cabildo quatro capellanías perpetuas e dos lámparas a la sepultura del dicho don Pedro que ardan e de noche a las oras. E otrossí es nuestra merced que dicha iglesia aya dos porteros que guarden la dicha sepultura e que dichos porteros ayan (...) el privilegio libertad y franqueza que an los porteros de la nuestra casa".» A esta edad mal podría estar en brazos de su aya a no ser que fuese muy retrasado o muy precoz.

Lo más probable es que estuviese jugando como tantos chicos de su edad.

Otra cosa. Al pie del acueducto se encuentra un pequeño monumento con una reproducción de la romana loba capitolina. Digamos de paso que el original romano es sólo el animal y los niños Rómulo y Remo fueron añadidos en el siglo XV por Antonio de Jacopo Benci, más conocido por el mote de U Pollaiolo. Pues bien, volviendo a Segovia, la base del monumento en cuestión lleva una inscripción que dice

Roma a Segovia en el bimilenario
DE SU ACUEDUCTO
MCMLXXIV

Es decir 1974. Y ¿qué nos dicen las historias? Pues afirman que su construcción se sitúa en la segunda mitad del siglo I y comienzos del segundo, es decir, bajo los reinados de Vespasiano a Trajano. Como el primero fue emperador del año 69 al 79 y el segundo del 98 al 117 queda claro que la inscripción lleve un siglo de adelanto.

55. Anecdótico

Los cuentos sobre frailes y monjas han sido corrientes en toda Europa desde tiempos muy antiguos. He aquí uno que data de la Edad Media:

Preguntáronle a un fraile cuál era en su concepto la mejor ave, y respondió:

- Distingo: para el puchero no hay ave como la gallina; para el rezo, el Ave María.

De Rabelais, el célebre autor francés del Gargantúa y del Pantagruel, es el testamento siguiente:

«Nada tengo, mucho debo, lo que resta que se dé a los pobres.»

Un gascón muy fatuo se despedía de sus amigos en un paseo, diciendo:

- Adiós, me voy a cenar con Villars.

Acertaba a pasar por allí el mariscal de Villars, que le llamó la atención diciéndole:

- Para vos soy el señor de Villars, no olvidéis que soy vuestro general.

Y el gascón logró evitar el enfado diciendo:

- Pero, señor, ¿quién ha dicho jamás el señor César o el señor Alejandro el Magno?

Villars sois y nada menos. ¡Villars, Villars!

Y el mariscal sonrió y no pasó nada.

Y va otra de curas. El padre Letellier, confesor de Luis XIV, le decía a un clérigo joven que le lisonjeaba para obtener beneficios:

- Vosotros, los pretendientes, nos mostráis mucho cariño mientras tenéis algo que esperar de nosotros; pero así que os hemos saciado, nos dais al olvido. Tú harás como todos.

- No señor, replicó el cura, yo no os olvidaré nunca, porque soy insaciable.

Los grandes de la tierra siempre han estado sujetos a críticas. Pasaba un hombre por una plaza de París en la que había una estatua de Luis XIV en la que la diosa de la Victoria sostenía una corona sobre su cabeza.

- Decidme, señores, ¿se la pone o se la quita?, preguntó.

Tres anécdotas entresacadas de un anecdotario del siglo XVII.

Un pobre muy pobre, gran comilón desde la niñez rezaba: Dios mío, todo me lo has quitado menos el apetito ¡Oh! dame dinero o quítame el hambre.

Un criado del duque del Infantado sirviendo a la mesa vertió la salsa en el mantel.

- Lo que es eso, dijo el duque- también lo sé hacer yo.

- Pues ¡vaya gracia!, dijo el criado, porque me lo ha visto hacer a mí.

Una moza muy linda, hija de padres pobres, llevaba una sortija con una piedra blanca. Hablábase de ella y de la joya y dijo un noble:

- Señores, si esta muchacha tan pobre posee un diamante fino, no doy por ella dos cuartos; pero si siendo tan linda, lleva joyas falsas, por Dios que vale un Perú la moza.

Una anécdota que cuenta el general Romualdo Nogués en uno de sus libros.

Una campesina aragonesa fue a quejarse al alcalde que su marido le había dado tres palizas en dos horas.

- ¿Y con qué pretexto?, preguntó el alcalde.

- Sin ningún pretexto, con garrote, con garrote, respondió la moza.

A Barbey d'Aurevilly le desafió un individuo porque le había dicho que olía mal.

- No acepto el duelo, respondió el escritor, si usted me mata no dejará por ello de oler mal y si le mato yo olerá peor.

Un mal poeta presentó al príncipe de Conde un ridículo epitafio para la sepultura de Moliere.

- Lástima, dijo el príncipe- que no haya sido al revés: que os hubieseis muerto vos y Moliere hubiese hecho el epitafio.

Felipe Sassone, autor de comedias y dramas que en su tiempo tuvieron mucho éxito, se encontró con un amigo suyo periodista.

- Felipe, un día de éstos tenemos que cambiar ideas.

- No, hombre, no, contestó Sassone, saldría perdiendo.

El famoso fabricante de automóviles André Citroën, que murió arruinado por el juego, se vanagloriaba que en sus talleres se fabricaba un coche en veinticuatro horas. Un día sonó el teléfono de su casa.

- ¿Es verdad, dijo una voz- que usted ha fabricado un automóvil en veinticuatro horas?

- Sí, señor, es verdad.

- Debe de ser el mío, contestó el otro con voz entristecida.

Encontrada esta reflexión en un libro de 1866: Joven enamorada: por mucha gramática que estudies nunca llegarás al futuro perfecto.

El duque de Duras viendo un día que Descartes saboreaba excelentes manjares, le dijo:

- Caramba, ¿conque los filósofos también gustan de la buena mesa?
- ¿Pues qué? ¿Creéis que la naturaleza ha hecho las cosas buenas únicamente para los necios?

Quejábbase una señora de un predicador que en su sermón sólo había hablado de los defectos femeninos, y le dijo un amigo:

- Vaya, señora, el pobre predicador, ¿no podrá a lo menos hablar de mujeres? Al que no puede beber se le permite siquiera que se enjuague la boca.

Esta anécdota atribuida a personajes contemporáneos es muy antigua.

Se dice que alguien le dijo a Jacinto Benavente:

- Usted, don Jacinto, siempre habla bien de Valleinclán y en cambio él siempre habla mal de usted.
- Tal vez los dos estemos equivocados, dijo Benavente.

El abogado Marchand, hombre recto y de buen sentido, decía:

- Viendo cómo se administra la justicia y cómo se preparan los guisados se echa a perder el estómago.

Frase de un banquero en la peña del Ateneo Barcelonés: El matrimonio es una sociedad en comandita que, con el adulterio, se transforma en anónima.

Tomás Moro, canciller de Inglaterra, canonizado después, fue decapitado en Londres en 1535 por orden del rey Enrique VIII. El día antes de ser condenado se le presentó, como de costumbre, el barbero, pero él no se dejó afeitar diciendo:

- Mira, estamos en un gran pleito con el rey, se trata de mi cabeza, que él quiere expropiarme y yo quiero para mí. Por si me la expropia no quiero hacer mejoras en ella.

En la época, siglo XVIII- en que se hacían grandes solemnidades con ocasión de las fiestas de los pueblos, existían también grandes rivalidades entre los predicadores contratados para los sermones correspondientes. En cierta ocasión en una capital castellana contendieron dos grandes glorias del pulpito. Uno debía pronunciar el sermón por la mañana y el otro por la tarde.

El de por la mañana terminó diciendo, con suave ironía, que el predicador de la tarde era muy sabio y les explicaría si al entrar Jesús en Jerusalén iba montado en borrico o en borrica, «punto de grande importancia y lleno de misterio».

El otro a su hora subió al pulpito, hizo su sermón y terminó diciendo:

- Respecto a la duda suscitada esta mañana sobre la cabalgadura del Divino Salvador, ya sabe mi compañero que es un asno.

56. Precisiones acerca de un título

Con este epígrafe publicó el periódico barcelonés La Vanguardia una carta firmada por el que era, a la sazón, director del Archivo de la Corona de Aragón, mi amigo Federico Udina Martorell.

Decía la carta:

«Señor director:

«Desearía precisar en torno al epígrafe que figuraba por encima del diario de su digna dirección, al referirse a la visita de don Juan de Borbón a Barcelona.

»Se dice en dicho epígrafe que el conde de Barcelona estuvo en su ciudad, este posesivo de su ciudad como el de mi ciudad tiene diferentes acepciones y la usamos corrientemente cuando una persona procede, por nacimiento, de un pueblo o de una ciudad y así se habla de su pueblo o de su ciudad, o bien en tercera persona de su pueblo, de su ciudad. Asimismo, puede usar dicho posesivo la persona que tiene una jurisdicción directa sobre la ciudad como puede ocurrir, por ejemplo, con un alcalde o, naturalmente, tratándose de un soberano, sobren las ciudades del país sobre el cual reina; éste es el caso, naturalmente, de nuestro rey Juan Carlos I.

»El título de conde de Barcelona es igual que el de rey de Castilla, de León, de Aragón, de Valencia, de Mallorca, o rey de España, y estos títulos (todos ellos soberanos) no los puede utilizar más que S. M. el rey, don Juan Carlos, que los ostenta por doble fuente, por haber sido designado por el generalísimo Franco y por la renuncia que don Juan de Borbón hizo de sus derechos al trono de España.

»El referido título de conde de Barcelona no corresponde más que a don Juan Carlos I, nuestro rey, como rey que es de Castilla, León, Aragón, Mallorca, etcétera, archiduque de Austria, marqués de Oristano y Gociano, conde de Barcelona y del Rosellón... y señor de Vizcaya...

«Federico Udina Martorell.»

Sólo dos comentarios.

1. ¿Qué hubiera pasado si nuestro rey en vez de ceder a su padre, en un acto de amor filial, que comprendo pero no comparto, el título real de conde de Barcelona le hubiera cedido el de rey de Castilla y León?
2. Ruego al gobierno de la Generalitat de Catalunya que indique a los catalanes a quién debemos acatamiento: ¿a Su Majestad don Juan Carlos I, rey de las Españas, que no es conde de Barcelona o a Su Alteza don Juan de Borbón, que es conde de Barcelona y no es rey de las Españas?